



BIBLIOTHECA

DE LA UNIVERSIDAD

VERSIONES

FRANCOSAB



VERSIONES

33

FRANCESAS

RECOPILADAS

DE LOS MEJORES HABLISTAS

POR

EDUARDO BENOT



MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^A

calle del Arenal, núm. 11

1889

—
ES PROPIEDAD
—

PRÓLOGO.

Para dar á conocer el genio y los recursos de una lengua, no bastan los ejercicios puramente gramaticales de los Métodos destinados á enseñarla. Los buenos prosistas, y más especialmente los poetas, emplean siempre giros y construcciones que se apartan mucho de lo comúnmente establecido, sin faltar por eso á las reglas generales.

De aquí la necesidad de las crestomatías ó libros de trozos escogidos de los autores modelos.

La colección que sigue no puede aspirar, por su reducido volumen, al desideratum de dar á conocer la Francia literaria. Esto queda reservado á las grandes compilaciones, tales como las de Chapsal, Herrig, y Demogeot, que, entre otras, deben procurarse todos los amantes de la literatura francesa.

El fin de este trabajo es mucho más modesto; ampliar la colección de los ejemplos gramaticales contenidos en los dos Cursos de Francés, ya publicados, y facilitar la buena mensura de las composiciones poéticas.

*
* *

La LIAISON en francés no tiene reglas completamente fijas; porque suelen verse infringidos los preceptos que parecen más generalmente seguidos, cuando intervienen en la elocución sentimientos y pasiones. Pero, como regla general, puede establecerse que en poesía se enlaza siempre toda consonante final con

la vocal siguiente, y que gran número de diptongos se desata. La *t* de *et* nunca suena.

En los hemistiquios se hace pausa, y no hay *LIAISON* si el primer hemistiquio acaba en consonante y el segundo empieza con vocal. En el interior de los versos se pronuncian muchas de las *ees* mudas, que se callarían en prosa.

Como esta peculiaridad de la recitación métrica se aparta tanto de lo común, constituyendo muy seria dificultad en la lectura (no sólo para los extranjeros, sino aun para los mismos franceses no muy versados en literatura) ha parecido necesario indicar, en los versos de los modelos, este desate de los diptongos y este desvío de la práctica corriente.

Un medio muy sencillo ha bastado para la consecución del objeto:—*imprimir de letra bastardilla* toda *e* (muda en la conversación vulgar) que en poesía haya de ser pronunciada para la recta mensura del verso; y *estampar también de bastardilla* cualquier otra vocal en cuya enunciación haya de tardarse el tiempo de una sílaba independiente, sin unirse en diptongo á la inmediata vocal.

Por ejemplo, en el verso

Il est une liqueur au poète plus chère

ha de pronunciarse la *e* de *une* (si bien con cierta obscuridad, é invirtiendo en la pronunciación el menor tiempo que sea posible), y la *o* de *poète* ha de enunciarse de tal modo que no se una en diptongo á la *è* abierta siguiente; de modo que resulte una voz de tres sílabas

po-è-te.

Otro ejemplo:

nul n'usurpe chez moi ce soin délicieux.

En este verso se pronunciará la *e* (muda en otro caso) de *usurpe*; y *délicieux* formará cuatro sílabas:

dé-li-ci-eux.

Apliquense estas reglas á los versos siguientes:

Réveille tous mes sens; sans trouble, sans chaos.

Elle rit, elle sort richement habillée.

Pour mieux vaincre à jamais l'esprit de trahison.

Offrir ce grand triomphe à qui vous l'a donné.

Claro es que las *ees* mudas de los monosílabos *le, me, te, se, ce, que*, etc., han de pronunciarse según es uso; y, por tanto no necesitan aparecer de bastardilla. Por eso en los dos últimos versos anteriores se hallan impresos con los tipos comunes del texto, la preposición *de* y el demostrativo *ce*.

Como antes se dijo, no hay *LIAISON* entre los hemistiquios. Así, en el verso

s'arrêterait bientôt à me voir plus heureux,

la *t* de *bientôt*, final del primer hemistiquio, no se une á la *à* con que comienza el segundo; de modo que la pronunciación debe ser

s'a-rrê-te-rè-bien-tô || à-me-vuar-plü-seu-reu.

*
* *

En francés las sílabas se llaman pies cuando se trata de versificación. Así un verso de seis, de diez, de doce pies.... es un verso de igual número de sílabas.

Las rimas se dividen en dos clases: en rimas *masculinas* y en rimas *femeninas*.

Llámase de rima *femenina* toda palabra que acaba en *E* muda (ó en sus equivalentes, *ES* ó *ENT*, que tampoco suenan).

Y denomínase de rima *masculina* á toda voz que tiene cualquier otra terminación.

Así

VOYEZ, CONVIÉS

son rimas masculinas y

MONDE, INONDE,

BALUSTRES, LUSTRES,

lo son femeninas.

Por ejemplo:

Dans vos fêtes d'hiver, riches, heureux du MONDE,
Quand le bal tournoyant de ses feux VOUS INONDE,
Quand partout à l'entour de vos pas VOUS VOYEZ
Briller et rayonner cristaux, miroirs, BALUSTRES,
Candélabres ardents, cercle étoilé des LUSTRES,
Et la danse, et la joie au front des CONVIÉS,.....

Esta estrofa consta de seis versos de doce pies cada uno (entre nosotros serían de catorce sílabas) y hay en ella cuatro versos de rimas femeninas,

1.º y 2.º; 4.º y 5.º,

aconsonantados entre sí; y otros dos versos de rimas masculinas,

3.º y 6.º,

también aconsonantados.

*
* *

Si un verso concluye en *E* muda, *ES* ó *ENT* (también mudas), esas sílabas finales nunca se cuentan.

Je veux que le malheur soit plus grand que la faute.
Tout est prêt: du Japon l'émail reçoit tes ondes.
Ce riche est bien heureux, ses enfants lui sourient.

Como, en virtud de regla general, estas *ees* mudas de las terminaciones finales de verso *e*, *es*, *ent*, nunca entran en cuenta, ni se pronuncian tampoco, no aparecen impresas de letra bastardilla en los modelos contenidos en esta colección, ni tampoco aparecen estampadas de bastardilla las *ees* mudas de final de voz colocada en el interior de un verso ante otra voz que empieza con vocal; porque en este caso ambas vocales (final é inicial) forman sinalefa (lo mismo que en castellano) y se pronuncian en una sola emisión, constituyendo sílaba métrica:

Et le silence ajoute encore à sa terreur;

no hay, pues, que señalar de bastardilla la *e* de *SILENCE* ni la de *ENCORE*.

Tampoco se cuenta para la medida la *e* muda final de los primeros hemistiquios en los versos de diez y de doce pies; y, como esta supresión en la cuenta del número de los pies, se efectúa siempre en virtud de regla general, no ha habido por qué hacer indicación de ninguna clase en la impresión. Después de la *e*

muda, final de primer hemistiquio, siempre se hace pausa, y jamás sinalefa con la vocal inicial del segundo hemistiquio; (pues es de advertir que, siempre que un primer hemistiquio termina en e muda, comienza con vocal el inmediato hemistiquio segundo).

Du flambeau qui le guide || il voit périr le reste.
En agitant la flamme || en use l'aliment.
Quelquefois il s'arrête || et demeure immobile.
Cependant il espère; || il pense quelquefois.
A leur aspect lugubre, || il éprouve en son cœur.

Ninguna de las *ees* mudas finales de los precedentes primeros hemistiquios, se cuenta como pie del verso ni se junta en sinalefa á las vocales iniciales siguientes

Obsérvese que ningun primer hemistiquio termina en las combinaciones finales mudas *ES*, *ENT*.

*
* *

Las reglas de la acentuación interna de los versos franceses no corresponden con las castellanas; por lo cual el alumno español no ha de empeñarse en darles la canturía que á los versos castellanos. Los dos versos siguientes de diez pies suenan bien á los oídos franceses; pero ¿qué español los tendría por buenos endecasílabos?

De tes enfants l'étendard s'est brisé,
Quand la fortune outrageait leur vaillance.

*
* *

Los trozos escogidos que siguen van arreglados por orden cronológico, único medio adecuado para iniciar el estudio, exclusivamente literario, de la evolución y desarrollo del francés desde sus principios hasta el día. Alguna que otra vez aparecen

los modelos con la ortografía de hace 150 años, por vía de muestra y como curiosidad tipográfica.

Los SEÑORES PROFESORES deben ejercitar con especialidad á sus alumnos en los modelos de los últimos siglos; atendiendo á que los primeros monumentos de la lengua están plagados de arcaísmos y construcciones anormales, muy dignas de estudio ciertamente, pero sin uso en la actualidad.

VERSIONES FRANCESAS.

INTRODUCCIÓN.

Formation de la langue française.

Dans les siècles les plus reculés où les traditions historiques nous permettent de remonter, nous trouvons deux races distinctes se partageant la vaste étendue du pays compris entre la Méditerranée, les Alpes, le Rhin, l'Océan et les Pyrénées. La première de ces deux races était la *Gauloise*, beaucoup plus nombreuse que l'autre; la seconde était composée d'Ibères, qui, sous le nom d'*Aquitains*, habitaient entre la Garonne et les Pyrénées. A une époque postérieure, d'autres Ibères, appelés *Ligures*, quittèrent l'Espagne, envahirent la partie méridionale du territoire des Gaulois et s'établirent le long des côtes de la Méditerranée. Plus tard encore (600 av. J.-C.) des *Grecs*, obligés de s'expatrier pour éviter le joug des Perses, partirent de la Phocide et vinrent fonder des établissements dans le pays occupé par ces Ligures.

Lorsque César parut dans la Gaule, la population qui l'habitait pouvait être considérée comme formant trois peuples différents. Entre les Pyrénées et la Garonne étaient les *Aquitains*, comme nous l'avons dit; entre le Rhin au nord, la Seine et la Marne au midi, étaient les *Belges*; au centre se trouvaient les *Gaulois proprement dits*, dont le pays s'étendait entre les frontières de la Belgique et celles de l'Aquitaine. Nous ferons observer toutefois qu'une partie des Belges s'étaient répandus dans les contrées habitées par les Gaulois, entre l'embouchure de la Seine et celle de la Loire, sur toute la côte de l'Océan à laquelle on donna le nom d'Armorique.

Les trois peuples avaient chacun un idiome particulier. Les vestiges de l'idiome des Aquitains ont disparu presque complètement, cependant on peut établir qu'il ne ressemblait pas à celui de leurs voisins du Nord. Les idiomes des Belges et des Gaulois, au contraire, diffé-

raient assez peu entre eux et pouvaient être considérés comme des dialectes de la même langue. C'est cette langue à laquelle on donne généralement le nom de *celtique*.

Le celtique fut donc la première langue parlée en deçà de la Loire, dans cette portion de pays où se développa plus tard la langue d'oïl, vraie source du français.

Il ne nous est parvenu aucun monument de l'ancien celtique; l'histoire ne fait même pas mention d'un seul ouvrage écrit en cette langue. Les druides étaient les seuls qui eussent été capables de le composer; mais la religion leur défendait d'écrire quoi que ce fût qui touchât au druidisme, et le druidisme touchait à tout. Les seuls restes de cette langue qui soient arrivés jusqu'à nous consistent en quelques mots isolés: des noms de lieux, de provinces, de fleuves, de montagnes; des dénominations ayant rapport à la vie commune, aux mœurs, aux coutumes, explicables seulement à l'aide des langues celtiques actuelles, l'irlandais, l'écossais, le bas-breton et le gallois.

La colonie grecque de Marseille, trop faible pour résister à une guerre que son ambition lui avait attirée de la part des Ligures, se vit forcée d'appeler à son secours les Romains, ses anciens alliés. Ceux-ci saisirent avidement l'occasion de mettre le pied dans la Gaule et s'emparèrent de la partie sud-est, à laquelle ils donnèrent le nom de province romaine transalpine (154 av. J.-C.). Un siècle après, Jules César envoyé dans cette province pour la gouverner en qualité de proconsul, profite d'un prétexte qui lui est offert pour attaquer les Gaulois restés indépendants, et, après une guerre de dix ans, il soumet la Gaule entière à la domination romaine.

A dater de cette époque, le latin s'introduisit et se répandit insensiblement dans les Gaules par l'administration, la justice, les lois, les institutions politiques, civiles et militaires, la religion, le théâtre, et tous les autres moyens dont Rome savait si habilement se servir pour imposer sa langue aux nations. Avant la fin du IV^e siècle, le latin était, du moins dans les villes, la langue usuelle des hautes classes de la société. Le peuple, et particulièrement celui des campagnes, n'eut pas d'abord les mêmes motifs que les classes supérieures pour rechercher la connaissance du latin; toutefois son intérêt qui se trouvait enfin en jeu, l'y contraignit: il avait à communiquer chaque jour avec les riches et les puissants qui avaient laissé le celtique dans un dédaigneux oubli. Au VI^e siècle, nous ne retrouvons la langue indigène que dans les contrées montagneuses ou dans celles qui étaient éloignées des principaux centres de population et des grandes voies de communication établies par les Romains. On ne fait plus mention du celtique dans la seconde moitié du VII^e siècle.

Tel était l'état du langage dans la Gaule, lorsque, de toutes parts, elle fut envahie par les nations germaniques: au sud par les *Wisigoths*, à l'est par les *Burgondes*, au nord par les *Francs*. Ces derniers, les plus forts et les plus habiles, finirent par absorber toutes les autres nationalités dans la leur, et ils donnèrent leur nom au pays conquis.

Avant de passer le Rhin, les Francs étaient une confédération de

diverses tribus occupant le territoire compris entre l'Elbe, le Mein, le Rhin et la mer du Nord. Ils apportèrent une troisième langue dans les provinces en deçà de la Loire, le *francique*, qui était un dialecte du tudesque ou téotisque. Cette langue se composait d'autant de dialectes qu'il y avait de tribus confédérées. La nature de ce travail ne nous permet pas d'entrer dans des détails à ce sujet; il nous suffit d'admettre trois dialectes principaux pour expliquer l'influence que la langue des nouveaux conquérants a pu avoir sur celle des Gallo-Romains. Au nord était le *ripuaire*, à l'est le *neustrien*, à l'ouest l'*ostrasien*.

Les Ripuaires et les Ostrasiens n'étaient séparés de la Germanie que par le Rhin, et leur population se grossissait sans cesse de nouvelles bandes germaniques qui passaient le fleuve pour s'associer à la fortune de leurs frères. Dans l'un et l'autre pays, le latin disparut comme langue usuelle, sans doute parce que les Gallo-Romains s'étaient retirés devant les barbares. Au latin succéda le tudesque, qui s'est perpétué jusqu'à nos jours dans les patois allemands de la rive gauche du Rhin.

Les Francs Saliens s'étant établis dans la plus grande partie de la Neustrie, celle qui s'étendait de la Scarpe à la Loire, et de la Meuse à l'Océan, avaient au contraire peu de relations avec les peuplades germaniques demeurées sur la rive droite du Rhin, tandis qu'ils se trouvaient mêlés aux populations gallo-romaines, de beaucoup supérieures en nombre, en civilisation et en culture intellectuelle de tout genre. Aussi, ils se virent contraints par la force des circonstances à apprendre la langue des vaincus, dont ils adoptèrent également l'administration et la religion. Cependant les Francs de la Neustrie conservèrent longtemps entre eux l'usage du francique dans leurs familles, dans les armées, dans les assemblées où les vainqueurs décidaient du sort des vaincus.

Ces dialectes conquièrent chaque jour plus de terrain sur la langue latine, et l'on peut dire que celle-ci était presque disparue du commerce de la vie quelques siècles après J.-C. En effet, la langue savante se modelait tout à fait sur le grec; les écrivains étaient maniérés, ampoulés, obscurs à dessein; les grands se servaient du grec dans la conversation, ils étaient plus grecs que romains dans leur genre de vie; le cercle des idées s'était agrandi avec l'empire, on créa des expressions pour les rendre, et, dans cette opération, l'influence étrangère fut prédominante; le latin se corrompit au point que le sentiment de la signification propre des mots et du sens des formes grammaticales de la langue latine s'était tout à fait émoussé et obscurci parmi le peuple. Le latin devait avoir moins de vie encore pour les étrangers qu'on forçait à s'en servir. De plus, les pères de l'Eglise, qui voulaient exercer leur influence sur le peuple, puisaient à pleines mains dans les dialectes; ils augmentaient le vocabulaire, remettaient en honneur la poésie populaire, et l'idiome vulgaire osa se montrer à côté de la langue savante. Puis au démembrement de l'empire, lorsque fut rompu le lien spirituel et moral qui réunissait entre elles les diverses provinces, et que chaque partie forma un tout séparé, l'idiome

vulgaire de chaque pays acquit plus d'indépendance et de valeur. Il y eut alors une époque de transition. D'un côté, on voit quelques savants se cramponner à la langue écrite, qui avait encore un appui dans la justice et l'école; de l'autre, l'idiome vulgaire lève fièrement la tête et une lutte désespérée s'engage. Elle dura des siècles, il est vrai; mais l'issue fut tout en faveur des idiomes populaires, car pour ceux-là même qui le défendaient, le latin savant était une langue morte. Au IX^e siècle, quelques-uns de ces dialectes étaient parvenus à l'état de langue propre et distincte, et dès lors ils doivent perdre le nom de dialectes latins pour prendre celui de langues *romanes* et de *dialectes romans*. Nous datons l'histoire des langues romanes de cette époque, parce que les premiers monuments écrits qui nous en sont parvenus ne remontent pas plus haut.

Nous venons d'établir que le latin vulgaire se substitua dans la Gaule au celtique, et que les Francs adoptèrent cette langue. Nous devons donc considérer la langue d'oïl comme un *développement* du vieil idiome latin vulgaire. Ce développement s'est fait d'une manière tout à fait organique. La structure et le génie d'une langue ne varient pas dans leur ensemble, même lorsque des influences étrangères viennent l'entraver dans son cours, et les changements qu'elle éprouve n'ont d'autre raison que la tendance à une adaptation aussi parfaite que possible des formes de la langue à la pensée. Enrichissement du vocabulaire, détermination plus exacte de la signification des mots et essais réitérés de leur donner un son plus expressif et plus conforme à la pensée, tendance à la simplification des formes et à la souplesse des constructions: tels sont les changements qui d'ordinaire s'opèrent d'une manière normale dans les langues.

Le latin vulgaire adopta quelques éléments celtiques et allemands, qui passèrent en partie dans la langue d'oïl.

Notre résumé historique aura sans doute fait pressentir au lecteur que l'élément celtique compose une très-faible partie du vocabulaire de la langue française. En effet, il y compte fort peu de représentants, et souvent il est assez difficile de préciser leur origine. — Les idiomes dérivés de l'ancien celtique ont subi des altérations profondes; beaucoup de racines ont disparu et des corruptions successives en rendent un grand nombre méconnaissables. Il a fallu en outre suppléer à ces disparitions en empruntant aux idiomes voisins tous les mots nécessaires aux besoins de la langue, et en passant dans leur nouvelle patrie, ils ont pris un caractère qui ne permet plus de les distinguer des autres. Ce rapport naturel du celtique avec les autres idiomes qui ont plus ou moins concouru à la formation du français, couvre son action d'un voile impénétrable. Pour être juste, la critique doit écarter toutes les racines qui ont pu entrer dans le français par l'intermédiaire du latin ou de l'allemand, et n'accepter comme celtiques que celles dont l'origine s'appuie sur de nouvelles présomptions. Mais si les idiomes celtiques n'ont exercé aucune influence sur les formes de la pensée, ni par conséquent sur l'ensemble de la langue, leur action a dû être assez considérable sur la prononciation et sur la forme que celle-ci imprime aux mots.

De toutes les langues romanes, c'est le français qui a fait le plus d'emprunts aux idiomes germaniques. Les mots provenant immédiatement de cette source forment trois classes distinctes: les premiers admis sont d'origine gothique; les seconds dérivent du tudesque, qui se divisait en deux dialectes principaux, le francique et l'allémanique. Les mots de la troisième classe sont ceux introduits par les Normands lors de leur invasion dans le nord-ouest de la France. Ces peuples, il est vrai, oublièrent très-facilement leur langue, car sous le second duc de Normandie, Guillaume I, on ne la parlait déjà plus que sur les côtes; néanmoins elle laissa de nombreuses traces dans le français.

Les colonies helléniques qui vinrent visiter la Gaule avant Rome, ne firent qu'en toucher le bord. La civilisation grecque fut circonscrite ici dans un étroit espace. Elle eut sa vie à part jusqu'à ce que cette contrée fut devenue entièrement romaine, et c'est surtout par Rome que la Gaule connut la Grèce. Nous ne nous occuperons donc pas de la langue grecque de ces colonies; elle n'a sans doute rien fourni au vocabulaire français primitif. D'ailleurs, abstraction faite des mots grecs qui se trouvent déjà dans le latin, il s'en rencontre fort peu dans la langue française, et le plus grand nombre y a passé à l'époque des Croisades.

Nous laisserons également de côté les Aquitains. Ils étaient trop éloignés des provinces du Nord pour exercer une influence notable sur la langue d'oïl. Elle n'a reçu d'eux que quelques mots isolés.

Pour compléter cette nomenclature des éléments constitutifs du français, nous dirons qu'il a adopté un petit nombre de mots arabes.

.....
On sait à peine ce qu'était la Gaule, quant aux rapports philosophiques et littéraires, avant la conquête de Rome. La renommée intellectuelle de ses habitants ne commence qu'après la disparition de leur indépendance politique. C'est aux écrivains grecs et latins que nous devons les notions qui nous restent sur les Gaulois. Ils nous les peignent comme un peuple hardi, entreprenant, dont le génie n'est que mouvement et conquête. Ce sont de grands corps blancs et blonds, qui se parent volontiers de chaînes d'or et de tissus rayés aux brillantes couleurs. Ils aiment en tout l'éclat et la bravade; leur esprit est adroit, curieux, pénétrant. Race sympathique et sociable, ils s'unissent en grandes hordes; ils ont un langage rapide, concis dans ses formes, prolixe dans son abondance et plein d'hyperboles.

L'invasion romaine transforma presque complètement la Gaule. Les classes supérieures de la population adoptèrent avec ardeur et succès les mœurs, la civilisation, la langue, la littérature des vainqueurs. La vieille langue celtique exilée des villes, ne vécut plus que parmi le commun peuple et dans les campagnes; la doctrine des druides, antique mélange de sagesse et de barbarie théocratiques, se cacha dans les montagnes de l'Auvergne et dans la Bretagne. Cet état de choses dura trois siècles, pendant lesquels l'histoire littéraire de la Gaule est celle de Rome. Un instant même l'empire d'Occident parut vouloir s'y concentrer. Nous voyons Constance Chlore, Constantin,

Julien, Gratien fixer leur résidence impériale à Trèves, à Strasbourg, à Paris, Arles, Marseille, Autun, Lyon, Bordeaux, Clérmont, etc., qui attiraient à leurs écoles florissantes des milliers d'élèves de toutes les parties de l'empire; ils y étudiaient sous les plus habiles maîtres l'éloquence, la poésie, la jurisprudence, la philosophie, l'astrologie, la médecine. Le christianisme, en dénaturant cet ensemble intellectuel, dont la décadence se faisait d'ailleurs sentir de toutes parts, lui donna une nouvelle vie. La théologie prit la place de la philosophie, la morale des évêques remplaça la rhétorique des sophistes.

Toutefois la littérature païenne du IV^e au VII^e siècle ne fut pas plus féconde et plus solide dans les Gaules qu'ailleurs; elle ne produisit guère que des vers rocaillieux, des panégyriques, des amplifications de rhétorique. Quant aux compositions chrétiennes, l'esprit de liberté, de moralité, d'enthousiasme religieux y jetait, à la vérité, une animation réelle, une éloquence intime, quoique sous des formes souvent barbares ou affectées; mais la nature toute mystique des matières s'opposait à une influence active sur les intérêts sociaux. En un mot, cette civilisation si brillante à l'extérieur ne reposait sur rien de solide; c'était un simple vernis: les mœurs étaient corrompues, les hommes énervés; il n'y avait rien dans ce siècle qui pût arrêter l'empire à son déclin non plus que les barbares qui de toutes parts se ruaient sur leur proie.

De ces nouveaux conquérants de la Gaule, les derniers venus furent les Francs. Nous l'avons déjà dit, leur nationalité vivace absorba toutes les autres; ce sont donc eux qui doivent fixer plus spécialement notre attention. Avant la lutte avec Rome, les Francs se confondent parmi les autres tribus du Nord, et, de même que chez les Gaulois, leurs travaux intellectuels sont enveloppés d'une profonde nuit; mais quand ils se trouvèrent en contact avec le gigantesque empire, quand ils prirent leur part dans la destruction du monde romain, cette longue guerre de la barbarie contre la civilisation fut pour eux un fait inspirateur. Nous avons dit « barbarie », parce que c'est un terme convenu; cependant la langue des peuples germaniques présente dans son système des combinaisons si savantes, des origines si lointaines, des influences si étendues, qu'elle est loin d'annoncer des hommes véritablement barbares. L'étude de leur poésie nous donne une idée plus haute encore de leur valeur intellectuelle. Il est vrai que cette poésie date d'une époque postérieure à l'invasion; mais, à en croire Tacite, Jornandès, Ammien Marcellin, à en juger par un fragment d'épopée franque retrouvé dans ces dernières années, les Germains ont eu quelque chose de semblable aux Eddas, aux Sagas, aux Niebelungen, avant de mettre le pied sur les terres de Rome. Leurs chants guerriers étaient impétueux et terribles comme le choc de leurs armes. Vaincus, ils répétaient leur chant de mort au milieu des tortures; vainqueurs, ils célébraient leurs succès par de poétiques récits. Si leur poésie n'avait pas la noble et harmonieuse beauté, la majestueuse régularité des chants grecs, elle montre souvent une grandeur et une simplicité dignes d'Homère.

Néanmoins la Germanie influa plus sur la Gaule par ses mœurs que par ses monuments littéraires. Mais ses mœurs elles-mêmes trouvant dans les poèmes dont nous venons de parler leur expression la plus véritable, les idées générales qu'ils contiennent sont aussi celles que les Germains apportèrent aux Gallo-Romains. Au premier rang, il faut placer la renaissance de l'esprit guerrier, cet amour du péril, cette ivresse du combat, qui retrempa les âmes gauloises affaiblies par la civilisation romaine. Les habitants de la Gaule se ressouvirent alors des Celtes leurs pères.

Les Francs, après leur établissement dans les Gaules, n'avaient plus à craindre que les tribus germaniques restées derrière eux, et ils durent chercher à élever des barrières de ce côté pour qu'une nouvelle invasion ne vînt pas les déposséder de leur conquête. Cette nécessité de position eut la plus grande influence sur la direction de l'intelligence, comme sur tout le reste. Clovis embrasse la religion des vaincus, et il rompt ainsi avec son passé et ses frères, pour s'allier avec les Gallo-Romains. Charlemagne et ses successeurs suivirent sa politique. Il y a cette différence entre la conquête de la Gaule celtique par les Romains, et celle de la Gaule romaine par les Francs, que, dans la première, les vaincus se soumirent aux vainqueurs, moralement et physiquement, tandis que la soumission matérielle des Gallo-Romains entraîna la soumission intellectuelle des Francs aux Gallo-Romains. C'est là un phénomène qui se reproduit toutes les fois que la civilisation des vaincus est plus avancée que celle des vainqueurs.

Le christianisme modifia dès l'abord le caractère des Francs. Il adoucit la violence sanguinaire, l'indomptable rudesse du génie septentrional; il spiritualisa, exalta même le penchant des peuples du Nord à la méditation mélancolique, en promettant, dans un autre monde, une éternité de gloire et de bonheur pour prix des sens mortifiés et des passions domptées; il sanctifia le culte des femmes, connu chez les Germains de toute antiquité.

Vous êtes tous frères, a dit Jésus-Christ. Malgré ce dogme magnifique, complément nécessaire de la sublime vérité: Il n'y a qu'un Dieu, le christianisme respecta le principe des gouvernements du Nord, et la force matérielle de la société qui se soumettait à lui sous tant d'autres rapports. Les tribus germaniques avaient apporté de leurs forêts la conscience de la liberté individuelle, le dévouement volontaire de l'homme à l'homme, l'inviolable fidélité au serment, en un mot, le culte et souvent la superstition de l'honneur; superstition glorieuse, il est vrai, dont le courage et la vertu sont la religion. Aussitôt s'établit un ordre politique qui eut l'honneur pour lien, où tout fut à la fois dépendant et libre, enchaîné par une parole. Le christianisme sanctionna par son assentiment cet ordre politique, qu'on a résumé dans le mot de féodalité.

Au-dessus de cette organisation plane un idéal nouveau, que le moyen-âge doit s'efforcer d'atteindre, le noble rêve de la chevalerie, c'est-à-dire la valeur jointe à la loyauté, la protection du faible par le fort, et le culte des femmes. Le premier ébranlement que reçut la féo-

dalité par le grand fait des croisades porta la chevalerie à son apogée. De même qu'autrefois la lutte des barbares avec Rome avait donné un vigoureux élan au génie septentrional, la lutte entre le christianisme et l'islamisme développa le génie féodal et chevaleresque, elle y ajouta en même temps de nouveaux éléments.

La passion des voyages et des aventureuses conquêtes qui animait les croisés autant que l'ardeur religieuse, les jeta au milieu du merveilleux oriental, de la poésie arabe si riche d'images, si énergique, et plus chaude, plus enivrante que celle du Nord; ils retrouvèrent, couvant sous la cendre, quelques étincelles du platonisme d'Alexandrie et d'Antioche. Ces nouvelles influences se firent sentir dans la littérature française comme elles s'exercèrent sur toutes les littératures européennes.

Le christianisme, qui présidait non-seulement au culte, mais à l'existence tout entière des populations gallo-romaines, contribua à répandre parmi les nations barbares le grec et surtout le latin, qu'il employait, et par là à relier le monde ancien avec le monde moderne. On fut forcé, pour le cultiver, à étudier les écrivains des siècles passés; l'esprit classique de la littérature romaine et avec lui l'esprit des lois de Rome pénétrèrent chez les vainqueurs. C'est ce qu'on appelle l'influence classique. Elle fut beaucoup moins puissante que celle du christianisme sur le fond des idées, puisqu'elle ne pouvait pénétrer dans la vie intime des peuples, mais elle domina dans la forme pendant de longues périodes et à divers intervalles.

Telles sont les principales influences dont la combinaison a fait la littérature française ce qu'elle est.

.....

Dans toutes les langues dont il nous est donné de suivre l'histoire et la durée pendant quelques siècles, nous voyons trois époques fort distinctes; un premier temps de mobilité et de variation continuelle dans les thèmes des mots et dans toutes leurs formes; puis une seconde époque qui est celle de la fixité, pendant laquelle les thèmes et les formes des mots demeurent invariables; enfin une troisième époque, où le mouvement recommence, s'accélère, va s'acroissant sans cesse jusqu'à ce que le langage périclisse ou cesse d'être parlé, ou se transforme et fasse comme une nouvelle langue. Le latin par exemple, rend cette exposition sensible. Quant au français, mobile, variable, sans uniformité absolue dans son orthographe et dans les thèmes de ses mots, depuis ses premiers mouvements connus jusque vers la fin du XVI^e siècle, il n'est entré dans son âge de fixité que depuis le temps de Malherbe. Il se trouve encore aujourd'hui dans cette période de son existence.

La mobilité des langues dans la première époque de leur développement a pour cause le besoin d'harmonie: l'oreille qui reçoit les sons, les veut harmonieux, comme l'intelligence qui reçoit les pensées, les veut claires et précises.

Nous avons dit plus haut que la langue d'oïl, comme toutes les langues, avait des dialectes. Celui de l'Ile-de-France est le plus im-

portant, en ce sens qu'il forme le fond de la langue actuelle. Dans le principe, il avait les traits caractéristiques des dialectes des pays situés au sud et au sudest de l'Ile-de-France; mais par suite de la position géographique de la province, il se trouva de bonne heure en contact avec les dialectes du nord et de l'ouest. Bientôt aussi la cour de France attira les seigneurs de tout le royaume à Paris, et quelque supériorité qu'ils attribuassent à la langue de la maison royale, quelques efforts qu'ils fissent pour modeler leur idiome sur celui des Parisiens, ils ne pouvaient se défaire entièrement de leurs habitudes de langage, et les habitants du pays avec qui ils étaient en rapports journaliers adoptèrent à leur tour des formes des autres dialectes. Ajoutons à ces considérations l'affluence des provinciaux à l'université de Paris, qui brillait comme un fanal sur tous les peuples de l'Occident, l'action de jour en jour plus centralisatrice de l'histoire, l'influence des ouvrages écrits dans les différents dialectes jusqu'au XVI^e siècle, et l'on concevra sans peine que le langage de chaque province concourut dans la formation du français pour quelques constructions grammaticales et une partie de son vocabulaire.

Existant dès le IX^e siècle, la langue d'oïl ne passa à un état de demi-formation qu'au XIII^e. A quelle cause attribuer la lenteur de ses progrès? C'est surtout à l'abandon où la laissaient les esprits trempés et aiguisés par les sérieuses études de la scolastique. Le latin retenait dans son domaine les matières qui auraient pu donner de la gravité à la pensée et de l'élévation au langage. Les plus puissants esprits du moyen-âge, les Alcuin, les Abeilard, les saint Bernard, les saint Thomas, écrivaient en latin leurs œuvres sérieuses et solides, tandis que la langue vulgaire s'égayait en libres propos auxquels elle convenait. Elle se trouvait donc doublement empêchée, et par sa nature propre et par les habitudes de ses interprètes, lorsqu'elle se hasardait à aborder de graves sujets. Toutefois elle avait de si heureuses qualités qu'elle se répandit au loin; les étrangers s'approprièrent même ses récits et ses fictions.

A la fin du XII^e siècle, naquit la langue française proprement dite; au milieu du XIV^e, elle était en pleine vigueur. Elle se prête avec grâce et souplesse à la simplicité des récits de Froissart; Marot sait lui faire exprimer, avec une vivacité naïve et piquante, les saillies de l'esprit gaulois et quelques nuances délicates du sentiment. Avant Marot, Christine de Pisan, Alain Chartier, Georges Chastelain, écrivains lettrés, avaient tenté de porter le français à la hauteur des langues anciennes; leurs doctes efforts ne parvinrent qu'à lui donner une noblesse raide et empesée, une majesté d'emprunt. Commines arriva, qui, tout en conservant au français sa simplicité naturelle, sut lui imprimer, de son propre fonds, un air d'autorité et de gravité.

La langue française atteint sa forte adolescence au XVI^e siècle. C'est l'époque de la renaissance des lettres antiques. Alors les écrivains puisent largement à la source latine. Calvin, dans son *Institution chrétienne*, communiqua au français la gravité et la force du latin; Rabelais l'enrichit de tours et d'expressions empruntés aux deux langues clas-

siques, qu'il ajouta, avec une merveilleuse habileté, au trésor du vieil idiome national. La richesse du vocabulaire du curé de Meudon est aussi étonnante que la souplesse de sa syntaxe. Amyot n'innova rien dans les mots, mais il donna à la période une étendue et une ductilité inconnues à ses devanciers. Montaigne, au contraire, plus soucieux de la couleur et du relief que de la correction, ne se fit aucun scrupule d'appeler à son aide le gascon quand le français ne suffisait pas à représenter sa pensée. Les controverses religieuses introduisirent à cette époque de nouvelles formes d'éloquence consacrées par la satire *Ménippée*, dans le discours de Daubray.

Tout annonçait la maturité prochaine de la langue française. En effet, Malherbe soutenu par les travaux de ses précurseurs, qui avaient vu le but sans l'atteindre, reprit dans l'ordre poétique l'œuvre de Ronsard et de son école; critique impitoyable, il rejette tout placage étranger, et avec l'exactitude d'un grammairien consommé, il constitue et il impose la langue poétique. Balzac introduit le nombre et le rythme dans la prose, il crée l'harmonie. Sa phrase, il est vrai, manque de variété, et une certaine emphase castillane doit couvrir chez lui le vide de la pensée. Il était réservé à Descartes d'enseigner par l'exemple l'art de penser et d'établir la proportion, l'analogie du fond et de la forme, la convenance de l'idée et de l'expression. Cependant le *Discours de la Méthode*, malgré sa perfection, ou plutôt à cause de sa perfection, ne possède que les qualités de son sujet. Il ne s'adresse qu'à l'intelligence, et n'a que cette chaleur continue qui anime et vivifie la discussion. C'est dans Pascal pour la prose, dans Corneille pour la poésie, que l'harmonieux accord de la pensée et du langage s'établit complètement. Dès lors la période de formation est achevée, le point de maturité est atteint.

HERRIG ET BURGNY.

EDAD MEDIA.

SERMENTS.

Le premier monument écrit et authentique qui nous reste de la langue française, ce sont les fameux serments que prêtèrent Louis le Germanique à son frère Charles le Chauve, et les soldats de Charles à Louis le Germanique, au mois de mars de l'année 842.

Serment de Louis le Germanique.

Pro Deu amur, et pro christian poplo, et nostro commun salvement, dist di en avant, in quant Deus savir et potir me dunat, si salvara jeo cist meon fratre Karlo, et in adjudha et in cadhuna cosa, si com om par dreit son fradra salvar dist, in o quid il mi altresi fazet, et ab Ludher nul plaيد nunquam prindrai, qui, meon vol, cist meon fradre Karlo in damno sit.

TRADUCTION.

Pour l'amour de Dieu, et pour le peuple chrétien et notre commun salut, de ce jour en avant, autant que Dieu m'en donne le savoir et le pouvoir, je sauverai mon frère Charles, ici présent, et lui serai en aide en chaque chose (ainsi qu'un homme, selon la justice, doit sauver son frère), en tout ce qu'il ferait de la même manière pour moi, et je ne ferai avec Lothaire aucun accord qui, par ma volonté, porterait préjudice à mon frère Charles, ici présent.

Déclaration de l'armée de Charles le Chauve.

Si Lodhuwigs sacrament que son fradre Karlo jura conservat, et Karlus meos sendra de suo part non la stanit, si jo returnar non lint pois, ne jo, ne neuls cui eo returnar int pois, in nulla adjudah contra Ludowig non li juer.

TRADUCTION.

Si Louis tient le serment fait à son frère Charles, et que Charles, mon seigneur, de son côté, ne le tienne pas, si je ne l'en puis détourner, ni moi ni aucun (de ceux) que j'en pourrai détourner, ne lui donnerons aucune aide contre Louis.

TROUVÈRES.

Les trouvères sont les poètes qui vivaient dans la partie de la France située au nord de la Loire. Ils écrivaient dans la langue d'oïl, qui est devenue la langue française. Clercs pour la plupart, ils composaient des poèmes que les jongleurs apprenaient par cœur, puis chantaient ou récitaient dans les châteaux et sur les places publiques.

Chanson de Roland.

La plus ancienne et la plus remarquable des *chansons de geste* est la Chanson de Roland, faite au onzième siècle par le trouvère normand Thurolde ou Théroulde.

Lorsque les Sarrasins approchent (les ennemis des Francs sont tous des Sarrasins chez les poètes contemporains des Croisades), le paladin Olivier supplie son compagnon Roland de sonner de son fameux cor, pour avertir Charlemagne, qui déjà a franchi les monts.

Cumpainz Rollant, sunez vostre olifan;
Si l'orrat Carles qui est as porz passant;
Je vous plevis, jà returnerunt Franc!
—Ne placet Deu, ço li respunt Rollant,
Que ço soit dit de nul hume vivant,
Ne pur païen que jà sei-jo cornant!
Jà n'en aurunt reproce mi parent.
Quant jo serai en la bataille grant,
Et jo ferrai e mil cops e VII cenz,
De Durandal verrez l'acier sanglent!
Franceis sunt bon, si ferrunt vassalment!
Jà cil d'Espagne n'auerunt de mort guarant!

Compagnon Roland, sonnez de votre olifan;—Ainsi l'entendra Charles qui est aux ports passant;—Je vous (le) garantis, aussitôt retourneront Francs!—Ne plaise à Dieu, ce lui répond Roland,—Que cela soit dit par aucun homme vivant,—Et surtout pour des païens que jamais j'aie été sonnant du cor!—Jamais n'en auront reproche mes parents.—Quand je serai dans la bataille grande—Et (que) je frapperai et mille coups et sept cents,—De Durandal (vous) verrez l'acier sanglant!—Les Français sont courageux, ainsi frapperont-ils bravement!—Jamais ceux d'Espagne n'auront de garant contre la mort!

Au moment où l'ennemi va les attaquer, voici la fière réponse que Roland fait à Olivier, qui lui rappelait avec reproche son refus de sonner du cor :

Quand Rollant veit que bataille serat,
Plus se fait fiers que léun ni leupart,
Franceis escriet, Oliver apelat:
«Sire compains, amis, ne l'dire ja!
Li emperere ki Franceis nous laissat,
Itels XX mille en mist a une part,
Son escientre, n'en i out un cuard!
Par son seignur deit hom susfrir granz mals,
Et endurer e forz freiz e granz chalz;
S'en deit hom perdre del sanc: de la chair.
Fier de ta lance, e jo de Durandal,
Ma bone espee que li reis me dunat!
Si jo i moere, dire poet ki l'avera:
Iceste espee fut à noble vassal!

Quand Roland voit qu'il y aura bataille,—Plus fier il se fait que lion et léopard,—Il crie aux Français, il s'adresse à Olivier:—«Seigneur compagnon, ami, ne parle pas ainsi!—L'empereur, qui nous a laissé de Français,—Les a mis tels au nombre de vingt mille en un corps;—A son escient, il n'y a pas entre eux un seul couard!—Pour son seigneur doit-on souffrir grands maux—Et endurer grands froids et fortes chaleurs;—Tout homme doit en perdre du sang et de la chair.—Frappe de ta lance, et moi de Durandal,—Ma bonne épée que le roi m'a donnée!—Si je meurs, celui qui l'aura, pourra dire:—Cette épée était celle d'un noble soldat!

FABLIAUX.

Les Fabliaux étaient des récits assez courts, souvent gais et satiriques, quelquefois dévots. Ils sont ordinairement rimés en vers de huit syllabes et possèdent un vrai mérite littéraire. On ignore presque toujours le nom du trouvère qui les composa. Une foule de contes répétés par toutes les littératures de l'Europe moderne se trouvent déjà parmi les naïfs fabliaux de nos Trouvères.

Nous allons analyser un fabliau pour donner une idée de ce genre de composition.

Le paysan médecin.

Un paysan, qui avait épousé la fille d'un chevalier, la battait régulièrement tous les matins. La demoiselle, qui goûtait assez peu ce régime, s' imagine que son mari ne la traite si durement que parce qu'il ne sait point par expérience ce que c'est que d'être battu.

Fut onques mon mari batu?
Nenni! il ne sait que coups sont.
S'il le séust (s'il le savait) par tout le mont (pour tout au monde)
Il ne m'en donast pas itant (autant).

Sur ces entrefaites surviennent deux envoyés du roi qui cherchent un médecin. La fille du prince est en danger de mort: une arête s'est engagée dans son gosier. La femme du paysan leur indique son mari, médecin fort habile, assure-t-elle, mais possédé d'un singulier travers: il n'exerce son talent que malgré lui, il ne guérit que quand il est battu. On va donc chercher le vilain: il refuse d'aller à la cour; on le bat suivant la formule; il se laisse conduire. Même procédé devant le roi, même résultat: le vilain avoue sous le bâton qu'il possède le talent de guérir. Ses contorsions font si bien rire la princesse malade, que l'arête sort de son gosier et qu'elle est guérie en effet.

Après cette cure merveilleuse, le paysan veut retourner à ses moutons, mais tous les malades de la cour et de la ville arrivent au palais pour profiter de sa présence. Sa clientèle grandit; ses épaules s'en aperçoivent. Alors il invente un procédé pour se délivrer à la fois de tous ses patients. Il allume un grand feu dans la cuisine où il donne ses consultations, et déclare à ses clients rassemblés qu'il ne peut les guérir à moins que le plus malade d'entre eux, mis au feu et calciné, ne lui fournisse la poudre dont il a besoin. Tous s'échappent au plus vite et se déclarent radicalement guéris, à la grande satisfaction du roi et de toute la cour.

On voit que ce conte a fourni à Molière l'idée du *Médecin malgré lui*.

TROUBADOURS.

Les Troubadours étaient les poètes de la France méridionale. Ils écrivaient dans la langue d'oc, ou provençale. Tandis que les compositions des Trouvères étaient presque toujours des récits, celles des Troubadours furent ordinairement des chants lyriques.

Voici la traduction du chant de guerre composé par l'un d'entre eux, le belliqueux Bertran de Born, comte de Hautefort, en Périgord, qui vécut au XIII^e siècle.

Chant guerrier de Bertrand de Born.

Bien me sourit le doux printemps,
Qui fait venir fleurs et feuillages;
Et bien me plaît lorsque j'entends
Des oiseaux le gentil ramage,

Mais j'aime mieux quand sur le pré
Je vois l'étendard arboré,
Flottant comme un signal de guerre;
Quand j'entends par monts et par vaux
Courir chevaliers et chevaux,
Et sous leurs pas frémir la terre.

Et bien me plaît quand les coureurs
Font fuir au loin et gens et bêtes;
Bien me plaît quand nos batailleurs
Rugissent, ce sont là mes fêtes!
Quand je vois castels assiégés,
Soldats, sur les fossés rangés,
Ébranlant fortes palissades;
Et murs effondrés et croulants,
Créneaux, mâchicoulis roulants
A vos pieds, braves camarades!

Aussi me plaît le bon seigneur
Qui le premier marche à la guerre,
A cheval, armé, sans frayeur;
On prend cœur rien qu'à le voir faire.
Et quand il entre dans le champ,
Chacun rivalise en marchant,
Chacun l'accompagne où qu'il aille.
Car nul n'est réputé bien né
S'il n'a reçu, s'il n'a donné
Maint noble coup dans la bataille.

Je vois lances et glaives éclatés
Sur l'écu qui se fausse et tremble:
Aigrettes, casques emportés,
Les vassaux férir tous ensemble,
Les chevaux des morts, des blessés
Dans la plaine au hasard lancés.
Allons! que de sang on s'enivre!
Coupez-moi des têtes, des bras.
Compagnons! point d'autre embarras.
Vaincus, mieux vaut mourir que vivre!

Je vous le dis, manger, dormir,
N'ont pas pour moi saveur si douce,
Que quand il m'est donné d'ouïr:
«Courrons, amis, à là rescussel!»
D'entendre parmi les halliers
Hennir chevaux sans cavaliers,
Et gens crier: «A l'aide! à l'aide!»
De voir les petits et les grands
Dans les fossés rouler mourants.
A ce plaisir tout plaisir cède.

CHARLES D'ORLÉANS.

Il a laissé cent cinquante-deux ballades, sept complaints, cent trente-une chansons, et quatre cent deux rondeaux. C'est un poète aimable, le dernier et le plus parfait, le plus élégant du moins, des troubadours du Moyen âge.

Ballade.

N'a pas longtemps (1) qu'allai parler
A mon cœur tout secrètement,
Et lui conseillai de s'ôter
Hors de l'amoureux pensement;
Mais il me dit bien hardiment:
Ne m'en parlez plus, je vous prie;
J'amerai toujours, si m'aid (2) Dieu!
Car j'ai la plus belle choisie:
Ainsi m'ont rapporté mes yeux.

Lors dis (3): «Veuillez me pardonner;
Car je vos jure par serment
Que conseil je vous crois donner
A mon pouvoir (4), très-loyaument,
Voulez-vous sans allégement
En douleur finir votre vie.

—Nenni da! (5) dit-il, j'aurai mieux.
Ma dame m'a fait chière lie (6):
Ainsi m'ont rapporté mes yeux.

—Croyez-vous savoir sans douter
Par un seul regard seulement,
Lui dis je alors, tout son penser?
OEil qui sourit quelquefois ment.
—Taisez-vous, me dit-il, vraiment
Je ne croirai chose qu'on die (7):
Mais la servirai en tous lieux,
Car de tous biens est enrichie:
Ainsi m'ont rapporté mes yeux.

(1) Il n'y a pas longtemps.—(2) Si Dieu m'aide.—(3) Alors je dis.—(4) Comme je peux.—(5) Non.—(6) Bon visage.—(7) Qu'on puisse dire.

SIGLO XVI.

RABELAIS.

François Rabelais naquit vers 1483, en Touraine, au cabaret de la Devinière, à côté de Chinon; il mourut curé de Meudon, près de Paris, au presbytère, en 1553.

Tour à tour cordelier, bénédictin, médecin, bibliothécaire, secrétaire d'ambassade et curé, sans cesser d'être poète, philosophe et érudit, il a composé la *Vie de Gargantua* et celle de *Pantagruel*, qui ne forment qu'un même roman fantastique, aujourd'hui assez difficile à entendre.

Un roi avancé en âge exhorte son fils à la vertu, par le souvenir des vertus de son père.

Très-cher fils, entre les dons, grâces et prérogatives desquelles le souverain plasmateur (1) Dieu tout-puissant a endouaïré (2) et orné l'humaine nature à son commencement, celle (3) me semble singulière et excellente par laquelle elle peut en état mortel acquérir espèce d'immortalité; et en décours (4) de vie transitoire, perpétuer son nom et sa race; ce qui est fait par lignée issue de nous en mariage légitime. Par ce moyen demeure ès (5) enfants, ce qui était déperdu ès parents; et ès neveux (6) ce qui déperissait ès enfants; et ainsi successivement jusqu'à l'heure du jugement final, quand Jésus-Christ aura rendu à Dieu le père son royaume pacifique, hors tout danger et contamination (7) de péché.

Non donc, sans juste et équitable cause, je rends grâces à Dieu mon conservateur, de ce qu'il m'a donné pouvoir voir mon antiquité chenue, refleurir en ta jeunesse. Car, quand par le plaisir de lui qui tout régit et modère, mon âme laissera cette habitation humaine, je ne me réputerai totalement mourir, ains (8) passer d'un lieu en autre; attendu que, en toi et par toi, je demeure en mon image visible en ce monde, vivant,

(1) Créateur.—(2) Doté, enrichi.—(3) Celle-là.—(4) Au déclin.—(5) Aux.—(6) Petits-enfants, dans le sens latin de *nepotes*.—(7) Tâche.—(8) Mais.

voyant et conversant entre gens d'honneur et mes amis, comme je sou-
lais (1): laquelle mienne conversation a été, moyennant l'aide et grâce
divine, non sans péché, je le confesse (car nous péchons tous, et con-
tinuellement requérons à Dieu qu'il efface nos péchés), mais sans re-
proche.

MONTAIGNE.

Michel de Montaigne naquit en 1533, au château de ce nom, dans le Périgord. Il fit d'excellentes études, soit dans la maison de son père, soit au collège de Bordeaux; il voyagea en France, en Allemagne, en Suisse, en Italie, et toujours en observa-
teur curieux et en philosophe profond. Il remplit honorablement plusieurs fonctions
publiques, entre autres celles de maire de Bordeaux, et revint enfin habiter son châ-
teau, où il se livra tout entier à la philosophie. C'est là qu'il a composé l'ouvrage
qui lui a fait une réputation immortelle, sous le titre modeste d'*Essais*.

Montaigne mourut le 15 septembre 1592.

Par divers moyens on arrive à pareille fin.

La plus commune façon d'amollir les cœurs de ceux qu'on a offen-
sés, lorsque ayant la vengeance en main, ils nous tiennent à leur mer-
ci, c'est de les émouvoir, par soumission, à commisération et à pitié.
Toutefois la braverie (2) et la constance, moyens tout contraires, ont
quelquefois servi à ce même effet. Edouard, prince de Galles, celui qui
régenta longtemps notre Guyenne, personnage duquel les conditions
et la fortune ont beaucoup de notables parties de grandeur, ayant été
bien fort offensé par les Limousins, et prenant leur ville par force, ne
put être arrêté par les cris du peuple et des femmes et enfants aban-
donnés à la boucherie, lui criant merci, et se jetant à ses pieds; jusqu'à
ce que, passant toujours outre dans la ville, il aperçut trois gentils-
hommes français qui d'une hardiesse incroyable soutenaient seuls l'effort
de son armée victorieuse. La considération et le respect d'une si nota-
ble vertu reboucha premièrement la pointe de sa colère; et commença
par ce trois à faire miséricorde à tous les autres habitants de la ville.
Scanderbech, prince de l'Epire, suivant un soldat des siens pour le
tuer, et ce soldat, ayant essayé par toute espèce d'humilités et de sup-
plications de l'apaiser, se résolut à toute extrémité de l'attendre l'épée
au poing. Cette sienne résolution arrêta sus bout (3) la furie de son
maître, qui, pour lui avoir vu prendre un si honorable parti, le reçut en
grâce. Cet exemple pourra souffrir autre interprétation de ceux qui
n'auront lu la prodigieuse force et vaillance de ce prince-là. L'empe-

(1) J'avais coutume. — (2) Braverie ici signifie courage. — (3) A l'instant.

reur Conrad III, ayant assiégé Guelphe, duc de Bavière, ne voulut condescendre à plus douces conditions, quelque viles et lâches satisfactions qu'on lui offrît, que de permettre seulement aux gentilsfemmes qui étaient assiégées avec le duc de sortir, leur honneur sauve (1), à pied avec ce qu'elles pourraient emporter sur elles. Elles, d'un cœur magnanime, s'avisèrent de charger sur leurs épaules leurs maris, leurs enfants, et le duc même. L'empereur prit si grand plaisir à voir la gentillesse de leur courage, qu'il en pleura d'aise, et amortit toute cette aigreur d'ini-mitié mortelle et capitale qu'il avait portée contre ce duc; et dès lors en avant traita humainement lui et les siens. L'un et l'autre de ces deux moyens m'emporterait aisément, car j'ai une merveilleuse lâcheté vers la miséricorde et la mansuétude. Tant y a, qu'à mon avis, je serais pour me rendre plus naturellement à la compassion qu'à l'estimation.

PITHOU.

Pierre Pithou naquit en 1539 à Troyes, en Champagne. Après avoir reçu une bonne éducation domestique, il vint étudier à Paris. Il était de la société des beaux esprits qui composèrent le pamphlet ingénieux connu sous le nom de *Satire Ménippée*, satire qui fit plus de mal à la Ligue que tous les raisonnements des bons citoyens, et plus de bien à Henri IV qu'une bataille gagnée. Il inséra entre autres choses, dans la partie intitulée *Abrégé de la farce des États de la Ligue*, une harangue de M. d'Aubray, parlant pour le tiers état, véritable chef-d'œuvre d'exposition, de fine raillerie et de raison sévère.

La *Satire Ménippée* (2), l'un des chefs-d'œuvre de la langue française, contient beaucoup d'autres morceaux remarquables. Il faut la lire, telle que l'a publiée M. Ch. Labitte.

Harangue de M. d'Aubray pour le tiers état.

Il faut confesser que nous sommes pris à ce coup, plus serfs et plus esclaves que les chrétiens en Turquie, et les juifs en Avignon. Nous n'avons plus de volonté ni de voix au chapitre. Nous n'avons plus rien

(1) Honneur était alors féminin ou masculin. Beaucoup de mots flottaient ainsi entre les deux genres.

(2) La *Satire Ménippée* est un célèbre pamphlet politique du XVI^e siècle, dirigé contre la Ligue (1594, petit in-12). Ses auteurs furent P. Pithou, Jean Passerat, Gilles Durant, Nicolas Rapin, Florent Chrestien, Jacques Gillot et P. Le Roy.

Ménippe, fameux disciple de Diogène, natif de Gadara, en Phénicie, avait écrit des satires en prose et en vers parodiés des plus grands poètes.

La LIGUE fut une association formée sous Henri III et composée des partis bourgeois, municipal, populaire et catholique contre le mouvement armé de la Réforme calviniste. Que la LIGUE eût une tendance républicaine, ou tout au moins fédéraliste, on ne peut en douter, et les documents le démontrent.

de propre, que nous puissions dire: Cela est mien. Tout est à vous, messieurs, qui nous tenez le pied sur la gorge, et qui remplissez nos maisons de garnisons. Nos privilèges et franchises anciennes sont à vau-l'eau: notre hôtel de ville que j'ai vu être l'assuré refuge du secours des rois en leurs urgentes affaires, est à la boucherie; notre cour du parlement est nulle; notre Sorbonne est perdue, et l'Université devenue sauvage. Mais l'extrémité de nos misères est, qu'entre tant de malheurs et de nécessités, il ne nous est pas permis de nous plaindre, ni demander secours; et faut qu'ayant la mort entre les dents, nous disions que nous nous portons bien, et que sommes trop heureux d'être malheureux pour si bonne cause. O Paris qui n'es plus Paris! mais une spélun-que (1) de bêtes farouches, une citadelle d'Espagnols, Wallons et Napolitains (2); un asile et sûre retraite de voleurs, meurtriers et assassinateurs, ne veux-tu jamais te ressentir de ta dignité, et te souvenir qui tu as été, au prix de ce que tu es? Ne veux-tu jamais te guérir de cette frénésie, qui pour un légitime et gracieux roi, t'a engendré cinquante roitelets et cinquante tyrans? Te voilà aux fers, te voilà en l'inquisition d'Espagne, plus intolérable mille fois et plus dure à supporter aux esprits nés libres et francs, comme sont les Français, que les plus cruelles morts dont les Espagnols se sauraient aviser. Tu n'as pu supporter une légère augmentation de tailles et d'offices, et quelques nouveaux édits qui ne t'importaient nullement; mais tu endures qu'on pille tes maisons, qu'on te rançonne jusqu'au sang, qu'on emprisonne tes sénateurs, qu'on chasse et bannisse tes bons citoyens et conseillers; qu'on pende, qu'on massacre tes principaux magistrats. Tu le vois et tu l'endures: tu ne l'endures pas seulement, mais tu l'approuves et le loues, et n'oserais et ne saurais faire autrement. Tu n'as pu supporter ton roi débonnaire, si facile, si familier, qui s'était rendu comme citoyen et bourgeois de ta ville, qu'il a enrichie, qu'il a embellie de somptueux bâtiments, accrue de forts et superbes remparts, ornée de privilèges et exemptions honorables. Que dis-je, pu supporter? C'est bien pis: tu l'as chassé de sa ville, de sa maison, de son lit. Quoi, chassé? tu l'as poursuivi. Quoi, poursuivi? tu l'as assassiné, canonisé l'assassinateur, et fait des feux de joie de sa mort. Et tu vois maintenant combien cette mort t'a profité: car elle est cause qu'un autre est monté en sa place, bien plus vigilant, bien plus laborieux, bien plus guerrier, et qui saura bien te serrer de plus près, comme tu as à ton dam (3) déjà expérimenté. Je vous prie, messieurs, s'il est possible, de jeter encore ces derniers abois en liberté, considérons un peu quel bien et quel profit nous est venu de cette détestable mort, que nos prêcheurs nous faisaient croire être le seul et unique moyen pour nous rendre heureux.

Mais je ne puis en discourir qu'avec trop de regret de voir les choses en l'état qu'elles sont, au prix qu'elles étaient lors. Chacun avait encore en ce temps-là du blé en son grenier et du vin en sa cave; cha-

(1) Caverne.—(2) Soldats de Philippe II en garnison à Paris.—(3) Désavantage.

cun avait sa vaisselle d'argent et sa tapisserie et ses meubles; les femmes avaient encore leur demi-ceint (1); les reliques étaient entières, on n'avait point touché aux joyaux de la couronne. Mais maintenant, qui se peut vanter d'avoir de quoi vivre pour trois semaines, si ce ne sont les voleurs qui se sont engraisés de la substance du peuple, et qui ont pillé à toutes mains les meubles des présents et des absents? Avons-nous pas consommé peu à peu toutes nos provisions, vendu nos meubles, fondu notre vaisselle, engagé jusqu'à nos habits pour vivoter bien chétivement? Où sont nos salles et nos chambres tant bien garnies, tant diaprées et tapissées? Où sont nos festins et nos tables friandes? Nous voilà réduits au lait et au fromage blanc, comme les Suisses. Nos banquets sont d'un morceau de vache pour tous mets. Bien heureux qui n'a point mangé de chair de cheval et de chien, et bien heureux qui a toujours eu du pain d'avoine, et s'est passé de bouillie de son vendue au coin des rues, aux lieux qu'on vendait jadis les friandises de langues, caillettes et pieds de mouton! Et n'a pas tenu à monsieur le légat, et à l'ambassadeur Mendosse que n'ayons mangé les os de nos pères, comme font les sauvages de la Nouvelle-Espagne.

MELLIN DE SAINT-GELAIS.

Mellin de Saint-Gelais, né en 1491, fils d'un poète distingué lui-même, Octavien de Saint-Gelais, reçut une éducation soignée, et embrassa l'état ecclésiastique. Il cultiva de bonne heure la poésie et devint l'un des poètes de la cour de François 1^{er}. Marot, seul, était plus aimé que lui.

Mellin de Saint-Gelais mourut à Paris en 1558.

A un poète vantard.

Tu te plains, ami, grandement
Qu'en mes vers j'ai loué Clément (2),
Et que je n'ai rien dit de toi:
Comment veux-tu que je m'amuse
A louer ni toi, ni ta muse?
Tu le fais cent fois mieux que moi.

Épigramme.

Un charlatan disait, en plein marché,
Qu'il montrerait le diable à tout le monde:
Si n'y eut nul (3), tant fût-il empêché,

(1) Espèce de ceinture. — (2) Clément Marot. — (3) Ainsi il n'y eut personne.

Qui ne courût pour voir l'esprit immonde.
Lors une bourse assez large et profonde
Il leur déploie, et leur dit: «Gens de bien,
Ouvrez vos yeux; voyez, y a-t-il rien?»
— «Non,» dit quelqu'un des plus près regardants.
— «Eh! c'est, dit-il, le diable, oyez-vous (1) bien?
Ouvrir sa bourse, et ne rien voir dedans.»

MAROT.

Clément Marot, le plus célèbre poète de l'ancienne poésie française, naquit en 1495 à Cahors. Sa vie fut assez agitée. Emprisonné plusieurs fois, comme protestant, obligé de fuir de son pays malgré la protection du roi, il alla mourir à Turin, presque dans l'indigence. Voici l'épithaphe que lui fit Jodelle:

Querci, la cour, le Piémont, l'Univers,
Me fit, me tint, m'enterra, me connut.
Querci mon los (2), la cour tout mon temps eut;
Piémont mes os; et l'univers mes vers.

Marot est mort en 1544, n'ayant pas cinquante ans.

Épigramme.

Monsieur l'abbé et monsieur son valet
Sont faits égaux tous deux comme de cire:
L'un est grand fol, l'autre petit follet;
L'un veut railler, l'autre gaudir (3) et rire;
L'un boit du bon, l'autre ne boit du pire.
Mais un débat, au soir, entre eux s'émeut;
Car maître abbé, toute la nuit, ne veut
Être sans vin, que sans secours ne meure (4),
Et son valet jamais dormir ne peut,
Tandis qu'au pot une goutte en demeure.

A Geoffroy Bruslard.

Tu peins ta barbe, ami Bruslard, c'est signe
Que tu voudrais pour jeune être tenu:
Mais on t'a vu naguères être un cygne,
Puis tout à coup un corbeau devenu.
Encor le pis qui te soit avvenu,
C'est que la mort, plus que toi fine et sage,
Connaît assez que tu es tout chenu,
Et t'ôtera ce masque du visage.

(1) Entendez-vous. — (2) Ma louange, ma gloire. — (3) S'amuser. — (4) Tant il craint de mourir sans secours.

RONSARD.

Pierre de Ronsard, né au château de la Poissonnière, près de Vendôme, en 1524, fut page du duc d'Orléans, fils de François 1^{er}, puis du prince écossais Jacques Stuart, rentra au service du duc d'Orléans et fut employé dans quelques missions diplomatiques. Il se voua ensuite tout entier aux lettres. Charles IX lui témoignait une grande affection. Ronsard mourut en 1585 dans un de ses prieurés, près de Tours.

A l'âge de dix-huit ans, Ronsard, forcé par une surdité précoce de renoncer à la cour, s'enferma, avec le jeune Baïf, son ami, avec Joachim du Bellay, avec Remi Belleau et Antoine Muret, dans un collège dont le savant Daurat venait d'être nommé principal. Une nouvelle ambition s'était emparée du jeune Ronsard: c'était de faire passer dans la langue vulgaire toute la majesté d'expression et de pensée qu'il admirait chez les anciens. Il communiqua à ses nouveaux condisciples son projet et son enthousiasme. Tous se mirent à l'œuvre avec un admirable courage, et Joachim du Bellay publia sous le titre de *Défense et Illustration de la langue française* le manifeste de la nouvelle école.

Les guerres de religion.

Ce monstre (1) arme le fils contre son propre père,
Le frère factieux s'arme contre son frère,
La sœur contre la sœur, et les cousins germains
Au sang de leurs cousins veulent tremper leurs mains,
L'oncle hait son nepveu, le serviteur son maistre:
La femme ne veut plus son mary reconnoistre:
Les enfants sans raison disputent de la foy,
Et tout à l'abandon va sans ordre et sans loy.
L'artisan par ce monstre a laissé sa boutique,
Le pasteur ses brebis, l'advocat sa pratique (2),
Sa nef le marinier, son traficq le marchand,
Et par lui le preud'homme est devenu meschant;
L'escolier se desbauche, et de sa faulx tortüe
Le laboureur façonne une dague pointüe,
Une pique guerrière il fait de son rateau,
Et l'acier de son coute il change en un couteau.
Morte est l'autorité: chacun vit en sa guise:
Au vice desréglé la licence est permise.

Et quoy? brusler maisons, piller et brigander,
Tuer, assassiner, par force commander,
N'obéir plus aux Rois, amasser des armées,
Appelez-vous cela Églises réformées?
Jésus que seulement vous confessez icy
De bouche et non de cœur, ne faisoit pas ainsi:
Et Saint Paul en preschant n'avoit pour toutes armes
Sinon l'humilité, les jeûnes et les larmes,
Et les Pères Martyrs, aux plus dures saisons
Des Tyrans, ne s'armoient sinon que d'oraisons.

(1) L'hérésie.—(2) Sa clientèle.

PASSERAT.

Jean Passerat, né en 1534 à Troyes, en Champagne, fut un des plus savants hommes du XVI^e siècle, et en même temps un poète très-distingué dans le genre gai et satirique. Il coopéra à la *Satire Ménippée*, et y inséra beaucoup de vers souvent très piquants.

Il mourut en 1602, dans sa soixante-huitième année.

Sonnet.

Sire, Thulène (1) est mort, j'ai vu sa sépulture:
Mais il est presque en vous de le ressusciter;
Faites de son état un poète héritier,
Le poète et le fou sont de même nature.

L'un fuit l'ambition et l'autre n'en a cure;
Tous deux ne font jamais leur argent profiter;
Tous deux sont d'une humeur aisée à irriter,
L'un parle sans penser, et l'autre à l'aventure.

L'un a la tête verte, et l'autre va couvert
D'un joli chaperon fait de jaune et de vert (2),
L'un s'amuse aux grelots et l'autre à des sornettes.

Le plus grand différent qui se trouve entre nous,
C'est qu'on dit que toujours Fortune aime les fous,
Et qu'elle est peu souvent favorable aux poètes.

Sur la journée de Senlis.

A chacun nature donne
Des pieds pour le secourir:
Les pieds sauvent la personne;
Il n'est que de bien courir.

Ce vaillant prince d'Aumale (3),
Pour avoir fort bien couru,
Quoiqu'il ait perdu sa malle,
N'a pas la mort encouru.

Quand ouverte est la barrière,
De peur de blâme encourir,
Ne demeurez pas en derrière:
Il n'est que de bien courir.

Courir vaut un diadème;
Les coureurs sont gens de bien:
Trémont, et Balagny même,
Et Congy (4) le savent bien.

(1) Thulène était un fou du roi.—(2) Le chaperon jaune et vert était la coiffure du fou du roi.—(3). Le duc d'Aumale, qui perdit la bataille de Senlis, et se sauva par la fuite.—(4) Noms de quelques chefs des ligueurs.

Bien courir n'est pas un vice;
On court pour gagner le prix:
C'est un honnête exercice;
Bon coureur n'est jamais pris.

Souvent celui qui demeure
Est cause de son méchef (1):
Celui qui fuit de bonne heure
Peut combattre derechef.

Il vaut mieux des pieds combattre
En fendant l'air et le vent,
Que se faire occire ou battre
Pour n'avoir pris le devant.

Qui a de l'honneur envie
Ne doit pourtant en mourir:
Où il y va de la vie,
Il n'est que de bien courir.

A un fripon qui a changé d'état.

Bien qu'il ait un état nouveau,
Si (2) est-il tel (3) que de coutume:
On ne laisse pas d'être oiseau
Pour muer et changer sa plume.

MALHERBE.

François de Malherbe, né à Caen en 1556, d'une noble et ancienne famille, vécut d'abord en Provence et se signala dans la profession des armes. Il vint à Paris en 1603, fut présenté à Henri IV, qui, charmé de la pureté de ses vers et de la noblesse de son langage, le garda à son service et l'inscrivit parmi ses pensionnaires. Après la mort de ce prince, Marie de Médicis gratifia Malherbe d'une pension de cinq cents écus. Il mourut à Paris en 1628.

La gloire de Malherbe c'est d'avoir connu le premier en France le sentiment et la théorie du style, d'avoir fait sciemment ce que Rénier exécutait par instinct. Critique plutôt qu'artiste, son œuvre est un codé plus qu'un poème.

Au précepte il sut joindre l'exemple, et le caractère de son talent s'assortit merveilleusement avec les exigences de sa raison. Poète peu fécond, mais correct et laborieux, on le vit gâter une demi-rame de papier pour faire et refaire une stance.

Consolation à M. du Périer, gentilhomme d'Aix en Provence, sur la mort de sa fille.

(1607)

Ta douleur, du Périer, sera donc éternelle,
Et les tristes discours
Que te met en l'esprit l'amitié paternelle
L'augmenteront toujours?

(1) Malheur, mauvais accident. Ce mot vient de *mé* (mal) *choir*.—(2) Cependant il y est tel que de coutume.—(3) Tout de même il est.

Le malheur de ta fille au tombeau descendue
Par un commun trépas,
Est-ce quelque dédale, où ta raison perdue
Ne se retrouve pas?
Je sais de quels appas son enfance étoit pleine,
Et n'ai pas entrepris,
Injurieux ami, de soulager ta peine
Avecque son mépris.
Mais elle étoit du monde où les plus belles choses
Ont le pire destin;
Et rose elle a vécu ce que vivent les roses (1),
L'espace d'un matin.
Puis quand ainsi seroit, que selon ta prière
Elle auroit obtenu
D'avoir en cheveux blancs terminé sa carrière,
Qu'en fût-il advenu?
Penses-tu que plus vieille en la maison céleste
Elle eût eu plus d'accueil?
Ou qu'elle eût moins senti la poussière funeste,
Et les vers du cercueil?...
C'est bien, je le confesse, une juste coutume,
Que le cœur affligé,
Par le canal des yeux vidant son amertume,
Cherche d'être allégé.
Même quand il advient que la tombe sépare
Ce que nature a joint,
Celui qui ne s'émeut à l'âme d'un barbare,
Ou n'en a du tout point.
Mais d'être inconsolable, et dedans sa mémoire
Enfermer un ennui,
N'est-ce pas se haïr pour acquérir la gloire
De bien aimer autrui?...
La mort a des rigueurs à nulle autre pareilles;
On a beau la prier,
La cruelle qu'elle est se bouche les oreilles,
Et nous laisse crier.
Le pauvre en sa cabane, où le chaume le couvre,
Est sujet à ses lois;
Et la garde qui veille aux barrières du Louvre
N'en défend point nos rois.
De murmurer contre elle, et perdre patience,
Il est mal à propos;
Vouloir ce que Dieu veut, est la seule science
Qui nous met en repos.

(1) On raconte que Malherbe avait d'abord écrit ainsi ce vers:

Et Rosette a vécu ce que vivent les roses.

Mais à l'imprimerie on aurait mal lu le manuscrit, et l'on aurait mis *Roselle* au lieu de *Rosette*. En lisant l'épreuve à haute voix, le poète aurait été frappé de cette variante fortuite, et l'aurait adoptée.

GOMBAULD.

Jean-Ogier de Gombauld, né vers 1568 à Saint-Just-de-Lussac, près de Brouage, était d'une famille distinguée de Saintonge. Il se produisit à la cour de Marie de Médicis, plut à cette princesse par ses vers, et en obtint une pension de 1200 livres, réduite depuis à 400. Son état ne fut jamais au-dessus de la médiocrité. Il l'a lui-même représenté dans cette épitaphe épigrammatique :

L'Apollon de nos jours, Malherbe ici repose :
Il a vécu longtemps sans beaucoup de support.
En quel siècle ? Passant, je n'en dis autre chose :
Il est mort pauvre, et moi je vis comme il est mort.

Gombauld est mort en 1666, presque centenaire.

Jugement des œuvres d'autrui.

Vous lisez les œuvres des autres
Plus négligemment que les vôtres,
Et vous les louez froidement.
Voulez-vous qu'elles soient parfaites ?
Imaginez-vous seulement
Que c'est vous qui les avez faites.

Petits auteurs.

On vous donne le privilège,
Petits auteurs, on vous protège,
Et souvent on vous fait du bien :
N'en déplaît aux pouvoirs suprêmes ;
Les ouvrages ne valent rien
S'ils ne se protègent eux-mêmes.

D'un jeune homme estimé fort heureux.

Il se dit noble, il a sa terre ;
Il ne va jamais à la guerre ;
Il fait visite ; il la reçoit ;
Il roule, et pour tous exercices,
Il chasse, il joue, il mange, il boit :
Sont-ce des vertus, ou des vices ?

Le moyen de se défaire de quelqu'un.

Tu veux te défaire d'un homme,
Et jusqu'ici tes vœux ont été superflus.
Hasarde une petite somme :
Prête-lui trois louis, tu ne le verras plus.

RÉGNIER.

Mathurin Régnier naquit à Chartres, le 15 décembre 1573. Ses parents le destinaient à l'état ecclésiastique; il fut tonsuré à neuf ans, et ayant, à cause de ses talents, trouvé de puissantes protections, il obtint une pension de 2000 livres sur l'abbaye de Vaux-de-Cernay et un canonicat à Chartres. L'usage qu'il fit de ses biens ne fut guère conforme à la sainteté de leur origine. Vieux à trente ans, il mourut à quarante, en 1613, fatigué par la débauche. Il s'était fait à lui-même cette épitaphe, qui peint bien son caractère:

J'ai vécu sans nul pensement,
Me laissant aller doucement
A la bonne loi naturelle,
Et si (1) m'étonne fort pourquoi
La mort osa songer à moi
Qui ne songeai jamais à elle.

Le critique outré.

Cependant leur savoir ne s'étend seulement
Qu'à regretter un mot douteux au jugement,
Prendre garde qu'un *qui* ne heurte une diphtongue,
Epier si des vers la rime est brève ou longue,
Ou bien si la voyelle, à l'autre s'unissant,
Ne rend point à l'oreille un vers trop languissant,
Et laissant sur le vert le noble de l'ouvrage.
Nul aiguillon divin n'élève leur courage;
Ils rampent bassement, faibles d'inventions,
Et n'osent, peu hardis, tenter les fictions,
Froids à l'imaginer; car s'ils font quelque chose,
C'est proser de la rime, et rimer de la prose.

MAYNARD.

François Maynard, président d'Aurillac, naquit en 1583 à Toulouse. Malherbe, dont il fut le disciple, lui rendait ce témoignage, que personne ne savait mieux tourner des vers que lui. Il mourut en 1646.

Sonnet à Faret.

Je donne à mon désert les restes de ma vie,
Pour ne dépendre plus que du ciel et de moi.
Le temps et la raison m'ont fait perdre l'envie

(1) Ainsi je m'étonne.

D'encenser la faveur et de suivre le roi.

Faret, je suis le roi des bois où je demeure,
J'y trouve la santé de l'esprit et du corps.

Approuve ma retraite; et permets que je meure
Dans le même village où mes pères sont morts.

J'ai fréquenté la cour où ton conseil m'appelle;
Et sous le grand Henri je la trouvai si belle,
Que ce fut à regret que je lui dis adieu.

Mais les ans m'ont changé; le monde m'importune,
Et j'aurais de la peine à vivre dans un lieu
Où toujours la vertu se plaint de la fortune.

Épigramme.

Veux-tu que tes dîners ne me déplaisent pas?
N'y récite jamais ce qui part de tes veilles;
Oùir de mauvais vers durant un bon repas,
C'est contenter la gueule aux dépens des oreilles.

Dizain à Malherbe.

Un rare écrivain comme toi
Devrait enrichir sa famille,
D'autant d'argent que le feu roi
En avait mis dans la Bastille.
Mais les vers ont perdu leur prix;
Et pour les excellents esprits,
La faveur des princes est morte.
Malherbe, en cet âge brutal,
Pégase est un cheval qui porte
Les grands hommes à l'hôpital.



SIGLO XVII.

JEAN LOUIS DE BALZAC.

Jean Louis Guez, seigneur de Balzac, membre de l'Académie Française, né à Angoulême en 1594, mort en 1654. Après quelques voyages, il se retira dans son château, et consacra son temps à correspondre avec ses amis sur toutes sortes de sujets.

La conscience des chefs d'empire.

Tibère a humilié toutes les âmes, il a dompté tous les courages, il a mis sous ses pieds toutes les têtes, il s'est élevé au-dessus de la raison, de la justice et des lois; il pense avoir ôté à Rome jusqu'à la liberté de la voix et de la respiration: ou les pauvres Romains sont muets, ou ils n'ouvrent la bouche que pour flatter le tyran. Mais un homme possédera-t-il sans trouble la gloire d'être plus craint que les dieux (on parlait ainsi en ce temps-là)? Goûtera-t-il sans contradiction le fruit de cette victoire inhumaine qu'il a remportée sur les esprits? Jouira-t-il paisiblement des avantages de sa cruauté, de la peur et du silence de ses sujets, de la lâcheté et des mensonges de ses courtisans? La vérité, qu'on retient captive, ne sortira-t-elle point par quelque endroit? ne paraîtra-t-elle point en quelque lieu, à la honte et à la confusion de Tibère? Oui, certes, et d'une étrange sorte.

Des extrémités de l'Orient il lui vient une grande lettre, qui délivre la vérité opprimée, qui la venge des espions et des délateurs, qui efface les odes et les panégyriques de la flatterie. Cette lettre injurieuse est écrite de la main du roi des Parthes, et il n'y a pas moyen de la supprimer. Ce n'est point un cartel d'ennemi à ennemi: c'est une satire, c'est un pasquin, c'est quelque chose de pis; ou plutôt ce sont les premières pièces d'un procès criminel intenté par le genre humain, que les vices de Tibère avaient offensé. Au nom de toute la terre, un roi se déclare partie, et prend la parole contre un empereur.

Après lui avoir reproché sa mauvaise haleine, sa tête pelée, son visage pétri de boue et de sang, les monstres et les prodiges de ses dé-

bauches, en un mot les plus visibles défauts de sa personne et les crimes les plus connus de sa vie, cette grande lettre, cette lettre injurieuse lui conseille, pour conclusion, *de mettre fin par une mort volontaire à tant de maux qu'il souffre et qu'il fait souffrir, l'exhorte de donner par là à toute la terre la seule satisfaction qu'elle pouvait recevoir de lui.*

Vous voyez comme la renommée condamne Tibère par la bouche des étrangers: mais la conscience souscrit à cet arrêt par le propre témoignage de Tibère; car, environ ce temps-là, il écrit lui-même une autre lettre au Sénat, dans laquelle il maudit sa malheureuse grandeur avec des paroles de désespoir. Il découvre à nu les inquiétudes et les peines d'une âme ennuyée de tout, et mal satisfaite de soi-même, abandonnée de Dieu et des hommes; qui a perdu jusqu'à ses propres désirs; qui ne peut ni vivre ni mourir. Il semble qu'il veuille faire pitié à ceux à qui il faisait encore peur.

De la persévérance dans les desseins.

La patience est absolument nécessaire, pour exécuter les hautes et importantes entreprises; pour s'avancer tout droit vers le but, sans s'arrêter de côté ni d'autre par les chemins; pour faire ce qui a été résolu, et se moquer des bruits que l'on fait courir; pour préférer la gloire durable, et la solidité des effets à une courte réputation, et à la vanité de l'apparence; pour ne s'émouvoir ni des murmures des siens, ni des bravades de l'ennemi; pour venir à bout de son opiniâtreté, après avoir consumé sa force; pour vaincre finalement ce qui se veut et se sait défendre.

Mais que sert-il de le dissimuler? Cette vertu, que le roi met aujourd'hui en usage, nous est aussi nouvelle, qu'elle étoit inconnue à nos pères. La voix publique nous reproche le contraire, et toute l'antiquité les en a blâmés. Car bien que tantôt ils jurassent solennellement de ne descendre jamais leurs baudriers, qu'ils n'eussent monté au Capitole, et que tantôt ils promissent à leur Dieu de lui consacrer les armes des Romains, et de lui présenter un carcan (1) fait de leur butin. Bien qu'encore depuis vivant sous les lois chrétiennes, ils s'obligeassent par serment de prendre des villes, et qu'ils fissent vœu de ne se déshabiller point, et de ne boire ni de ne manger, qu'elles ne fussent à eux; ce qu'ils appelloient *Ivrer et vover un Siège*. Néanmoins, le plus souvent ils rompoient leur vœu, et violoient leur serment; et si quelquefois ils ont emporté les places qu'ils assiégeoient, ç'a plutôt été par impétuosité que par raison; plutôt en perdant des hommes qu'en ménageant le temps, et plus à cause que la science de les fortifier étoit ignorée, que parce qu'ils les sussent bien attaquer.

Quant à moi je ne saurois louer cette valeur fortuite et désordonnée. Il n'est pas difficile d'être courageux pour un temps, mais il est

(1) Chaîne ou collier.

difficile de l'être toujours; et l'égalité a été estimée à tel point par certains sages, qu'ils ont cru même que c'étoit quelque chose de plus excellent de persévérer dans le mal que de n'être assuré en la vertu. Il y a une infinité de gens qui feroient de bonnes actions, pourvu qu'elles ne durassent qu'un jour; mais il n'y en a guère qui soient capables de conduire un long dessein; il n'y en a guère de si ardents dont l'émotion ne passe, et qui aient des fougues continues; il n'y en a quasi point qui n'aiment mieux entreprendre plusieurs affaires, et changer souvent d'occupation que de s'attacher à un objet, et de continuer le même travail.

La plupart des septentrionaux agissent ainsi, et n'ont que des transports et des mouvements soudains. Ils ne songent point à vaincre: ils ne songent qu'à finir la guerre et à sortir des incommodités présentes, voir par leur défaite, voir par leur mort.

Ce brave Gaulois (1) le reconnoit bien dans les commentaires de son ennemi, où répondant aux objections de ses accusateurs, il avoue qu'il n'a voulu laisser la charge de l'armée à personne, de peur que celui à qui il l'eût laissée, pressé de l'importunité de la multitude, n'eût été contraint de combattre; à quoi il voyoit que tous enclinoient, pour n'avoir pas assez de courage et pour ne pouvoir endurer les fatigues de la guerre. En un autre endroit des mêmes écrits, on peut voir que c'est souvent lâcheté et non hardiesse, de vouloir tout remettre à la décision d'une bataille, et qu'il se trouve beaucoup plus de gens qui se présentent de leur bon gré à la mort que de ceux qui souffrent virilement la douleur.

L'empereur Othon fut vaincu, parce qu'il n'eut pas la patience de vaincre. Il se tua par délicatesse, et aima mieux promptement périr que de se donner de la peine quelque temps. Sans montrer de peur ni se mettre en fuite, il ne laissa pas d'être déserteur de son parti et fugitif de son armée. Il ne manquoit ni de conseil ni de forces: il avoit les plus belles troupes, et le plus désireuses de bien faire qu'on eût jamais vues; et néanmoins pour une journée qui ne leur fut pas heureuse, il abandonna la victoire à un ennemi, qui en toutes choses lui étoit inférieur, et quitta la partie, à cause qu'il ne gagna pas du premier coup. Il renonça à l'empire, à l'honneur et à la vie, pour ne pouvoir plus supporter le doute et l'incertitude de l'avenir: et le soin de penser tous les jours à ses affaires lui sembla si fâcheux que pour être de loisir en quelque façon, il résolut de s'ôter du monde.

Nous voyons par là que la mollesse, aussi bien que la nécessité, porte les hommes à désirer les choses extrêmes, et que non seulement les vaillants et les désespérés méprisent la mort, mais aussi les dégoûtés et ceux qui s'ennuient. Le soupçon du mal touche les esprits infirmes plus violemment que le mal même: ils croient beaucoup de se garantir de l'agitation par la chute et préfèrent une condition mauvaise à une condition incertaine.

(1) Vercingétorix. Voy. *Com. de César*, VII, 20.

DESCARTES.

René Descartes, né en 1596, à La Haye, en Touraine, d'une famille noble et ancienne, fit ses études au collège de la Flèche, chez les jésuites. Ses progrès dans les langues anciennes furent rapides, et de bonne heure il prit pour la poésie un goût qui ne l'abandonna jamais. Doué d'une raison précoce, il montra pour les mathématiques autant d'ardeur qu'il témoignait de répugnance pour la philosophie subtile et fausse que révéraient ses maîtres. Il embrassa d'abord l'état militaire, et fit la guerre en Hollande et en Allemagne. Ce fut là qu'âgé de vingt-trois ans à peine, il se livra pendant plusieurs mois à ces méditations, dont le résultat fut sa fameuse méthode de doute et d'examen. Son *Discours sur la méthode*, imprimé à Leyde en 1637, et ses *Méditations métaphysiques*, publiées en 1641, firent dans toute l'Europe une sensation prodigieuse et commencèrent cette immense révolution que développèrent ses autres ouvrages et ceux de ses disciples. Descartes mourut en 1650.

Plan de conduite que Descartes s'était tracé pour chercher la vérité dans les sciences.

Sitôt que l'âge me permit de sortir de la sujétion de mes précepteurs, je quittai entièrement l'étude des lettres; et, me résolvant de ne chercher plus d'autre science que celle qui se pourrait trouver en moi-même, ou bien dans le grand livre du monde, j'employai le reste de ma jeunesse à voyager, à voir des cours et des armées, à fréquenter des gens de diverses humeurs et conditions, à recueillir diverses expériences, à m'éprouver moi-même dans les rencontres que la fortune me proposait, et partout à faire telle réflexion sur les choses qui se présentaient que j'en pusse tirer quelque profit. Car il me semblait que je pourrais rencontrer beaucoup plus de vérité dans les raisonnements que chacun fait touchant les affaires qui lui importent, et dont l'événement le doit punir bientôt après s'il a mal jugé, que dans ceux que fait un homme de lettres dans son cabinet touchant des spéculations qui ne produisent aucun effet, et qui ne lui sont d'autre conséquence, sinon que peut-être il en tirera d'autant plus de vanité qu'elles seront plus éloignées du sens commun, à cause qu'il aura dû employer d'autant plus d'esprit et d'artifice à tâcher de les rendre vraisemblables. Et j'avais toujours un extrême désir d'apprendre à distinguer le vrai d'avec le faux, pour voir clair en mes actions et marcher avec assurance en cette vie.

J'étais alors en Allemagne, où l'occasion des guerres qui n'y sont pas encore finies m'avait appelé; et, comme je retournais du couronnement de l'empereur vers l'armée, le commencement de l'hiver m'arrêta en un quartier où, ne trouvant aucune conversation qui me divertît, et n'ayant d'ailleurs, par bonheur, aucuns soins ni passions qui me troublassent, je demeurais tout le jour enfermé seul dans un poêle (1), où

(1) *Poêle* se dit d'une chambre où est le poêle, et qui est ordinairement la chambre commune de la famille.

j'avais tout le loisir de m'entretenir de mes pensées, entre lesquelles l'une des premières fut que je m'avisai de considérer que souvent-il n'y a pas tant de perfection dans les ouvrages composés de plusieurs pièces, et faits de la main de divers maîtres, qu'en ceux auxquels un seul a travaillé. Ainsi voit-on que les bâtiments qu'un seul architecte a entrepris et achevés ont coutume d'être plus beaux et mieux ordonnés que ceux que plusieurs ont tâché de raccomoder en faisant servir de vieilles murailles qui avaient été bâties à d'autres fins. Ainsi ces anciennes cités qui, n'ayant été au commencement que des bourgades, sont devenues par succession de temps de grandes villes, sont ordinairement si mal compassées, au prix de ces places régulières qu'un ingénieur trace à sa fantaisie dans une plaine, qu'encore que, considérant leurs édifices chacun à part, on y trouve souvent autant ou plus d'art qu'en ceux des autres; toutefois, à voir comme ils sont arrangés, ici un grand, là un petit, et comme ils rendent les rues courbées et inégales, on dirait plutôt que c'est la fortune que la volonté de quelques hommes usant de raison qui les a ainsi disposés. Et, si on considère qu'il y a eu néanmoins de tout temps quelques officiers qui ont eu charge de prendre garde aux bâtiments des particuliers pour les faire servir à l'ornement du public, on connaîtra bien qu'il est malaisé, en ne travaillant que sur les ouvrages d'autrui, de faire des choses fort accomplies. Ainsi je m'imaginai que les peuples qui, ayant été autrefois demi-sauvages, et ne s'étant civilisés que peu à peu, n'ont fait leurs lois qu'à mesure que l'incommodité des crimes et des querelles les y a contraints, ne sauraient être si bien policés que ceux qui, dès le commencement qu'ils se sont assemblés, ont observé les constitutions de quelque prudent législateur.

Si Sparte a été autrefois très-florissante, ce n'a pas été à cause de la bonté de chacune de ses lois en particulier, vu que plusieurs étaient fort étranges, et même contraires aux bonnes mœurs; mais à cause que, n'ayant été inventées que par un seul (1), elles tendaient toutes à même fin. Et ainsi je pensai que les sciences des livres, au moins celles dont les raisons ne sont que probables, et qui n'ont aucunes démonstrations, s'étant composées et grossies peu à peu des opinions de plusieurs diverses personnes, ne sont point si approchantes de la vérité que les simples raisonnements que peut faire naturellement un homme de bon sens touchant les choses qui se présentent. Et ainsi encore je pensai que pour ce que nous avons tous été enfants avant que d'être hommes, et qu'il nous a fallu longtemps être gouvernés par nos appétits et nos précepteurs, qui étaient souvent contraires les uns aux autres, et qui, ni les uns ni les autres, ne nous conseillaient peut-être pas toujours le meilleur, il est presque impossible que nos jugements soient si purs ni si solides qu'ils auraient été si nous avions eu l'usage entier de notre raison dès le point de notre naissance, et que nous n'eussions jamais été conduits que par elle.

(1) Lycurgue, législateur de Sparte.

Comme un homme qui marche seul et dans les ténèbres, je me résolus d'aller si lentement et d'user de tant de circonspection en toutes choses, que, si je n'avançais que fort peu, je me garderais bien au moins de tomber: même je ne voulus point commencer à rejeter tout à fait aucune des opinions qui s'étaient pu glisser autrefois en ma créance sans y avoir été introduites par la raison, que je n'eusse auparavant employé assez de temps à faire le projet de l'ouvrage que j'entreprenais, et à chercher la vraie méthode pour parvenir à la connaissance de toutes les choses dont mon esprit serait capable.

Au lieu de ce grand nombre de préceptes dont la logique est composée, je crus que j'aurais assez des quatre suivants, pourvu que je prisse une ferme et constante résolution de ne manquer pas une seule fois à les observer.

Le premier était de ne recevoir jamais aucune chose pour vraie que je ne la connusse évidemment être telle, c'est-à-dire d'éviter soigneusement la précipitation et la prévention, et de ne comprendre rien de plus en mes jugements que ce qui se présenterait si clairement et si distinctement à mon esprit que je n'eusse aucune occasion de le mettre en doute;

Le second, de diviser chacune des difficultés que j'examinerais en autant de parcelles qu'il se pourrait et qu'il serait requis pour les mieux résoudre;

Le troisième, de conduire par ordre mes pensées, en commençant par les objets les plus aisés à connaître, pour monter peu à peu comme par degrés jusques à la connaissance des plus composés, et supposant même de l'ordre entre ceux qui ne se précèdent point naturellement les uns les autres;

Et le dernier, de faire partout des dénombrements si entiers et des revues si générales que je fusse assuré de ne rien omettre.

Ces longues chaînes de raisons, toutes simples et faciles, dont les géomètres ont coutume de se servir pour parvenir à leurs plus difficiles démonstrations, m'avaient donné occasion de m'imaginer que toutes les choses qui peuvent tomber sous la connaissance des hommes s'entre-suivent en même façon, et que, pourvu seulement qu'on s'abstienne d'en recevoir aucune pour vraie qui ne le soit, et qu'on garde toujours l'ordre qu'il faut pour les déduire les unes des autres, il n'y en peut avoir de si éloignées auxquelles enfin on ne parvienne, ni de si cachées qu'on ne découvre. Et je ne fus pas beaucoup en peine de chercher par lesquelles il était besoin de commencer, car je savais déjà que c'était par les plus simples et les plus aisées à connaître.

VOITURE.

Vincent Voiture était le fils d'un riche marchand de vin d'Amiens, où il naquit en 1598. Malgré cette humble origine, il sut devenir, par son esprit et par son élégance, le héros de l'hôtel de Rambouillet (1), le type de la société polie de son temps et l'ami des plus grands seigneurs de la cour. Louis XIII le chargea de plusieurs missions diplomatiques en Espagne et en Italie. A sa mort, Voiture fut nommé maître d'hôtel de Louis XIV, et introducteur des ambassadeurs chez la reine mère.— Voiture mourut en 1648.

Lettre à Mlle. de Rambouillet.

Mademoiselle,

Je voudrais que vous m'eussiez pu voir aujourd'hui dans un miroir, en l'état où j'étais. Vous m'eussiez vu dans les plus effroyables montagnes du monde, au milieu de douze ou quinze hommes les plus horribles que l'on puisse voir, dont le plus innocent en a tué quinze ou vingt autres; qui sont tous noirs comme des diables, et qui ont les cheveux qui leur viennent jusqu'à la moitié du corps. Chacun deux ou trois balafres sur le visage, et deux pistolets et deux poignards à la ceinture. Ce sont les bandits qui vivent dans les montagnes des confins du Piémont et de Gênes. Vous eussiez eu peur sans doute, Mademoiselle, de me voir entre ces messieurs-là, et vous eussiez cru qu'ils m'allaient couper la gorge. De peur d'en être volé, je m'en étais fait escorter. J'avais écrit, dès le soir, à leur capitaine de me venir accompagner, et de se trouver en mon chemin; ce qu'il a fait, et j'en ai été quitte pour trois pistoles. Mais surtout je voudrais que vous eussiez vu la mine de mon neveu et de mon valet, qui croyaient que je les avais menés à la boucherie.

Au sortir de leurs mains, je suis passé par des lieux où il y avait garnison espagnole, et là, sans doute, j'ai couru plus de dangers. On m'a interrogé: j'ai dit que j'étais Savoyard; et, pour passer pour cela, j'ai parlé, le plus qu'il m'a été possible, comme M. de Vaugelas: sur mon mauvais accent, ils m'ont laissé passer. Regardez si je ferai jamais de beaux discours qui me valent tant, et, s'il n'eût pas été bien mal à propos qu'en cette occasion, sous ombre (2) que je suis à l'Académie, je me fusse piqué de parler bon français. Au sortir de là, je suis arrivé à Savone, où j'ai trouvé la mer un peu plus émue qu'il ne fallait pour le petit vaisseau que j'avais pris; et néanmoins je suis, Dieu merci, arrivé ici à bon port.

Voyez, Mademoiselle, combien de périls j'ai courus dans un jour. Enfin, je suis échappé des bandits, des Espagnols et de la mer.

(1) C'est là que se succédèrent, d'abord sous la direction de la marquise de Rambouillet, puis sous celle de sa fille Julie d'Angennes, deux générations de beaux esprits. Il est certain que l'hôtel de Rambouillet rendit d'abord quelques services aux lettres.

(2) *Sous prétexte que ou à cause que.*

P. CORNEILLE.

Pierre Corneille naquit à Rouen le 6 juin 1606. Une circonstance heureuse, qui lui fournit l'idée de sa première pièce (*Mélite*, 1625), le décida à suivre la carrière du théâtre. Plusieurs comédies qu'il donna ensuite lui méritèrent la protection du cardinal de Richelieu, qui l'admit au nombre des auteurs occupés à écrire des pièces d'après les plans qu'il avait tracés. Bientôt, Corneille, à qui *Médée* avait révélé une partie de sa force, s'affranchit de la tutelle du cardinal. Devenu libre, il donna en 1636 *Le Cid*. Le succès qu'obtint cette tragédie fut immense, et, comme tous les grands succès, il excita de vives réclamations.

Il fonda successivement la comédie de caractère, et les pièces-féeries ou tragédies à machines.

Corneille excita de son vivant une telle admiration qu'on lui donna le titre de *Grand*; la postérité le lui a confirmé.

Il avait été reçu à l'Académie Française en 1647, et mourut à Paris en 1684, dans un état voisin de l'indigence.

Le Cid (1).

Don Rodrigue (surnommé bientôt le Cid, ou Seigneur, par les Maures qu'il a vaincus) aime Chimène, fille de don Gomès, comte de Gormas, et il en est aimé. Don Diègue, père de Rodrigue, au sortir d'un conseil où il a été nommé gouverneur du prince royal, vient demander à don Gomès la main de Chimène pour son fils. Don Gomès, irrité de se voir enlever par don Diègue l'emploi qu'il désirait pour lui-même, refuse son consentement, insulte le vieillard et lui donne un soufflet. Diègue met l'épée à la main, mais il est aussitôt désarmé par son adversaire. Rodrigue, chargé de la vengeance de son père, provoque le père de Chimène et le tue. Chimène, malgré son amour, va demander vengeance au roi. Pendant qu'elle poursuit sa demande, Rodrigue sauve Séville menacée par les Maures. Le roi ne peut punir le héros qui vient de lui rendre un pareil service. Chimène alors promet sa main au chevalier quel qu'il soit qui lui rapportera la tête de Rodrigue. Don Sanche, rival de Rodrigue, s'offre pour venger Chimène: le roi permet le combat. Sanche, vaincu et épargné par Rodrigue, vient apporter son épée aux pieds de Chimène, qui, à sa vue, s'imaginant que Rodrigue a été tué, laisse éclater son amour avec sa douleur. Le roi, suivi de toute la cour, vient lui apprendre que Rodrigue est vivant et décide qu'elle devra épouser le héros qu'elle n'a pas cessé d'aimer.

(1) Don Rodrigue de Bivar est, en Espagne, le héros d'un cycle légendaire, comme Charlemagne et Roland en France. Guillén de Castro trouva dans ses aventures, racontées par les vieilles romances espagnoles, la matière d'une comédie nationale, dont la renommée parvint jusqu'en France. Un vieux courtisan retiré à Rouen, M. de Châlon, signala à son jeune compatriote ce sujet dramatique. Corneille profita de l'avis; mais il ne copia pas servilement le modèle qu'on lui désignait.

Acte I, scène III — Le Comte, D. Diègue.

- Le Com.* Enfin vous l'emportez, et la faveur du roi
Vous élève en un rang qui n'était dû qu'à moi:
Il vous fait gouverneur du prince de Castille.
- D. Dièg.* Cette marque d'honneur qu'il met dans ma famille
Montre à tous qu'il est juste, et fait connaître assez
Qu'il sait récompenser les services passés.
- Le Com.* Pour grands que soient les rois, ils sont ce que nous sommes:
Ils peuvent se tromper comme les autres hommes;
Ce que je méritais, vous l'avez emporté.
- D. Dièg.* Qui l'a gagné sur vous l'avait mieux mérité.
- Le Com.* Qui peut mieux l'exercer en est bien le plus digne.
- D. Dièg.* En être refusé n'en est pas un bon signe.
- Le Com.* Vous l'avez eu par brigue, étant vieux courtisan.
- D. Dièg.* L'éclat de mes hauts faits fut mon seul partisan.
- Le Com.* Parlons en mieux, le roi fait honneur à votre âge.
- D. Dièg.* Le roi, quand il en fait, le mesure au courage.
- Le Com.* Et par là cet honneur n'était dû qu'à mon bras.
- D. Dièg.* Qui n'a pu l'obtenir ne le méritait pas.
- Le Com.* Ne le méritait pas! moi?
- D. Dièg.* Vous.
- Le Com.* Ton impudence,
(Il lui donne un soufflet.)

Téméraire vieillard, aura sa récompense.

- D. Dièg.* (l'épée à la main).
Achève, et prends ma vie après un tel affront,
Le premier dont ma race ait vu rougir son front.
- Le Com.* Et que penses-tu faire avec tant de faiblesse?
- D. Dièg.* O Dieu! ma force usée en ce besoin me laisse!
- Le Com.* Ton épée est à moi; mais tu serais trop vain
Si ce honteux trophée avait chargé ma main.
Adieu. Fais lire au prince, en dépit de l'envie,
Pour son instruction, l'histoire de ta vie:
D'un insolent discours ce juste châtiment
Ne lui servira pas d'un petit ornement.

Scène IV.—D. Diègue.

O rage! ô désespoir! ô vieillesse ennemie!
N'ai-je donc tant vécu que pour cette infamie?
Et ne suis-je blanchi dans les travaux guerriers
Que pour voir en un jour flétrir tant de lauriers?
.....

Scène V.—D. Diègue, D. Rodrigue.

D. Dièg. Rodrigue, as-tu du cœur (1)?

D. Rod. Tout autre que mon père
L'éprouverait sur l'heure.

D. Dièg. Agréable colère!

Digne ressentiment à ma douleur bien doux!
Je reconnais mon sang à ce noble courroux,
Ma jeunesse revit en cette ardeur si prompte.
Viens, mon fils, viens, mon sang, viens réparer ma honte;
Viens me venger.

D. Rod.

De quoi?

D. Dièg.

D'un affront si cruel,
Qu'à l'honneur de tous deux il porte un coup mortel:
D'un soufflet. L'insolent en eût perdu la vie;
Mais mon âge a trompé ma généreuse envie,
Et ce fer, que mon bras ne peut plus soutenir,
Je le remets au tien pour venger et punir.
Va contre un arrogant éprouver ton courage:
Ce n'est que dans le sang qu'on lave un tel outrage;
Meurs, ou tue. Au surplus, pour ne te point flatter,
Je te donne à combattre un homme à redouter:
Je l'ai vu tout sanglant, au milieu des batailles,
Se faire un beau rempart de mille funérailles.

D. Rod.

Son nom? c'est perdre temps en propos superflus.

D. Dièg.

Donc pour te dire encor quelque chose de plus,
Plus que brave soldat, plus que grand capitaine,
C'est. ...

D. Rod.

De grâce, achevez.

D. Dièg.

Le père de Chimène.

D. Rod.

Le....

D. Dièg.

Ne réplique point, je connais ton amour;
Mais qui peut vivre infâme est indigne du jour.
Plus l'offenseur est cher, et plus grande est l'offense.
Enfin tu sais l'affront, et tu tiens la vengeance,
Je ne te dis plus rien. Venge-moi, venge-toi,
Montre-toi digne fils d'un père tel que moi.
Accablé des malheurs où le destin me range,
Je vais le déplorer. Va, cours, vole, et nous venge.

.....

(1) Dans le *Cid* espagnol, D. Diègue fait l'épreuve du courage de ses enfants en leur serrant convulsivement les mains. Seul Rodrigue, le plus jeune, résiste et s'empporte; à sa colère, à ses menaces, D. Diègue reconnaît qu'il trouvé un vengeur.

Acte II, scène II.—Le Comte, D. Rodrigue.

D. Rod. A moi, comte, deux mots.

Le Com. Parle.

D. Rod. Ote-moi d'un doute.

Connais-tu bien don Diègue?

Le Com. Oui.

D. Rod. Parlons bas. écoute.

Sais-tu que ce vieillard fut la même vertu (1),
La vaillance et l'honneur de son temps? Le sais-tu?

Le Com. Peut-être.

D. Rod. Cette ardeur que dans les yeux je porte,

Sais-tu que c'est son sang? Le sais-tu?

Le Com. Que m'importe?

D. Rod. A quatre pas d'ici, je te le fais savoir.

Le Com. Jeune présomptueux!

D. Rod. Parle sans t'émouvoir.

Je suis jeune, il est vrai, mais aux âmes bien nées
La valeur n'attend pas le nombre des années.

Le Com. Te mesurer à moi! Qui t'a rendu si vain,

Toi qu'on n'a jamais vu les armes à la main?

D. Rod. Mes pareils à deux fois ne se font pas connaître,

Et pour leur coup d'essai veulent des coups de maître.

Le Com. Sais-tu bien qui je suis?

D. Rod. Oui; tout autre que moi

Au seul bruit de ton nom pourrait trembler d'effroi.

Les palmes dont je vois ta tête si couverte

Semblent porter écrit le destin de ma perte.

J'attaque en téméraire un bras toujours vainqueur;

Mais j'aurai trop de force, ayant assez de cœur.

A qui venge son père il n'est rien impossible.

Ton bras est vaincu, mais non pas invincible.

Le Com. Ce grand cœur qui paraît aux discours que tu tiens,

Par tes yeux chaque jour se découvrait aux miens,

Et croyant voir en toi l'honneur de la Castille,

Mon âme avec plaisir te destinait ma fille.

Je sais ta passion, et suis ravi de voir

Que tous ses mouvements cèdent à ton devoir,

Qu'ils n'ont point affaibli cette ardeur magnanime,

Que ta haute vertu répond à mon estime,

Et que voulant pour gendre un chevalier parfait,

Je ne me trompais point au choix que j'avais fait.

Mais je sens que pour toi ma pitié s'intéresse,

J'admire ton courage, et je plains ta jeunesse.

Ne cherche point à faire un coup d'essai fatal;

Dispense ma valeur d'un combat inégal.

Trop peu d'honneur pour moi suivrait cette victoire:

A vaincre sans péril on triomphe sans gloire.

On te croirait toujours abattu sans effort,

Et j'aurais seulement le regret de ta mort.

(1) Pour la vertu même. L'auteur a conservé la tournure espagnole.

D. Rod. D'une indigne pitié ton audace est suivie:
Qui m'ose ôter l'honneur craint de m'ôter la vie!
Le Com. Retire-toi d'ici.
D. Rod. Marchons sans discourir.
Le Com. Es-tu si las de vivre?
D. Rod. As-tu peur de mourir?

**Scène VIII.—D. Fernand, D. Diègue, Chimène, D. Sanche,
D. Arias, D. Alonse.**

Chimène. Sire, Sire, justice!
D. Dièg. Ah! Sire, écoutez-nous.
Chimène. Je me jette à vos pieds.
D. Dièg. J'embrasse vos genoux.
Chimène. Je demande justice.
D. Dièg. Entendez ma défense.
Chimène. D'un jeune audacieux punissez l'insolence:
Il a de votre sceptre abattu le soutien,
Il a tué mon père.
D. Dièg. Il a vengé le sien.

Horace.

La tragédie d'*Horace* est tirée d'un récit de Tite-Live, livre I, ch. XXIII et suivants. Albe et Rome sont en guerre. Pour épargner à deux peuples longtemps amis, unis l'un à l'autre par de nombreux liens de parenté et d'alliance, les déchirements d'une guerre presque civile, il a été convenu que chacune des deux villes rivales remettrait sa cause aux mains de trois de ses guerriers, et que celle dont les champions seraient vaincus accepterait la décision de la fortune, et se soumettrait sans résistance aux vainqueurs.

Le Romain Horace a épousé une Albaine, Sabine: Camille, sœur d'Horace, est fiancée à Curiace, frère de Sabine. Rome a choisi pour ses défenseurs Horace et ses deux frères: aux trois Horaces, Albe oppose les trois Curiaces. Malgré les larmes de Sabine et de Camille, Horace et Curiace s'apprêtent à faire leur devoir. Horace est heureux de faire à sa patrie un sacrifice dont peu de héros seraient capables; Curiace ne renonce pas sans douleur au bonheur qu'il a vu si près de lui.

Une Romaine, Julie, vient annoncer à Camille, à Sabine et au père d'Horace le résultat du combat. Deux Horaces sont morts; le troisième, le mari de Sabine, est en fuite; les trois Curiaces sont blessés, mais vivants. A cette nouvelle, le vieil Horace s'indigne. Son fils devait au moins mourir, s'il ne pouvait vaincre; mais fuir, mais abandonner la cause de sa patrie et renoncer à combattre, si inégal que fût le combat, c'est une trahison! A la colère patriotique du vieillard succèdent les transports d'une joie sublime, lorsque Valère, envoyé par le roi Tullus, lui apprend que Julie s'est trop hâtée, qu'elle n'a vu que la moitié de l'affaire, que la fuite d'Horace était une feinte,

qu'il est revenu sur ses ennemis, et que les trois Curiaces sont tombés l'un après l'autre sous ses coups. Cette joie n'est pas de longue durée. Camille, désespérée de la mort de son amant, se porte à la rencontre de son frère; elle le brave, l'insulte, maudit et sa victoire et Rome, à qui Curiace vient d'être immolé. Horace, hors de lui, la frappe de son épée, et par ce fratricide, à peine revenu du combat, il retombe dans un nouveau péril. Valère, amant rebuté de Camille, veut la venger, et se fait l'accusateur du meurtrier devant le roi Tullus. Horace ne se défend pas. C'est le vieil Horace qui plaide la cause de son fils contre le vengeur de sa fille et qui la gagne.

Acte I, scène II — Horace, Curiace, Flavian.

Curiace. Albe de trois guerriers a-t-elle fait le choix?

Flavian. Je viens pour vous l'apprendre.

Curiace. Eh bien, qui sont les trois?

Flavian. Vos deux frères et vous.

Curiace. Qui?

Flavian. Vous et vos deux frères.

Mais pourquoi ce front triste et ces regards sévères?

Ce choix vous déplaît-il?

Curiace. Non, mais il me surprend:

Je m'estimais trop peu pour un honneur si grand.

Flavian. Dirai-je au dictateur, dont l'ordre ici m'envoie,

Que vous le recevez avec si peu de joie?

Ce morne et froid accueil me surprend à mon tour.

Curiace. Dis-lui que l'amitié, l'alliance et l'amour

Ne pourront empêcher que les trois Curiaces

Ne servent leur pays contre les trois Horaces.

Flavian. Contre eux! Ah! c'est beaucoup me dire en peu de mots.

Curiace. Porte-lui ma réponse, et nous laisse en repos.

Scène III.—Horace, Curiace.

Curiace. Que désormais le ciel, les enfers et la terre
Unissent leurs fureurs à nous faire la guerre;
Que les hommes, les dieux, les démons et le sort
Préparent contre nous un général effort;
Je mets à faire pis, en l'état où nous sommes,
Le sort, et les démons, et les dieux, et les hommes.
Ce qu'ils ont de cruel, et d'horrible et d'affreux,
L'est bien moins que l'honneur qu'on nous fait à tous deux.

Horace.

Combattre un ennemi pour le salut de tous,

Et contre un inconnu s'exposer seul aux coups,

D'une simple vertu c'est l'effet ordinaire,

Mille déjà l'ont fait, mille pourraient le faire.

Mourir pour le pays est un si digne sort,

Qu'on briguerait en foule une si belle mort.

Mais vouloir au public immoler ce qu'on aime,

S'attacher au combat contre un autre soi-même,
Attaquer un parti qui prend pour défenseur
Le frère d'une femme et l'amant d'une sœur;
Et, rompant tous ces nœuds, s'armer pour la patrie
Contre un sang qu'on voudrait racheter de sa vie:
Une telle vertu n'appartenait qu'à nous.
L'éclat de son grand nom lui fait peu de jaloux,
Et peu d'hommes au cœur l'ont assez imprimée
Pour oser aspirer à tant de renommée.

Acte III, scène VI.—Le vieil Horace, Sabine, Camille, Julie.

Le v. Hor. Nous venez-vous, Julie, apprendre la victoire?

Julie. Mais plutôt du combat les funestes effets.
Rome est sujette d'Albe, et vos fils sont défaits;
Des trois les deux sont morts, son époux seul vous reste.

Le v. Hor. O d'un triste combat effet vraiment funeste!
Rome est sujette d'Albe! et pour l'en garantir
Il n'a pas employé jusqu'au dernier soupir!
Non, non, cela n'est point, on vous trompe, Julie;
Rome n'est pas sujette, ou mon fils est sans vie:
Je connais mieux mon sang, il sait mieux son devoir.

Julie. Mille, de nos remparts, comme moi l'ont pu voir.
Il s'est fait admirer tant qu'ont duré ses frères;
Mais, comme il s'est vu seul contre trois adversaires,
Près d'être enfermé d'eux, sa fuite l'a sauvé.

Le v. Hor. Et nos soldats trahis ne l'ont point achevé?
Dans leurs rangs à ce lâche ils ont donné retraite?

Julie. Je n'ai rien voulu voir après cette défaite.

Camille. O mes frères!

Le v. Hor. Tout beau, ne les pleurez pas tous;
Deux jouissent d'un sort dont leur père est jaloux.
Que des plus nobles fleurs leur tombe soit couverte;
La gloire de leur mort m'a payé de leur perte:
Ce bonheur a suivi leur courage vaincu,
Qu'ils ont vu Rome libre autant qu'ils ont vécu,
Et ne l'auront point vue obéir qu'à son prince,
Ni d'un État voisin devenir la province.
Pleurez l'autre, pleurez l'irréparable affront
Que sa fuite honteuse imprime à notre front;
Pleurez le déshonneur de toute notre race,
Et l'opprobe éternel qu'il laisse au nom d'Horace.

Julie. Que vouliez-vous qu'il fit contre trois?

Le v. Hor. Qu'il mourût!

Scène II.—Le vieil Horace, Valère, Camille.

Valère. Que parlez-vous ici d'Albe et de sa victoire?
Ignorez-vous encor la moitié de l'histoire?

Le v. Hor. Je sais que par sa fuite il a trahi l'Etat.

Valère. Oui, s'il eût en fuyant terminé le combat;

Mais on a bientôt vu qu'il ne fuyait qu'un homme
Qui savait ménager l'avantage de Rome.

Le v. Hor. Quoi! Rome donc triomphe?

Valère.

Apprenez, apprenez

La valeur de ce fils qu'à tort vous condamnez.

Resté seul contre trois, mais en cette aventure
Tous trois étant blessés, et lui seul sans blessure,
Trop faible pour eux tous, trop fort pour chacun d'eux,
Il sait bien se tirer d'un pas si hasardeux;
Il fuit pour mieux combattre, et cette prompte ruse
Divise adroitement trois frères qu'elle abuse.
Chacun le suit d'un pas ou plus ou moins pressé,
Selon qu'il se rencontre ou plus ou moins blessé;
Leur ardeur est égale à poursuivre sa fuite,
Mais leurs coups inégaux séparent leur poursuite.

Horace, les voyant l'un de l'autre écartés,
Se retourne, et déjà les croit demi-domptés:
Il attend le premier, et c'était votre gendre.
L'autre, tout indigné qu'il ait osé l'attendre,
En vain en l'attaquant fait paraître un grand cœur,
Le sang qu'il a perdu ralentit sa vigueur.
Albe à son tour commence à craindre un sort contraire,
Elle crie au second qu'il secoure son frère:
Il se hâte et s'épuise en efforts superflus,
Il trouve en les joignant que son frère n'est plus.

Camille. Hélas!

Valère.

Tout hors d'haleine il prend pourtant sa place
Et redouble bientôt la victoire d'Horace:
Son courage sans force est un débile appui;
Voulant venger son frère, il tombe auprès de lui.
L'air résonne des cris qu'au ciel chacun envoie;
Albe en jette d'angoisse, et les Romains de joie.

Comme notre héros se voit près d'achever,
C'est peu pour lui de vaincre, il veut encore braver:
«J'en viens d'immoler deux aux mânes de mes frères;
Rome aura le dernier de mes trois adversaires;
C'est à ses intérêts que je vais l'immoler»,
Dit-il, et tout d'un temps on le voit y voler.
La victoire entre eux deux n'était pas incertaine;
L'Albain, percé de coups, ne se traînait qu'à peine,
Et, comme une victime aux marches de l'autel,
Il semblait présenter sa gorge au coup mortel:
Aussi le reçoit-il, peu s'en faut, sans défense;
Et son trépas de Rome établit la puissance.

Le v. Hor. O mon fils! ô ma joie! ô l'honneur de nos jours!
O d'un État penchant l'inespéré secours!

Scène V.—Horace, Camille, Procule

(portant en main les trois épées des Curiaces).

Horace. Ma sœur, voici le bras qui venge nos deux frères,
Le bras qui rompt le cours de nos destins contraires,
Qui nous rend maîtres d'Albe; enfin voici le bras
Qui seul fait aujourd'hui le sort de deux États.
Vois ces marques d'honneur, ces témoins de ma gloire,
Et rends ce que tu dois à l'heur de ma victoire.

Camille. Recevez donc mes pleurs; c'est ce que je lui dois.

Horace. Rome n'en veut point voir après de tels exploits,
Et nos deux frères morts dans le malheur des armes
Sont trop payés de sang pour exiger des larmes:
Quand la perte est vengée, on n'a plus rien perdu.

Camille. Puisqu'ils sont satisfaits par le sang épandu,
Je cesserai pour eux de paraître affligée,
El j'oublierai leur mort que vous avez vengée.
Mais qui me vengera de celle d'un amant,
Pour me faire oublier sa perte en un moment?

Horace. Que dis-tu, malheureuse?

Camille. O mon cher Curiace!

Horace. O d'une indigne sœur insupportable audace!
D'un ennemi public dont je reviens vainqueur,
Le nom est dans ta bouche, et l'amour dans ton cœur!

Camille. Donne-moi donc, barbare, un cœur comme le tien;
Et, si tu veux enfin que je t'ouvre mon âme,
Rends-moi mon Curiace ou laisse agir ma flamme.
Ma joie et mes douleurs dépendaient de son sort,
Je l'adorais vivant, et je le pleure mort.

Ne cherche plus ta sœur où tu l'avais laissée:
Tu ne revois en moi qu'une amante offensée,
Qui comme une Furie attachée à tes pas
Te veut incessamment reprocher son trépas.
Tigre altéré de sang, qui me défends les larmes,
Qui veux que dans sa mort je trouve encor des charmes,
Et que jusques au ciel élevant tes exploits
Moi-même je le tue une seconde fois!
Puissent tant de malheurs accompagner ta vie,
Que tu tombes au point de me porter envie!
Et toi bientôt souiller par quelque lâcheté
Cette gloire si chère à ta brutalité!

Horace. O ciel! qui vit jamais une pareille rage!
Crois-tu donc que je sois insensible à l'outrage?
Que je souffre en mon sang ce mortel déshonneur?
Aime, aime cette mort qui fait notre bonheur;
Et préfère du moins au souvenir d'un homme
Ce que doit ta naissance aux intérêts de Rome.

Camille. Rome, l'unique objet de mon ressentiment!
Rome, à qui vient ton bras d'immoler mon amant!
Rome, qui t'a vu naître et que ton cœur adore!
Rome enfin que je hais parce qu'elle t'honore!
Puissent, tous ses voisins, ensemble conjurés,
Saper ses fondements encor mal assurés!

Et, si ce n'est assez de toute l'Italie,
Que l'Orient contre elle à l'Occident s'allie;
Que cent peuples unis des bouts de l'univers
Passent pour la détruire et les monts et les mers.
Qu'elle même sur soi renverse ses murailles,
Et de ses propres mains déchire ses entrailles;
Que le courroux du ciel allumé par mes vœux
Fasse pleuvoir sur elle un déluge de feux!
Puissé-je de mes yeux y voir tomber la foudre,
Voir ses maisons en cendre, et tes lauriers en poudre,
Voir le dernier Romain à son dernier soupir,
Moi seule en être cause, et mourir de plaisir!

Horace (mettant l'épée à la main, et poursuivant sa sœur qui s'enfuit).
C'est trop, ma patience à la raison fait place;
Va dedans les enfers plaindre ton Curiace!

Camille (blessée, derrière le théâtre).
Ah! traître!

Horace (revenant sur le théâtre).
Ainsi reçoive un châtiment soudain
Quiconque ose pleurer un ennemi romain (1)!

LA ROCHEFOUCAULD.

François VI, duc de La Rochefoucauld, naquit en 1613, et mourut à Paris en 1680. Il se fit remarquer, par son esprit, sa connaissance des hommes et ses intrigues. Pour plaire à la duchesse de Longueville, il se jeta dans la guerre de la Fronde. Il n'y éprouva que des déceptions. Revenu de ses illusions, il tomba dans un découragement moral, dans une misanthropie chagrine et égoïste, qui est le caractère de ses *Maximes*. Il passa les dernières années de sa vie dans l'intimité de madame de La Fayette et de madame de Sévigné.

Maximes.

Ce que nous prenons pour des vertus, n'est souvent qu'un assemblage de diverses actions et de divers intérêts que la fortune ou notre industrie savent arranger; et ce n'est pas toujours par valeur et par chasteté que les hommes sont vaillants et que les femmes sont chastes.

L'amour-propre est le plus grand de tous les flatteurs.

Quelques découvertes que l'on ait faites dans le pays de l'amour-propre, il y reste encore bien des terres inconnues.

Les passions sont les seuls orateurs qui persuadent toujours. Elles sont comme un art de la nature dont les règles sont infailibles; et l'homme le plus simple qui a de la passion, persuade mieux que le plus éloquent qui n'en a point.

(1) D'après Tite-Live: «*Sic eat quæcunque Romana lugebit hostem.*»

Quelque soin que l'on prenne de couvrir ses passions par des apparences de piété et d'honneur, elles paraissent toujours au travers de ces voiles.

Nous avons tous assez de force pour supporter les maux d'autrui.

Ceux qu'on condamne au supplice, affectent quelquefois une constance et un mépris de la mort, qui n'est en effet que la crainte de l'envisager.

Il faut de plus grandes vertus pour soutenir la bonne fortune que la mauvaise.

On fait souvent vanité des passions, même les plus criminelles; mais l'envie est une passion timide et honteuse que l'on n'ose jamais avouer.

Si nous n'avions point de défauts, nous ne prendrions pas tant de plaisir à en remarquer dans les autres.

Si nous n'avions point d'orgueil, nous ne nous plaindrions pas de celui des autres.

L'intérêt parle toutes sortes de langues, et joue toutes sortes de personnages, même celui de désintéressé.

On n'est jamais si heureux ni si malheureux qu'on se l'imagine.

Tout le monde se plaint de sa mémoire, et personne ne se plaint de son jugement.

On ne donne rien si libéralement que ses conseils.

Le vrai moyen d'être trompé, c'est de se croire plus fin que les autres.

Ce n'est pas assez d'avoir de grandes qualités; il en faut avoir l'économie.

Nous oublions aisément nos fautes, lorsqu'elles ne sont sues que de nous.

Ce qui paraît générosité n'est souvent qu'une ambition déguisée qui méprise de petits intérêts pour aller à de plus grands.

La véritable éloquence consiste à dire tout ce qu'il faut et à ne dire que ce qu'il faut.

La petitesse de l'esprit fait l'opiniâtreté.

L'envie est plus irréconciliable que la haine.

Le plus grand effort de l'amitié n'est pas de montrer nos défauts à un ami, c'est de lui faire voir les siens.

On ne doit pas juger du mérite d'un homme par ses grandes qualités, mais par l'usage qu'il en sait faire.

Quelque méchants que soient les hommes, ils n'oseraient paraître ennemis de la vertu; et lorsqu'ils la veulent persécuter, ils feignent de croire qu'elle est fausse, ou ils lui supposent des crimes.

Le mal que nous faisons ne nous attire pas tant de persécutions et de haine que nos bonnes qualités.

Nous avons plus de force que de volonté; et c'est souvent pour nous excuser à nous-mêmes que nous nous imaginons que les choses sont impossibles.

La félicité est dans le goût et non pas dans les choses; et c'est par avoir ce qu'on aime qu'on est heureux, non par avoir ce que les autres trouvent aimable.

Il n'y en a point qui pressent tant les autres que les paresseux.

On n'est jamais si ridicule par les qualités que l'on a que par celles que l'on affecte d'avoir.

On parle peu quand la vanité ne fait pas parler.

On aime mieux dire du mal de soi-même que de n'en point parler.

Une des choses qui font que l'on trouve si peu de gens qui paraissent raisonnables et agréables dans la conversation, c'est qu'il n'y a presque personne qui ne pense plutôt à ce qu'il veut dire qu'à répondre précisément à ce qu'on lui dit.

Peu de gens sont assez sages pour préférer le blâme qui leur est utile à la louange qui les trahit.

Presque tout le monde prend plaisir à s'acquitter des petites obligations: beaucoup de gens ont de la reconnaissance pour les médiocres; mais il n'y a presque personne qui n'ait de l'ingratitude pour les grandes.

Quelque bien qu'on nous dise de nous, on ne nous apprend rien de nouveau.

Nous pardonnons souvent à ceux qui nous ennuiant; mais nous ne pouvons pardonner à ceux que nous ennuyons.

L'intérêt, que l'on accuse de tous nos crimes, mérite souvent d'être loué de nos bonnes actions.

On est quelquefois un sot avec de l'esprit; mais on ne l'est jamais avec du jugement.

Nous gagnerions plus de nous laisser voir tels que nous sommes, que d'essayer de paraître ce que nous ne sommes pas.

Il n'y a que les personnes qui ont de la fermeté qui puissent avoir une véritable douceur.

Rien n'est plus rare que la véritable bonté: ceux mêmes qui croient en avoir, n'ont d'ordinaire que de la complaisance ou de la faiblesse.

Ce qui fait voir que les hommes connaissent mieux leurs fautes qu'on ne pense, c'est qu'ils n'ont jamais tort quand on les entend parler de leur conduite: le même amour-propre qui les aveugle d'ordinaire les éclaire alors, et leur donne des vues si justes qu'il leur fait supprimer ou déguiser les moindres choses qui peuvent être condamnées.

L'amour-propre.

L'amour-propre est l'amour de soi-même et de toutes choses pour soi. Il rend les hommes idolâtres d'eux-mêmes, et les rendrait tyrans des autres si la fortune leur en donnait les moyens. Il ne se repose jamais hors de soi, et ne s'arrête dans les sujets étrangers que comme les abeilles sur les fleurs, pour en tirer ce qui lui est propre. Il n'est rien de si impétueux que ses désirs, rien de si caché que ses desseins, rien de si habile que sa conduite. Ses souplesses ne se peuvent représenter, ses transformations passent celles des métamorphoses, et ses raffinements ceux de la chimie. Il veut obtenir des choses qui ne lui sont pas avantageuses, et qui même lui sont nuisibles, mais qu'il poursuit parce

qu'il les veut. Il est bizarre, et met souvent toute son application dans les emplois les plus frivoles, et trouve tout son plaisir dans les plus fades, et conserve toute sa fierté dans les plus méprisables. Il est dans tous les états de la vie et dans toutes les conditions. Il vit partout, il vit de tout, il vit de rien; il conjure à sa perte; il travaille même à sa ruine; enfin, il ne se soucie que d'être, et, pourvu qu'il soit, il veut bien être son ennemi.

PASCAL.

Blaise Pascal naquit en 1623, à Clermont en Auvergne, où son père était premier président de la cour des aides. Il parvint, à l'âge de douze ans, par la seule force de son génie, à découvrir et à démontrer les trente-deux premières propositions d'Euclide. Il a depuis enrichi la science d'un grand nombre de découvertes importantes: c'est à lui qu'on doit le baromètre, les expériences qui confirment la théorie de Toricelli, presque toute la science de l'hydrostatique et plusieurs ouvrages de mathématiques extrêmement estimés des savants.

Mais rien ne lui a fait une aussi grande réputation que ses *Lettres écrites à un provincial*. Ce sont ces lettres qu'on a depuis nommées *Lettres provinciales*.

Les *Pensées* de Pascal n'ont été publiées qu'après sa mort.

Pascal mourut à Paris, le 19 août 1662, à l'âge de trente-neuf ans.

Pensées diverses.

L'homme n'est qu'un roseau le plus foible de la nature; mais c'est un roseau pensant. Il ne faut pas que l'univers entier s'arme pour l'écraser. Une vapeur, une goutte d'eau suffit pour le tuer. Mais quand l'univers l'écraserait, l'homme seroit encore plus noble que ce qui le tue; parce qu'il sçait qu'il meurt; et l'avantage que l'univers a sur luy, l'univers n'en sçait rien.

Il est dangereux de trop faire voir à l'homme combien il est égal aux bestes, sans luy montrer sa grandeur. Il est encore dangereux de luy faire trop voir sa grandeur sans sa bassesse. Il est encore plus dangereux de lui laisser ignorer l'un et l'autre. Mais il est très avantageux de luy représenter l'un et l'autre.

Nous ne nous contentons pas de la vie que nous avons en nous, et en notre propre estre: nous voulons vivre dans l'idée des autres d'une vie imaginaire; et nous nous efforçons pour cela de paroistre. Nous travaillons incessamment à embellir et conserver cet estre imaginaire, et négligeons le véritable. Et si nous avons ou la tranquillité, ou la générosité, ou la fidélité, nous nous empressons de le faire sçavoir, afin d'attacher ces vertus à cet estre d'imagination: nous les détacherions plutôt de nous pour les y joindre; et nous serions volontiers poltrons, pour acquérir la réputation d'estre vaillans. Grande marque du néant de notre propre estre, de n'estre pas satisfaits de l'un sans l'autre, et

de renoncer souvent à l'un pour l'autre! Car qui ne mourroit pour conserver son honneur, celui là seroit infame.

La douceur de la gloire est si grande, qu'à quelque chose qu'on l'attache, mesme à la mort, on l'aime.

La foiblesse de la raison de l'homme paroist bien davantage en ceux qui ne la connoissent pas, qu'en ceux qui la connoissent.

On se corrige quelque fois mieux par la veue du mal, que par l'exemple du bien.

D'où vient qu'un boiteaux ne nous irrite pas, et qu'un esprit boiteaux nous irrite? C'est à cause qu'un boiteaux reconnoist que nous allons droit, et qu'un esprit boiteaux dit que c'est nous qui boitons. Sans cela nous en aurions plus de pitié que de colère.

Diseur de bons mots, mauvais caractère.

Un cheval ne cherche point à se faire admirer de son compagnon. On voit bien entre eux quelque sorte d'émulation à la course: mais c'est sans conséquence; car estant à l'estable le plus pesant et le plus mal taillé ne cède pas pour cela son avoine à l'autre. Il n'en est pas de mesme parmy les hommes: leur vertu ne se satisfait pas d'elle-mesme, et ils ne sont point contens s'ils n'en tirent avantage contre les autres.

Mme. DE SÉVIGNÉ.

Marie de Rabutin-Chantal, fille du baron de Chantal, d'une des plus anciennes familles de Bourgogne, naquit au château de Bourbilly, près de Semur, le 5 février 1627. Devenue orpheline de bonne heure, elle fut élevée avec soin par l'abbé de Coulanges, son oncle maternel, homme d'un rare bon sens, qu'elle a immortalisé sous le nom de bien bon. A dix-huit ans, elle épousa le marquis de Sévigné, qui fut tué en duel. Madame de Sévigné se dévoua tout entière à l'éducation de ses deux enfants. En 1669, Mlle. de Sévigné ayant épousé le comte de Grignan, gouverneur de la Provence, fut obligée de se séparer de sa mère. Cette séparation, qui fut un coup terrible pour madame de Sévigné, nous a valu la correspondance de cette femme célèbre. Elle mourut au mois d'avril de l'année 1696.

A sa fille.

A Paris, lundi 5 Février 1674.

L'archevêque de Rheims revenoit hier fort vite de Saint-Germain, c'étoit comme un tourbillon: il croit être bien grand seigneur, mais ses gens le croient encore plus que lui. Ils passoient au travers de Nanterre, *tra, tra, tra*; ils rencontrent un homme à cheval, *gare, gare*; ce pauvre homme se veut ranger, son cheval ne veut pas, et enfin, le carrosse et les six chevaux renversent cul par-dessus tête le pauvre homme et le cheval, et passent par-dessus, et si bien par-dessus, que le carrosse en fut versé et renversé: en même temps l'homme et le cheval, au lieu de s'amuser à être roués et estropiés, se relèvent miraculeusement, re-

montent l'un sur l'autre, et s'enfuyent et courent encore, pendant que les laquais de l'archevêque, et le cocher, et l'archevêque même, se mettent à crier: *arrête, arrête ce coquin, qu'on lui donne cent coups.*

A sa fille.

A Paris, mercredi 28 Août 1675.

Vraiment, ma fille, je m'en vais bien vous parler encore de M. de Turenne. Madame d'Elbeuf, qui demeure pour quelques jours chez le cardinal de Bouillon, me pria hier de dîner avec eux, afin de parler de leur affliction; Madame de la Fayette y étoit; nous fîmes bien précisément ce que nous avions résolu, les yeux ne nous séchèrent pas. Madame d'Elbeuf avoit un portrait divinement bien fait de ce héros, dont tout le train étoit arrivé à onze heures; ces pauvres gens, déjà tout habillés de deuil, ne faisoient que pleurer: il vint trois gentilshommes qui pensèrent mourir de voir ce portrait; c'étoient des cris qui faisoient fendre le cœur: ils ne pouvoient prononcer une parole; ses valets de chambre, ses laquais, ses pages, ses trompettes, tout étoit fondu en larmes, et faisoit fondre les autres. Le premier qui fut en état de parler, répondit à nos tristes questions: nous nous fîmes raconter sa mort. Il vouloit se confesser, et en se cachotant il avoit donné les ordres pour le soir, et devoit communier le lendemain dimanche, qui étoit le jour qu'il croyoit donner la bataille. Il monta à cheval à deux heures le samedi, après avoir mangé, et comme il avoit bien des gens avec lui, il les laissa tous à trente pas de la hauteur où il vouloit aller, et dit au petit d'Elbeuf: « Mon neveu, demeurez-là; vous ne faites que tourner autour de moi, vous me feriez reconnaître. » M. d'Hamilton, qui se trouva près de l'endroit où il alloit, lui dit: « Monsieur, venez par ici; on tirera du côté où vous allez. » « Monsieur, lui dit-il, vous avez raison; je ne veux point du tout être tué aujourd'hui; cela sera le mieux du monde. » Il eut à peine tourné son cheval, qu'il aperçut Saint-Hilaire, qui lui dit, le chapeau à la main: « Monsieur, jetez les yeux sur cette batterie que je viens de faire placer-là. » M. de Turenne revint, et dans l'instant, sans être arrêté, il eut le bras et le corps fracassés du même coup qui emporta le bras et la main qui tenoit le chapeau de Saint-Hilaire. Ce gentilhomme qui le regardoit toujours, ne le voit point tomber; le cheval l'emporte où il avoit laissé le petit d'Elbeuf, il étoit penché le nez sur l'arçon: dans ce moment le cheval s'arrête; le héros tombe entre les bras de ses gens; il ouvre deux fois de grands yeux et la bouche, et demeure tranquille pour jamais. Songez qu'il étoit mort, et qu'il avoit une partie du cœur emportée; on crie, on pleure; M. d'Hamilton fait cesser ce bruit, et ôter le petit d'Elbeuf, qui étoit jeté sur ce corps, qui ne le vouloit pas quitter, et qui se pâmoit de crier. On couvre le corps d'un manteau, on le porte dans une haye, on le garde à petit

bruit; un carrosse vient, on l'emporte dans sa tente: ce fut-là où (1) M. de Lorge, M. de Roye, et beaucoup d'autres pensèrent mourir de douleur; mais il fallut se faire violence, et songer aux grandes affaires qu'on avoit sur les bras. On lui a fait un service militaire dans le camp, où les larmes et les cris faisoient le véritable deuil: tous les officiers pourtant avoient des écharpes de crêpe; tous les tambours en étoient couverts, ils ne battoient qu'un coup; les piques traînantes et les mousquets renversés; mais ces cris de toute une armée ne se peuvent pas représenter, sans que l'on en soit ému. Ses deux neveux étoient à cette pompe dans l'état que vous pouvez penser; M. de Roye tout blessé s'y fit porter; car cette messe ne fut dite que quand ils eurent repassé le Rhin. Je pense que le pauvre Chevalier (*de Grignan*) étoit bien abîmé de douleur. Quand ce corps a quitté son armée, ça été encore une désolation, et par-tout où il a passé, on n'entendoit que des clameurs: mais à Langres ils se sont surpassés; ils allèrent au-devant de lui en habits de deuil, au nombre de plus de deux cents, suivis du peuple; tout le clergé en cérémonie; il y eut un service solennel dans la ville; et en un moment ils se cotisèrent tous pour cette dépense, qui monta à cinq mille francs, parce qu'ils reconduisirent le corps jusqu'à la première ville, et voulurent défrayer tout le train. Que dites-vous de ces marques naturelles d'une affection fondée sur un mérite extraordinaire? Il arrive à Saint-Denis ce soir: tous ses gens l'alloient reprendre à deux lieues d'ici; il sera dans une chapelle en dépôt; on lui fera un service à Saint-Denis, en attendant celui de Notre-Dame, qui sera solennel.

MOLIÈRE.

Jean-Baptiste Poquelin, qui prit plus tard le nom de Molière, naquit à Paris, le 15 janvier 1622. Son père, tapissier valet de chambre du roi, lui fit faire ses études au collège de Clermont (Louis-le-Grand), où il eut pour maître le philosophe sensualiste Gassendi, et pour condisciples le célèbre voyageur Bernier, le poète Hénault, l'épicurien Chapelle et l'écrivain humoristique Cyrano de Bergerat.

Poquelin, entraîné par son goût pour le théâtre, s'associa avec quelques jeunes gens de famille qui s'étaient réunis pour jouer la comédie. Ayant échoué à Paris, ils se mirent à courir la province.

Cette vie de bohémien littéraire se prolongea pendant treize ans. C'est alors qu'au milieu d'un grand nombre de farces, Molière (c'est le nom de guerre que Poquelin avait adopté) composa *l'Étourdi* (1653) et *le Dépit amoureux* (1656).

Molière, qui ne devint célèbre que vers l'âge de quarante ans, ne vécut que jusqu'à cinquante-un. Il mourut en jouant le *Malade imaginaire*, le 17 janvier 1673. Il ne fut point de l'Académie.

L'avare.

Harpagon n'aime rien au monde que lui-même et ses écus. Il ne voit dans ses enfants que des ennemis, des espions domestiques. Par

(1) On dirait aujourd'hui: ce fut là que.....

un juste retour, sa fille Elise et son fils Cléante n'ont pour lui ni tendresse ni respect. Livrés à eux-mêmes, sans guide et sans conseil, ils se laissent aller aux actions les plus coupables. Elise autorise l'homme qu'elle aime à s'introduire sous un déguisement dans la maison paternelle, et Cléante se ruine à l'avance par des emprunts usuraires. Harpagon se met en tête de les établir; pour son fils, il a fait choix d'une veuve; il destine sa fille au seigneur Anselme, un homme mûr, prudent et sage, qui n'a pas plus de cinquante ans; il compte épouser lui-même une jeune fille pauvre du voisinage, dont la beauté l'a charmé. Harpagon découvre que son fils est amoureux de cette jeune fille; peu lui importe; il est bien déterminé à la lui disputer. Mais une catastrophe qui l'atteint dans ce qu'il a de plus cher, lui fait oublier pour un moment ses beaux projets. Son trésor, une cassette contenant dix mille écus, a disparu. Il veut faire arrêter la ville et les faubourgs. Valère finit par se nommer. Il se trouve qu'il est le fils du seigneur Anselme, et le frère de cette aimable Marianne recherchée concurremment par Harpagon et par son fils. Cette découverte inattendue termine tous les embarras et résout toutes les difficultés. Valère épousera Elise, et Cléante Marianne; Harpagon, auquel on a rendu sa cassette, consent à tout, pourvu que pour les noces on lui fasse faire un habit.

Acte II, scène I.—Cléante, La Flèche.

Cléante.—Quelle réponse t'a-t-on faite?

La Flèche.—Ma foi, monsieur, ceux qui empruntent sont bien malheureux, et il faut essayer d'étranges choses lorsqu'on en est réduit à passer, comme vous, par des fesse-mathieux.

Cléante.—L'affaire ne se fera point?

La Flèche.—Pardonnez-moi. Notre maître Simon, le courtier qu'on nous a donné, homme agissant et plein de zèle, dit qu'il a fait rage pour vous, et il assure que votre seule physionomie lui a gagné le cœur.

Cléante.—J'aurai les quinze mille francs que je demande?

La Flèche.—Oui, mais à quelques petites conditions qu'il faudra que vous acceptiez, si vous avez dessein que les choses se fassent.

Cléante.—T'a-t-il fait parler à celui qui doit prêter l'argent?

La Flèche.—Ah! vraiment, cela ne va pas de la sorte. Il apporte encore plus de soin à se cacher que vous.

.....
La Flèche.—Voici quelques articles qu'il a dictés lui-même à notre entremetteur, pour vous être montrés avant que de rien faire:

«Supposé que le prêteur voie toutes ses sûretés, et que l'emprunteur soit majeur, et d'une famille où le bien soit ample, solide, assuré, clair et net de tout embarras, on fera une bonne et exacte obligation par-devant un notaire, le plus honnête homme qu'il se pourra, et qui, pour cet effet, sera choisi par le prêteur, auquel il importe le plus que l'acte soit dûment dressé.»

Cléante.—Il n'y a rien à dire à cela.

La Flèche.—«Le prêteur, pour ne charger sa conscience d'aucun scrupule, »prétend ne donner son argent qu'au denier dix-huit (1).»

Cléante.—Au denier dix-huit? Parbleu! voilà qui est honnête. Il n'y a pas lieu de se plaindre.

La Flèche.—Cela es vrai.

«Mais, comme ledit prêteur n'a pas chez lui la somme dont il est »question, et que, pour faire plaisir à l'emprunteur, il est contraint »lui-même d'emprunter d'un autre sur le pied du denier cinq (2), il »conviendra que ledit premier emprunteur paye cet intérêt sans pré- »judice du reste, attendu que ce n'est que pour l'obliger que ledit prê- »teur s'engage à cet emprunt.»

Cléante.—Comment diable! quel juif! quel arabe est-ce là? C'est plus qu'au denier quatre (3).

La Flèche.—Il est vrai; c'est ce que j'ai dit. Vous avez à voir là-dessus.

Cléante.—Que veux-tu que je voie? J'ai besoin d'argent, et il faut bien que je consente à tout.

La Flèche.—C'est la réponse que j'ai faite.

Cléante.—Il y a encore quelque chose?

La Flèche.—Ce n'est plus qu'un petit article.

«Des quinze mille francs qu'on demande, le prêteur ne pourra »compter en argent que douze mille livres; et, pour les mille écus »restants, il faudra que l'emprunteur prenne les hardes, nippes, bijoux »dont s'ensuit le mémoire, et que ledit prêteur a mis, de bonne foi, »au plus modique prix qu'il lui a été possible.»

Cléante.—Que veut dire cela?

La Flèche.—Écoutez le mémoire.

.....

Scène II.—Harpagon, maître Simon.—Cléante et la Flèche

(dans le fond du théâtre).

*

Maître Simon.—Oui, monsieur, c'est un jeune homme qui a besoin d'argent; ses affaires le pressent d'en trouver, et il en passera par tout ce que vous en prescrirez.

Harpagon.—Mais croyez-vous, maître Simon, qu'il n'y ait rien à périlcliter? et savez-vous le nom, les biens et la famille de celui pour qui vous parlez?

Maître Simon.—Non. Je ne puis pas bien vous en instruire à fond et ce n'est que par aventure que l'on m'a adressé à lui; mais vous serez de toutes choses éclairci par lui-même, et son homme m'a assuré que vous serez content quand vous le connaîtrez. Tout ce que je saurais vous dire, c'est que sa famille est fort riche, qu'il n'a plus de mère déjà, et qu'il s'obligera, si vous voulez, que son père mourra avant qu'il soit huit mois.

(1) Prêter au denier dix-huit, c'est prendre un denier d'intérêt pour dix-huit deniers prêtés ou la dix-huitième partie du capital, un peu plus de cinq et demi pour cent.

(2) Un denier pour cinq, ou vingt pour cent.

(3) Un denier pour quatre, le quart du capital, vingt-cinq pour cent.

Harpagon.—C'est quelque chose que cela. La charité, maître Simon, nous oblige à faire plaisir aux personnes, lorsque nous le pouvons.

Maître Simon.—Cela s'entend.

La Flèche (bas à Cléante, reconnaissant maître Simon).—Que veut dire ceci? Notre maître Simon qui parle à votre père!

Cléante (bas à la Flèche).—Lui aurait-on appris qui je suis? et serais-tu pour me trahir?

Maître Simon (à la Flèche).—Ah! ah! vous êtes bien pressés! Qui vous a dit que c'était céans? (A Harpagon.) Ce n'est pas moi, monsieur, au moins, qui leur ai découvert votre nom et votre logis; mais, à mon avis, il n'y a pas grand mal à cela; ce sont des personnes discrètes, et vous pouvez ici vous expliquer ensemble.

Harpagon.—Comment?

Maître Simon (montrant Cléante).—Monsieur est la personne qui veut vous emprunter les quinze mille livres dont je vous ai parlé.

Harpagon.—Comment, pendard! c'est toi qui t'abandonnes à ces coupables extrémités!

Cléante.—Comment, mon père! c'est vous qui vous portez à ces honteuses actions!

(Maître Simon s'enfuit, et la Flèche va se cacher.)

Scène III.—Harpagon, Cléante.

Harpagon.—C'est toi qui te veux ruiner par des emprunts si condamnables?

Cléante.—C'est vous qui cherchez à vous enrichir par des usures si criminelles!

Harpagon.—Oses-tu bien, après cela, paraître devant moi?

Cléante.—Osez-vous bien, après cela, vous présenter aux yeux du monde?

Harpagon.—N'as-tu pas de honte, dis-moi, d'en venir à ces débauches-là, de te précipiter dans des dépenses effroyables, et de faire une honteuse dissipation du bien que tes parents t'ont amassé avec tant de sueurs?

Cléante.—Ne rougissez-vous point de déshonorer votre condition par les commerces que vous faites; de sacrifier gloire et réputation au désir insatiable d'entasser écu sur écu, et de renchérir, en fait d'intérêt, sur les plus infâmes subtilités qu'aient jamais inventées les plus célèbres usuriers?

Harpagon.—Ote-toi de mes yeux, coquin; ôte-toi de mes yeux!

Cléante.—Qui est plus criminel, à votre avis, ou celui qui achète un argent dont il a besoin, ou bien celui qui vole un argent dont il n'a que faire?

Harpagon.—Retire-toi, te dis-je, et ne m'échauffe pas les oreilles. (Seul.) Je ne suis pas fâché de cette aventure; et ce m'est un avis de tenir l'œil plus que jamais sur toutes ses actions.

RACINE.

Jean Racine, né le 21 décembre 1639 à la Ferté-Milon, fit ses études chez les solitaires de Port-Royal (Lancelot, Le Maistre de Sacy), où il apprit à connaître et à goûter la littérature grecque. Destiné tour à tour par sa famille à l'administration et à l'église, il ne put résister à sa passion pour la poésie; et son ami Molière lui ouvrit l'accès du théâtre. Ses débuts furent les *Frères ennemis* (1664) et *Alexandre* (1665). Puis le génie du poète se révéla dans une suite de chefs-d'œuvre: *Andromaque* (1667), *Britannicus* (1669), *Bérénice* (1670), *Bajazet* (1672), *Mithridate* (1673), *Iphigénie en Aulide* (1674) et *Phèdre* (1677), que fit tomber une cabale de cour.

Cet échec immérité, joint au pieux souvenir des sentiments chrétiens de son enfance, détermina Racine à quitter le théâtre. Il se maria, se livra à l'éducation de ses enfants, fut nommé avec Boileau historiographe du roi, et tâcha de prendre au sérieux cette charge impossible. Enfin, après douze ans de silence, le poète déploya de nouveau son génie, et le montra au moins digne de son passé dans une sphère différente. Mme. de Maintenon pria Racine de composer pour les demoiselles de Saint-Cyr «quelque espèce de poème moral ou historique, dont l'amour fût entièrement banni.» Cette demande a valu à la littérature française la délicieuse élegie tragique d'*Esther* (1689). Le succès éclatant de cette pièce inspira au poète un autre chef-d'œuvre puisé à la même source, *Athalie* (1691); mais le succès ne fut pas le même. Boileau seul protesta contre l'indifférence et le dédain du public. «C'est votre plus bel ouvrage,» disait-il à Racine. L'opinion générale ne revint de son erreur qu'après la mort du poète. L'extrême sensibilité qui avait fait son génie fit aussi son malheur: Racine mourut de douleur d'avoir déplu à Louis XIV (26 avril 1699).

Athalie.

Athalie, fille d'Achab et de Jézabel, roi et reine d'Israël, avait épousé Joram, roi de Juda. Leur fils Ochosias ne régna qu'un an. A sa mort, Athalie fit massacrer les enfants d'Ochosias, ses petits-fils, pour s'emparer du trône de Juda. Un seul de ces enfants, Joas, échappa à sa cruauté et fut élevé secrètement dans le temple par Josabet, femme du grand prêtre.

Athalie, effrayée par un songe, entre dans le temple des Juifs: elle y voit un enfant semblable à celui qu'un rêve prophétique lui a montré comme son ennemi; c'est Joas. Elle veut savoir qui il est, le voir, l'interroger: elle veut que le grand prêtre le remette entre ses mains. Joad arme en secret tous les prêtres, tous les lévites, et quand la reine se présente pour s'emparer des trésors du temple et de l'enfant qui l'épouvante, les prêtres révoltés la saisissent et l'égorgent au nom du jeune Joas, qu'ils proclament roi de Juda et héritier légitime de son père Ochosias.

Acte II, scène V.—Athalie, Abner.

Athalie. Un songe (me devrais-je inquiéter d'un songe?)
Entretient dans mon cœur un chagrin qui le ronge:
Je l'évite partout, partout il me poursuit.

C'était pendant l'horreur d'une profonde nuit;
Ma mère Jézabel devant moi s'est montrée,
Comme au jour de sa mort pompeusement parée;
Ses malheurs n'avaient point abattu sa fierté;
Même elle avait encor cet éclat emprunté
Dont elle eut soin de peindre et d'orner son visage,
Pour réparer des ans l'irréparable outrage:
«Tremble, m'a-t-elle dit, fille digne de moi;
Le cruel Dieu des Juifs l'emporte aussi sur toi.
Je te plains de tomber dans ses mains redoutables,
Ma fille.....» En achevant ces mots épouvantables,
Son ombre vers mon lit a paru se baisser;
Et moi je lui tendais les mains pour l'embrasser,
Mais je n'ai plus trouvé qu'un horrible mélange
D'os et de chair meurtris et trainés dans la fange,
Des lambeaux pleins de sang, et des membres affreux
Que des chiens dévorants se disputaient entre eux.

Abner. Grand Dieu!

Athalie. Dans ce désordre, à mes yeux se présente
Un jeune enfant couvert d'une robe éclatante,
Tel qu'on voit des Hébreux les prêtres revêtus.
Sa vue a ranimé mes esprits abattus.
Mais lorsque, revenant de mon trouble funeste,
J'admirais sa douceur, son air noble et modeste,
J'ai senti tout à coup un homicide acier
Que le traître en mon sein a plongé tout entier.

Scène VII.—Joas, Athalie, Josabet, Zacharie, Salomith, Abner, deux lévites, le chœur, suite d'Athalie.

Athalie. O ciel! plus j'examine, et plus je le regarde....
C'est lui! d'horreur encor tous mes sens sont saisis.
Épouse de Joad, est-ce là votre fils? (Montrant Joas.)

Josabet. Qui? lui, madame?

Athalie. Lui.

Josabet. Je ne suis point sa mère.

Voilà mon fils. (Montrant Zacharie.)

Athalie (à Joas). Et vous, quel est donc votre père?
Jeune enfant, répondez.

Josabet. Le ciel jusqu'aujourd'hui....

Athalie. Pourquoi vous pressez-vous de répondre pour lui?
C'est à lui de parler.

Josabet. Dans un âge si tendre,
Quel éclaircissement en pouvez-vous attendre?

Athalie. Cet âge est innocent: son ingénuité
N'altère point encor la simple vérité.
Laissez-le s'expliquer sur tout ce qui le touche.

Josabet (tout bas). Daigne mettre, grand Dieu, ta sagesse en sa bouche!

Athalie. Comment vous nommez-vous?

Joas. J'ai nom Eliacin.

Athalie. Votre père?

Joas. Je suis, dit-on, un orphelin

Entre les bras de Dieu jeté dès ma naissance,
Et qui de mes parents n'eus jamais connaissance.

Athalie. Vous êtes sans parents?

Joas. Ils m'ont abandonné.

Athalie. Comment? et depuis quand?

Joas. Depuis que je suis né.

Athalie. Ne sait-on pas du moins quel pays est le vôtre?

Joas. Ce temple est mon pays; je n'en connais point d'autre.

Athalie. Où dit-on que le sort vous a fait rencontrer?

Joas. Parmi des loups cruels prêts à me dévorer.

Athalie. Qui vous mit dans ce temple?

Joas. Une femme inconnue,

Qui ne dit point son nom, et qu'on n'a point revue.

Athalie. Mais de vos premiers ans quelles mains ont pris soin?

Joas. Dieu laissa-t-il jamais ses enfants au besoin?

Aux petits des oiseaux il donne leur pâture,

Et sa bonté s'étend sur toute la nature.

Tous les jours je l'invoque; et d'un soin paternel

Il me nourrit des dons offerts sur son autel.

Athalie. Quel prodige nouveau me trouble et m'embarrasse?

La douceur de sa voix: son enfance, sa grâce,

Font insensiblement à mon inimitié

Succéder.... Je serais sensible à la pitié?

Abner. Madame, voilà donc cet ennemi terrible?

De vos songes menteurs l'imposture est visible,

A moins que la pitié qui semble vous troubler

Ne soit ce coup fatal qui vous faisait trembler.

Athalie (à Joas et à Josabet). Vous sortez?

Josabet. Vous avez entendu sa fortune;

Sa présence à la fin pourrait être importune.

Athalie (à Joas). Non: revenez. Quel est tous les jours votre emploi?

Joas. J'adore le Seigneur; on m'explique sa loi.

Dans son livre divin on m'apprend à la lire;

Et déjà de ma main je commence à l'écrire.

Athalie. Que vous dit cette loi?

Joas. Que Dieu veut être aimé;

Qu'il venge tôt ou tard son saint nom blasphémé;

Qu'il est le défenseur de l'orphelin timide;

Qu'il résiste au superbe et punit l'homicide.

Athalie. J'entends. Mais tout ce peuple enfermé dans ce lieu,

A quoi s'occupe-t-il?

Joas. Il loue, il bénit Dieu.

Acte IV, scène II.—Joad, Joas.

Joas. Mon père! (courant dans les bras du grand prêtre).

Joad. Hé bien! mon fils?

Joas. Qu'est-ce donc qu'on prépare?

Joad. Il est juste, mon fils, que je vous le déclare.

Il faut que vous soyez instruit, même avant tous,

Des grands desseins de Dieu sur son peuple et sur vous.

Armez-vous d'un courage et d'une foi nouvelle:

Il est temps de montrer cette ardeur et ce zèle
Qu'au fond de votre cœur mes soins ont cultivés,
Et de payer à Dieu ce que vous lui devez.
Sentez-vous cette noble et généreuse envie?

Joas. Je me sens prêt, s'il veut, de lui donner ma vie.

Joad. On vous a lu souvent l'histoire de nos rois:
Vous souvient-il, mon fils, quelles étroites lois
Doit s'imposer un roi digne du diadème?

Joas. Un roi sage, ainsi Dieu l'a prononcé lui-même,
Sur la richesse et l'or ne met point son appui,
Craint le seigneur son Dieu, sans cesse a devant lui
Ses préceptes, ses lois, ses jugements sévères,
Et d'injustes fardeaux n'accable point ses frères.

Joad. Mais sur l'un de ces rois s'il fallait vous régler,
A qui choisiriez-vous, mon fils, de ressembler?

Joas. David, pour le Seigneur, plein d'un amour fidèle,
Me paraît des grands rois le plus parfait modèle.

Joad. Ainsi dans leurs excès vous n'imiteriez pas
L'infidèle Joram, l'impie Ochozias?

Joas. O mon père!

Joad. Achevez, dites: que vous en semble?

Joas. Puisse périr comme eux quiconque leur ressemble!

(Joad se prosterne à ses pieds.)

Mon père, en quel état vous vois-je devant moi!

Joad. Je vous rends le respect que je dois à mon roi.

De votre aïeul David, Joas, rendez-vous digne.

Joas. Joas! moi?

Joad. Vous saurez par quelle grâce insigne
D'une mère en fureur Dieu trompant le dessein,
Quand déjà son poignard était dans votre sein,
Vous choisit, vous sauva du milieu du carnage.
Vous n'êtes pas encore échappé de sa rage:
Avec la même ardeur qu'elle voulut jadis
Perdre en vous le dernier des enfants de son fils,
A vous faire périr sa cruauté s'attache,
Et vous poursuit encor sous le nom qui vous cache.
Mais sous vos étendards j'ai déjà su ranger
Un peuple obéissant et prompt à vous venger.
Entrez, généreux chefs des familles sacrées,
Du ministère saint tour à tour honorées.

REGNARD.

Jean François Regnard, né à Paris le 8 février 1655, fit de 1676 à 1677, deux voyages en Italie. En retournant en France, il fut pris par des corsaires et conduit à Constantinople où il devint cuisinier de son patron, Achmet Ralem. Regnard obtint sa liberté au prix d'une rançon de douze mille livres. Il voyagea ensuite en Flandre, en Hollande, en Danemark, et poussa jusqu'en Laponie. Enfin, revenu et fixé à Paris, il acheta une charge de trésorier de France au bureau des finances de Paris. Sa maison devint le rendez-vous des hommes de plaisir et des plus joyeux convives de la capitale. Il mourut le 5 septembre 1710, près de Dourdan.

Le joueur.

Acte III, scène VI.—Valère, Hector (1).

(Valère entre en comptant beaucoup d'argent dans son chapeau.)

Hector (à part). Mais le voici poussé qui vient d'un heureux vent;
Il a les yeux sereins et l'accueil avenant. (Haut.)
Par votre ordre, monsieur, j'ai vu monsieur Gêronte
Qui de notre mémoire a fait fort peu de compte:
Sa monnaie est frappée avec un vilain coin;
Et de pareil argent nous n'avons pas besoin.
J'ai vu chemin faisant, aussi monsieur Dorante:
Morbleu! qu'il est fâché!

Valère (comptant toujours). Mille deux cent cinquante.

Hector (à part). La flotte est arrivée avec les galions;
Cela va diablement hausser nos actions. (Haut.)
J'ai vu pareillement, par votre ordre, Angélique;
Elle m'a dit...

Valère. (frappant du pied). Morbleu! ce dernier coup me pique;
Sans les cruels revers de deux coup inouïs,
J'aurais encor gagné plus de deux cents louis.

Hector. Cette fille, monsieur, de votre amour est folle.

Valère (à part). Damon m'en doit encor deux cents sur sa parole.

Hector (le tirant par la manche). Monsieur, écoutez-moi; calmez un peu vos sens:
Je parle d'Angélique, et depuis fort longtemps.

Valère (avec distraction). Ah! d'Angélique? Eh bien! comment suis-je avec elle?

Hector. On n'y peut être mieux. Ah! monsieur, qu'elle est belle!
Et que j'ai de plaisir à vous voir raccroché!

Valère (avec distraction). A te dire le vrai, je n'en suis pas fâché.

Hector. Comment! quelle froideur s'empare de votre âme!
Quelle glace! Tantôt vous étiez tout de flamme.
Ai-je tort, quand je dis que l'argent de retour
Vous fait faire toujours banqueroute à l'amour?
Vous vous sentez en fonds; ergo plus de maîtresse.

(1) Le joueur a réussi, par un emprunt usuraire (il a mis en gage le portrait de sa future, d'Angélique), à se procurer de l'argent. Il a de nouveau tenté les chances du jeu, qui lui ont été favorables.

Valère. Ah! juge mieux, Hector, de l'amour qui me presse.
J'aime autant que jamais; mais sur ma passion
J'ai fait, en te quittant, quelque réflexion.
Je ne suis point du tout né pour le mariage:
Des parents, des enfants, une femme, un ménage,
Tout cela me fait peur. J'aime la liberté.

Hector. Et le libertinage.

Valère. Hector, en vérité,
Il n'est point dans le monde un état plus aimable
Que celui d'un joueur: sa vie est agréable;
Ses jours sont enchaînés par des plaisirs nouveaux;
Comédie, opéra, bonne chère, cadeaux;
Il traîne en tous les lieux la joie et l'abondance;
On voit régner sur lui l'air de magnificence;
Tabatières, bijoux; sa poche est un trésor;
Sous ses heureuses mains le cuivre devient or.

Hector. Et l'or devient à rien.....
A ce qu'on peut juger de ce discours charmant,
Vous voilà donc en grâce avec l'argent comptant.
Tant mieux. Pour se conduire en bonne politique,
Il faudrait retirer le portrait d'Angelique.

Valère. Nous verrons.

Hector. Vous savez...

Valère. Je dois jouer tantôt.

Hector. Tirez-en mille écus.

Valère. Oh! non, c'est un dépôt...

Hector. Pour mettre quelque chose à l'abri des orages,
S'il vous plaisait du moins de me payer mes gages?

Valère. Quoi! je te dois?

Hector. Depuis que je suis avec vous,
Je n'ai pas, en cinq ans, encor reçu cinq sous.

Valère. Mon père te paiera, l'article est au mémoire.

Hector. Votre père! Ah! monsieur, c'est une mer à boire!

Acte IV, scène XIII.—Valère, Hector.

Hector. Le voici. Ses malheurs sur son front sont écrits:
Il a tout le visage et l'air d'un premier pris.

Valère. Non, l'enfer en courroux, et toutes ses furies
N'ont jamais exercé de telles barbaries.
Je te loue, ô destin, de tes coups redoublés:
Je n'ai plus rien à perdre, et tes vœux sont comblés.
Pour assouvir encor la fureur qui t'anime,
Tu ne peux rien sur moi: cherche une autre victime.

Hector (à part). Il est sec.

Valère. De serpents mon cœur est dévoré,
Tout semble en un moment contre moi conjuré.
Parle. As-tu jamais vu le sort et son caprice
Accabler un mortel avec plus d'injustice,
Le mieux assassiner? Perdre tous les paris,
Vingt fois le coupe-gorge, et toujours premier pris!
Réponds-moi donc, bourreau!

Hector. Mais, ce n'est pas ma faute:

- Valère.* As-tu vu de tes jours trahison aussi haute?
Sort cruel, ta malice a bien su triompher,
Et tu ne me flattais que pour mieux m'étouffer!
Dans l'état où je suis, je puis tout entreprendre:
Confus, désespéré, je suis prêt à me pendre.
- Hector.* Heureusement pour vous, vous n'avez pas un sou
Dont vous puissiez, monsieur, acheter un licou.
Voudriez-vous souper?
- Valère.* Que la foudre t'écrase!
Ah! charmante Angélique, en l'ardeur qui m'embrase
A vos seules bontés je veux avoir recours:
Je n'aimerai que vous; m'aimeriez-vous toujours?
Mon cœur, dans les transports de sa fureur extrême,
N'est point si malheureux, puisqu'enfin il vous aime.
- Hector* (à part). Notre bourse est à fond, et, par un sort nouveau,
Notre amour recommence à revenir sur l'eau.
.....
- Valère.* Il faut que de mes maux enfin je me délivre:
J'ai cent moyens tout prêts pour m'empêcher de vivre,
La rivière, le feu, le poison et le fer.
- Hector.* Si vous vouliez, monsieur, chanter un petit air,
Votre maître à chanter est ici: la musique
Peut-être calmerait cette humeur frénétique.
- Valère.* Que je chante!
- Hector.* Monsieur..
- Valère.* Que je chante, bourreau!
Je veux me poignarder; la vie est un fardeau
Qui pour moi désormais devient insupportable.
- Hector.* Vous la trouviez pourtant tantôt bien agréable.
Qu'un joueur est heureux! Sa poche est un trésor
Sous ses heureuses mains le cuivre devient or,
Disiez-vous.
- Valère.* Ah! je sens redoubler ma colère!

BOILEAU.

Boileau Despréaux naquit à Paris le 1^{er} novembre 1636. « Fils d'un père greffier né d'aïeux avocats, » il fut destiné à l'étude du droit, qu'il abandonna bientôt pour la culture des lettres.

Boileau, aimé et protégé par Louis XIV, fut l'ami de Racine, de Molière, de La Fontaine. Il mourut le 13 mars 1711 à Paris, d'une hydropisie de poitrine, après avoir passé sa vieillesse dans sa maison de campagne d'Auteuil.

Les embarras de Paris.

Qui frappe l'air, bon Dieu! de ces lugubres cris?
Est-ce donc pour veiller qu'on se couche à Paris?
Et quel fâcheux démon, durant les nuits entières,
Rassemble ici les chats de toutes les gouttières?

J'ai beau sauter du lit, plein de trouble et d'effroi,
Je pense qu'avec eux tout l'enfer est chez moi:
L'un miaule en grondant comme un tigre en furie,
L'autre roule sa voix comme un enfant qui crie.
Ce n'est pas tout encor: les souris et les rats
Semblent, pour m'éveiller, s'entendre avec les chats,
Plus importuns pour moi, durant la nuit obscure,
Que jamais, en plein jour, ne fut l'abbé de Pure.

Tout conspire à la fois à troubler mon repos,
Et je me plains ici du moindre de mes maux:
Car à peine les coqs, commençant leur ramage,
Auront de cris aigus frappé le voisinage,
Qu'un affreux serrurier, que le ciel en courroux
A fait, pour mes péchés, trop voisin de chez nous,
Avec un fer maudit qu'à grand bruit il apprête,
De cent coups de marteau me va fendre la tête.
J'entends déjà partout les charrettes courir,
Les maçons travailler, les boutiques s'ouvrir:
Tandis que dans les airs mille cloches émues
D'un funèbre concert font retentir les nues;
Et se mêlant au bruit de la grêle et des vents,
Pour honorer les morts, font mourir les vivants.

Encor je bénirais la bonté souveraine,
Si le ciel à ces maux avait borné ma peine.
Mais si seul en mon lit je peste avec raison,
C'est encor pis vingt fois en quittant la maison:
En quelque endroit que j'aïlle, il faut fendre la presse
D'un peuple d'importuns, qui fourmillent sans cesse.
L'un me heurte d'un ais dont je suis tout froissé;
Je vois d'un autre coup mon chapeau renversé.
Là, d'un enterrement la funèbre ordonnance,
D'un pas lugubre et lent vers l'église s'avance;
Et plus loin des laquais l'un l'autre s'agaçant
Font aboyer les chiens et jurer les passants.
Des paveurs en ce lieu me bouchent le passage.
Là, je trouve une croix de funeste présage,
Et des couvreurs grimpés au toit d'une maison,
En font pleuvoir l'ardoise et la tuile à foison.
Là sur une charrette une poutre branlante
Vient menaçant de loin la foule qu'elle augmente;
Six chevaux attelés à ce fardeau pesant,
Ont peine à le mouvoir sur le pavé glissant.
D'un carrosse en tournant il accroche une roue,
Et du choc le renverse en un grand tas de boue;
Quand un autre à l'instant s'efforçant de passer,
Dans le même embarras se vient embarrasser.
Vingt carrosses bientôt arrivent à la file
Y sont en moins de rien suivis de plus de mille;
Et, pour surcroît de maux, un sort malencontreux
Conduit en cet endroit un grand troupeau de bœufs.
Chacun prétend passer; l'un mugit, l'autre jure;
Des mulets en sonnant augmentent le murmure;
Et bientôt cent chevaux dans la foule appelés,
De l'embarras qui croît ferment les défilés;

Et partout des passants enchaînant les brigades,
Au milieu de la paix font voir les barricades;
On n'entend que des cris poussés confusément:
Dieu, pour s'y faire ouïr tonnerait vainement.....

L'apologie du vrai.

Rien n'est beau que le vrai: le vrai seul est aimable;
Il doit régner partout, et même dans la fable:
De toute fiction l'adroite fausseté
Ne tend qu'à faire aux yeux briller la vérité.
Sais-tu pourquoi mes vers sont lus dans les provinces,
Sont recherchés du peuple, et reçus chez les princes?
Ce n'est pas que leurs sons, agréables, nombreux,
Soient toujours à l'oreille également heureux;
Qu'en plus d'un lieu le sens n'y gêne la mesure,
Et qu'un mot quelquefois n'y brave la césure.
Mais c'est qu'en eux le vrai du mensonge vainqueur
Partout se montre aux yeux, et va saisir le cœur;
Que le bien et le mal y sont prisés au juste;
Que jamais un faquin n'y tint un rang auguste;
Et que mon cœur, toujours conduisant mon esprit,
Ne dit rien aux lecteurs qu'à soi-même (1) il n'ait dit.
Ma pensée au grand jour partout s'offre et s'expose;
Et mon vers, bien ou mal, dit toujours quelque chose.
C'est par là quelquefois que ma rime surprend;
C'est là ce que n'ont point Jonas, ni Childebrand,
Ni tous ces vains amas de frivoles sornettes,
Montre, Miroirs d'amour, Amitiés, Amourettes,
Dont le titre souvent est l'unique soutien,
Et qui, parlant beaucoup, ne disent jamais rien.
Mais peut-être, enivré des vapeurs de ma muse,
Moi même en ma faveur, Seignelay, je m'abuse.
Cessons de nous flatter. Il n'est esprit si droit
Qui ne soit imposteur et faux par quelque endroit.
Sans cesse on prend le masque, et, quittant la nature,
On craint de se montrer sous sa propre figure.
Par là le plus sincère assez souvent déplaît.
Rarement un esprit ose être ce qu'il est.
Vois-tu cet importun que tout le monde évite,
Cet homme à toujours fuir, qui jamais ne vous quitte?
Il n'est pas sans esprit; mais, né triste et pesant,
Il veut être folâtre, évaporé, plaisant;
Il s'est fait de la joie une loi nécessaire,
Et ne déplaît enfin que pour vouloir trop plaire.
La simplicité plaît sans étude et sans art.
Tout charme en un enfant dont la langue sans fard
A peine du filet encor débarrassée
Sait d'un air innocent bégayer sa pensée.

(1) On ne dirait maintenant qu'à lui même il n'ait dit.

Le faux est toujours fade, ennuyeux, languissant;
Mais la nature est vraie, et d'abord on la sent:
C'est elle seule en tout qu'on admire, et qu'on aime.
Un esprit né chagrin plaît par son chagrin même.
Chacun pris par son air est agréable en soi:
Ce n'est que l'air d'autrui qui peut déplaire en moi.

Les poètes satiriques.

L'ardeur de se montrer et non pas de médire,
Arma la vérité du vers de la satire.
Lucile le premier osa la faire voir,
Aux vices des Romains présenta le miroir,
Vengea l'humble vertu de la richesse altière,
Et l'honnête homme à pied du faquin en litière.
Horace à cette aigreur mêla son enjoûment.
On ne fut plus ni fat ni sot impunément:
Et malheur à tout nom qui, propre à la censure,
Put entrer dans un vers sans rompre la mesure!
Perse, en ses vers obscurs, mais serrés et pressants,
Affecta d'enfermer moins de mots que de sens.
Juvénal, élevé dans les cris de l'école,
Poussa jusqu'à l'excès sa mordante hyperbole.
Ses ouvrages, tout pleins d'affreuses vérités,
Étincellent pourtant de sublimes beautés:
Soit que, sur un écrit arrivé de Caprée,
Il brise de Séjan la statue adorée,
Soit qu'il fasse au conseil courir les sénateurs,
D'un tyran soupçonneux pâles adulateurs;
Ou que poussant à bout la luxure latine,
Aux portefaix de Rome il vende Messaline;
Ses écrits pleins de feu partout brillent aux yeux.
De ces maîtres savants disciple ingénieux,
Régnier, seul parmi nous, formé sur leurs modèles,
Dans son vieux style encore a des grâces nouvelles:
Heureux si ses discours, craints du chaste lecteur,
Ne se sentaient des lieux où fréquentait l'auteur, (1)
Et si, du son hardi de ses rimes cyniques,
Il n'alarmait souvent les oreilles pudiques!
Le latin dans les mots brave l'honnêteté:
Mais le lecteur français veut être respecté:
Du moindre sens impur la liberté l'outrage,
Si la pudeur des mots n'en adoucit l'image.
Je veux dans la satire un esprit de candeur;
Et fuis un effronté qui prêche la pudeur.

(1) Aujourd'hui on doit dire *des lieux que fréquentait l'auteur*.

LA FONTAINE.

Jean de La Fontaine naquit à Château-Thierry, le 8 juillet 1621. Ce n'est qu'à l'âge de vingt-deux ans qu'il sentit naître en lui le goût de la poésie, en lisant une ode de Malherbe. A vingt-six ans, il succéda à son père dans la charge de maître des eaux et forêts. Sa vie fut abandonnée, peu régulière, peu digne.

La Fontaine mourut à Paris, pauvre, à l'âge de soixante-quatorze ans (14 août 1695).

Le Lion et le Rat

ET

La Colombe et la Fourmi.

Il faut, autant qu'on peut, obliger tout le monde,
On a souvent besoin d'un plus petit que soi (1).
De cette vérité deux fables feront foi,
Tant la chose en preuves abonde.
Entre les pattes d'un lion
Un rat sortit de terre assez à l'étourdie.
Le roi des animaux, en cette occasion,
Se montra généreux et lui laissa la vie.
Ce bienfait ne fut pas perdu.
Quelqu'un aurait-il jamais cru
Qu'un lion d'un rat eût affaire?
Cependant il advint qu'au sortir des forêts
Ce lion fut pris dans des rets,
Dont ses rugissements ne le purent défaire.
Sire rat accourut et fit tant par ses dents
Qu'une maille rongée emporta tout l'ouvrage.
Patience et longueur de temps
Font plus que force ni que rage.

L'autre exemple est tiré d'animaux plus petits.
Le long d'un clair ruisseau buvait une colombe,
Quand sur l'eau se penchant une fourmis (2) y tombe.
Et dans cet océan l'on eût vu la fourmis
S'efforcer, mais en vain, de regagner la rive.
La colombe aussitôt usa de charité:
Un brin d'herbe dans l'eau par elle étant jeté,
Ce fut un promontoire où la fourmis arrive.
Elle se sauve. Et là-dessus
Passe un certain croquant (3) qui marchait les pieds nus;

(1) Les vers, imprimés en caractères italiques sont devenus proverbes.

(2) *Fourmis*, vieille orthographe pour *fourmi*. — (3) Paysan.

Ce croquant, par hasard, avait une arbalète.
Dès qu'il voit l'oiseau de Vénus,
Il le croit en son pot et déjà lui fait fête.
Tandis qu'à le tuer mon villageois s'apprête,
La fourmis le pique au talon.
Le vilain retourne la tête.
La colombe l'entend, part, et tire de long.
Le soupé du croquant avec elle s'envole:
Point de pigeon pour une obole.

Le Corbeau et le Renard.

Maître corbeau, sur un arbre perché,
Tenait en son bec un fromage.
Maître Renard, par l'odeur alléché,
Lui tint à peu près ce langage:
Hé! bonjour, monsieur du corbeau!
Que vous êtes joli, que vous me semblez beau!
Sans mentir, si votre ramage
Se rapporte à votre plumage,
Vous êtes le phénix des hôtes de ces bois.
A ces mots le corbeau ne se sent pas de joie;
Et, pour montrer sa belle voix,
Il ouvre un large bec, laisse tomber sa proie.
Le renard s'en saisit, et dit: Mon bon monsieur,
Apprenez que tout flatteur
Vit aux dépens de celui qui l'écoute:
Cette leçon vaut bien un fromage, sans doute?
Le corbeau, honteux et confus.
Jura, mais un peu tard, qu'on ne l'y prendrait plus.

La Génisse, La Chèvre, et la Brebis, en société avec le Lion.

La génisse, la chèvre, et leur sœur la brebis,
Avec un fier lion, seigneur du voisinage,
Firent société, dit-on, au temps jadis,
Et mirent en commun le gain et le dommage.
Dans les lacs de la chèvre un cerf se trouva pris,
Vers ses associés aussitôt elle envoie.
Eux venus, le lion par ses ongles compta,
Et dit: Nous sommes quatre à partager la proie,
Puis en autant de parts le cerf il dépeça;
Prit pour lui la première en qualité de sire,
Elle doit être à moi, dit-il; *et la raison,*
C'est que je m'appelle lion:
A cela l'on n'a rien à dire.
La seconde, par droit, me doit échoir encor:
Ce droit, vous le savez, c'est le droit du plus fort.

Comme le plus vaillant je prétends la troisième.
Si quelqu'une de vous touche à la quatrième,
Je l'étranglerait tout d'abord.

Le Loup et l'Agneau.

*La raison du plus fort est toujours la meilleure,
Nous l'allons montrer tout à l'heure.*

Un agneau se désaltérait
Dans le courant d'une onde pure.
Un loup survient à jeun, qui cherchait aventure,
Et que la faim en ces lieux attirait.
Qui te rend si hardi de troubler mon breuvage?
Dit cet animal plein de rage:
Tu seras châtié de ta témérité.
Sire, répond l'agneau, que Votre Majesté
Ne se mette point en colère:
Mais plutôt qu'elle considère
Que je me vas désaltérant
Dans le courant,
Plus de vingt pas au-dessous d'elle;
Et que, par conséquent, en aucune façon
Je ne puis troubler sa boisson.
Tu la troubles! reprit cette bête cruelle;
Et je sais que de moi tu médis l'an passé.—
Comment l'aurais-je fait si je n'étais pas né?
Reprit l'agneau, je tette encor ma mère.—
Si ce n'est toi, c'est donc ton frère.—
Je n'en ai point.—C'est donc quelqu'un des tiens;
Car vous ne nous épargnez guère,
Vous, vos bergers, et vos chiens.
On me l'a dit: il faut que je me venge.
Là-dessus au fond des forêts
Le loup l'emporte et puis le mange,
Sans autre forme de procès.

Le Chêne et le Roseau.

Le chêne un jour dit au roseau:
Vous avez bien sujet d'accuser la nature;
Un roitelet pour vous est un pesant fardeau;
Le moindre vent qui d'aventure
Fait rider la face de l'eau
Vous oblige à baisser la tête;
Cependant que mon front, au Caucase pareil,
Non content d'arrêter les rayons du soleil,
Brave l'effort de la tempête.
Tout vous est aquilon, tout me semble zéphyr.
Encor si vous naissiez à l'abri du feuillage
Dont je couvre le voisinage,

Vous n'auriez pas tant à souffrir;
Je vous défendrais de l'orage:
Mais vous naissez le plus souvent
Sur les humides bords des royaumes du vent.
La nature envers vous me semble bien injuste.—
Votre compassion, lui répondit l'arbuste,
Part d'un bon naturel: mais quittez ce souci;
Les vents me sont moins qu'à vous redoutables:
Je plie, et ne romps pas. Vous avez jusqu'ici
Contre leurs coups épouvantables
Résisté sans courber le dos:
Mais attendons la fin.— Comme il disait ces mots,
Du bout de l'horizon accourt avec furie
Le plus terrible des enfants
Que le Nord eût portés jusque-là dans ses flancs.
L'arbre tient bon; le roseau plie.
Le vent redouble ses efforts,
Et fait si bien qu'il déracine
Celui de qui la tête au ciel était voisine,
Et dont les pieds touchaient à l'empire des morts.

Les Médecins.

*Le Médecin Tant-pis allait voir un malade
Que visitait aussi son confrère Tant-mieux.*
Ce dernier espérait, quoique son camarade
Soutint que le gisant irait voir ses aïeux.
Tous deux s'étant trouvés différents pour la cure,
Leur malade paya le tribut à nature,
Après qu'en ses conseils Tant-pis eut été cru.
Ils triomphaient encor sur cette maladie.
L'un disait: Il est mort; je l'avais bien prévu.
S'il m'eût cru, disait l'autre, il serait plein de vie.

L'Ane portant des reliques.

*Un baudet chargé de reliques
S'imagina qu'on l'adorait:
Dans ce penser il se carrait,
Recevant comme siens l'encens et les cantiques,
Quelqu'un vit l'erreur, et lui dit:
Maître baudet, ôtez-vous de l'esprit
Une vanité si folle.
Ce n'est pas vous, c'est l'idole
A qui cet honneur se rend,
Et que la gloire en est due.*

*D'un magistrat ignorant
C'est la robe qu'on salue.*

Les animaux malades de la peste.

Un mal qui répand la terreur,
Mal que le ciel en sa fureur
Inventa pour punir les crimes de la terre,
La peste (puisqu'il faut l'appeler par son nom),
Capable d'enrichir en un jour l'Achéron,
Faisait aux animaux la guerre.
Ils ne mouraient pas tous, mais tous étaient frappés:
On n'en voyait point d'occupés
A chercher le soutien d'une mourante vie;
Nul mets n'excitait leur envie:
Ni loups ni renards n'épiaient
La douce et l'innocente proie;
Les tourterelles se fuyaient:
Plus d'amour, partant plus de joie.
Le lion tint conseil, et dit: Mes chers amis,
Je crois que le ciel a permis
Pour nos péchés cette infortune.
Que le plus coupable de nous
Se sacrifie aux traits du céleste courroux;
Peut-être il obtiendra la guérison commune.
L'histoire nous apprend qu'en de tels accidents
On fait de pareils dévouements.
Ne nous flattons donc point; voyons sans indulgence
L'état de notre conscience.
Pour moi, satisfaisant mes appétits gloutons,
J'ai dévoré force moutons.
Que m'avaient-ils fait? Nulle offense;
Même il m'est arrivé quelquefois de manger
Le berger.
Je me dévouerai donc, s'il le faut; mais je pense
Qu'il est bon que chacun s'accuse ainsi que moi:
Car on doit souhaiter, selon toute justice,
Que le plus coupable périsse.—
Sire, dit le renard, vous êtes trop bon roi,
Vos scrupules font voir trop de délicatesse.
Eh bien! manger moutons, canaille, sotte espèce,
Est-ce un péché? Non, non. *Vous leurs fîtes, seigneur,*
En les croquant beaucoup d'honneur.
Et quant au berger, l'on peut dire
Qu'il était digne de tous maux,
Étant de ces gens-là qui sur les animaux
Se font un chimérique empire.
Ainsi dit le renard; et flatteurs d'applaudir.
On n'osa trop approfondir
Du tigre, ni de l'ours, ni des autres puissances,
Les moins pardonnables offenses.
Tous les gens querelleurs, jusqu'aux simples mâts,
Au dire de chacun, étaient de petits saints:
L'âne vint à son tour, et dit: J'ai souvenance
Qu'en un pré de moine passant,

*La faim, l'occasion, l'herbe tendre, et, je pense,
Quelque diable aussi me poussant,
Je tondis de ce pré la largeur de ma langue.
Je n'en avais nul droit, puisqu'il faut parler net.
A ces mots on cria haro sur le baudet.
Un loup quelque peu clerc prouva par sa harangue
Qu'il fallait dévouer ce maudit animal,
Ce pelé, ce galeux, d'où venait tout le mal.
Sa peccadille fut jugée un cas pendable.
Manger l'herbe d'autrui! quel crime abominable!
Rien que la mort n'était capable
D'expier son forfait. On le lui fit bien voir.
Selon que vous serez puissant ou misérable,
Les jugements de cour vous rendront blanc ou noir.*

Les Femmes et le Secret.

*Rien ne pèse tant qu'un secret:
Le porter loin est difficile aux dames;
Et je sais même sur ce fait
Bon nombre d'hommes qui sont femmes.*

Pour éprouver la sienne, un mari s'écria,
La nuit étant près d'elle: O dieux! qu'est-ce cela?
Je n'en puis plus! on me déchire!
Quoi! j'accouche d'un œuf!—D'un œuf?—Oui, le voilà
Frais et nouveau pondu: gardez bien de le dire;
On m'appellerait poule. Enfin n'en parlez pas.
La femme, neuve sur ce cas,
Ainsi que sur mainte autre affaire,
Crut la chose, et promit ses grands dieux de se taire;
Mais ce serment s'évanouit
Avec les ombres de la nuit.
L'épouse, indiscrete et peu fine,
Sort du lit quand le jour fut à peine levé;
Et de courir chez sa voisine:
Ma commère, dit-elle, un cas est arrivé;
N'en dites rien surtout, car vous me feriez battre:
Mon mari vient de pondre un œuf gros comme quatre.
Au nom de Dieu, gardez-vous bien
D'aller publier ce mystère.—
Vous moquez-vous? dit l'autre: ah! vous ne savez guère
Quelle je suis. Allez, ne craignez rien.
La femme du pondeur s'en retourna chez elle.
L'autre grille déjà d'en conter la nouvelle:
Elle va la répandre en plus de dix endroits:
Au lieu d'un œuf elle en dit trois.
Ce n'est pas encor tout; car une autre commère
En dit quatre, et raconte à l'oreille le fait:
Précaution peu nécessaire,
Car ce n'était plus un secret.

Comme le nombre d'œufs, grâce à la renommée,
De bouche en bouche allait croissant,
Avant la fin de la journée
Ils se montaient à plus d'un cent.

Le Singe et le Chat.

Bertrand avec Raton, l'un singe et l'autre chat,
Commensaux d'un logis, avaient un commun maître,
D'animaux malfaisants c'était un très bon plat:
Ils n'y craignaient tous deux aucun, quel qu'il pût être.
Trouvait on quelque chose au logis de gâté,
L'on ne s'en prenait point aux gens du voisinage:
Bertrand déroba tout; Raton de son côté
Était moins attentif aux souris qu'au fromage.

Un jour, au coin du feu, nos deux maîtres fripons
Regardaient rôtir des marrons.
Les escroquer était une très bonne affaire:
Nos galants y voyaient double profit à faire,
Leur bien premièrement, et puis le mal d'autrui.
Bertrand dit à Raton: Frère, il faut aujourd'hui
Que tu fasses un coup de maître:
Tire-moi ces marrons. Si Dieu m'avait fait naître
Propre à tirer marrons du feu,
Certes, marrons verraient beau jeu.
Aussitôt fait que dit: Raton avec sa patte,
D'une manière délicate,
Écarte un peu la cendre, et retire les doigts,
Puis les reporte à plusieurs fois;
Tire un marron, puis deux, et puis trois en escroque;
Et cependant Bertrand les croque.
Une servante vint; adieu mes gens. Raton
N'était pas content, ce dit-on.

BOSSUET.

Jacques-Bénigne Bossuet naquit le 27 septembre 1627 à Dijon. Il commença ses études au collège des jésuites de cette ville, et les acheva à Paris au collège de Navarre. Docteur en philosophie à seize ans, en 1643, en théologie cinq ans plus tard (1648). Il fut ordonné prêtre en 1652, et investi d'un canonicat à Metz, où son père était président du Parlement. Il reparut à Paris en 1659, et prêcha le carême dans l'église des Minimes de la Place Royale avec un succès éclatant. Pendant dix ans il fit entendre, dans les églises de Paris et à la cour, une éloquence naturelle et forte, nourrie de la science des Pères. De ses sermons presque entièrement improvisés, il n'est resté que des notes jetées à la hâte sur le papier, et recueillies après sa mort. Il fut en 1670 chargé de diriger l'éducation du dauphin. L'éducation du dauphin terminée, Bossuet prit possession du siège épiscopal de Meaux (1681). Bossuet mourut de la pierre à Paris le 12 avril 1704.

Discours sur l'Histoire universelle.

.....
Les mœurs des Romains avaient naturellement quelque chose, non seulement de rude et de rigide, mais encore de sauvage et de farouche. Mais ils n'oublièrent rien pour se réduire eux-mêmes sous de bonnes lois; et le peuple le plus jaloux de sa liberté que l'univers ait jamais vu, se trouva en même temps le plus soumis à ses magistrats et à la puissance légitime.

La milice d'un tel peuple ne pouvait manquer d'être admirable, puisqu'on y trouvait, avec des courages fermes et des corps vigoureux, une si prompte et si exacte obéissance.

Les lois de cette milice étaient dures, mais nécessaires. La victoire était périlleuse, et souvent mortelle à ceux qui la gagnaient contre les ordres. Il y allait de la vie, non seulement à fuir, à quitter ses armes, à abandonner son rang, mais encore à se remuer, pour ainsi dire, et à branler tant soit peu sans le commandement du général. Qui mettait les armes bas devant l'ennemi, qui aimait mieux se laisser prendre que de mourir glorieusement pour sa patrie, était jugé indigne de toute assistance. Pour l'ordinaire on ne comptait plus les prisonniers parmi les citoyens, et on les laissait aux ennemis comme des membres retranchés de la république. Vous avez vu, dans Florus et dans Cicéron, l'histoire de Régulus, qui persuada au Sénat, aux dépens de sa propre vie, d'abandonner les prisonniers aux Carthaginois. Dans la guerre d'Annibal, et après la perte de la bataille de Cannes, c'est-à-dire dans le temps où Rome, épuisée par tant de pertes, manquait le plus de soldats, le Sénat aima mieux armer, contre sa coutume, huit mille esclaves, que de racheter huit mille Romains qui ne lui auraient pas plus coûté que la nouvelle milice qu'il fallut lever. Mais, dans la nécessité des affaires, on établit plus que jamais comme une loi inviolable, qu'un soldat romain devait ou vaincre ou mourir.

Par cette maxime, les armées romaines, quoique défaites et rom-

pues, combattaient et se ralliaient jusqu'à la dernière extrémité; et, comme remarque Salluste, il se trouve parmi les Romains plus de gens punis pour avoir combattu sans en avoir ordre, que pour avoir lâché le pied et quitté son poste: de sorte que le courage avait plus besoin d'être réprimé, que la lâcheté n'avait besoin d'être excitée.

.....
Il est maintenant aisé de connaître les causes de l'élévation et de la chute de Rome.

Vous voyez que cet Etat, fondé sur la guerre, et par là naturellement disposé à empiéter sur ses voisins, a mis tout l'univers sous le joug pour avoir porté au plus haut point la politique et l'art militaire.

Vous voyez les causes des divisions de la république, et finalement de sa chute, dans les jalousies de ses citoyens, et dans l'amour de la liberté poussé jusqu'à un excès et une délicatesse insupportables.

Vous n'avez plus de peine à distinguer tous les temps de Rome, soit que vous vouliez la considérer en elle-même, soit que vous la regardiez par rapport aux autres peuples; et vous voyez les changements qui devaient suivre la disposition des affaires en chaque temps.

En elle-même, vous la voyez au commencement dans un état monarchique, établi selon ses lois primitives; ensuite dans sa liberté; et enfin soumise encore une fois au gouvernement monarchique, mais par force et par violence.

Il est aisé de concevoir de quelle sorte s'est formé l'état populaire en suite des commencements qu'il avait dès les temps de la royauté; et vous ne voyez pas dans une moindre évidence comment dans la liberté s'établissaient peu à peu les fondements de la nouvelle monarchie.

Car de même que vous avez vu le projet de république dressé dans la monarchie par Servius Tullius, qui donna comme un premier goût de la liberté au peuple romain; vous avez aussi observé que la tyrannie de Sylla, quoique passagère, quoique courte, a fait voir que Rome, malgré sa fierté, était autant capable de porter le joug que les peuples qu'elle tenait asservis.

Pour connaître ce qu'a opéré successivement cette jalousie furieuse entre les ordres, vous n'avez qu'à distinguer les deux temps que je vous ai expressément marqués: l'un, où le peuple était retenu dans certaines bornes par les périls qui l'environnaient de tous côtés; et l'autre, où, n'ayant plus rien à craindre au dehors, il s'est abandonné sans réserve à sa passion.

Le caractère essentiel de chacun de ces deux temps est que dans l'un l'amour de la patrie et des lois retenait les esprits, et que dans l'autre tout se décidait par l'intérêt et par la force.

De là s'ensuivait encore que, dans le premier de ces deux temps, les hommes de commandement qui aspiraient aux honneurs par les moyens légitimes tenaient les soldats en bride et attachés à la république; au lieu que dans l'autre temps où la violence emportait tout, ils ne songeaient qu'à les ménager pour les faire entrer dans leurs desseins malgré l'autorité du Sénat.

Par ce dernier état la guerre était nécessairement dans Rome; et

par le génie de la guerre, le commandement venait naturellement entre les mains d'un seul chef; mais parce que dans la guerre, où les lois ne peuvent plus rien, la seule force décide, il fallait que le plus fort demeurât le maître, par conséquent que l'empire retournât en la puissance d'un seul.

Et les choses s'y disposaient tellement par elles-mêmes, que Polybe, qui a vécu dans le temps le plus florissant de la république, a prévu, par la seule disposition des affaires, que l'Etat de Rome à la longue reviendrait à la monarchie.

La raison de ce changement est que la division entre les ordres n'a pu cesser parmi les Romains que par l'autorité d'un maître absolu, et que d'ailleurs la liberté était trop aimée pour être abandonnée volontairement. Il fallait donc peu à peu l'affaiblir par des prétextes spécieux, et faire par ce moyen qu'elle pût être ruinée par la force ouverte.

La tromperie, selon Aristote, devait commencer en flattant le peuple, et devait naturellement être suivie de la violence.

Mais de là on devait tomber dans un autre inconvénient par la puissance des gens de guerre; mal inévitable à cet Etat.

En effet, cette monarchie que formèrent les Césars s'étant érigée par les armes, il fallait qu'elle fût toute militaire; et c'est pourquoi elle s'établit sous le nom d'empereur, titre propre et naturel du commandement des armées.

Par là vous avez pu voir que comme la république avait son faible inévitable, c'est-à-dire la jalousie entre le peuple et le Sénat, la monarchie des Césars avait aussi le sien; et ce faible était la licence des soldats qui les avaient faits.

Car il n'était pas possible que les gens de guerre, qui avaient changé le gouvernement et établi les empereurs, fussent longtemps sans s'apercevoir que c'étaient eux en effet qui disposaient de l'empire.

Vous pouvez maintenant ajouter aux temps que vous venez d'observer ceux qui vous marquent l'état et le changement de la milice; celui où elle est soumise et attachée au Sénat et au peuple romain; celui où elle s'attache à ses généraux; celui où elle les élève à la puissance absolue sous le titre militaire d'empereurs; celui où, maîtresse en quelque façon de ses propres empereurs qu'elle créait, elle les fait et les défait à sa fantaisie. De là le relâchement; de là les séditions et les guerres que vous avez vues; de là enfin la ruine de la milice avec celle de l'empire.

Tels sont les temps remarquables qui nous marquent les changements de l'état de Rome considérée en elle-même. Ceux qui nous la font connaître par rapport aux autres peuples ne sont pas moins aisés à discerner.

Il y a le temps où elle combat contre ses égaux, et où elle est en péril. Il dure un peu plus de cinq cents ans, et finit à la ruine des Gaulois en Italie et de l'empire des Carthaginois.

Celui où elle combat, toujours plus forte et sans péril, quelque grandes que soient les guerres qu'elle entreprenne. Il dure deux cents ans, et va jusqu'à l'établissement de l'empire des Césars.

Celui où elle conserve son empire et sa majesté. Il dure quatre cents ans, et finit au règne de Théodose le Grand.

Celui enfin où son empire, entamé de toutes parts, tombe peu à peu. Cet état, qui dure aussi quatre cents ans, commence aux enfants de Théodose et se termine enfin à Charlemagne.

Je n'ignore pas qu'on pourrait ajouter aux causes de la ruine de Rome beaucoup d'incidents particuliers. Les rigueurs des créanciers sur leurs débiteurs ont excité de grandes et de fréquentes révoltes. La prodigieuse quantité de gladiateurs et d'esclaves dont Rome et l'Italie étaient surchargées ont causé d'effroyables violences, et même des guerres sanglantes. Rome, épuisée par tant de guerres civiles et étrangères, se fit tant de nouveaux citoyens, ou par brigue ou par raison, qu'à peine pouvait-elle se reconnaître elle-même parmi tant d'étrangers qu'elle avait naturalisés. Le Sénat se remplissait de barbares: le sang romain se mêlait; l'amour de la patrie, par lequel Rome s'était élevée au-dessus de tous les peuples du monde, n'était pas naturel à ces citoyens venus du dehors, et les autres se gâtaient par le mélange. Les partialités se multipliaient avec cette prodigieuse multiplicité de citoyens nouveaux; et les esprits turbulents y trouvaient de nouveaux moyens de brouiller et d'entreprendre.

Cependant le nombre des pauvres s'augmentait sans fin par le luxe, par les débauches, et par la fainéantise qui s'introduisait. Ceux qui se voyaient ruinés n'avaient de ressource que dans les séditions, et en tout cas se souciaient peu que tout périt après eux. On sait que c'est ce qui fit la conjuration de Catilina. Les grands ambitieux et les misérables qui n'ont rien à perdre, aiment toujours le changement. Ces deux genres de citoyens prévalaient dans Rome; et l'état mitoyen, qui seul tient tout en balance dans les Etats populaires, étant le plus faible, il fallait que la république tombât.

On peut joindre encore à ceci l'humeur et le génie particulier de ceux qui ont causé les grands mouvements; je veux dire des Gracques, de Marius, de Sylla, de Pompée, de Jules César, d'Antoine et d'Auguste. J'en ai marqué quelque chose; mais je me suis attaché principalement à vous découvrir les causes universelles et la vraie racine du mal, c'est à-dire cette jalousie entre les deux ordres, dont il vous était important de considérer toutes les suites.

.....
Alexandre ne croyait pas travailler pour ses capitaines, ni ruiner sa maison par ses conquêtes. Quand Brutus inspirait au peuple romain un amour immense de la liberté, il ne songeait pas qu'il jetait dans les esprits le principe de cette licence effrénée par laquelle la tyrannie qu'il voulait détruire devait être un jour rétablie plus dure que sous les Tarquins. Quand les Césars flattaient les soldats, ils n'avaient pas dessein de donner des maîtres à leurs successeurs et à l'empire.

En un mot, il n'y a point de puissance humaine qui ne serve malgré elle à d'autres desseins que les siens.

FÉNELON.

François de Salignac de la Mothe-Fénelon naquit le 6 août 1651 au château de Fénelon, en Périgord. Au sortir du séminaire de Saint-Sulpice, il se sentit entraîné par son ardente charité vers la carrière périlleuse des missions étrangères, mais la délicatesse de sa santé le retint en France. Chargé successivement de l'instruction des Nouvelles Catholiques, puis d'une mission dans le Poitou, où sa douceur et son éloquence opérèrent de nombreuses conversions, il fut nommé, à la recommandation de Mme. de Maintenon, précepteur du duc de Bourgogne, petit-fils de Louis XIV. Cette éducation terminée, Fénelon fut promu en 1694 à l'archevêché de Cambrai. La polémique qu'il soutint contre Bossuet au sujet du quietisme et de la doctrine du pur amour de Dieu, et la condamnation dont le Saint-Siège frappa son livre des *Maximes des Saints*, lui firent perdre la bienveillance du roi. Retiré dans son diocèse, il se consacra tout entier à ses fonctions pastorales, et se fit chérir par une bienfaisance devenue proverbiale. Il mourut à Cambrai le 8 janvier 1715, à soixante-quatre ans.

Démosthène et Cicéron.

Cicéron.—Quoi! prétends-tu que j'ai été un orateur médiocre?

Démosthène.—Non pas médiocre: car ce n'est pas sur une personne médiocre que je prétends avoir la supériorité. Tu as été sans doute un orateur célèbre. Tu avais de grandes parties; mais souvent tu t'es écarté du point en quoi consiste la perfection.

Cicéron.—Et toi n'as-tu point eu de défauts?

Démosthène.—Je crois qu'on ne m'en peut reprocher aucun pour l'éloquence.

Cicéron.—Peux-tu comparer la richesse de ton génie à la mienne? toi qui es sec, sans ornement; qui es toujours contraint par des bornes étroites et resserrées; toi qui n'étends aucun sujet; toi à qui on ne peut rien retrancher, tant la manière dont tu traites les sujets est, si j'ose me servir de ce terme, affamée; au lieu que je donne aux miens une étendue qui fait paraître une abondance et une fertilité de génie qui a fait dire qu'on ne peut rien ajouter à mes ouvrages.

Démosthène.—Celui à qui on ne peut rien retrancher n'a rien dit que de parfait.

Cicéron.—Celui à qui on ne peut rien ajouter n'a rien omis de tout ce qui pouvait embellir son ouvrage.

Démosthène.—Ne trouves-tu pas tes discours plus remplis de traits d'esprit que les miens? Parle de bonne foi, n'est-ce pas-là la raison par laquelle tu t'élèves au-dessus de moi?

Cicéron.—Je veux bien te l'avouer, puisque tu me parles ainsi. Mes pièces sont infiniment plus ornées que les tiennes. Elles marquent bien plus d'esprit, de tour, d'art, de facilité. Je fais paraître la même chose sous vingt manières différentes. On ne pouvait s'empêcher en entendant mes oraisons d'admirer mon esprit, d'être continuellement surpris de mon art, de s'écrier sur moi, de m'interrompre pour m'applaudir et me

donner des louanges. Tu devais être écouté fort tranquillement, et apparemment tes auditeurs ne t'interrompaient pas.

Démosthène.—Ce que tu dis de nous deux est vrai. Tu ne te trompes que dans la conclusion que tu en tires. Tu occupais l'assemblée de toi-même, et moi je ne l'occupais que des affaires dont je parlais. On t'admirait, et moi j'étais oublié par mes auditeurs qui ne voyaient que le parti que je voulais leur faire prendre. Tu réjouissais par les traits de ton esprit, et moi je frappais, j'abattais, j'atterrais par des coups de foudre. Tu faisais dire: Qu'il parle bien! Et moi je faisais dire: Allons, marchons contre Philippe! On te louait. On était trop hors de soi pour me louer. Quand tu haranguais, tu paraissais orné; on ne découvrait en moi aucun ornement; il n'y avait dans mes pièces que des raisons précises, fortes, claires: ensuite des mouvements semblables à des foudres auxquels on ne pouvait résister. Tu as été un orateur parfait quand tu as été comme moi simple, grave, austère, sans art apparent; en un mot, quand tu as été démosthénique: mais lorsqu'on a senti en tes discours l'esprit, le tour, et l'art, alors tu n'étais que Cicéron, t'éloignant de la perfection autant que tu t'éloignais de mon caractère.

FLÉCHIER.

Esprit Fléchier, évêque de Nîmes, naquit en 1636 à Pernes, petite ville du diocèse de Carpentras. Après avoir professé la rhétorique à Narbonne, enseigné le catéchisme à des enfants à Paris, il se fit connaître par quelques poésies latines, et il fut nommé lecteur du Dauphin. Bientôt ses oraisons funèbres mirent le sceau à sa réputation. Il a écrit une *Histoire de Théodose le Grand*. Fléchier mourut en 1710.

Fragments de l'oraison de Henri de la Tour-d'Auvergne, vicomte de Turenne.

.....
Avant sa quatorzième année, il commença de porter les armes. Des sièges et des combats servirent d'exercice à son enfance, et ses premiers divertissements furent des victoires. Sous la discipline du prince d'Orange, son oncle maternel, il apprit l'art de la guerre en qualité de simple soldat, et ni l'orgueil ni la paresse ne l'éloignèrent d'aucun des emplois où la peine et l'obéissance sont attachées. On le vit en ce dernier rang de la milice ne refuser aucune fatigue et ne craindre aucun péril; faire par honneur ce que les autres faisaient par nécessité, et ne se distinguer d'eux que par un plus grand attachement au travail et par une plus noble application à tous ses devoirs.

Ainsi commençait une vie dont les suites devaient être si glorieuses, semblable à ces fleuves qui s'étendent à mesure qu'ils s'éloignent de leur source, et qui portent enfin partout où ils coulent la commodi-

té et l'abondance. Depuis ce temps il a vécu pour la gloire et pour le salut de l'État.

.....
Quel peuple ennemi de la France n'a pas ressenti les effets de sa valeur, et quel endroit de nos frontières n'a pas servi de théâtre à sa gloire? Il passe les Alpes; et dans les fameuses actions de Casal, de Turin, de la route de Quiers, il se signale par son courage et par sa prudence, et l'Italie le regarde comme un des principaux instruments de ces grands et prodigieux succès qu'on aura peine à croire un jour dans l'histoire. Il passe des Alpes aux Pyrénées, pour assister à la conquête de deux importantes places qui mettent une de nos plus belles provinces à couvert de tous les efforts de l'Espagne. Il va recueillir au-delà du Rhin les débris d'une armée défaite; il prend des villes, et contribue au gain des batailles. Il s'élève ainsi par degrés, et par son seul mérite, au suprême commandement, et fait voir dans tout le cours de sa vie ce que peut pour la défense d'un royaume un général d'armée qui s'est rendu digne de commander en obéissant, et qui a joint à la valeur et au génie l'application et l'expérience.

Ce fut alors que son esprit et son cœur agirent dans toute leur étendue. Soit qu'il fallût préparer les affaires, ou les décider; chercher la victoire avec ardeur, ou l'attendre avec patience; soit qu'il fallût prévenir les desseins des ennemis par la hardiesse, ou dissiper les craintes et les jalousies des alliés par la prudence; soit qu'il fallût se modérer dans les prospérités, ou se soutenir dans les malheurs de la guerre, son âme fut toujours égale. Il ne fit que changer de vertus quand la fortune changeait de face: heureux sans orgueil, malheureux avec dignité, et presque aussi admirable lorsque, avec jugement et avec fierté, il sauvait les restes des troupes battues à Mariandal, que lorsqu'il battait lui-même les Impériaux et les Bavares, et qu'avec des troupes triomphantes il forçait toute l'Allemagne à demander la paix à la France.

.....
Messieurs, qu'est-ce qu'une armée? C'est un corps animé d'une infinité de passions différentes, qu'un homme habile fait mouvoir pour la défense de la patrie; c'est une troupe d'hommes armés qui suivent aveuglément les ordres d'un chef, dont ils ne savent pas les intentions; c'est une multitude d'âmes, pour la plupart viles et mercenaires, qui, sans songer à leur propre réputation, travaillent à celle des rois et des conquérants; c'est un assemblage confus de libertins qu'il faut assujétir à l'obéissance, de lâches qu'il faut mener au combat, de téméraires qu'il faut retenir, d'impatients qu'il faut accoutumer à la constance. Quelle prudence ne faut-il pas pour conduire et réunir au seul intérêt public tant de vues et de volontés différentes! Comment se faire craindre sans se mettre en danger d'être haï, et bien souvent abandonné? Comment se faire aimer, sans perdre un peu de l'autorité, et relâcher de la discipline nécessaire?

Qui trouva jamais mieux tous ces justes tempéraments, que ce prince que nous pleurons? Il attacha par des nœuds de respect et d'amitié

ceux qu'on ne retient ordinairement que par la crainte des supplices, et se fit rendre par sa modération une obéissance aisée et volontaire. Il parle, chacun écoute ses oracles; il commande, chacun avec joie suit ses ordres; il marche, chacun croit courir à la gloire.

BOURDALOUE.

Louis Bourdaloue, né à Bourges le 20 août 1632, entra à l'âge de quinze ans dans la Société des Jésuites. Après avoir prêché pendant quelques années en province, il fut appelé à Paris par ses supérieurs en 1669. De nombreux témoignages contemporains font foi du succès prodigieux qu'il y obtint. Il fut dix ans de suite chargé de prêcher le Carême ou l'Avent devant Louis XIV et sa cour. «Il était d'une force à faire trembler les courtisans,» dit Mme. de Sévigné, «et s'exprimait avec la liberté d'un apôtre, disant des vérités à bride abattue». Il mourut à Paris le 13 mai 1704.

Fragment du sermon sur l'ambition.

L'ambition montre à celui qu'elle aveugle, pour terme de ses poursuites, un état florissant, où il n'aura plus rien à désirer, parce que ses vœux seront accomplis, où il goûtera le plaisir le plus doux pour lui, et dont il est le plus sensiblement touché, savoir: de dominer, d'ordonner, d'être l'arbitre des affaires et le dispensateur des grâces, de briller dans un ministère, dans une dignité éclatante; d'y recevoir l'encens du public et ses soumissions; de s'y faire craindre, honorer, respecter.

Tout cela, rassemblé dans un point de vue, lui trace l'idée la plus agréable, et peint à son imagination l'objet le plus conforme aux vœux de son cœur; mais, dans le fond, ce n'est qu'une idée, et voici ce qu'il y a de plus réel; c'est que, pour atteindre jusque-là, il y a une route à tenir, pleine d'épines et de difficultés: mais de quelles épines et de quelles difficultés! C'est que, pour parvenir à cet état où l'ambition se figure tant d'agréments, il faut prendre mille mesures toutes également gênantes, et toutes contraires à ses inclinations; qu'il faut se miner de réflexions et d'étude; rouler pensées sur pensées, desseins sur desseins, compter toutes ses paroles, composer toutes ses démarches; avoir une attention perpétuelle et sans relâche, soit sur soi-même, soit sur les autres. C'est que, pour contenter une seule passion, qui est de s'élever à cet état, il faut s'exposer à devenir la proie de toutes les passions; car y en a-t-il une en nous que l'ambition ne suscite contre nous?

Et n'est-ce pas elle qui, selon les différentes conjectures et les divers sentiments dont elle est émue, tantôt nous aigrit des dépités les plus amers, tantôt nous envenime des plus mortelles inimitiés, tantôt nous enflamme des plus violentes colères, tantôt nous accable des plus profondes tristesses, tantôt nous dessèche des mélancolies les plus noires, tantôt nous dévore des plus cruelles jalousies; qui fait souffrir à une âme comme une espèce d'enfer, et qui la déchire par mille bour-

reaux intérieurs et domestiques? C'est que, pour se pousser à cet état, et pour se faire jour au travers de tous les obstacles qui en ferment les avenues, il faut entrer en guerre avec des compétiteurs qui y prétendent aussi bien que nous, qui nous éclairent dans nos intrigues, qui nous dérangent dans nos projets, qui nous arrêtent dans nos voies; qu'il faut opposer crédit à crédit, patron à patron, et pour cela s'assujétir aux plus ennuyeuses assiduités, essuyer mille rebuts, digérer mille dégoûts, se donner mille mouvements, n'être plus à soi, et vivre dans le tumulte et la confusion. C'est que, dans l'attente de cet état où l'on n'arrive pas tout d'un coup, il faut supporter des retardements capables non seulement d'exercer, mais d'épuiser toute la patience; que, durant de longues années, il faut languir dans l'incertitude du succès, toujours flottant entre l'espérance et la crainte, et souvent, après des délais presque infinis, ayant encore l'affreux déboire de voir toutes ses prétentions échouer, et ne remportant, pour récompense de tant de pas malheureusement perdus, que la rage dans le cœur et la honte devant les hommes.

Je dis plus: c'est que cet état, si l'on est enfin assez heureux pour s'y ingérer, bien loin de mettre des bornes à l'ambition et d'en éteindre le feu, ne sert au contraire qu'à la piquer davantage et qu'à l'allumer, que d'un degré on tend bientôt à un autre, tellement qu'il n'y a rien où l'on ne se porte, ni rien où l'on se fixe; rien que l'on ne veuille avoir, ni rien dont on jouisse.

MASSILLON.

Massillon, né le 24 juin 1663 à Hyères en Provence, entra à l'âge de dix-sept ans chez les Oratoriens. Il prêcha en 1699 le Carême dans l'église de l'Oratoire, et l'Avent à Versailles, et se plaça dès lors au premier rang des orateurs de la chaire. Nommé évêque de Clermont, en 1717, par le régent, il prononça dans la chapelle des Tuileries, en 1718, devant Louis XV, alors âgé de neuf ans, les sermons réunis sous le titre de *Petit Carême*. Massillon entra à l'Académie en 1719; il mourut à Clermont le 28 septembre 1742.

Fragment du sermon sur la mort.

Hélas! mes frères, ce qui doit finir peut-il vous paraître long? regardez derrière vous; où sont vos premières années? que laissent-elles de réel dans votre souvenir? pas plus qu'un songe de la nuit; vous rêvez que vous avez vécu, voilà tout ce qui vous en reste; tout cet intervalle, qui s'est écoulé depuis votre naissance jusqu'aujourd'hui, ce n'est qu'un trait rapide qu'à peine vous avez vu passer. Quand vous auriez commencé à vivre avec le monde (1), le passé ne vous paraîtrait pas plus

(1) C'est à dire; quand votre vie aurait commencé avec le monde.

long ni plus réel; tous les siècles qui ont coulé jusqu'à nous, vous les regarderiez comme des instants fugitifs; tous les peuples qui ont paru et disparu dans l'univers, toutes les révolutions d'empires et de royaumes, tous ces grands événements qui embellissent nos histoires ne seraient pour vous que les différentes scènes d'un spectacle que vous auriez vu finir en un jour. Rappelez seulement les victoires, les prises de places, les traités glorieux, les magnificences, les événements pompeux des premières années de ce règne; vous y touchez encore; vous en avez été la plupart, non seulement spectateurs, mais vous en avez partagé les périls et la gloire: ils passeront dans nos annales jusqu'à nos derniers neveux; mais pour vous ce n'est déjà plus qu'un songe, qu'un éclair qui a disparu, et que chaque jour efface même de votre souvenir. Qu'est-ce donc que le peu de chemin qui vous reste à faire? croyons-nous que les jours à venir aient plus de réalité que les passés? Les années paraissent longues quand elles sont encore loin de nous; arrivées, elles disparaissent; elles nous échappent en un instant: et nous n'aurons pas tourné la tête que nous nous trouverons, comme par un enchantement, au terme fatal qui nous paraît encoré si loin, et ne devoir jamais arriver.

LA BRUYÈRE.

Jean de La Bruyère naquit au village de Roinville, près de Dourdan, en Normandie, en 1644. Il ne nous reste presque aucun détail sur la vie de cet homme illustre; on sait seulement qu'il venait d'acheter une charge de trésorier de France à Caen, lorsque Bossuet le plaça auprès du duc de Bourgogne, pour lui enseigner l'histoire. Il passa le reste de ses jours à l'hôtel de Condé, à Versailles, attaché au prince en qualité d'homme de lettres. On le représente comme un philosophe doux, modeste, exempt d'ambition, ne songeant qu'à vivre tranquille avec des amis et des livres. Reçu membre de l'Académie Française le 15 juin 1693. La Bruyère mourut d'apoplexie le 10 mai 1696.

Le fat.

L'or éclate, dites-vous, sur les habits de Philémon: il éclate de même chez les marchands. Il est habillé des plus belles étoffes: le sont-elles moins toutes déployées dans les boutiques et à la pièce? Mais la broderie et les ornemens y ajoutent encore la magnificence: je loue donc le travail de l'ouvrier. Si on lui demande quelle heure il est, il tire une montre qui est un chef-d'œuvre: la garde de son épée est un onyx: il a au doigt un gros diamant qu'il fait briller aux yeux, et qui est parfait: il ne lui manque aucune de ces curieuses bagatelles que l'on porte sur soi autant pour la vanité que pour l'usage; et il ne se

plaint (1) non plus toute sorte de parure qu'un jeune homme qui a épousé une riche vieille. Vous m'inspirez enfin de la curiosité, il faut voir du moins des choses si précieuses: envoyez-moi cet habit et ces bijoux de Philémon, je vous quitte de la personne (2).

Tu te trompes, Philémon, si avec ce carrosse brillant, ce grand nombre de coquins qui te suivent, et ces six bêtes qui te traînent, tu penses que l'on t'en estime davantage. L'on écarte tout cet attirail qui t'est étrange, pour pénétrer jusqu'à toi, qui n'es qu'un fat.

L'homme universel.

Arrias a tout lu, a tout vu, il veut le persuader ainsi; c'est un homme universel, et il se donne pour tel: il aime mieux mentir que de se taire ou de paraître ignorer quelque chose. On parle à table d'un grand d'une cour du nord, il prend la parole, et l'ôte à ceux qui allaient dire ce qu'ils en savent: il s'oriente dans cette région lointaine comme s'il en était originaire: il discourt des mœurs de cette cour, des femmes du pays, de ses lois et de ses coutumes: il récite des historiettes qui y sont arrivées, il les trouve plaisantes et il en rit jusqu'à éclater. Quelqu'un se hasarde de le contredire et lui prouve nettement qu'il dit des choses qui ne sont pas vraies. Arrias ne se trouble point, prend feu au contraire contre l'interrupteur. «Je n'avance, lui dit-il, je ne raconte rien que je ne sache d'original, je l'ai appris de Sethon, ambassadeur de France dans cette cour, revenu à Paris depuis quelques jours, que je connais familièrement, que j'ai fort interrogé, et qui ne m'a caché aucune circonstance.» Il reprenait le fil de sa narration avec plus de confiance qu'il ne l'avait commencée, lorsque l'un des conviés lui dit: «C'est Sethon à qui vous parlez, lui-même, et qui arrive fraîchement de son ambassade.»

Les parvenus.

Ni les troubles, Zénobie, qui agitent votre empire, ni la guerre que vous soutenez virilement contre une nation puissante, depuis la mort du roi votre époux, ne diminuent rien de votre magnificence: vous avez préféré à toute autre contrée les rives de l'Euphrate, pour y élever un superbe édifice; l'air y est sain et tempéré, la situation en est riante; un bois sacré l'ombrage du côté du couchant; les dieux de Syrie, qui habitent quelquefois la terre, n'y auraient pu choisir une plus belle demeure; la campagne autour est couverte d'hommes qui taillent et qui coupent, qui vont et qui viennent, qui roulent ou qui charrient le bois du Liban, l'airain et le porphyre: les grues et les machines gé-

(1) *Se plaindre* employé dans le sens de *se refuser* est un archaïsme qui ne serait plus compris.

(2) C'est un autre archaïsme pour: *je vous tiens quitte de la personne*.

missent dans l'air, et font espérer à ceux qui voyagent vers l'Arabie, de revoir à leur retour en leurs foyers ce palais achevé, et dans cette splendeur où vous désirez de le porter, avant de l'habiter vous et les princes vos enfants. N'y épargnez rien, grande reine: employez-y l'or et tout l'art des plus excellens ouvriers; que les Phidias et les Zeuxis de votre siècle déploient toute leur science sur vos plafonds et sur vos lambris: tracez-y de vastes et de délicieux jardins, dont l'enchantement soit tel qu'ils ne paraissent pas faits de la main des hommes: épuisez vos trésors et votre industrie sur cet ouvrage incomparable; et après que vous y aurez mis, Zénobie, la dernière main, quelqu'un de ces pâtres qui habitent les sables voisins de Palmyre, devenu riche par les péages de vos rivières, achètera un jour à deniers comptants cette royale maison, pour l'embellir, et la rendre plus digne de lui et de sa fortune.

Irène et Esculape.

Irène se transporte à grands frais en Épidaure, voit Esculape dans son temple, et le consulte sur tous ses maux. D'abord elle se plaint qu'elle est lasse et recrutée de fatigue; et le dieu prononce que cela lui arrive par la longueur du chemin qu'elle vient de faire. Elle dit qu'elle est le soir sans appétit; l'oracle lui ordonne de dîner peu: elle ajoute qu'elle est sujette à des insomnies; et il lui prescrit de n'être au lit que pendant la nuit: elle lui demande pourquoi elle devient pesante, et quel remède; l'oracle répond qu'elle doit se lever avant midi, et quelquefois se servir de ses jambes pour marcher: elle lui déclare que le vin lui est nuisible; l'oracle lui dit de boire de l'eau: qu'elle a des indigestions; et il ajoute qu'elle fasse diète. Ma vue s'affaiblit, dit Irène: prenez des lunettes, dit Esculape. Je m'affaiblis moi-même, continue-t-elle, et je ne suis ni si forte, ni si saine que j'ai été: c'est, dit le dieu, que vous vieillissez. Mais quel moyen de guérir de cette langueur? le plus court, Irène, c'est de mourir, comme ont fait votre mère et votre aïeule. Fils d'Apollon, s'écrie Irène, quel conseil me donnez-vous? Est-ce là toute cette science que les hommes publient, et qui vous fait révéler de toute la terre? Que m'apprenez-vous de rare et de mystérieux? et ne savais-je pas tous ces remèdes que vous m'enseigniez? Que n'en usiez-vous donc, répond le dieu, sans venir me chercher de si loin, et abrégér vos jours par un long voyage.

Le riche et le pauvre.

Giton a le teint frais, le visage plein et les joues pendantes, l'œil fixe et assuré, les épaules larges, l'estomac haut, la démarche ferme et délibérée; il parle avec confiance, il fait répéter celui qui l'entretient, et il ne goûte que médiocrement tout ce qu'il lui dit; il déploie un ample mouchoir, et se mouche avec grand bruit; il crache fort loin, et il éternue fort haut; il dort le jour, il dort la nuit, et profondément; il

ronfle en compagnie. Il occupe à table et à la promenade plus de place qu'un autre; il tient le milieu en se promenant avec ses égaux, il s'arrête et l'on s'arrête, il continue de marcher et l'on marche, tous se règlent sur lui; il interrompt, il redresse ceux qui ont la parole; on ne l'interrompt pas, on l'écoute aussi longtemps qu'il veut parler, on est de son avis, on croit les nouvelles qu'il débite. S'il s'assied, vous le voyez s'enfoncer dans un fauteuil, croiser les jambes l'une sur l'autre, froncer le sourcil, abaisser son chapeau sur ses yeux pour ne voir personne, ou le relever ensuite et découvrir son front par fierté et par audace. Il est enjoué, grand rieur, impatient, présomptueux, colère, libertin, politique, mystérieux sur les affaires du temps; il se croit des talents et de l'esprit. Il est riche.

Phédon a les yeux creux, le teint échauffé, le corps sec et le visage maigre; il dort peu et d'un sommeil fort léger; il est abstrait, rêveur, et il a avec de l'esprit l'air d'un stupide; il oublie de dire ce qu'il sait, ou de parler d'événements qui lui son connus, et s'il le fait quelquefois, il s'en tire mal, il croit peser à ceux à qu'il parle, il conte brièvement, mais froidement, il ne se fait pas écouter, il ne fait point rire; il applaudit, il sourit à ce que les autres lui disent, il est de leur avis, il court, il vole pour leur rendre de petits services; il est complaisant, flatteur, empressé; il est mystérieux sur ses affaires, quelquefois menteur; il est superstitieux, scrupuleux, timide; il marche doucement et légèrement, il semble craindre de fouler la terre; il marche les yeux baissés, et il n'ose les lever sur ceux qui passent. Il n'est jamais du nombre de ceux qui forment un cercle pour discourir, il se met derrière de celui qui parle, recueille furtivement ce qui se dit, et il se retire si on le regarde. Il n'occupe point de lieu, il ne tient point de place, il va les épaules serrées, le chapeau abaissé sur ses yeux pour n'être point vue, il se replie et se renferme dans son manteau; il n'y a point de rues ni de galeries si embarrassées et si remplies de monde, où il ne trouve moyen de passer sans effort, et de se couler sans être aperçu. Si on le prie de s'asseoir, il se met à peine sur le bord d'un siège; il parle bas dans la conversation, et il articule mal: libre néanmoins sur les affaires publiques, chagrin contre le siècle, médiocrement prévenu des ministres et du ministère. Il n'ouvre la bouche que pour répondre: il tousse, il se mouche sous son chapeau, il crache presque sur soi, et il attend qu'il soit seul pour éternuer, ou si cela lui arrive, c'est à l'insu de la compagnie, il n'en coûte à personne ni salut, ni compliment. Il est pauvre.

Pour bien écrire.

Tout écrivain, pour écrire nettement, doit se mettre à la place de ses lecteurs, examiner son propre ouvrage comme quelque chose qui lui est nouveau, qu'il lit pour la première fois, où il n'a nulle part, et que l'auteur aurait soumis à sa critique, et se persuader ensuite qu'on n'est pas entendu seulement à cause que l'on s'entend soi-même, mais parce qu'on est en effet intelligible.

SIGLO XVIII.

FONTENELLE.

Bernard le Bovier de Fontenelle, né le 11 février 1657, à Rouen, était fils d'un avocat et d'une sœur du grand Corneille. Il abandonna le droit pour les lettres. Nommé membre de l'Académie des Sciences en 1691, puis secrétaire perpétuel de cette Académie, en 1699. Il mourut à Paris, le 9 janvier 1757.

De l'origine des fables.

On nous a si fort accoutumés pendant notre enfance aux fables des Grecs, que, quand nous sommes en état de raisonner, nous ne nous avisons plus de les trouver aussi étonnantes qu'elles le sont. Mais si l'on vient à se défaire des yeux de l'habitude, il ne se peut qu'on ne soit épouvanté de voir toute l'ancienne histoire d'un peuple qui n'est qu'un amas de chimères, de rêveries et d'absurdités. Serait-il possible qu'on eût donné tout cela pour vrai? A quel dessein nous l'aurait-on donné pour faux? Quel aurait été cet amour des hommes pour des faussetés manifestes et ridicules, et pourquoi ne durerait-il plus?

Quand nous racontons quelque chose de surprenant, notre imagination s'échauffe sur son objet, et se porte d'elle-même à l'agrandir et à y ajouter ce qui y manquerait pour le rendre tout à fait merveilleux, comme si elle avait regret de laisser une belle chose imparfaite. De plus, on est flatté des sentiments de surprise et d'admiration que l'on cause à ses auditeurs, et on est bien aise de les augmenter encore, parce qu'il semble qu'il en revient je ne sais quoi à notre vanité. Ces deux raisons jointes ensemble font que tel homme qui n'a point dessein de mentir, en commençant un récit un peu extraordinaire, pourra néanmoins se surprendre lui-même en mensonge, s'il y prend bien garde; et de là vient que l'on a besoin d'une espèce d'effort et d'une attention particulière pour ne dire exactement que la vérité! Que sera-ce après cela de ceux qui naturellement aiment à inventer et à en imposer aux autres?...

.....

Il faut prendre garde que ces idées, qui peuvent être appelées les systèmes de ces temps-là, étaient toujours copiées d'après les choses les plus connues. On avait vu souvent verser de l'eau de dedans une cruche; on imaginait donc fort bien comment un dieu versait d'une rivière, et, par la facilité même qu'on avait à l'imaginer, on était tout à fait porté à le croire. Ainsi, pour rendre raison des tonnerres et des foudres, on se représentait volontiers un dieu de figure humaine lançant sur nous des flèches de feu; idée manifestement prise sur des objets très-familiers.

De cette philosophie grossière qui régna nécessairement dans les premiers siècles, sont nés les dieux et les déesses. Il est assez curieux de voir comment l'imagination humaine a enfanté les fausses divinités. Les hommes voyaient bien des choses qu'ils n'eussent pas pu faire. Lancer les foudres, exciter les vents, agiter les flots de la mer, tout cela était beaucoup au-dessus de leur pouvoir; ils imaginèrent des êtres plus puissants qu'eux, et capables de produire ces grands effets. Il fallait bien que ces êtres-là fussent faits comme des hommes; quelle autre figure eussent-ils pu voir? Du moment qu'ils sont de figure humaine, l'imagination leur attribue naturellement tout ce qui est humain; les voilà hommes en toutes manières, à cela près qu'ils sont toujours un peu plus puissants que des hommes.

De là vient une chose à laquelle on n'a peut être pas encore fait de réflexion: c'est que, dans toutes les divinités que les païens ont imaginées, ils y ont fait dominer l'idée du pouvoir, et n'ont eu presque aucun égard, ni à la sagesse, ni à la justice, ni à tous les autres attributs qui suivent la nature divine. Rien ne prouve mieux que ces divinités sont fort anciennes, et ne marque mieux le chemin que l'imagination a tenu en les formant. Les premiers hommes ne connaissaient point de plus belle qualité que la force du corps; la sagesse et la justice n'avaient pas seulement (1) de nom dans les langues anciennes, comme elles n'en ont pas encore aujourd'hui chez les barbares de l'Amérique. D'ailleurs, la première idée que les hommes prirent de quelque être supérieur ils la prirent sur des effets extraordinaires, et nullement sur l'ordre réglé de l'univers, qu'ils n'étaient point capables de reconnaître ni d'admirer. Ainsi, ils imaginèrent les dieux dans un temps où ils n'avaient rien de plus beau à leur donner que du pouvoir, et ils les imaginèrent sur ce qui portait des marques de pouvoir, et non sur ce qui portait sagesse.

Il n'est donc pas surprenant qu'ils aient imaginé plusieurs dieux, souvent opposés les uns aux autres, cruels, bizarres, injustes, ignorants; tout cela n'est point directement contraire à l'idée de force et de pouvoir qui est la seule qu'ils eussent prise. Il fallait bien que ces dieux se sentissent, et du temps où ils avaient été faits, et des occasions qui les avaient fait faire. Et même, quelle misérable espèce de

(1) *Seulement* est une ancienne expression normande qu'on remplace aujourd'hui par *même*.

pouvoir leur donnait-on? Mars, le dieu de la guerre, est blessé dans un combat par un mortel; cela déroge beaucoup à sa dignité; mais, en se retirant, il fait un cri tel que dix mille hommes l'auraient pu faire: c'est par ce vigoureux cri que Mars l'emporte sur Diomède, et en voilà assez, selon le judicieux Homère, pour sauver l'honneur du dieu. De la manière dont l'imagination est faite, elle se contente de peu de chose, et elle reconnaîtra toujours pour une divinité ce qui aura un peu plus de pouvoir qu'un homme.

Cicéron a dit quelque part qu'il aurait mieux aimé qu'Homère eût transporté les qualités des dieux aux hommes, que de transporter, comme il a fait, les qualités des hommes aux dieux. Mais Cicéron en demandait trop; ce qu'il appelait en son temps les qualités des dieux, n'était nullement connu du temps d'Homère. Les païens ont toujours copié leurs divinités d'après eux-mêmes; ainsi, à mesure que les hommes sont devenus plus parfaits, les dieux le sont devenus aussi davantage. Les premiers hommes sont fort brutaux, et ils donnent tout à la force; les dieux seront presque aussi brutaux, et seulement un peu plus puissants: voilà les dieux du temps d'Homère. Les hommes commencent à avoir des idées de la sagesse et de la justice; les dieux y gagnent; ils commencent à être sages et justes, et le sont toujours de plus en plus, à proportion que ces idées se perfectionnent parmi les hommes. Voilà les dieux du temps de Cicéron, et ils valaient bien mieux que ceux du temps d'Homère, parce que de bien meilleurs philosophes y avaient mis la main.

Jusqu'ici les premiers hommes ont donné naissance aux fables sans qu'il y ait, pour ainsi dire, de leur faute. On est ignorant, et on voit, par conséquent, bien des prodiges; on exagère naturellement les choses surprenantes en les racontant; elles se chargent encore de diverses faussetés en passant par plusieurs bouches; il s'établit des espèces de systèmes de philosophie fort grossiers et fort absurdes, mais il ne peut s'en établir d'autres. Nous allons voir maintenant que, sur ces fondements, les hommes ont en quelque manière pris plaisir à se tromper eux-mêmes.

Ce que nous appelons la philosophie des premiers siècles se trouva tout-à-fait propre à s'allier avec l'histoire des faits.... Un homme dont on ne connaît point la naissance a quelque talent extraordinaire; il y a des dieux faits à peu près comme des hommes; on n'examine pas davantage qui sont ses parents; il est fils de quelqu'un de ces dieux-là. Que l'on considère avec attention la plus grande partie des fables, on trouvera qu'elles ne sont qu'un mélange des faits avec la philosophie du temps, qui expliquait fort commodément ce que les faits avaient de merveilleux, et qui se liait avec eux très naturellement. Ce n'étaient que dieux et déesses qui nous ressemblaient tout-à-fait, et qui étaient fort bien assortis sur la scène avec les hommes.

VOLTAIRE.

François Arouet de Voltaire, né à Paris le 21 novembre 1694, fit de brillantes études au collège Louis-le-Grand, dirigé par les Jésuites. Il fut de bonne heure introduit par l'abbé de Châteauneuf, son parrain, dans une société de beaux esprits et de jeunes seigneurs incrédules, les Conti, les Vendôme, les Sully, les Richelieu, les poètes La Fare et Chaulieu. Exilé en 1726, il se rendit en Angleterre, où il étudia profondément la langue, la littérature, la philosophie des Anglais. Rentré en France, et inquiet de nouveau à propos de la publication de ses *Lettres philosophiques* (1734), il se retira au château de Cirey, chez la marquise du Châtelet, où il resta jusqu'en 1740. A cette époque, à la suite d'un voyage à la cour du roi de Prusse, Frédéric II, l'un de ses plus grands admirateurs, il se vit tout à coup recherché par le ministère qui l'avait jusque-là persécuté. En 1745, il obtint par le crédit de Mme. de Pompadour le brevet d'historiographe de France, avec une charge de gentilhomme de la chambre du roi; en 1746, il entra à l'Académie. Sa faveur dura peu. Après avoir été accueilli à Sceaux chez la duchesse du Maine, à Nancy à la cour du roi Stanislas, il se rendit en 1750 à Berlin, et resta pendant trois ans attaché, en qualité de chambellan, à la personne du roi de Prusse. Il parcourut ensuite une partie de l'Allemagne, séjourna dans plusieurs villes de France, Strasbourg, Colmar, Lyon, et finit par se fixer à Ferney, dans le pays de Gex (1758). C'est là qu'il passa les vingt dernières années de sa vie, occupant Paris et l'Europe de ses moindres écrits. En 1778, à quatre-vingt-quatre ans, il fit un voyage à Paris, afin de faire représenter *Irène*, une de ses dernières productions. Reçu dans la capitale avec un enthousiasme impossible à décrire, accablé d'honneurs de tout genre, il ne put résister à tant d'émotion, et mourut trois mois après son arrivée, chez le marquis de Villette (30 mai 1778). En 1791, ses restes furent solennellement transportés au Panthéon.

Mérope.

Cresphonte, roi de Messène, est mort assassiné. L'assassin, Polyphonte, a su depuis quinze ans tenir son crime secret, et écarter de lui tous les soupçons, en se donnant hardiment pour le vengeur de sa victime. Il s'est fait cependant un parti dans Messène, et croit enfin le moment venu de découvrir ses projets ambitieux, et de s'emparer du pouvoir. Pour y réussir plus sûrement, il prétend obliger Mérope, la veuve de Cresphonte, à lui donner sa main. Mais le fils de Mérope, Égisthe, dérobé jadis par Narbas aux meurtriers de son père et élevé loin de Messène par son sauveur, y revient à propos pour empêcher ce mariage, et pour venger Cresphonte.

Acte I, scène III.—Mérope, Polyphonte, Érox.

Mérope.

.....
Sujet de mon époux, vous m'osez proposer
De trahir sa mémoire et de vous épouser?
Moi, j'irais de mon fils, du seul bien qui me reste,
Déchirer avec vous l'héritage funeste?
Je mettrais en vos mains sa mère et son État,
Et le bandeau des rois sur le front d'un soldat?

Polyphonte. Un soldat tel que moi, peut justement prétendre
A gouverner l'État, quand il l'a su défendre.
Le premier qui fut roi fut un soldat heureux:
Qui sert bien son pays n'a pas besoin d'aïeux.
Je n'ai plus rien du sang qui m'a donné la vie;
Ce sang s'est épuisé, versé pour la patrie;
Ce sang coula pour vous; et, malgré vos refus,
Je crois valoir au moins les rois que j'ai vaincus:
Et je n'offre, en un mot, à votre âme rebelle
Que la moitié d'un trône où mon parti m'appelle.
Méropé. Un parti! vous, barbare, au mépris de nos lois!
Est-il d'autre parti que celui de vos rois?

**Acte III, scène IV.—Méropé, Isménie, Euryclès, Égisthe (enchaîné),
gardes, sacrificateurs; ensuite Narbas (1).**

.....
Méropé. Tu m'arraches le cœur.
Quelle indigne pitié suspendait ma fureur!
C'en est trop: secondez la rage qui me guide;
Qu'on traîne à ce tombeau ce monstre, ce perfide.
(Levant le poignard.)
Mânes de mon cher fils! mes bras ensanglantés....
Narbas (paraissant avec précipitation).
Qu'allez-vous faire, ô dieux!
Méropé. Qui m'appelle?
Narbas. Arrêtez!
Hélas! il est perdu, si je nomme sa mère,
S'il est connu.
Méropé. Meurs, traître!
Narbas. Arrêtez!
Egisthe (tournant les yeux vers Narbas). O mon père!
Méropé. Son père!
Egisthe (à Narbas). Hélas! que vois-je? où portez-vous vos pas?
Venez-vous être ici témoin de mon trépas?
Narbas. Ah! madame, empêchez qu'on achève le crime.
Euryclès, écoutez; écarter la victime:
Que je vous parle.
Euryclès (emmène Egisthe et ferme le fond du théâtre).
O ciel!
Méropé (s'avancant). Vous me faites trembler:
J'allais venger mon fils.
Narbas (se jetant à genoux). Vous alliez l'immoler.
Egisthe....
Méropé (laissant tomber le poignard).
Eh bien! Egisthe?

(1) Les paroles ingénues d'un jeune étranger, Egisthe, intéressent de plus en plus Méropé à son sort; mais bientôt on lui dit que son fils a péri et que ce jeune étranger a été son assassin. Furieuse, elle veut le punir elle-même, en lui portant le coup mortel.

Narbas.

O reine infortunée!

Celui dont votre main tranchait la destinée,
C'est Egisthe.....

Méropé.

Il vivrait!

Narbas.

C'est lui, c'est votre fils.

Méropé (tombant dans les bras d'Isménie).

Je me meurs!

Isménie.

Dieux puissants!

Narbas (à Isménie).

Rappelez ses esprits.

Acte V, scène VI. — Narbas, Isménie, peuple.

Narbas.

Mon fils est-il vivant? Que devient notre reine?

Isménie.

De mon saisissement je reviens avec peine:
Par les flots de ce peuple entraînée en ces lieux...

Narbas.

Que fait Egisthe?

Isménie.

Il est..... le digne fils des dieux;

Egisthe! il a frappé le coup le plus terrible.

Non, d'Alcide jamais la valeur invincible

N'a d'un exploit si rare étonné les humains.

Narbas.

O mon fils! ô mon roi, qu'ont élevé mes mains!

Isménie.

La victime était prête, et de fleurs couronnée;
L'autel étincelait de flambeaux d'hyménée;
Polyphonte, l'œil fixe, et d'un front inhumain,
Présentait à Méropé une odieuse main;
Le prêtre prononçait les paroles sacrées;
Et la reine, au milieu des femmes éplorées,
S'avancant tristement, tremblante entre mes bras,
Au lieu de l'hyménée invoquait le trépas:
Le peuple observait tout dans un profond silence.
Dans l'enceinte sacrée en ce moment s'avance
Un jeune homme, un héros, semblable aux immortels:
Il court, c'était Egisthe, il s'élance aux autels;
Il monte, il y saisit d'une main assurée
Pour les fêtes des dieux la hache préparée.
Les éclairs sont moins prompts: je l'ai vu de mes yeux,
Je l'ai vu qui frappait ce monstre audacieux.
«Meurs, tyran, disait-il; dieux, prenez vos victimes!»
Erox, qui de son maître a servi tous les crimes,
Erox, qui dans son sang voit ce monstre nager,
Lève une main hardie et pense le venger.
Egisthe se retourne, enflammé de furie;
A côté de son maître il le jette sans vie.
Le tyran se relève: il blesse le héros;
De leur sang confondu j'ai vu couler les flots.
Déjà la garde accourt avec des cris de rage.
Sa mère.... Ah! que l'amour inspire de courage!
Quel transport animait ses efforts et ses pas!
Sa mère.... Elle s'élance au milieu des soldats.
«C'est mon fils! arrêtez, cessez, troupe inhumaine!
C'est mon fils! déchirez sa mère et votre reine,
Ce sein qui l'a nourri, ces flancs qui l'ont porté!»
A ces cris douloureux, le peuple est agité:
Une foule d'amis, que son danger excite,

Entre elle et ces soldats vole et se précipite.
Vous eussiez vu soudain les autels renversés,
Dans des ruisseaux de sang leurs débris dispersés;
Les enfants écrasés dans les bras de leurs mères,
Les frères méconnus, immolés par leurs frères;
Soldats, prêtres, amis, l'un sur l'autre expirants:
On marche, on est porté sur les corps des mourants,
On veut fuir, on revient; et la foule pressée
D'un bout du temple à l'autre est vingt fois repoussée.
De ces flots confondus le flux impétueux
Roule et dérobe Egisthe et la reine à mes yeux.
Venez. J'ignore encor si la reine est sauvée,
Si de son digne fils la vie est conservée,
Si le tyran n'est plus. Le trouble, la terreur,
Tout ce désordre horrible est encor dans mon cœur....

Scène VII.—Mérope, Isménie, Narbas, peuple, soldats.

(On voit dans le fond du théâtre le corps de Polyphonte couvert d'une robe sanglante.)

Mérope. Guerriers, prêtres, amis, citoyens de Messène,
Au nom des dieux vengeurs, peuples, écoutez-moi:
Je vous le jure encore, Egisthe est votre roi.
Il a puni le crime, il a vengé son père.
Celui que vous voyez trainé sur la poussière,
C'est un monstre ennemi des dieux et des humains:
Dans le sein de Cresphonte il enfonça ses mains.
Cresphonte mon époux, mon appui, votre maître,
Mes deux fils, sont tombés sous les coups de ce traître.
Il opprimait Messène, il usurpait mon rang;
Il m'offrait une main fumante de mon sang.
(En courant vers Egisthe, qui arrive la hache à la main.)
Celui que vous voyez, vainqueur de Polyphonte,
C'est le fils de vos rois, c'est le sang de Cresphonte,
C'est le mien, c'est le seul qui reste à ma douleur.
Quels témoins voulez-vous plus certains que mon cœur?
Regardez ce vieillard: c'est lui dont la prudence
Aux mains de Polyphonte arracha son enfance.
Les dieux ont fait le reste.

Narbas. Oui, j'atteste ces dieux
Que c'est là votre roi qui combattait pour eux.

Mort de Coligny.

(De la Henriade.)

Cependant tout s'apprête, et l'heure est arrivée
Qu'au fatal dénouement la reine a réservée.
Le signal est donné sans tumulte et sans bruit.
C'était à la faveur des ombres de la nuit.
De ce mois malheureux l'inégale courrière

Semblait cacher d'effroi sa tremblante lumière;
Coligny languissait dans les bras du repos,
Et le sommeil trompeur lui versait ses payots.
Soudain de mille cris le bruit épouvantable
Vient arracher ses sens à ce calme agréable.
Il se lève, il regarde; il voit de tous côtés
Courir des assassins à pas précipités;
Il voit briller partout les flambeaux et les armes;
Son palais embrasé, tout un peuple en alarmes;
Ses serviteurs sanglants dans la flamme étouffés;
Les meurtriers en foule au carnage échauffés,
Criant à haute voix: «Qu'on n'épargne personne;
C'est Dieu, c'est Médicis, c'est le roi qui l'ordonne!»
Il entend retentir le nom de Coligny:
Il aperçoit de loin le jeune Téligny,
Téligny dont l'amour a mérité sa fille,
L'espoir de son parti, l'honneur de sa famille,
Qui, sanglant, déchiré, traîné par des soldats,
Lui demandait vengeance, et lui tendait les bras.
Le héros malheureux, sans armes, sans défense,
Voyant qu'il faut périr, et périr sans vengeance,
Voulut mourir du moins comme il avait vécu,
Avec toute sa gloire et toute sa vertu.
Déjà des assassins la nombreuse cohorte
Du salon qui l'enferme allait briser la porte;
Il leur ouvre lui-même, et se montre à leurs yeux,
Avec cet œil serein, ce front majestueux,
Tel que dans les combats, maître de son courage,
Tranquille, il arrêtait ou pressait le carnage.
A cet air vénérable, à cet auguste aspect,
Les meurtriers surpris sont saisis de respect;
Une force inconnue a suspendu leur rage.
«Compagnons, leur dit-il, achevez votre ouvrage,
Et de mon sang glacé souillez ces cheveux blancs
Que le sort des combats respecta quarante ans.
Frappez, ne craignez rien: Coligny vous pardonne;
Ma vie est peu de chose et je vous l'abandonne;
J'eusse aimé mieux la perdre en combattant pour vous.»
Ces tigres, à ces mots, tombent à ses genoux:
L'un, saisi d'épouvante, abandonne ses armes;
L'autre embrasse ses pieds qu'il trempe de ses larmes;
Et de ses assassins ce grand homme entouré,
Semblait un roi puissant par son peuple adoré
Besme, qui dans la cour attendait sa victime,
Monte, accourt, indigné qu'on diffère son crime;
Des assassins trop lents il veut hâter les coups:
Aux pieds de ce héros il les voit trembler tous.
A cet objet touchant lui seul est inflexible:
Lui seul, à la pitié toujours inaccessible,
Aurait cru faire un crime et trahir Médicis,
Si du moindre remords il se sentait surpris.
A travers les soldats il court d'un pas rapide:
Coligny l'attendait d'un visage intrépide;
Et bientôt, dans le flanc, ce monstre furieux

Lui plonge son épée en détournant les yeux,
De peur que d'un coup d'œil cet auguste visage
Ne fit trembler son bras et glaçât son courage
Du plus grand des Français tel fut le triste sort:
On l'insulte, on l'outrage encore après sa mort:
Son corps percé de coups, privé de sépulture,
Des oiseaux dévorants fut l'indigne pâture;
Et l'on porta sa tête aux pieds de Médicis,
Conquête digne d'elle et digne de son fils!
Médicis la reçut avec indifférence,
Sans paraître jouir du fruit de sa vengeance,
Sans remords, sans plaisir, maîtresse de ses sens,
Et comme accoutumée à de pareils présents.

GRESSET.

Jean-Baptiste-Louis Gresset naquit en 1709 à Amiens. Il fit ses études chez les Jésuites et fut reçu dans leur ordre à 16 ans; il paraît que ses dispositions particulières ne le portaient guère à cet état. — Il mourut en 1777.

Société de Paris.

..... Paris! il m'ennuie à la mort!
Et je ne vous fais pas un fort grand sacrifice
En m'éloignant d'un monde à qui je rends justice.
Tout ce qu'on est forcé d'y voir et d'endurer
Passe bien l'agrément qu'on y peut rencontrer.
Trouver à chaque pas des gens insupportables,
Des flatteurs, des valets, des plaisants détestables,
Des jeunes gens d'un ton, d'une stupidité!...
Des femmes d'un caprice, et d'une fausseté!...
Des prétendus esprits souffrir la suffisance,
Et la grosse gaieté de l'épaisse opulence;
Tant de petits talents où je n'ai pas de foi;
Des réputations on ne sait pas pourquoi;
Des protégés si bas! des protecteurs si bêtes!...
Des ouvrages vantés qui n'ont ni pieds ni têtes
Faire des soupers fins où l'on périt d'ennui;
Veiller par air; enfin, se tuer pour autrui!
Franchement des plaisirs, des biens de cette sorte,
Ne sont pas, quand on pense, une chaîne bien forte;
Et, pour vous parler vrai, je trouve plus sensé
Un homme sans projets, dans sa terre fixé,
Qui n'est ni complaisant, ni valet de personne,
Que tous ces gens brillants qu'on mange, qu'on friponne,
Qui, pour vivre à Paris, avec l'air d'être heureux,
Au fond n'y sont pas moins ennuyés qu'ennuyeux.

MONTESQUIEU.

Ch. de Secondat, baron de Montesquieu, naquit au château de la Brède, près de Bordeaux, le 18 janvier 1689. Dès ses premières années, il sentit un goût dominant pour l'étude. Il a dit lui-même qu'il n'avait jamais éprouvé de chagrin dont une heure de lecture sérieuse ne l'eût consolé. Il fut reçu conseiller au parlement de Bordeaux en 1714, et y était président à mortier deux ans après par la mort d'un de ses oncles, qui lui laissa sa charge et ses biens. En 1721, il lanca dans le monde un ouvrage anonyme, les *Lettres Persanes*, mordante satire des ridicules vrais ou supposés. Cinq ans après, en 1726, il se démit de sa charge pour se livrer tout entier à l'étude. En 1728 il entra à l'Académie Française. Il mourut à Paris, le 10 février 1755 à l'âge de soixante-six ans.

De la conduite que les romains tinrent pour soumettre tous les peuples.

.....
Le Sénat ôtait une partie du domaine du peuple vaincu pour la donner aux alliés; en quoi il faisait deux choses: il attachait à Rome des rois dont elle avait peu à craindre et beaucoup à espérer, et il en affaiblissait d'autres dont elle n'avait rien à espérer et tout à craindre.

On se servait des alliés pour faire la guerre à un ennemi; mais d'abord, on détruisit les destructeurs. Philippe fut vaincu par le moyen des Etoliens, qui furent anéantis après pour s'être joints à Antiochus. Antiochus fut vaincu par le secours des Rhodiens; mais, après qu'on leur eut donné des récompenses éclatantes, on les humilia pour jamais, sous prétexte qu'ils avaient demandé qu'on fit la paix avec Persée.

Quand ils avaient plusieurs ennemis sur les bras, ils accordaient une trêve au plus faible, qui se croyait heureux de l'obtenir, comptant pour beaucoup d'avoir différé sa ruine.

Comme ils ne faisaient jamais la paix de bonne foi, et que, dans le dessein d'envahir tout, leurs traités n'étaient proprement que des suspensions de guerre, ils y mettaient des conditions qui commençaient toujours la ruine de l'Etat qui les acceptait. Ils faisaient sortir les garnisons des places fortes, ou bornaient le nombre des troupes de terre, ou se faisaient livrer les chevaux ou les éléphants, et si ce peuple était puissant sur la mer, ils l'obligeaient de brûler ses vaisseaux, et quelquefois d'aller habiter plus avant dans les terres.

Après avoir détruit les armées d'un prince, ils ruinaient ses finances par des taxes excessives, ou un tribut, sous prétexte de lui faire payer les frais de la guerre: nouveau genre de tyrannie, qui le forçait d'opprimer ses sujets et de perdre leur amour.

Quoique le titre de leur allié fût une espèce de servitude, il était néanmoins très recherché, car on était sûr que l'on ne recevait d'injures que d'eux, et l'on avait sujet d'espérer qu'elles seraient moindres.

Aussi il n'y avait point de services que les peuples et les rois ne fussent prêts de rendre ni de bassesses qu'ils ne fissent pour l'obtenir.

Pour tenir les grands princes toujours faibles, ils ne voulaient pas qu'ils reçussent dans leur alliance ceux à qui ils avaient accordé la leur; et comme ils ne la refusaient à aucun des voisins d'un prince puissant, cette condition, mise dans un traité de paix, ne lui laissait plus d'allié.

De plus, lorsqu'ils avaient vaincu quelque prince considérable, ils mettaient dans le traité qu'il ne pourrait faire la guerre pour ses différends avec les alliés des Romains (c'est-à-dire ordinairement avec tous ses voisins), mais qu'il les mettrait en arbitrage: ce qui lui ôtait pour l'avenir la puissance militaire.

Quand quelque prince avait fait une conquête, qui souvent l'avait épuisé, un ambassadeur romain survenait d'abord, qui la lui arrachait des mains.

Sachant combien les peuples d'Europe étaient propres à la guerre, ils établirent comme une loi qu'il ne serait permis à aucun roi d'Asie d'entrer en Europe, et d'y assujettir quelque peuple que ce fût.

Lorsqu'ils voyaient que deux peuples étaient en guerre, quoiqu'ils n'eussent aucune alliance, ni rien à démêler avec l'un ni avec l'autre, ils ne laissaient pas de paraître sur la scène, et, comme nos chevaliers errants, ils prenaient le parti du plus faible. C'était, dit Denys d'Halicarnasse, une ancienne coutume des Romains d'accorder toujours leur secours à quiconque venait l'implorer.

Ces coutumes des Romains n'étaient point quelques faits particuliers arrivés par hasard, c'étaient des principes toujours constants; et cela se peut voir aisément, car les maximes dont ils firent usage contre les plus grandes puissances furent précisément celles qu'ils avaient employées dans les commencements contre les petites villes qui étaient autour d'eux.

Lorsqu'il y avait quelques disputes dans un Etat, ils jugeaient d'abord l'affaire; et par là ils étaient sûrs de n'avoir contre eux que la partie qu'ils avaient condamnée.

Ils ne faisaient jamais de guerres éloignées sans s'être procuré quelque allié auprès de l'ennemi qu'ils attaquaient, qui pût joindre ses troupes à l'armée qu'ils envoyaient; et, comme elle n'était jamais considérable par le nombre, ils observaient toujours d'en tenir une autre dans la province la plus voisine de l'ennemi, et une troisième dans Rome, toujours prête à marcher.

Quelquefois ils abusaient de la subtilité des termes de leur langue. Ils détruisirent Carthage, disant qu'ils avaient promis de conserver la cité, et non pas la ville. On sait comment les Éoliens, qui s'étaient abandonnés à leur foi, furent trompés: les Romains prétendirent que la signification de ces mots, *s'abandonner à la foi d'un ennemi*, emportait la perte de toutes sortes de choses, des personnes, des terres, des villes, des temples, et des sépultures mêmes.

Ils pouvaient même donner à un traité une interprétation arbitraire: ainsi, lorsqu'ils voulurent abaisser les Rhodiens, ils dirent qu'ils ne

leur avaient pas donné autrefois la Lycie comme présent, mais comme amie et alliée.

Lorsqu'un de leurs généraux faisait la paix pour sauver son armée prête à périr, le Sénat, qui ne la ratifiait point, profitait de cette paix, et continuait la guerre.

Alexandre.

Le passage du Granique fit qu'Alexandre se rendit maître des colonies grecques; la bataille d'Issus lui donna Tyr et l'Egypte; la bataille d'Arbelles lui donna toute la terre.

Après la bataille d'Issus, il laisse fuir Darius, et ne s'occupe qu'à affermir et à régler ses conquêtes: après la bataille d'Arbelles, il le suit de si près qu'il ne lui laisse aucune retraite dans son empire. Darius n'entre dans ses villes et dans ses provinces que pour en sortir: les marches d'Alexandre sont si rapides que vous croyez voir l'empire de l'univers plutôt le prix de la course, comme dans les jeux de la Grèce, que le prix de la victoire.

C'est ainsi qu'il fit ses conquêtes: voyons comment il les conserva.

Il résista à ceux qui voulaient qu'il traitât les Grecs comme maîtres, et les Perses comme esclaves; il ne songea qu'à unir les deux nations, et à faire perdre les distinctions du peuple conquérant et du peuple vaincu; il abandonna après la conquête tous les préjugés qui lui avaient servi à la faire; il prit les mœurs des Perses, pour ne pas désoler les Perses en leur faisant prendre les mœurs des Grecs; c'est ce qui fit qu'il marqua tant de respect pour la femme et pour la mère de Darius, et qu'il montra tant de continence; c'est ce qui le fit tant regretter des Perses. Qu'est-ce que ce conquérant qui est pleuré de tous les peuples qu'il a soumis? qu'est-ce que cet usurpateur sur la mort duquel la famille qu'il a renversée du trône verse des larmes? C'est un trait de cette vie dont les historiens ne nous disent pas que quelque autre conquérant se puisse vanter.

Rien n'affermir plus une conquête que l'union qui se fait des deux peuples par les mariages. Alexandre prit des femmes de la nation qu'il avait vaincue: il voulut que ceux de sa cour en prissent aussi; le reste des Macédoniens suivit cet exemple. Les Francs et les Bourguignons permirent ces mariages: les Visigoths les défendirent en Espagne, et ensuite ils les permirent; les Lombards ne les permirent pas seulement, mais même les favorisèrent; quand les Romains voulurent affaiblir la Macédoine, ils y établirent qu'il ne pourrait se faire d'union par mariages entre les peuples des provinces.

Alexandre, qui cherchait à unir les deux peuples, songea à faire dans la Perse un grand nombre de colonies grecques: il bâtit une infinité de villes, et il cimenta si bien toutes les parties de ce nouvel empire, qu'après sa mort, dans le trouble et la confusion des plus affreuses guerres civiles, après que les Grecs se furent, pour ainsi dire, anéantis eux-mêmes, aucune province de Perse ne se révolta.

Pour ne point épuiser la Grèce et la Macédoine, il envoya à Alexandrie une colonie de Juifs; il ne lui importait quelles mœurs eussent ces peuples, pourvu qu'ils lui fussent fidèles.

Il ne laissa pas seulement aux peuples vaincus leurs mœurs; il leur laissa encore leurs lois civiles, et souvent même les rois et les gouverneurs qu'il avait trouvés. Il mettait les Macédoniens à la tête des troupes, et les gens du pays à la tête du gouvernement; aimant mieux courir le risque de quelque infidélité particulière (ce qui lui arriva quelquefois), que d'une révolte générale. Il respecta les traditions anciennes et tous les monuments de la gloire ou de la vanité des peuples. Les rois de Perse avaient détruit les temples des Grecs, des Babylo niens et des Egyptiens; il les rétablit: peu de nations se soumirent à lui, sur les autels desquelles il ne fit des sacrifices. Il semblait qu'il n'eût conquis que pour être le monarque particulier de chaque nation et le premier citoyen de chaque ville. Les romains conquièrent tout pour tout détruire; il voulut tout conquérir pour tout conserver; et, quelque pays qu'il parcourût, ses premières idées, ses premiers desseins furent toujours de faire quelque chose qui pût en augmenter la prospérité et la puissance. Il en trouva les premiers moyens dans la grandeur de son génie; les seconds, dans sa frugalité et son économie particulière; les troisièmes, dans son immense prodigalité pour les grandes choses. Sa main se fermait pour les dépenses privées; elle s'ouvrait pour les dépenses publiques. Fallait-il régler sa maison, c'était un Macédonien; fallait-il payer les dettes des soldats, faire part de sa conquête aux Grecs, faire la fortune de chaque homme de son armée, il était Alexandre.

BUFFON.

Georges-Louis Le Clerc, comte de Buffon, né le 7 septembre 1707 à Montbard, en Bourgogne, se fit connaître de bonne heure par des expériences de physique et par de savants mémoires. Il fut admis en 1739 à l'Académie des Sciences, et fut nommé la même année intendant du jardin du Roi. Il mourut le 16 avril 1788, à quatre-vingt-un ans.

Sur le style.

Que faut-il pour émouvoir la multitude et l'entraîner? que faut-il pour ébranler la plupart même des autres hommes et les persuader? Un ton véhément et pathétique, des gestes expressifs et fréquents, des paroles rapides et sonnantes. Mais pour le petit nombre de ceux dont la tête est ferme, le goût délicat et le sens exquis, et qui comptent pour peu le ton, les gestes et le vain son de mots, il faut des choses, des pensées, des raisons; il faut savoir les présenter, les nuancer, les ordonner: il ne suffit pas de frapper l'oreille et d'occuper les yeux; il faut agir sur l'âme, et toucher le cœur en parlant à l'esprit.

Le cheval.

La plus noble conquête que l'homme ait jamais faite est celle de ce fier et fougueux animal qui partage avec lui les fatigues de la guerre et la gloire des combats: aussi intrépide que son maître, le cheval voit le péril et l'affronte; il se fait au bruit des armes, il l'aime, il le cherche, et s'anime de la même ardeur. Il partage aussi ses plaisirs: à la chasse, aux tournois, à la course, il brille, il étincelle. Mais, docile autant que courageux, il ne se laisse point emporter à son feu, il sait réprimer ses mouvements: non seulement il fléchit sous la main de celui qui le guide, mais il semble consulter ses désirs; et, obéissant toujours aux impressions qu'il en reçoit, il se précipite, se modère ou s'arrête, et n'agit que pour y satisfaire. C'est une créature qui renonce à son être pour n'exister que par la volonté d'un autre, qui sait même la prévenir, qui, par la promptitude et la précision de ses mouvements, l'exprime et l'exécute; qui sent autant qu'on le désire, et ne rend qu'autant qu'on le veut; qui, se livrant sans réserve, ne se refuse à rien, sert de toutes ses forces, s'excède, et même meurt pour mieux obéir.

Le cheval est de tous les animaux celui qui, avec une grande taille, a le plus de proportion et d'élégance dans les parties de son corps; car, en lui comparant les animaux qui sont immédiatement au-dessus et au-dessous, on verra que l'âne est mal fait, que le lion a la tête trop grosse, que le bœuf a les jambes trop minces et trop courtes pour la grosseur de son corps, que le chameau est difforme, et que les plus gros animaux, le rhinocéros et l'éléphant, ne sont, pour ainsi dire, que des masses informes. Le grand allongement des mâchoires est la principale cause de la différence entre la tête des quadrupèdes et celle de l'homme: c'est aussi le caractère le plus ignoble de tous; cependant, quoique les mâchoires du cheval soient fort allongées, il n'a pas comme l'âne un air d'imbécillité, ou de stupidité comme le bœuf. La régularité des proportions de sa tête lui donne, au contraire, un air de légèreté qui est bien soutenu par la beauté de son encolure. Le cheval semble vouloir se mettre au-dessus de son état de quadrupède en élevant sa tête: dans cette noble attitude, il regarde l'homme face à face. Ses yeux sont vifs et bien ouverts, ses oreilles sont bien faites et d'une juste grandeur, sans être courtes comme celles du taureau ou trop longues comme celles de l'âne; sa crinière accompagne bien sa tête, orne son cou et lui donne un air de force et de fierté; sa queue traînante et touffue couvre et termine avantageusement l'extrémité de son corps: mais l'attitude de la tête et du cou contribue plus que celle de toutes les autres parties du corps à donner au cheval un noble maintien.

Le chat.

Les jeunes chats sont gais, vifs, jolis, et seraient aussi très propres à amuser les enfants, si les coups de patte n'étaient pas à craindre; mais leur badinage, quoique toujours agréable et léger, n'est jamais

innocent, et bientôt il se tourne en malice habituelle; et comme ils ne peuvent exercer ces talents avec quelque avantage que sur les plus petits animaux, ils se mettent à l'affût près d'une cage, ils épient les oiseaux, les souris, les rats, et deviennent d'eux-mêmes, et sans y être dressés, plus habiles à la chasse que les chiens les mieux instruits. Leur naturel, ennemi de toute contrainte, les rend incapables d'une éducation suivie.

L'oiseau-mouche.

De tous les êtres animés, voici le plus élégant pour la forme, et le plus brillant pour les couleurs. Les pierres et les métaux polis par notre art ne sont pas comparables à ce bijou de la nature; elle l'a placé dans l'ordre des oiseaux au dernier degré de grandeur, *maxime miranda in minimis*; son chef-d'œuvre est le petit oiseau-mouche; elle l'a comblé de tous les dons qu'elle n'a fait que partager aux autres oiseaux, légèreté, rapidité, prestesse, grâce et riche parure, tout appartient à ce petit oiseau favori. L'émeraude, le rubis, la topaze brillent sur ses habits; il ne les souille jamais de la poussière de la terre, et dans sa vie tout aérienne, on le voit à peine toucher le gazon par instants; il est toujours en l'air, volant de fleur en fleur; il a leur fraîcheur comme il a leur éclat; il vit de leur nectar et n'habite que les climats où sans cesse elles se renouvellent.

C'est dans les contrées les plus chaudes du Nouveau Monde que se trouvent toutes les espèces d'oiseaux-mouches: elles sont assez nombreuses et paraissent confinées entre les deux tropiques: car ceux qui s'avancent en été dans les zones tempérées n'y font qu'un court séjour; ils semblent suivre le soleil, s'avancer, se retirer avec lui, et voler sur l'aile des zéphirs à la suite d'un printemps éternel.

Pour le volume, les petites espèces de ces oiseaux sont au-dessous de la grande mouche asile (*le taon*) pour la grandeur, et du bourdon pour la grosseur. Leur bec est une aiguille fine, et leur langue un fil délié; leurs petits yeux noirs ne paraissent que deux points brillants; les plumes de leurs ailes sont si délicates qu'elles en paraissent transparentes; à peine aperçoit-on leurs pieds, tant ils sont courts et menus; ils en font peu d'usage, ils ne se posent que pour passer la nuit, et se laissent pendant le jour emporter dans les airs; leur vol est continu, bourdonnant et rapide. Le battement de leurs ailes est si vif, que l'oiseau s'arrêtant dans les airs paraît non seulement immobile, mais tout à fait sans action; on le voit s'arrêter ainsi quelques instants devant une fleur, et partir comme un trait pour aller à une autre; il les visite toutes, plongeant sa petite langue dans leur sein, les flattant de ses ailes, sans jamais s'y fixer, mais aussi sans les quitter jamais; il ne presse ses inconstances que pour mieux suivre ses amours et multiplier ses jouissances innocentes, car cet amant léger des fleurs vit à leurs dépens sans les flétrir; il ne fait que pomper leur miel, et c'est à cet usage que sa langue paraît uniquement destinée.

Rien n'égale la vivacité de ces petits oiseaux si ce n'est leur courage, ou plutôt leur audace; on les voit poursuivre avec furie des oiseaux vingt fois plus gros qu'eux, s'attacher à leur corps, et, se laissant emporter par leur vol, les becqueter à coups redoublés, jusqu'à ce qu'ils aient assouvi leur petite colère. Quelquefois même ils se livrent entre eux de très vifs combats. L'impatience paraît être leur âme: s'ils s'approchent d'une fleur, et qu'ils la trouvent fanée, ils lui arrachent les pétales avec une précipitation qui marque leur dépit. Ils n'ont point d'autre voix qu'un petit cri, *screp, screp*, fréquent et répété; ils le font entendre dans le bois dès l'aurore jusqu'à ce qu'aux premiers rayons du soleil tous prennent l'essor et se dispersent dans les campagnes.

J.-J. ROUSSEAU.

Jean-Jacques Rousseau, né le 28 juin 1712, à Genève, était fils d'un horloger. Son enfance rêveuse fut développée d'une manière précoce par la lecture des *Hommes illustres* de Plutarque et des romans héroïques du dix-septième siècle. Tour à tour clerc de greffier, apprenti graveur, séminariste, laquais, maître de musique à Lausanne, précepteur chez M. de Mably grand prévôt de Lyon (1740), secrétaire de M. de Montaigu, ambassadeur de France à Venise, commis chez M. Dupuis, fermier général (1748), il refit lui-même l'éducation de son esprit et travailla obscurément à se rendre maître du grand art d'écrire. Il mourut presque subitement à l'âge de soixante-six ans.

Séjour de Jean-Jacques dans l'île de Saint-Pierre.

De toutes les habitations où j'ai demeuré (et j'en ai eu de charman-tes), aucune ne m'a rendu si véritablement heureux et ne m'a laissé de si tendres regrets que l'île de Saint-Pierre, au milieu du lac de Bienne.

Les rives du lac de Bienne sont plus sauvages et romantiques que celles du lac de Genève, parce que les rochers et les bois y bordent l'eau de plus près; mais elles ne sont pas moins riantes. S'il y a moins de culture de champs et de vignes, moins de villes et de maisons, il y a aussi plus de verdure naturelle, plus de prairies, d'asiles ombragés, de bocages, des contrastes plus fréquents et des accidents plus rapprochés. Comme il n'y a pas sur ces heureux bords de grandes routes commodes pour les voitures, le pays est peu fréquenté par les voyageurs; mais il est intéressant pour des contemplatifs solitaires qui aiment à s'enivrer à loisir des charmes de la nature, et à se recueillir dans un silence que ne trouble aucun autre bruit que le cri des aigles, le ramage entrecoupé de quelques oiseaux, et le roulement des torrents qui tombent de la montagne. Ce beau bassin, d'une forme presque ronde, enferme dans son milieu deux petites îles, l'une habitée et cultivée, d'environ une demi-lieue de tour; l'autre plus petite, déserte et en friche, et qui sera détruite à la fin par les transports de la terre qu'on en ôte

sans cesse pour réparer les dégâts que les vagues et les orages font à la grande. C'est ainsi que la substance du faible est toujours employée au profit du puissant.

Il n'y a dans l'île qu'une seule maison, mais grande, agréable et commode, qui appartient à l'hôpital de Berne, ainsi que l'île, et où loge un receveur avec sa famille et ses domestiques. Il y entretient une nombreuse basse-cour, une volière, et des réservoirs pour le poisson. L'île, dans sa petitesse, est tellement variée dans ses terrains et ses aspects, qu'elle offre toutes sortes de cultures. On y trouve des champs, des vignes, des bois, des vergers, de gras pâturages ombragés de bosquets, et bordés d'arbrisseaux de toute espèce, dont le bord des eaux entretient la fraîcheur: une haute terrasse plantée de deux rangs d'arbres borde l'île dans toute sa longueur, et dans le milieu de cette terrasse on a bâti un joli salon, où les habitants des rives voisines se rassemblent, et viennent danser les dimanches durant les vendanges.

C'est dans cette île que je me réfugiai après la lapidation de Moitiers. J'en trouvai le séjour si charmant, j'y menais une vie si convenable à mon humeur, que je résolus d'y finir mes jours.

On ne m'a laissé passer guère que deux mois dans cette île, mais j'y aurais passé deux ans, deux siècles, et toute l'éternité, sans m'y ennuyer un moment.

BERNARDIN DE SAINT-PIERRE.

Bernardin de Saint-Pierre, né au Havre le 19 janvier 1737, mort à Éragny, près Paris, le 21 janvier 1814. Il est arrivé plusieurs fois à des écrivains d'un génie secondaire d'avoir dans leur vie un jour d'inspiration si heureux qu'ils produisent une œuvre courte, il est vrai, mais excellente et impérissable, une œuvre qui résume tout leur talent, toute leur pensée dans sa forme la plus favorable, et assure l'immortalité à leur nom.

Paul et Virginie eut le double bonheur de déplaire aux coryphées de la littérature et d'obtenir un succès immense dans le public. Cette dissidence entre une nation et sa littérature officielle annonçait une révolution dans le goût.

Paul et Virginie.

Description d'une tempête et d'un naufrage.

Dans les balancements du vaisseau, ce qu'on craignait arriva. Les câbles de son avant rompirent; et comme il n'était plus retenu que par une seule aussière, il fut jeté sur les rochers, à une demi-encablure du rivage. Ce ne fut qu'un cri de douleur parmi nous. Paul allait s'élan- cer à la mer, lorsque je le saisis par le bras. « Mon fils, lui dis-je, voulez-vous périr?—Que j'aie à son secours, s'écria-t-il, ou que je meure! Comme le désespoir lui ôtait la raison, pour prévenir sa perte, Domin-

gue et moi nous lui attachâmes à la ceinture une longue corde, dont nous saisîmes l'une des extrémités. Paul avança vers le *Saint-Géran*, tantôt nageant, tantôt marchant sur les récifs. Quelquefois il avait l'espoir de l'aborder; car la mer, dans ses mouvements irréguliers, laissait le vaisseau presque à sec, de manière qu'on en eût pu faire le tour à pied; mais bientôt après, revenant sur ses pas avec une nouvelle furie, elle le couvrait d'énormes vagues d'eau qui soulevaient tout l'avant de sa carène, et rejetaient bien loin sur le rivage le malheureux Paul, les jambes en sang, la poitrine meurtrie, et à demi noyé. A peine ce jeune homme avait-il repris l'usage de ses sens, qu'il se relevait, et retournait avec une nouvelle ardeur vers le vaisseau, que la mer cependant entr'ouvrait par d'horribles secousses.

Tout l'équipage, désespérant alors de son salut, se précipitait en foule à la mer, sur des vergues, des planches, des cages à poules, des tables et des tonneaux. On vit alors un objet digne d'une éternelle pitié: une jeune demoiselle parut dans la galerie de la poupe du *Saint-Géran*, tendant les bras vers celui qui faisait tant d'efforts pour la joindre. C'était Virginie. Elle avait reconnu son amant à son intrépidité. La vue de cette aimable personne, exposée à un si terrible danger, nous remplit de douleur et de désespoir. Pour Virginie, d'un port noble et assuré, elle nous faisait signe de la main, comme nous disant un éternel adieu. Tous les maletots s'étaient jetés à la mer. Il n'en restait plus qu'un sur le pont, qui était tout nu, et nerveux comme Hercule. Il s'approcha de Virginie avec respect: nous le vîmes se jeter à ses genoux, et s'efforcer même de lui ôter ses habits; mais elle, le repoussant avec dignité, détourna de lui sa vue. On entendit aussitôt ces cris redoublés des spectateurs: «Sauvez-la, sauvez-la! ne la quittez pas!» Mais, dans ce moment, une montagne d'eau d'une effroyable grandeur s'engouffra entre l'île d'Ambre et la côte, et s'avança en rugissant vers le vaisseau, qu'elle menaçait de ses flancs noirs et de ses sommets écumeux. A cette terrible vue, le matelot s'élança seul à la mer; et Virginie, voyant la mort inévitable, posa une main sur ses habits, l'autre sur son cœur, et, levant en haut des yeux sereins, parut un ange qui prend son vol vers les cieux.

O jour affreux! hélas! tout fut englouti!

Les tombeaux.

Quoiqu'il n'y ait aucune différence entre la cendre de Socrate et celle de Néron, personne ne voudrait avoir dans ses bosquets celle de l'empereur romain, quand même elle serait renfermée dans une urne d'argent; il n'y a personne qui ne mît celle du philosophe dans le lieu le plus honorable de son appartement, quand elle ne serait que dans un vase d'argile.

C'est donc par cet instinct intellectuel pour la vertu que les tombeaux des grands hommes nous inspirent une vénération si touchante. C'est par le même sentiment que ceux qui renferment des objets qui

ont été aimables nous donnent tant de regrets. Voilà pourquoi nous sommes émus à la vue du petit tertre qui couvre les cendres d'un enfant aimable, par le souvenir de son innocence; voilà encore pourquoi nous voyons avec tant d'attendrissement une tombe sous laquelle repose une jeune femme, l'amour et l'espérance de sa famille par ses vertus. Il ne faut pas, pour rendre recommandables ces monuments, des marbres, des bronzes, des dorures: plus ils sont simples, plus ils donnent d'énergie au sentiment de la mélancolie. Ils font plus d'effet pauvres que riches, antiques que modernes, avec des détails d'infortune qu'avec des titres d'honneur, avec les attributs de la vertu qu'avec ceux de la puissance.

C'est surtout à la campagne que leur impression se fait vivement sentir: une simple fosse fait souvent verser plus de larmes que les catafalques dans les cathédrales: c'est là que la douleur prend de la sublimité.

DIDEROT.

Denis Diderot naquit à Langres en 1712. Son père, qui était coutelier, voulait faire de lui un homme de loi; mais Diderot n'aimait que la littérature. Il vint à Paris, où il chercha tous les moyens de s'instruire. Le père irrité cessa d'envoyer à son fils la modique pension qu'il lui avait faite. Cette rigueur portait le plus grand préjudice à Diderot, qui venait de se marier. Il trouva d'abord des ressources en faisant des traductions de l'anglais. Bientôt il put se livrer au travail de la composition. Après Voltaire, Diderot fut l'écrivain le plus actif et le plus fécond du XVIII^e siècle; il travaillait avec une facilité qui tenait de l'improvisation. Il écrivit sur tous les sujets, sur la philosophie, la critique, la musique, la peinture, la sculpture, la grammaire, la physique, l'histoire, les arts mécaniques; il fit des romans, des drames, des discours et même des sermons. Le plus important de ses ouvrages est la fameuse *Encyclopédie*, à laquelle il travailla trente ans et dont il révisait tous les articles. Diderot mourut à Paris en 1784.

Le rossignol, le coucou et l'âne.

Un jour, au fond d'une forêt, il s'éleva une contestation sur le chant entre le rossignol et le coucou. Chacun prit son talent. «Quel oiseau, disait le coucou, a le chant aussi simple, aussi naturel et aussi mesuré que moi?»

«Quel oiseau, disait le rossignol, l'a plus doux; plus varié, plus éclatant, plus léger, plus touchant que moi?»

Le coucou: «Je dis peu de choses, mais elles ont du poids, de l'ordre, et on les retient.»

Le rossignol: «J'aime à parler, mais je suis toujours nouveau, et je ne fatigue jamais. J'enchanterai les forêts, le coucou les attriste: il est tellement attaché à la leçon de sa mère, qu'il n'oserait hasarder un ton qu'il n'a point pris d'elle. Moi, je ne reconnais point de maître, je me

joue des règles. C'est surtout lorsque je les enfrens qu'on m'admire. Quelle comparaison de sa fastidieuse méthode avec mes heureux écarts!»

Le coucou essaya plusieurs fois d'interrompre le rossignol; mais les rossignols chantent toujours et n'écoutent point; c'est un peu leur défaut. Le nôtre, entraîné par ses idées, les suivait avec rapidité, sans se soucier des réponses de son rival.

Cependant, après quelques dits et contredits, ils convinrent de s'en rapporter au jugement d'un tiers animal.

Mais où trouver ce tiers également instruit et impartial qui les jugera? Ce n'est pas sans peine qu'on trouve un bon juge. Ils vont en cherchant un partout.

Ils traversaient une prairie, lorsqu'ils y aperçurent un âne des plus graves et des plus solennels. Depuis la création de l'espèce, aucun n'avait porté d'aussi longues oreilles. «Ah! dit le coucou en le voyant, notre querelle est une affaire d'oreilles, voilà notre juge.»

L'âne broutait. Il n'imaginait guère qu'un jour il jugerait de musique. Nos deux oiseaux s'abattent devant lui, le complimentent sur sa gravité et sur son jugement, lui exposent le sujet de leur dispute, et le supplient très humblement de les entendre et de décider.

Mais l'âne, détournant à peine sa lourde tête et n'en perdant pas un coup de dent, leur fait signe de ses oreilles qu'il a faim, et qu'il ne tient pas aujourd'hui son lit de justice. Les oiseaux insistent; l'âne continue à brouter. En broutant, son appétit s'apaise. Il y avait quelques arbres plantés sur la lisière du pré. «Eh bien! leur dit-il, allez là, je m'y rendrai, vous chanterez, je digérerai, je vous écouterai, et puis je vous en dirai mon avis.»

Les oiseaux vont à tire d'aile et se perchent; l'âne les suit de l'air et du pas d'un président à mortier qui traverse les salles du palais. Il arrive, il s'étend à terre, et dit: «Commencez, la cour vous écoute.» C'est lui qui était toute la cour.

Le coucou dit: «Monseigneur, il n'y a pas un mot à perdre de mes raisons; saisissez bien le caractère de mon chant, et surtout daignez en observer l'artifice de la méthode.» Puis, se rengorgeant et battant à chaque fois des ailes, il chanta: «Coucou, coucou, coucoucou, coucoucou, coucou, coucou.» Et, après avoir combiné cela de toutes les manières possibles, il se tut.

Le rossignol, sans préambule, déploie sa voix, s'élance dans les modulations les plus hardies, suit les chants les plus neufs et les plus recherchés: ce sont des cadences ou des tenues à perte d'haleine; tantôt on entendait les sons descendre, et murmurer au fond de sa gorge comme l'onde du ruisseau qui se perd sourdement entre les cailloux, tantôt on l'entendait s'élever, se renfler peu à peu, remplir l'étendue des airs et y demeurer comme suspendue. Il était successivement doux, léger, brillant, pathétique, et, quelque caractère qu'il prît, il peignait; mais son chant n'était pas fait pour tout le monde.

Emporté par son enthousiasme, il chanterait encore; mais l'âne, qui avait déjà bâillé plusieurs fois, l'arrêta et lui dit: «Je me doute que

tout ce que vous avez chanté là est fort beau, mais je n'y entends rien; cela me paraît bizarre, brouillé, décousu. Vous êtes peut-être plus savant que votre rival, mais il est plus méthodique que vous, et je suis; moi, pour la méthode.»

D'ALEMBERT.

Jean-le-Rond d'Alembert naquit à Paris le 16 novembre 1717, et fut exposé sur les marches de Saint Jean-le-Rond, église située près de Notre-Dame et détruite maintenant. L'existence de cet enfant parut si frêle, que le commissaire de police qui le recueillit, crut nécessaire de lui faire donner des soins particuliers et le confia à la femme d'un vitrier. On sait aujourd'hui que d'Alembert était le fils de madame de Tencin, femme célèbre par son esprit. A treize ans, d'Alembert faisait sa rhétorique au collège Mazarin. En sortant du collège il fut reçu avocat; mais il ne cessa pas de se livrer à l'étude des mathématiques. Il mourut à Paris le 29 octobre 1783.

Progrès des sciences, de la littérature et des arts.

.....

La musique est devenue peu à peu une espèce de discours ou même de langue par laquelle on exprime les différents sentiments de l'âme, ou plutôt ses différentes passions. Mais pourquoi réduire cette expression aux passions seules, et ne pas l'étendre, autant qu'il est possible, jusqu'aux sensations mêmes? Quoique les perceptions que nous recevons par divers organes, différent entre elles autant que leurs objets, on peut néanmoins les comparer sous un autre point de vue qui leur est commun, c'est-à-dire par la situation de plaisir ou de trouble où elles mettent notre âme. Un objet effrayant, un bruit terrible, produisent chacun en nous une émotion par laquelle nous pouvons jusqu'à un certain point les rapprocher, et que nous désignons souvent, dans l'un et l'autre cas, ou par le même nom ou par des noms synonymes. Je ne vois donc point pourquoi un musicien qui aurait à peindre un objet effrayant, ne pourrait pas y réussir en cherchant dans la nature l'espèce de bruit qui peut produire en nous l'émotion la plus semblable à celle que cet objet y excite. J'en dis autant des sensations agréables. Penser autrement, ce serait vouloir resserrer les bornes de l'art et de nos plaisirs. J'avoue que la peinture dont il s'agit exige une étude fine et approfondie des nuances qui distinguent nos sensations, mais aussi ne faut-il pas espérer que ces nuances soient démêlées par un talent ordinaire. Saisies par l'homme de génie, senties par l'homme de goût, aperçues par l'homme d'esprit, elles sont perdues pour la multitude. Toute musique qui ne peint rien n'est que du bruit; et, sans l'habitude qui dénature tout, elle ne ferait guère plus de plaisir qu'une suite de mots harmonieux et sonores dénués d'ordre et de liaison. Il est vrai qu'un musicien attentif à tout peindre nous présenterait dans plusieurs

circonstances des tableaux d'harmonie qui ne seraient point faits pour des sens vulgaires; mais tout ce qu'on en doit conclure, c'est qu'après avoir fait un art d'apprendre la musique, on devrait bien en faire un de l'écouter.

Nous terminerons ici l'énumération de nos principales connaissances. Si on les envisage maintenant toutes ensemble, et qu'on cherche les points de vue généraux qui peuvent servir à les discerner, on trouve que les unes, purement pratiques, ont pour but l'exécution de quelque chose; que d'autres, simplement spéculatives, se bornent à l'examen de leur objet et à la contemplation de ses propriétés; qu'enfin d'autres tirent de l'étude spéculative de leur objet l'usage qu'on en peut faire dans la pratique. La spéculation et la pratique constituent la principale différence qui distingue les *sciences* d'avec les *arts*, et c'est à peu près en suivant cette notion qu'on a donné l'un ou l'autre nom à chacune de nos connaissances. Il faut cependant avouer que nos idées ne sont pas encore bien fixées sur ce sujet. On ne sait souvent quel nom donner à la plupart des connaissances où la spéculation se réunit à la pratique, et l'on dispute, par exemple, tous les jours dans les écoles si la logique est un art ou une science: le problème serait bientôt résolu en répondant qu'elle est à la fois l'un et l'autre. Qu'on s'épargnerait de questions et de peines, si on déterminait enfin la signification des mots d'une manière nette et précise!

On peut en général donner le nom d'*art* à tout système de connaissances qu'il est possible de réduire à des règles positives, invariables et indépendantes du caprice ou de l'opinion; et il serait permis de dire en ce sens que plusieurs de nos sciences sont des arts, étant envisagées par leur côté pratique. Mais comme il y a des règles pour les opérations de l'esprit ou de l'âme, il y en a aussi pour celles du corps, c'est-à-dire pour celles qui, bornées aux corps extérieurs, n'ont besoin que de la main seule pour être exécutées. De là la distinction des arts en libéraux et en mécaniques, et la supériorité qu'on accorde aux premiers sur les seconds. Cette supériorité est sans doute injuste à plusieurs égards. Néanmoins, parmi les préjugés, tout ridicules qu'ils peuvent être, il n'en est point qui n'ait sa raison, ou, pour parler plus exactement, son origine; et la philosophie, souvent impuissante pour corriger les abus, peut au moins en démêler la source. La force du corps ayant été le premier principe qui a rendu inutile le droit que tous les hommes avaient d'être égaux, les plus faibles, dont le nombre est toujours le plus grand, se sont joints ensemble pour la réprimer. Ils ont donc établi, par le secours des lois et des différentes sortes de gouvernements, une inégalité de convention, dont la force a cessé d'être le principe. Cette dernière inégalité étant bien différente, les hommes, en se réunissant avec raison pour la conserver, n'ont pas laissé de réclamer secrètement contre elle, par ce désir de supériorité que rien n'a pu détruire en nous. Ils ont donc cherché une sorte de dédommagement dans une inégalité moins arbitraire; et la force corporelle, enchaînée par les lois, ne pouvant plus offrir aucun moyen de supériorité, ils ont été réduits à chercher dans la différence des esprits un principe d'iné-

galité aussi naturel, plus paisible et plus utile à la société. Ainsi la partie la plus noble de notre être s'est en quelque manière vengée des premiers avantages que la partie la plus vile avait usurpés; et les talents de l'esprit ont été généralement reconnus pour supérieurs à ceux du corps.

LE SAGE.

Alain René le Sage naquit dans la petite ville de Sarzeau, près de Vannes, en Bretagne, en 1668. Il avait 25 ans quand il vint chercher fortune à Paris. Au nombre des amis qu'il ne tarda pas à s'y faire, se trouvait l'abbé de Lyonne, qui donna la première direction à ses travaux littéraires, en lui inspirant le goût de la littérature espagnole, dont il était lui-même amateur passionné.—Le Sage mourut le 17 novembre 1747.

Gil Blas.

.....

Je pris enfin la résolution de sortir de chez le docteur Sangrado. Mais il me chargea d'un nouvel emploi qui me fit changer de sentiment. «Écoute, mon enfant, me dit-il un jour: je ne suis point de ces maîtres durs et ingrats qui laissent vieillir leurs domestiques dans la servitude avant que de les récompenser. Je suis content de toi, je t'aime; et sans attendre que tu m'aies servi plus long-temps, je vais faire ton bonheur. Je veux tout à l'heure te découvrir le fin de l'art salutaire que je professe depuis tant d'années. Les autres médecins en font consister la connaissance dans mille sciences pénibles; et moi, je prétends t'abrégér un chemin si long, et t'épargner la peine d'étudier la physique, la pharmacie, la botanique et l'anatomie. Sache, mon ami, qu'il ne faut que saigner et faire boire de l'eau chaude: voilà le secret de guérir toutes les maladies du monde. Oui, ce merveilleux secret que je te révèle, et que la nature impénétrable à mes confrères n'a pu dérober à mes observations, est renfermé dans ces deux points, dans la saignée et dans la boisson fréquente. Je n'ai plus rien à t'apprendre, tu sais la médecine à fond, et profitant du fruit de ma longue expérience, tu deviens tout d'un coup aussi habile que moi. Tu peux, continua-t-il, me soulager présentement: tu tiendras le matin notre registre, et l'après-midi tu sortiras pour aller voir une partie de mes malades. Tandis que j'aurai soin de la noblesse et du clergé, tu iras pour moi dans les maisons du tiers état où l'on m'appellera; et lorsque tu auras travaillé quelque temps, je te ferai agréger à notre corps. Tu es savant, Gil Blas, avant que d'être médecin; au lieu que les autres sont long-temps médecins, et la plupart toute leur vie, avant que d'être savants.»

Je remerciai le docteur de m'avoir si promptement rendu capable

de lui servir de substitut; et, pour reconnaître les bontés qu'il avait pour moi, je l'assurai que je suivrais toute ma vie ses opinions, quand elles seraient contraires à celles d'Hippocrate. Cette assurance pourtant n'était pas tout à fait sincère: je désapprouvais son sentiment sur l'eau et je me proposais de boire du vin tous les jours en allant voir mes malades. Je pendis au croc une seconde fois mon habit, pour en prendre un de mon maître et me donner l'air d'un médecin. Après quoi, je me disposai à exercer la médecine aux dépens de qui il appartiendrait. Je débutai par un alguazil qui avait une pleuresie: j'ordonnai qu'on le saignât sans miséricorde et qu'on ne lui plaignît point l'eau. J'entrai ensuite chez un pâtissier à qui la goutte faisait pousser de grands cris. Je ne ménageai pas plus son sang que celui de l'alguazil, et je ne lui défendis point la boisson. Je reçus douze réaux pour mes ordonnances; ce qui me fit prendre tant de goût à la profession, que je ne demandai plus que plaie et bosse. En sortant de la maison du pâtissier, je rencontrai Fabrice, que je n'avais point vu depuis la mort du licencié Sédillo. Il me regarda pendant quelques moments avec surprise; puis il se mit à rire de toute sa force, en se tenant les côtés. Ce n'était pas sans raison: j'avais un manteau qui traînait à terre, avec un pourpoint et un haut-de-chausses quatre fois plus longs et plus larges qu'il ne fallait. Je pouvais passer pour une figure originale. Je le laissai s'épanouir, la rate, non sans être tenté de suivre son exemple; mais je me contraignis pour garder le *decorum* dans la rue, et mieux contrefaire le médecin, qui n'est pas un animal risible. Si mon air ridicule avait excité les ris de Fabrice, mon sérieux les redoubla; et lorsqu'il s'en fut bien donné: «Vive Dieu! Gil Blas, me dit-il, te voilà plaisamment équipé! Qui diable t'a déguisé de la sorte?» «Tout beau! mon ami, lui répondis-je, tout beau! respecte un nouvel Hippocrate. Apprends que je suis le substitut du docteur Sangrado, qui est le plus fameux médecin de Valladolid. Je demeure chez lui depuis trois semaines. Il m'a montré la médecine à fond; et, comme il ne peut fournir à tous les malades qui le demandent, j'en vois une partie pour le soulager. Il va dans les grandes maisons, et moi dans les petites. Fort bien, reprit Fabrice; c'est-à-dire qu'il t'abandonne le sang du peuple, et se réserve celui des personnes de qualité. Je te félicite de ton partage; il vaut mieux avoir affaire à la populace qu'au grand monde. Vive un médecin de faubourg! ses fautes sont moins en vue, et ses assassinats ne font point de bruit. Oui, mon enfant, ajouta-t-il, ton sort me paraît digne d'envie; et pour parler comme Alexandre, si je n'étais pas Fabrice je voudrais être Gil Blas.»

Pour faire voir au fils du barbier Nunez qu'il n'avait pas tort de vanter le bonheur de ma condition présente, je lui montrai les réaux de l'alguazil et du pâtissier; puis nous entrâmes dans un cabaret, pour en boire une partie. On nous apporta d'assez bon vin, que l'envie d'en goûter me fit trouver encore meilleur qu'il n'était. J'en bus à longs traits; et n'en déplaise à l'oracle latin, à mesure que j'en versais dans mon estomac, je sentais que ce viscère ne me savait pas mauvais gré des injustices que je lui faisais. Nous demeurâmes long-temps dans ce cabaret, Fabrice et moi; nous y rîmes bien aux dépens de nos maî-

tres, comme cela se pratique entre les valets. Ensuite, voyant que la nuit approchait, nous nous séparâmes, après nous être mutuellement promis que le jour suivant, l'après-dîner, nous nous retrouverions au même lieu.

Je ne fus pas sitôt au logis, que le docteur Sangrado y arriva. Je lui parlai des malades que j'avais vus, et lui remis entre les mains huit réaux qui me restaient des douze que j'avais reçus pour mes ordonnances. «Huit réaux! me dit-il après les avoir comptés, c'est peu de chose pour deux visites; mais il faut tout prendre.» Aussi les prit-il presque tous. Il en garda six, et me donna les deux autres. «Tiens, Gil Blas, poursuivit-il, voilà pour commencer à te faire un fonds; je t'abandonne le quart de ce que tu m'apporteras. Tu seras bientôt riche, mon ami; car il y aura s'il plaît à Dieu, bien des maladies cette année.»

J'avais lieu d'être content de mon partage, puisque ayant dessein de retenir toujours le tiers de ce que je recevrais en ville, et touchant encore le quart du reste, c'était, si l'arithmétique est une science certaine, la moitié du tout qui me revenait. Cela m'inspira une nouvelle ardeur pour la médecine.

BRIDAINE.

Jacques Bridaine naquit en 1701, dans le voisinage d'Uzès le 21 mars. Son éloquence inculte tenait tout de l'inspiration. Ses sermons ont été toujours des improvisations, et les fragments qu'on en a conservés sont dus en grande partie à l'abbé Maury, qui les a retenus de mémoire et probablement arrangés. Bridaine mourut à Roquemaure en 1767.

Exorde d'un sermon prononcé devant la plus haute compagnie de la capitale.

A la vue d'un auditoire si nouveau pour moi, il semble, mes frères, que je ne devrais ouvrir la bouche que pour vous demander grâce en faveur d'un pauvre missionnaire dépourvu de tous les talents que vous exigez quand on vient vous parler de votre salut. J'éprouve cependant aujourd'hui un sentiment différent; et, si je suis humilié, gardez-vous de croire que je m'abaisse aux misérables inquiétudes de la vanité. A Dieu ne plaise qu'un ministre du ciel pense jamais avoir besoin d'excuse auprès de vous! car, qui que vous soyez, vous n'êtes, comme moi, que des pécheurs. C'est devant votre Dieu et le mien que je me sens pressé dans ce moment de frapper ma poitrine.

Jusqu'à présent j'ai publié les justices du Très-Haut dans les temples couverts de chaume; j'ai prêché les rigueurs de la pénitence à des infortunés qui manquaient de pain; j'ai annoncé aux bons habitants des campagnes les vérités les plus effrayantes de ma religion. Qu'ai-je

fait? malheureux! j'ai contristé les pauvres, les meilleurs amis de mon Dieu; j'ai porté l'épouvante et la douleur dans ces âmes simples et fidèles que j'aurais dû plaindre et consoler!

C'est ici, où mes regards ne tombent que sur des grands, sur des riches, sur des oppresseurs de l'humanité souffrante, ou des pécheurs audacieux et endurcis; ah! c'est ici seulement qu'il fallait faire retentir la parole sainte dans toute la force de son tonnerre, et placer avec moi dans cette chaire, d'un côté la mort qui vous menace, et de l'autre, mon grand Dieu qui vient vous juger. Je tiens aujourd'hui votre sentence à la main: tremblez donc devant moi, hommes superbes et dédaigneux qui m'écoutez! La nécessité du salut, la certitude de la mort, l'incertitude de cette heure si effroyable pour vous, l'impénitence finale, le jugement dernier, le petit nombre des élus, l'enfer, et pardessus tout l'éternité; l'éternité! voilà les sujets dont je viens vous entretenir, et que j'aurais dû sans doute réserver pour vous seuls.

Et qu'ai-je besoin de vos suffrages, qui me damneraient peut-être sans vous sauver? Dieu va vous émouvoir, tandis que son indigne ministre vous parlera; car j'ai acquis une expérience de ses miséricordes. Alors, pénétrés d'horreur pour vos iniquités passées, vous viendrez vous jeter entre mes bras en versant des larmes de componction et de repentir, et, à force de remords, vous me trouverez assez éloquent.

VAUVENARGUES.

Luc de Clapiers, marquis de Vauvenargues, naquit à Aix le 6 août 1715. Il entra au service en 1734, et fit la campagne d'Italie comme sous-lieutenant d'infanterie. En 1741 il servit dans l'armée d'Allemagne, et rentra en France avec une santé détruite par la fatigue, une fortune épuisée par les dépenses de la guerre, et un grade de capitaine, sans le moindre espoir d'avancement. En 1744, il donna sa démission et sollicita une place au ministère des affaires étrangères. Il allait l'obtenir, quand il fut subitement atteint de la petite vérole qui défigura ses traits, et le laissa dans un état d'infirmité continuelle et sans remède. Ayant alors pour toute ressource une heureuse philosophie et un vif amour des lettres et de l'étude, il s'occupa à mettre en ordre les réflexions qu'il avait tracées au milieu des agitations de sa vie, et publia, en 1746, son *Introduction à la connaissance de l'esprit humain*. Vauvenargues succomba à ses souffrances le 10 novembre 1747.

Réflexions et maximes.

Quand le vice veut procurer quelque grand avantage au monde, pour surprendre l'admiration, il agit comme la vertu, parce qu'elle est le vrai moyen, le moyen naturel du bien.

La clarté orne les pensées profondes.

L'obscurité est le royaume de l'erreur.

C'est un grand signe de médiocrité, de louer toujours modérément.

La prospérité fait peu d'amis.

La raison et la liberté sont incompatibles avec la faiblesse.

La guerre n'est pas si onéreuse que la servitude.

Les sots ne comprennent pas les gens d'esprit.

Les maximes des hommes décèlent leur cœur.

Ce n'est point un grand avantage d'avoir l'esprit vif, si on ne l'a juste. La perfection d'une pendule n'est pas d'aller vite, mais d'être réglée.

Il ne faut point juger des hommes par ce qu'ils ignorent, mais par ce qu'ils savent, et par la manière dont ils le savent.

Ce que nous appelons une pensée brillante n'est ordinairement qu'une expression captieuse, qui, à l'aide d'un peu de vérité, nous impose une erreur qui nous étonne.

Il n'y a rien que la crainte et l'espérance ne persuadent aux hommes.

L'adversité fait beaucoup de coupables et d'imprudents.

Il ne faut pas tenter de contenter les envieux.

Ceux qui méprisent l'homme ne sont pas de grands hommes.

FLORIAN.

Jean Pierre Claris, chevalier de Florian, naquit, le 6 mars 1755, au château de Florian, dans les Basses-Cévennes. A quinze ans, il fut reçu parmi les pages du duc de Penthièvre, qui lui donna plus tard une lieutenance, puis une compagnie dans son régiment de dragons. Florian quitta bientôt les armes, et revint auprès de son protecteur en qualité de gentilhomme ordinaire. Le vertueux duc de Penthièvre le chargeait de distribuer aux pauvres ses nombreuses aumônes. Pendant la révolution, Florian fut incarcéré comme *suspect*, à cause de son nom. Mis en liberté après le 9 thermidor, il ne put résister à la cruelle impression que la prison avait faite sur lui.

Il mourut à Sceaux, le 13 septembre 1794.

Le Perroquet.

Un gros perroquet gris, échappé de sa cage,
Vint s'établir dans un bocage;
Et là, prenant le ton de nos faux connaisseurs,
Jugeant tout, blâmant tout d'un air de suffisance,
Au chant du rossignol il trouvait des longueurs,
Critiquait surtout sa cadence.
Le linot, selon lui, ne savait pas chanter;
La fauvette aurait fait quelque chose peut-être
Si de bonne heure il eût été son maître,
Et qu'elle eût voulu profiter.
Enfin aucun oiseau n'avait l'art de lui plaire:
Et, dès qu'ils commençaient leurs joyeuses chansons,
Par des coups de sifflet répondant à leurs sons,
Le perroquet les faisait taire.

Lassés de tant d'affronts, tous les oiseaux du bois
Viennent lui dire un jour : Mais parlez donc, beau sire,
Vous qui sifflez toujours, faites qu'on vous admire;
Sans doute vous avez une brillante voix,
Daignez chanter pour nous instruire.
Le perroquet, dans l'embarras,
Se gratte un peu la tête, et finit par leur dire:
Messieurs, je siffle bien, mais je ne chante pas.

La Chenille.

Un jour, causant entre eux, différents animaux
Louaient beaucoup le ver à soie.
Quel talent, disaient-ils, cet insecte déploie
En composant ces fils si doux, si fins, si beaux,
Qui de l'homme font la richesse!
Tous vantaient son travail, exaltaient son adresse.
Une chenille seule y trouvait des défauts:
Aux animaux surpris en faisait la critique;
Disait des mais et puis des si.
Un renard s'écria : Messieurs, cela s'explique:
C'est que madame file aussi.

L'aveugle et le paralytique.

Dans une ville de l'Asie
Il existait deux malheureux,
L'un perclus, l'autre aveugle, et pauvres tous les deux.
Ils demandaient au ciel de terminer leur vie;
Mais leurs vœux étaient superflus:
Ils ne pouvaient mourir. Notre paralytique,
Couché sur un grabat dans la place publique,
Souffrait sans être plaint; il en souffrait bien plus.
L'aveugle, à qui tout pouvait nuire,
Était sans guide, sans soutien,
Sans avoir même un pauvre chien
Pour l'aimer et pour le conduire.
Un certain jour il arriva
Que l'aveugle à tâtons, au détour d'une rue,
Près du malade se trouva;
Il entendit ses cris, son âme en fut émue.
Il n'est tel que les malheureux
Pour se plaindre les uns les autres.
« J'ai mes maux, lui dit-il, et vous avez les vôtres;
Unissons-les, mon frère, ils seront moins affreux.
— Hélas! dit le perclus, vous ignorez, mon frère,
Que je ne puis faire un seul pas:
Vous-même vous n'y voyez pas:
A quoi nous servirait d'unir notre misère?
— A quoi? répond l'aveugle; écoutez: à nous deux

Nous possédons le bien à chacun nécessaire;
J'ai des jambes et vous des yeux;
Moi, je vais vous porter; vous, vous serez mon guide:
Vos yeux dirigeront mes pas mal assurés;
Mes jambes, à leur tour, iront où vous voudrez.
Ainsi, sans que jamais notre amitié décide
Qui de nous deux remplit le plus utile emploi,
Je marcherai pour vous, vous y verrez pour moi.»

Le Paysan et la Rivière.

Je veux me corriger, je veux changer de vie,
Me disait un ami: dans les liens honteux
Mon âme s'est trop avilie;
J'ai cherché le plaisir, guidé par la folie,
Et mon cœur n'a trouvé que le remords affreux...

.....
Causant ainsi, nous arrivons
Jusques sur le bord de la Seine;
Et j'aperçois un paysan
Assis sur une large pierre,
Regardant l'eau couler d'un air impatient.
—L'ami, que fais-tu là?—Monsieur, pour une affaire
Au village prochain je suis contraint d'aller:
Je ne vois point de pont pour passer la rivière,
Et j'attends que cette eau cesse enfin de couler.
—Mon ami, vous voilà, cet homme est votre image;
Vous perdez en projets les plus beaux de vos jours;
Si vous voulez passer, jetez-vous à la nage,
Car cette eau coulera toujours.

BARTHÉLEMY.

Jean Jacques Barthélemy naquit à Cassis, petit port de Provence, le 20 janvier 1716. Il fit à l'Oratoire de Marseille ses premières études, qu'il acheva chez les jésuites. Les langues anciennes furent l'objet de ses travaux. En 1744 il vint à Paris, ou de Boze, garde du cabinet des médailles, l'accueillit avec bienveillance et le jugea digne de partager ses travaux. En 1753 il remplaça de Boze, qui venait de mourir. Barthélemy, pour augmenter la collection qu'on lui avait confiée, parcourut l'Italie. Le *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce* parut en 1788. Barthélemy mourut le 30 avril 1795.

Les jeux olympiques.

La figure de Jupiter est en or et en ivoire; et quoique assise, elle s'élève presque jusqu'au plafond du temple. De la main droite, elle tient une Victoire également d'or et d'ivoire; de la gauche, un sceptre

travaillé avec goût, enrichi de diverses espèces de métaux, et surmonté d'un aigle. La chaussure est en or, ainsi que le manteau, sur lequel on a gravé des animaux, des fleurs, et surtout des lis.

Le trône porte sur quatre pieds, ainsi que sur des colonnes intermédiaires de même hauteur que les pieds. Les matières les plus riches, les arts les plus nobles, concoururent à l'embellir. Il est tout brillant d'or, d'ivoire, d'ébène et de pierres précieuses; partout décoré de peintures et de bas-reliefs.

Quatre de ces bas-reliefs sont appliqués sur la face antérieure de chacun des pieds de devant. Le plus haut représente quatre Victoires dans l'attitude de danseuses; le second, des sphinx qui enlèvent les enfants des Thébains; le troisième, Apollon et Diane perçant de leurs traits les enfants de Niobé; le dernier enfin, deux autres Victoires.

Phidias profita des moindres espaces pour multiplier les ornements. Sur les quatre traverses qui lient les pieds du trône, je comptai trente-sept figures, les unes représentant des lutteurs, les autres le combat d'Hercule contre les Amazones. Au-dessus de la tête de Jupiter, dans la partie supérieure du trône, on voit d'un côté les trois Grâces qu'il eut d'Eurynome, et les trois Saisons qu'il eut de Thémis. On distingue quantité d'autres bas-reliefs, tant sur le marche-pied que sur la base ou l'estrade qui soutient cette masse énorme, la plupart exécutés en or, et représentant les divinités de l'Olympe. Aux pieds de Jupiter on lit cette inscription: *Je suis l'ouvrage de Phidias, Athénien, fils de Charmidès*. Outre son nom, l'artiste, pour éterniser la mémoire et la beauté d'un jeune homme de ses amis appelé Pantarcès, grava son nom sur un des doigts de Jupiter.

On ne peut approcher du trône autant qu'on le désirerait. A une certaine distance on est arrêté par une balustrade qui règne tout autour, et qui est ornée de peintures excellentes de la main de Panénus, élève et parent de Phidias. C'est le même qui, conjointement avec Colotès, autre disciple de ce grand homme, fut chargé des principaux détails de cet ouvrage surprenant. On dit qu'après l'avoir achevé, Phidias ôta le voile dont il l'avait couvert, consulta le goût du public, et se reforma lui-même d'après les avis de la multitude.

On est frappé de la grandeur de l'entreprise, de la richesse de la matière, de l'excellence du travail, de l'heureux accord de toutes les parties; mais on l'est bien plus encore de l'expression sublime que l'artiste a su donner à la tête de Jupiter. La divinité même y paraît empreinte avec tout l'éclat de la puissance, toute la profondeur de la sagesse, toute la douceur de la bonté. Auparavant les artistes ne représentaient le maître des dieux qu'avec des traits communs, sans noblesse et sans caractère distinctif; Phidias fut le premier qui atteignit, pour ainsi dire, la majesté divine, et sut ajouter un nouveau motif au respect des peuples, en leur rendant sensible ce qu'ils avaient adoré. Dans quelle source avait-il donc puisé ces hautes idées? Des poètes diraient qu'il était monté dans le ciel, ou que le dieu était descendu sur la terre; mais plus noble, à ceux qui lui faisaient la même question, il cita les vers d'Homère, où ce poète dit qu'un regard de Jupiter suffit

pour ébranler l'Olympe. Ces vers, en réveillant dans l'âme de Phidias l'image du vrai beau, de ce beau qui n'est aperçu que par l'homme de génie, produisirent le Jupiter d'Olympie, et quel que soit le sort de la religion qui domine dans la Grèce, le Jupiter d'Olympie servira toujours de modèle aux artistes qui voudront représenter dignement l'Etre Suprême.

Les Éléens connaissent le prix du monument qu'ils possèdent; ils montrent encore aux étrangers l'atelier de Phidias. Ils ont répandu leurs bienfaits sur les descendants de ce grand artiste, et les ont chargés d'entretenir la statue dans tout son éclat. Comme le temple et l'enceinte sacrée sont dans un endroit marécageux, un des moyens qu'on emploie pour défendre l'ivoire contre l'humidité, c'est de verser fréquemment de l'huile au pied du trône, sur une partie du pavé destinée à la recevoir.

ROLLIN.

Charles Rollin naquit à Paris le 30 janvier 1661. Son père, qui était coutelier le destinait à cette profession; mais un bénédictin, ayant remarqué des dispositions naturelles dans le jeune Rollin, lui fit obtenir une bourse au collège des Dix-Huit, dont les élèves suivaient les cours du collège du Plessis. Rollin mourut le 14 septembre 1724.

De l'utilité de l'histoire.

L'histoire seule est en possession de parler avec liberté, et porte ce droit jusqu'à juger souverainement des actions des rois mêmes, aussi bien que la renommée, que Sénèque appella *liberrimum principum judicem*. On a beau faire valoir leurs talents, admirer leur esprit ou leur courage, vanter leurs exploits et leurs conquêtes; si tout cela n'est point fondé sur la vérité et sur la justice, l'histoire leur fait secrètement leur procès sous des noms empruntés. Elle ne fait regarder la plupart des plus fameux conquérants que comme des fléaux publics, des ennemis du genre humain, des brigands des nations, qui, poussés par une ambition inquiète et aveugle, portent la désolation de contrée en contrée, et qui, semblables à une inondation ou à un incendie, ravagent tout ce qu'ils rencontrent. Elle leur met sous les yeux un Caligula, un Néron, un Domitien, comblés de louanges pendant leur vie, devenus après leur mort l'horreur et l'exécration du genre humain: au lieu que Tite, Trajan, Antonin, Marc-Aurèle en sont encore regardés comme les délices, parce qu'ils n'ont usé de leur pouvoir que pour faire du bien aux hommes. Ainsi l'on peut dire que l'histoire, dès leur vivant même, leur tient lieu de ce tribunal établi autrefois chez les égyptiens, où les princes comme les particuliers étaient cités et jugés après leur mort, et que par avance elle leur montre la sentence qui

décidera pour toujours de leur réputation. Enfin, c'est elle qui imprime aux actions véritablement belles le sceau de l'immortalité et qui flétrit les vices d'une note d'infamie que tous les siècles ne peuvent effacer. C'est par elle que le mérite méconnu pour un temps, et la vertu opprimée, appellent au tribunal incorruptible de la postérité, qui leur rend avec dédommagement la justice que leur siècle leur a quelquefois refusée, et qui, sans respect pour les personnes, et, sans crainte d'un pouvoir qui n'est plus, condamne avec une sévérité inexorable l'abus injuste de l'autorité.

Il n'est point d'âge, point de condition, qui ne puisse tirer de l'histoire les mêmes avantages; et ce que j'ai dit des princes et des conquérants comprend aussi, en gardant de justes proportions, toutes les personnes constituées en dignité: ministres d'état, généraux d'armées, officiers, magistrats, intendants, prélats, supérieurs ecclésiastiques tant séculiers que réguliers, les pères et mères dans leurs familles, les maîtres et maîtresses dans leurs domestiques, en un mot tous ceux qui ont quelque autorité sur les autres.

Je regarde l'histoire comme le premier maître qu'il faut donner aux enfants, également propre à les amuser et à les instruire, à leur former l'esprit et le cœur, à leur enrichir la mémoire d'une infinité de faits aussi agréables qu'utiles. Elle peut même beaucoup servir, par l'attrait du plaisir qui en est inséparable, à piquer la curiosité de cet âge avide d'apprendre, et à lui donner du goût pour l'étude.

MARMONTEL.

Jean-François Marmontel naquit le 11 juillet 1723, à Bort, petite ville du Limousin. Quelques succès obtenus aux jeux floraux, et les encouragements de Voltaire, le déterminèrent à suivre la carrière des lettres; il quitta sa province et vint à Paris, où bientôt il se fit un nom. Marmontel, nommé membre de l'Académie Française en 1763, à la mort de Bougainville, se retira dans le hameau d'Abloville au commencement de la révolution, et y mourut le 31 décembre 1799.

Affectation.

Manière trop étudiée, trop recherchée de s'exprimer; vice ordinaire aux gens qu'on appelle *beaux parleurs*.

L'*affectation* est dans la pensée, dans l'expression, dans le choix des mots, des tours ou des images. Quand on a l'idée de l'*affectation* dans la contenance, dans la démarche, dans la parure, on a l'idée de l'*affectation* dans le style.

L'*affectation* est quelquefois jusque dans le soin trop marqué d'être naturel, dans la familiarité, dans la négligence.

L'*affectation* de Plaine, de Voiture, de Balzac, de Le Maître, de Fontenelle, de La Motte, n'est pas la même.

Voiture, en parlant d'une expression recherchée de Pline le Jeune: «Ne m'avouerez-vous pas, dit-il, que cela est d'un petit esprit, de refuser un mot qui se présente et qui est le meilleur, pour en aller chercher avec soin un moins bon et plus éloigné?»

.....

FRÉDÉRIC II.

Frédéric II, roi de Prusse, né en 1712, mort en 1786, a laissé plusieurs ouvrages en prose et en vers, tous écrits en français, son idiome favori.

Aux Prussiens.

Peuples que la valeur conduisit à la gloire,
Héros ceints des lauriers que donne la victoire,
Enfants chéris de Mars, comblés de ses faveurs,
Craignez que la paresse,
L'orgueil et la mollesse
Ne corrompent vos mœurs.

Par l'instinct passager d'une vertu commune,
Un État sous ses lois asservit la fortune,
Il brave ses voisins, il brave le trépas;
Mais sa vertu s'efface,
Et son empire passe,
S'il ne le soutient pas.

Tels furent les vainqueurs de la fière Ausonie.
Ennemis des Romains, rivaux de leur génie,
Ils imposaient leur joug à ces peuples guerriers;
Mais Carthage l'avoue,
Le séjour de Capoue
Flétrit tous ses lauriers.

Jadis tout l'Orient tremblait devant l'Attique,
Ses valeureux guerriers, sa sage politique,
De ses puissants voisins arrêtaient les progrès,
Quand la Grèce opprimée
Défit l'immense armée
De l'orgueilleux Xerxès.

A l'ombre des grandeurs elle enfanta les vices,
L'intérêt y trama ses noires injustices,
La lâcheté parut où régnait la valeur,
Et sa force épuisée
La rendit la risée
De son nouveau vainqueur.

Ainsi, lorsque la nuit répand ses voiles sombres,
L'éclair brille un moment au milieu de ces ombres;
Dans son rapide cours un éclat éblouit;
Mais dès qu'on l'a vu naître
Trop prompt à disparaître,
Son feu s'anéantit.

Le soleil plus puissant du haut de sa carrière
Dans son cours éternel dispense sa lumière,
Il dissout les glaçons des rigoureux hivers;
Son influence pure
Ranime la nature
Et maintient l'univers.

Ce feu si lumineux dans son sein prend sa source,
Il en est le principe, il en est la ressource;
Quand la vermeille aurore éclaire l'orient,
Les astres qui pâlissent
Bientôt s'ensevelissent
Au sein du firmament.

Tel est, ô Prussiens, votre auguste modèle,
Soutenez comme lui votre gloire nouvelle,
Et sans vous arrêter à vos premiers travaux,
Sachez prouver au monde
Qu'une vertu féconde
En produit de nouveaux.

Des empires fameux l'écrroulement funeste
N'est point l'effet frappant de la haine celeste,
Rien n'était arrêté par l'ordre des destins;
Où prospère le sage,
L'imprudent fait naufrage;
Le sort est en nos mains.

Héros, vos grands exploits élèvent cet empire:
Soutenez votre ouvrage, ou votre gloire expire;
D'un vol toujours rapide il faut vous élever,
Et monté près du faite,
Tout mortel qui s'arrête
Est prêt à reculer.

Dans le cours triomphant de vos succès prospères,
Soyez humains et doux, généreux, débonnaires,
Et que tant d'ennemis sous vos coups abattus
Rendent un moindre hommage
A votre ardent courage
Qu'à vos rares vertus.

THOMAS.

Antoine-Léonard Thomas, né à Clermont-Ferrand en 1732, est resté l'un des principaux représentants de l'éloquence académique. Thomas entra à l'Académie Française en 1767, et mourut à Oullins près de Lyon, le 17 septembre 1785.

Tacite.

Pour peu qu'on soit sensible au nom de Tacite, l'imagination s'échauffe et l'âme s'élève. Si on demande quel est l'homme qui a le mieux peint les vices et les crimes, et qui inspire le mieux l'indignation et le mépris pour ceux qui ont fait le malheur des hommes? je répondrais: c'est Tacite;—qui donne un plus saint respect pour la vertu malheureuse, et la représente d'une manière plus auguste, ou dans les fers, ou sous les coups d'un bourreau? c'est Tacite;—qui a le mieux flétri les affranchis et les esclaves, et tous ceux qui rampaient, flattaient, pillaient et corrompaient à la cour des empereurs? c'est encore Tacite. Qu'on me cite un homme qui ait jamais donné un caractère plus imposant à l'histoire, un air plus terrible à la postérité. Philippe II, Henri VIII et Louis XI n'auraient jamais dû voir Tacite dans une bibliothèque sans une espèce d'effroi.

Si de la partie morale nous passons à celle du génie, quel homme a dessiné plus fortement les caractères? qui est descendu plus avant dans les profondeurs de la politique? a mieux tiré de grands résultats de plus petits événements? a mieux fait, à chaque ligne, dans l'histoire d'un homme, l'histoire de l'esprit humain et de tous les siècles? a mieux surpris la bassesse qui se cache et s'enveloppe? a mieux démêlé tous les genres de crainte, tous les genres de courage, tous les secrets des passions, tous les motifs des discours, tous les contrastes entre les sentiments et les actions, tous les mouvements que l'âme se dissimule? a mieux tracé le mélange bizarre des vertus et des vices, l'assemblage des qualités différentes et quelquefois contraires, la férocité froide et sombre dans Tibère, la férocité ardente dans Caligula, la férocité imbécile dans Claude, la férocité sans frein comme sans honte dans Néron, la férocité hypocrite et timide dans Domitien: les crimes de la domination et ceux de l'esclavage; la fierté qui sert d'un côté pour commander de l'autre; la corruption tranquille et lente et la corruption impétueuse et hardie; le caractère et l'esprit des révolutions, les vues opposées des chefs, l'instinct féroce et avide du soldat, l'instinct tumultueux et faible de la multitude; et dans Rome, la stupidité d'un grand peuple, à qui le vaincu, le vainqueur sont également indifférents, et qui, sans choix, sans regret, sans désir, assis aux spectacles, attend froidement qu'on lui annonce son maître, prêt à battre des mains au hasard à celui qui viendra, qu'il aurait foulé aux pieds, si un autre eût vaincu?

Enfin, dix pages de Tacite apprennent plus à connaître les hommes que les trois quarts des histoires modernes ensemble. C'est le livre des vieillards, des philosophes, des citoyens, des courtisans, des princes. Il console des hommes celui qui en est loin, il éclaire celui qui est forcé de vivre avec eux. Il est trop vrai qu'il n'apprend pas à les estimer; mais on serait trop heureux que leur commerce à cet égard ne fût pas plus dangereux que Tacite même.

J'ai parlé de son éloquence, elle est connue. En général, ce n'est pas une éloquence de mots et d'harmonie, c'est une éloquence d'idées qui se succèdent et se heurtent. Il semble partout que la pensée se resserre pour occuper moins d'espace. On ne la prévient jamais, on ne fait que la suivre. Souvent elle ne se déploie pas tout entière, et elle ne se montre, pour ainsi dire, qu'en se cachant. Qu'on imagine une langue rapide comme les mouvements de l'âme; une langue qui, pour rendre un sentiment, ne le décomposerait jamais en plusieurs mots; une langue dont chaque son exprimerait une collection d'idées: telle est presque la perfection de la langue romaine dans Tacite. Point de signe superflu, point de cortège inutile. Les pensées se pressent et entrent en foule dans l'imagination; mais elles la remplissent sans la fatiguer jamais. A l'égard du style, il est hardi, précipité, souvent brusque, toujours plein de vigueur; il peint d'un trait. La liaison est plus entre les idées qu'entre les mots. Les muscles et les nerfs y dominent plus que la grâce. C'est le Michel-Ange des écrivains. Il a sa profondeur, sa force et peut-être un peu de sa rudesse.

Ode sur le temps.

Le compas d'Uranie a mesuré l'espace.
O temps! être inconnu, que l'âme seule embrasse,
Invisible torrent des siècles et des jours,
Tandis que ton pouvoir m'entraîne dans la tombe,
J'ose avant que j'y tombe,
M'arrêter un moment pour contempler ton cours.

De la destruction tout m'offre des images:
Mon œil épouvanté ne voit que des ravages;
Ici, de vieux tombeaux que la mousse a couverts;
Là, des murs abattus, des colonnes brisées,
Des villes embrasées;
Partout, les pas du temps empreints sur l'univers.

Cieux, terres, éléments, tout est sous sa puissance.
Mais tandis que sa main, dans la nuit du silence,
Du fragile univers sape les fondements;
Sur des ailes de feu, loin du monde, élancée,
Mon active pensée
Plane sur les débris entassés par le temps.

Siècles qui n'êtes plus, et vous qui devez naître:
J'ose vous appeler: hâtez-vous de paraître;

Au moment où je suis, venez vous réunir.
Je parcours tous les points de l'immense durée,
D'une marche assurée,
J'enchaîne le présent, je vois dans l'avenir.

Le soleil, épuisé dans sa brûlante course,
De ses feux par degrés verra tarir la source;
Et des mondes vieillis les ressorts s'useront.
Ainsi que les rochers qui, du haut des montagnes,
Roulent dans les campagnes,
Les astres l'un sur l'autre un jour s'écrouleront.

Quand l'airain, frémissant autour de vos demeures
Mortels, vous avertit de la fuite des heures,
Que ce signe rapide épouvante vos sens;
A ce bruit tout à coup mon âme se réveille;
Elle prête l'oreille,
Et croit de la mort même entendre les accents.

Trop aveugles humains, quelle erreur vous enivre?
Vous n'avez qu'un instant pour penser et pour vivre,
Et cet instant qui fuit est pour vous un fardeau.
Avare de ses biens, prodigue de son être,
Dès qu'il peut se connaître,
L'homme appelle la mort, et creuse son tombeau.

L'un, courbé sous cent ans, est mort dès sa naissance;
L'autre engage, à prix d'or, sa vénale existence;
Celui-ci la tourmente à de pénibles jeux.
Le riche se délivre, au prix de sa fortune,
Du temps qui l'importune;
C'est en ne vivant pas que l'on croit vivre heureux.

Si je devais, un jour, pour de viles richesses,
Vendre ma liberté, descendre à des bassesses,
Si mon cœur par mes sens devait être amolli,
O temps! je te dirais: «Préviens ma dernière heure:
Hâte-toi, que je meure!
J'aime mieux n'être pas que de vivre avili.»

Mais si de la vertu les généreuses flammes
Peuvent, de mes écrits, passer dans quelques âmes;
Si je puis d'un ami soulager les douleurs;
S'il est des malheureux dont l'obscur innocence
Languisse sans défense,
Et dont ma faible main doive essuyer les pleurs,

O temps! suspends ton vol, respecte ma jeunesse!
Que ma mère, longtemps témoin de ma tendresse,
Reçoive mes tributs de respect et d'amour!
Et vous, Gloire, Vertu, déesses immortelles,
Que vos brillantes ailes
Sur mes cheveux blanchis se reposent un jour!

LA HARPE.

Jean-François de La Harpe naquit à Paris le 20 novembre 1739, de parents inconnus. Il se livra tour à tour à l'éloquence et à la poésie, et mérita, surtout comme prosateur, une place honorable dans la littérature. — Il mourut à Paris en 1803.

Catinat à l'Hôtel des Invalides.

L'enclos des Chartreux, qui n'était pas éloigné de sa demeure, était la promenade qu'il préférait d'ordinaire: tout ce qui inspirait le calme et le recueillement semblait lui plaire et l'appeler; et, pour homme qui avait tout fait et tout vu, des hommes qui ont renoncé à tout ne pouvaient pas être un spectacle indifférent. On fut surpris un jour de le voir dans cet enclos, comme autrefois le sage de Phrygie, jouer avec des enfants. Mais n'est-ce pas ce que fait tous les jours le philosophe, quand il vit avec les passions des hommes? La demeure royale de ces guerriers qui ont donné leurs jours à la patrie, et dont elle nourrit la vieillesse, ce Prytanée militaire était aussi l'objet de ses fréquentes visites. Un enfant (c'était le fils de son homme d'affaires), qui l'avait entendu parler avec éloge de ce vénérable édifice, vint un jour, avec l'empressement naïf de son âge, prier le maréchal de Catinat de le mener à l'Hôtel des Invalides; il y consent, prend l'enfant par la main, le mène avec lui, arrive aux portes. A la vue du maréchal, la garde se range sous les armes, les tambours se font entendre, les cours se remplissent; on répète de tous côtés: *Voilà le Père la Pensée!* Ce mouvement, ce bruit, causent à l'enfant quelque frayeur. Catinat le rassure: «Ce sont, dit-il, des marques de l'amitié qu'ont pour moi ces hommes respectables.» Il le conduit partout, lui fait tout voir. L'heure du repas sonne; il entre dans la salle où les soldats s'assamblent; et, avec cette noble simplicité, cette franchise de mœurs guerrières qui rapprochent ceux que le même courage et les mêmes périls ont rendus égaux: «A la santé, dit-il, de mes anciens camarades!» Il boit et fait boire l'enfant avec lui. Les soldats, debout et découverts, répondent par des acclamations qui le suivent jusqu'aux portes; et il sort, emportant dans son cœur la douce émotion de cette scène, trop au-dessus de l'âme d'un enfant, mais dont le récit, conservé dans les Mémoires de sa vie, a pour nous, encore aujourd'hui, quelque chose d'attendrissant et d'auguste.

Le génie des tempêtes.

Ce hardi Portugais, Gama, dont le courage
D'un nouvel océan nous ouvrit le passage,
De l'Afrique déjà voyait fuir les rochers;

Un fantôme, du sein de ces mers inconnues
S'élevant jusqu'aux nues,
D'un prodige sinistre effraya les nochers.

Il étendait son bras sur l'élément terrible;
Des nuages épais chargeaient son front horrible;
Autour de lui grondaient le tonnerre et les vents:
Il ébranla d'un cri les demeures profondes,
Et sa voix sur les ondes
Fit retentir au loin ces funestes accents:

«Arrête, disait-il arrête, peuple impie,
Reconnais de ces bords le souverain génie,
Le Dieu de l'Océan, dont tu foules les flots!
Crois-tu qu'impunément, ô race sacrilège!
Ta fureur qui m'assiège
Ait sillonné ces mers qu'ignoraient tes vaisseaux?

«Tremble, tu vas porter ton audace profane
Aux rives de Mélinde, aux bords du Taprobane,
Qu'en vain si loin de toi placèrent les Destins.
Vingt peuples t'y suivront; mais ce nouvel empire
Où tu vas les conduire,
N'est qu'un tombeau de plus creusé pour les humains.

«J'entends des cris de guerre au milieu des naufrages,
Et les sons de l'airain se mêlant aux orages,
Et les foudres de l'homme au tonnerre des cieux.
Les vainqueurs, les vaincus, deviendront mes victimes.
Au fond de mes abîmes
Leurs coupables trésors descendront avec eux.»

Il dit, et se courbant sur les eaux écumantes,
Il se plongea soudain dans ces roches bruyantes
Où le flot va se perdre, et mugit renfermé.
L'air parut s'embraser, et le roc se dissoudre,
Et les traits de la foudre
Eclatèrent trois fois sur l'écueil enflammé.

ROUSSEAU (J. B.).

Jean Baptiste Rousseau naquit à Paris le 16 avril 1670. Son père, qui exerçait la profession de cordonnier, averti des dispositions heureuses qu'il montrait, l'envoya étudier chez les jésuites. Il fit d'excellentes études et eut le bonheur de recevoir les conseils de Boileau. Il débuta dans la littérature par des *odes sacrées*, imitées de la Bible, adressées aux vieillards convertis du XVII^e siècle, et par des poésies licencieuses, destinées aux jeunes libertins, qui allaient être les *roués* de la régence. Le jeune poète, après un premier succès dramatique, avait répondu à son père, qui était accouru pour l'en féliciter: «Je ne vous connais pas!» ce qui lui attira une belle stance de Lamotte, né comme lui dans une condition obscure. Rousseau ne parvint jamais à obtenir de triomphes au théâtre, quoiqu'il s'y crût appelé par une vocation particulière. Il mourut à Bruxelles, le 17 mars 1741.

Imitation du psaume XVIII.

De sa puissance immortelle
Tout parle, tout nous instruit.
Le jour au jour la révèle,
La nuit l'annonce à la nuit.
Ce grand et superbe ouvrage
N'est point pour l'homme un langage
Obscur et mystérieux:
Son admirable structure
Est la voix de la nature,
Qui se fait entendre aux yeux.

Dans une éclatante voûte
Il a placé de ses mains
Ce soleil qui dans sa route
Eclaire tous les humains.
Environné de lumière,
Il entre dans sa carrière
Comme un époux glorieux,
Qui, dès l'aube matinale,
De sa couche nuptiale
Sort brillant et radieux.

L'univers, à sa présence,
Semble sortir du néant.
Il prend sa course, il s'avance
Comme un superbe géant.
Bientôt sa marche féconde
Embrasse le tour du monde
Dans le cercle qu'il décrit;
Et, par sa chaleur puissante,
La nature languissante
Se ranime et se nourrit.

Oh! que tes œuvres sont belles,
Grand Dieu! quels sont tes bienfaits!
Que ceux qui te sont fidèles
Sous ton joug trouvent d'attraits!

Ta crainte inspire la joie;
Elle assure notre voie;
Elle nous rend triomphants:
Elle éclaire la jeunesse,
Et fait briller la sagesse
Dans les plus faibles enfants.

DELILLE.

Jacques Delille naquit à Aigueperse (Auvergne), le 22 juin 1738. Après avoir fait de brillantes études à Paris, il fut obligé d'accepter les modestes fonctions de maître élémentaire au collège d'Amiens. C'est dans cette ville qu'il commença la traduction des *Géorgiques*. Nommé professeur à Paris au collège de la Marche, il y acheva cet ouvrage, dont la publication fut une sorte d'événement littéraire. Voltaire, frappé d'étonnement et d'admiration, écrivit aussitôt à l'Académie pour l'engager à réunir ses suffrages sur un poète qui s'annonçait par un début si éclatant.

Delille, qui avait succédé à La Condamine comme membre de l'Académie Française, mourut à Paris, le 2 mai 1813.

Les catacombes de Rome.

Sous les remparts de Rome et sous ses vastes plaines
Sont des antres profonds, des voûtes souterraines,
Qui, pendant deux mille ans, creusés par les humains
Donnèrent leurs rochers aux palais des Romains.
Avec ses monuments et sa magnificence,
Rome entière sortit de cet abîme immense.
Depuis, loin des regards et du fer des tyrans,
L'Eglise encor naissante y cacha ses enfants,
Jusqu'au jour où, du sein de cette nuit profonde,
Triomphante, elle vint donner des lois au monde,
Et marqua de sa croix les drapeaux des Césars.
Jaloux de tout connaître, un jeune amant des arts (1),
L'amour de ses parents, l'espoir de la peinture,
Brûlait de visiter cette demeure obscure,
De notre antique foi vénérable berceau.
Un fil dans une main, et dans l'autre un flambeau,
Il entre: il se confie à ces voûtes nombreuses
Qui croisent en tous sens leurs routes ténébreuses.
Il aime à voir ce lieu, sa triste majesté,
Ce palais de la nuit, cette sombre cité,
Ces temples où le Christ vit ses premiers fidèles,
Et de ces grands tombeaux les ombres éternelles.
Dans un coin écarté se présente un réduit,

(1) Hubert Robert, peintre connu par ses tableaux d'architecture. Il y en a quelques-uns au Louvre. Diderot en a parlé avec éloge.

Mystérieux asile où l'espoir le conduit;
Il voit des vases saints et des urnes pieuses,
Des vierges, des martyrs dépouilles précieuses.
Il saisit ce trésor; il veut poursuivre: hélas!
Il a perdu le fil qui conduisait ses pas.
Il cherche, mais en vain: il s'égare et se trouble;
Il s'éloigne, il revient, et sa crainte redouble:
Il prend tous les chemins que lui montre la peur.
Enfin, de route en route, et d'erreur en erreur,
Dans les enfoncements de cette obscure enceinte,
Il trouve un vaste espace, effrayant labyrinthe,
D'où vingt chemins divers conduisaient à l'entour.
Lequel choisir? lequel doit le conduire au jour?
Il les consulte tous: il les prend, il les quitte;
L'effroi suspend ses pas, l'effroi les précipite;
Il appelle: l'écho redouble sa frayeur;
De sinistres pensers viennent glacer son cœur.
L'astre heureux qu'il regrette a mesuré dix heures
Depuis qu'il est errant dans ces noires demeures.
Ce lieu d'effroi, ce lieu d'un silence éternel,
En trois lustres entiers voit à peine un mortel;
Et, pour comble d'effroi, dans cette nuit funeste,
Du flambeau qui le guide il voit périr le reste.
Craignant que chaque pas, que chaque mouvement,
En agitant la flamme en use l'aliment,
Quelquefois il s'arrête et demeure immobile.
Vaines précautions! tout soin est inutile;
L'heure approche, et déjà son cœur épouvanté
Croit de l'affreuse nuit sentir l'obscurité.
Il marche, il erre encor sous cette voûte sombre,
Et le flambeau mourant fume et s'éteint dans l'ombre.
Cependant il espère; il pense quelquefois
Entrevoir des clartés, distinguer une voix.
Il regarde, il écoute.... Hélas! dans l'ombre immense
Il ne voit que la nuit, n'entend que le silence,
Et le silence ajoute encore à sa terreur.
Alors, de son destin sentant toute l'horreur,
Son cœur tumultueux roule de rêve en rêve;
Il se lève; il retombe, et soudain se relève;
Se traîne quelquefois sur de vieux ossements,
De la mort qu'il veut fuir horribles monuments,
Quand tout-à-coup son pied trouve un léger obstacle,
Il y porte la main. O surprise! ô miracle!
Il sent, il reconnaît le fil qu'il a perdu,
Et de joie et d'espoir il tressaille éperdu.
Ce fil libérateur, il le baise, il l'adore,
Il s'en assure, il craint qu'il ne s'échappe encore;
Il veut le suivre, il veut revoir l'éclat du jour;
Je ne sais quel instinct l'arrête en ce séjour.
A l'abri du danger, son âme encor tremblante
Veut jouir de ces lieux et de son épouvante.
A leur aspect lugubre, il éprouve en son cœur
Un plaisir agité d'un reste de terreur;
Enfin, tenant en main son conducteur fidèle,

Il part, il vole aux lieux où la clarté l'appelle.
Dieux! quel ravissement quand il revoit les cieux
Qu'il croyait pour jamais éclipsés à ses yeux!
Avec quel doux transport il promène sa vue
Sur leur majestueuse et brillante étendue!
La cité, le hameau, la verdure, les bois,
Semblent s'offrir à lui pour la première fois;
Et, rempli d'une joie inconnue et profonde,
Son cœur croit assister au premier jour du monde.

Le café.

Il est une liqueur au poète plus chère,
Qui manquait à Virgile et qu'adorait Voltaire.
C'est toi, divin café, dont l'aimable liqueur,
Sans altérer la tête épanouit le cœur.
Aussi, quand mon palais est émoussé par l'âge,
Avec plaisir encor je goûte ton breuvage.
Que j'aime à préparer ton nectar précieux!
Nul n'usurpe chez moi ce soin délicieux.
Sur le réchaud brûlant moi seul tournant ta graine,
A l'or de ta couleur fais succéder l'ébène,
Moi seul contre la noix, qu'arment ses dents de fer,
Je fais, en le broyant, crier ton fruit amer:
Charmé de ton parfum, c'est moi seul qui dans l'onde
Infuse à mon foyer ta poussière féconde;
Qui, tour à tour calmant, excitant tes bouillons,
Suis d'un œil attentif tes légers tourbillons.
Enfin de ta liqueur lentement reposée,
Dans le vase fumant la lie est déposée;
Ma coupe, ton nectar, le miel américain,
Que du suc des roseaux exprima l'africain,
Tout est prêt: du Japon l'émail reçoit tes ondes,
Et seul tu réunis les tributs des deux mondes.
Viens donc, divin nectar, viens donc, inspire-moi.
Je ne veux qu'un désert, mon Antigone, et toi.
A peine j'ai senti ta vapeur odorante,
Soudain de ton climat la chaleur pénétrante
Réveille tous mes sens; sans trouble, sans chaos,
Mes pensers plus nombreux accourent à grands flots.
Mon idée était triste, aride, dépouillée;
Elle rit, elle sort richement habillée;
Et je crois, du génie éprouvant le réveil,
Boire dans chaque goutte un rayon du soleil.

MIRABEAU.

Honoré Gabriel Riquetti, comte de Mirabeau, naquit au Bignon, près de Nemours, le 9 mars 1749. Il était fils du marquis de Mirabeau, l'économiste, qui s'appelait *l'ami des hommes*, et qui fut le tyran de sa famille. Le fils fut agité de bonne heure de passions violentes, qui furent la cause de ses malheurs et qui devinrent peut-être le premier aiguillon de ses talents. Sa conduite scandaleuse le fit enfermer dans différentes prisons, en vertu de lettres de cachet. C'est là qu'il puisa cette haine du despotisme et cet amour ardent de la liberté qui inspirèrent son éloquence. En 1789, à l'époque de la réunion des États généraux, le comte de Mirabeau, repoussé par la noblesse, fut élu député du tiers état en Provence. Dès son entrée dans l'Assemblée nationale, il la domina par sa parole. Mirabeau n'était pas républicain; il voulait fonder en France une monarchie constitutionnelle. Quand il vit la royauté en danger, il prit sa défense et résolut d'arrêter le torrent révolutionnaire. La mort le surprit, le 2 avril 1791.

Subside extraordinaire.

Au milieu de tant de débats tumultueux, ne pourrai-je donc pas vous ramener à la délibération du jour par un petit nombre de questions bien simples? Daignez, messieurs, daignez me répondre: Le ministre des finances ne vous a-t-il pas offert le tableau le plus effrayant de notre situation actuelle? Ne vous a-t-il pas dit que tout délai aggravait le péril; qu'un jour, une heure, un instant pouvait le rendre mortel? Avons-nous un plan à substituer à celui qu'il propose? (*Oui, s'écria quelqu'un.*) Je conjure celui qui répond oui, de considérer que son plan n'est pas connu; qu'il faut du temps pour le développer, l'examiner, le démontrer; que, fût-il immédiatement soumis à notre délibération, son auteur peut se tromper; que, fût-il exempt de toute erreur, on peut croire qu'il ne l'est pas; que quand tout le monde a tort, tout le monde a raison, qu'il se pourrait donc que l'auteur de cet autre projet, même ayant raison, eût tort contre tout le monde, puisque, sans l'assentiment de l'opinion publique, le plus grand talent ne saurait triompher des circonstances. Et moi aussi, je ne crois pas les moyens de M. Necker (1) les meilleurs possibles; mais le ciel me préserve, dans une situation très-critique, d'opposer les miens aux siens; vainement je les tiendrais pour préférables. On ne rivalise point en un instant avec une popularité prodigieuse, conquise par des services éclatants, une longue expérience, la réputation du premier talent de financier connu, et, s'il faut tout dire, une destinée telle, qu'elle n'échut en partage à aucun mortel. Il faut donc en revenir au plan de M. Necker. Mais avons-nous le temps de l'examiner, de sonder ses bases, de vérifier ses calculs? Non, non, mille fois non. D'insignifiantes questions, des conjectures hasardées, des tâtonnements infidèles, voilà tout ce qui, dans ce moment, est en notre pouvoir. Qu'allons-nous donc faire par le renvoi de la délibération? Manquer le moment décisif, acharner notre amour

(1) Ministre des finances au moment où commence la révolution française. Necker, banquier genevois, est le père de Madame de Staël.

propre à changer quelque chose à un plan que nous n'avons pas même conçu, et diminuer, par notre intervention indiscrete, l'influence d'un ministre dont le crédit financier est et doit être plus grand que le nôtre. Messieurs, il n'y a là ni sagesse ni prévoyance. Mais du moins y a-t-il de la bonne foi? Oh! si les déclarations les plus solennelles ne garantissaient pas notre respect pour la foi publique, notre horreur pour l'infâme mot de banqueroute, j'oserais scruter les motifs secrets, et peut-être, hélas! ignorés de nous-mêmes, qui nous font si imprudemment reculer au moment de proclamer l'acte du plus grand dévouement, certainement inefficace, s'il n'est pas rapide et vraiment abandonné! Je dirais à ceux qui se familiarisent peut-être avec l'idée de manquer aux engagements publics, par la crainte de l'excès des sacrifices, par la terreur de l'impôt; je leur dirais: Qu'est-ce donc que la banqueroute, si ce n'est le plus cruel, le plus inique, le plus inégal, le plus désastreux des impôts?... Mes amis, écoutez un mot, un seul mot. Deux siècles de déprédations et de brigandages ont creusé le gouffre où le royaume est près de s'engloutir: il faut le combler, ce gouffre effroyable. Eh bien! voici la liste des propriétaires français: choisissez parmi les plus riches, afin de sacrifier moins de citoyens; mais choisissez: car ne faut-il pas qu'un petit nombre périsse pour sauver la masse du peuple? Allons, ces deux mille notables possèdent de quoi combler le déficit: ramenez l'ordre dans vos finances, la paix et la prospérité dans le royaume, frappez, immolez sans pitié ces tristes victimes, précipitez-les dans l'abîme, il va se refermer... Vous reculez d'horreur... hommes inconséquents! hommes pusillanimes! Eh! ne voyez-vous donc pas qu'en décrétant la banqueroute, ou, ce qui est plus odieux encore, en la rendant inévitable sans la décréter, vous vous souillerez d'un acte mille fois plus criminel, et, chose inconcevable, gratuitement criminel? car enfin, cet horrible sacrifice ferait disparaître le déficit. Mais croyez-vous, parce que vous n'aurez pas payé, que vous ne devrez plus rien? Croyez-vous que les milliers, les millions d'hommes qui perdront en un instant, par l'explosion terrible ou par ses contrecoups, tout ce qui faisait la consolation de leur vie et peut-être l'unique moyen de la sustenter, vous laisseront paisiblement jouir de votre crime? Contemplateurs stoïques des maux incalculables que cette catastrophe vomira sur la France, impassibles égoïstes, qui pensez que ces convulsions du désespoir et de la misère passeront comme tant d'autres, et d'autant plus rapidement qu'elles seront plus violentes, êtes-vous bien sûrs que tant d'hommes sans pain vous laisseront tranquillement savourer ces mets dont vous n'aurez voulu diminuer ni le nombre ni la délicatesse? Non, vous périrez; et dans la conflagration universelle que vous ne frémirez pas d'allumer, la perte de votre honneur ne sauvera pas une seule de vos détestables jouissances. Voilà où nous marchons...

J'entends parler de patriotisme, d'invocation du patriotisme, d'élans du patriotisme: ah! ne prostituez pas ces mots de patrie et de patriotisme. Il est donc bien magnanime l'effort de donner une partie de son revenu pour sauver tout ce qu'on possède! Eh! messieurs, ce n'est là que de la simple arithmétique; et celui qui hésitera ne peut désarmer

l'indignation que par le mépris qu'inspirera sa stupidité. Oui, messieurs, c'est la prudence la plus ordinaire, la sagesse la plus triviale, c'est l'intérêt le plus grossier que j'invoque. Je ne vous dis plus comme autrefois: Donnez-vous les premiers aux nations le spectacle d'un peuple assemblé pour manquer à la foi publique? Je ne vous dis plus: Eh! quels titres avez-vous à la liberté, quels moyens vous resteront pour la maintenir, si, dès votre premier pas, vous surpassez les turpitudes des gouvernements les plus corrompus, si le besoin de votre concours et de votre surveillance n'est pas le garant de votre constitution? Je vous dis: Vous serez tous entraînés dans la ruine universelle; et les premiers intéressés au sacrifice que le gouvernement vous demande, c'est vous-mêmes. Votez donc ce subsidé extraordinaire, et puisse-t-il être suffisant! Votez-le, parce que si vous avez des doutes sur les moyens, doutes vagues et non éclaircis, vous n'en avez pas sur sa nécessité et sur votre impuissance à le remplacer; votez-le, parce que les circonstances publiques ne souffrent aucun retard, et que vous seriez comptables de tout délai. Gardez-vous de demander du temps, le malheur n'en accorde pas. Eh! messieurs, à propos d'une ridicule motion du Palais-Royal, d'une risible insurrection qui n'eut jamais d'importance que dans les imaginations faibles ou les desseins pervers de quelques hommes de mauvaise foi, vous avez entendu naguère ces mots forcenés: Catilina est aux portes, et l'on délibère! Et certainement il n'y avait autour de nous ni Catilina, ni périls, ni factions, ni Rome; mais aujourd'hui la banqueroute, la hideuse banqueroute est là; elle menace de consumer tout, vos propriétés, votre honneur, et vous délibérez!

M. J. CHÉNIER.

Marie-Joseph Chénier, né en 1764 à Constantinople, débuta à l'âge de vingt-cinq ans, par la tragédie de *Charles IX*, dont le succès fut dû, en grande partie, aux passions qui animaient toute la France en 1789. On y trouvait tous les défauts qui déparent le théâtre de Chénier, défauts qui consistent surtout en ce que l'auteur oublie toujours son action et ses personnages pour exposer des idées.

Chénier était de l'Académie Française, à laquelle il a fait, en 1808, un rapport justement célèbre, présenté par elle à l'empereur et souvent réimprimé depuis, *sur l'état et les progrès de la littérature française depuis 1789*.

Il est mort le 10 janvier 1811.

La calomnie.

Narcise et Tigellin, bourreaux législateurs,
De ces menteurs gagés se font les protecteurs:
De toute renommée envieux adversaires,
Et d'un parti cruel plus cruels émissaires,
Odieux proconsuls, régnant par des complots,

Des fleuves consternés ils ont rougi les flots.
J'entends crier encor le sang de leurs victimes;
Je lis en traits d'airain la liste de leurs crimes.
Et c'est eux qu'aujourd'hui l'on voudrait excuser!
Qu'ai-je dit? On les vante! et l'on m'ose accuser!
Moi, jouet si longtemps de leur lâche insolence,
Proscrit pour mes discours, proscrit pour mon silence,
Seul, attendant la mort quand leur coupable voix
Demandait à grands cris du sang et non des lois!
Ceux que la France a vus ivres de tyrannie,
Ceux là mêmes, dans l'ombre armant la calomnie,
Me reprochent le sort d'un frère infortuné (1)
Qu'avec la calomnie ils ont assassiné!
L'injustice agrandit une âme libre et fière.
Ces reptiles hideux, sifflant dans la poussière,
En vain sèment le trouble entre son ombre et moi:
Scélérats, contre vous elle invoque la loi.
Hélas! pour arracher la victime aux supplices,
De mes pleurs chaque jour fatiguant vos complices,
J'ai courbé devant eux mon front humilié:
Mais ils vous ressemblaient, ils étaient sans pitié.
Si, le jour où tomba leur puissance arbitraire,
Des fers et de la mort je n'ai sauvé qu'un frère
Qu'au fond des noirs cachots Dumont avait plongé,
Et qui deux jours plus tard périssait égorgé;
Auprès d'André Chénier avant que de descendre,
J'élèverai la tombe où manquera sa cendre,
Mais où vivront du moins et son doux souvenir,
Et sa gloire, et ses vers dictés pour l'avenir.
Là, quand de thermidor la septième journée
Sous les feux du Lion ramènera l'année,
O mon frère! je veux, relisant tes écrits,
Chanter l'hymne funèbre à tes mânes proscrits.
Là, souvent tu verras près de ton mausolée
Tes frères gémissants, ta mère désolée,
Quelques amis des arts, un peu d'ombre et des fleurs;
Et ton jeune laurier grandira sous mes pleurs.

(1) André Chénier.



ANDRÉ CHÉNIER.

André-Marie Chénier naquit à Constantinople, le 29 octobre 1762. Il servit d'abord; puis, lorsque vint la révolution, il se prit d'enthousiasme pour elle et se mêla à la politique. Doué d'un esprit élégant et habitué à une vie paisible, il ne tarda pas à combattre les partis qui, dès la fin de l'Assemblée Constituante, s'emparèrent de l'opinion publique et des affaires. Rédacteur du *Journal de Paris*, il combattit les amis de Danton, et, quoique son frère Marie-Joseph fit partie de la Montagne, il fut arrêté.

Marie-Joseph ne put obtenir sa grâce de Robespierre, et André fut condamné à mort. Au moment où l'on vint le chercher pour le conduire à la mort, il cherchait un vers pour achever la pièce que nous transcrivons ici:

Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire,
Anime la fin d'un beau jour,
Au pied de l'échafaud j'essaie encor ma lyre.
Peut-être est-ce bientôt mon tour?
Peut-être, avant que l'heure, en cercle promenée,
Ait posé sur l'émail brillant,
Dans les soixante pas où sa course est bornée,
Son pied sonore et vigilant,
Le sommeil du tombeau pressera mes paupières;
Avant que de ces deux moitiés
Le vers que je commence ait atteint la dernière,
Peut-être en ces murs effrayés,
Le messenger de mort, noir recruteur des ombres,
Escorté d'infâmes soldats,
Remplira de mon nom ces longs corridors sombres.....

«J'avais quelque chose là», dit André Chénier en montant sur l'échafaud. Il n'a pas joui de sa gloire. Lorsque vers 1820, M. H. de Latouche recueillit et publia ses vers; son nom, presque inconnu, devint tout à coup fameux. Une école nouvelle allait le prendre pour inspirateur et pour guide.

Sur des penses nouveaux faisons des vers antiques,
disait-il.

La jeune captive. •

L'épi naissant mûrit de la faux respecté:
Sans crainte du pressoir, le pampre tout l'été
Boit les doux présents de l'aurore;
Et moi, comme lui belle, et jeune comme lui,
Quoi que l'heure présente ait de trouble et d'ennui,
Je ne veux pas mourir encore.....

L'illusion féconde habite dans mon sein:
D'une prison sur moi les murs pèsent en vain;
J'ai les ailes de l'espérance.
Echappant aux réseaux de l'oiseleur cruel,
Plus vive, plus heureuse, aux campagnes du ciel
Philomèle chante et s'élance.

Est-ce à moi de mourir? Tranquille je m'endors,
Et tranquille je veille; et ma veille aux remords
Ni mon sommeil ne sont en proie.
Ma bienvenue au jour me rit dans tous les yeux:
Sur des fronts abattus, mon aspect dans ces lieux
Ranime presque de la joie.

Mon beau voyage encore est si loin de sa fin!
Je pars, et des ormeaux qui bordent le chemin
J'ai passé les premiers à peine.
Au banquet de la vie à peine commencé,
Un instant seulement mes lèvres ont pressé
La coupe en mes mains encor pleine.

Je ne suis qu'au printemps, je veux voir la moisson;
Et comme le soleil, de saison en saison,
Je veux achever mon année.
Brillante sur ma tige et l'honneur du jardin,
Je n'ai vu luire encor que les feux du matin:
Je veux achever ma journée.

O mort! tu peux attendre, éloigne, éloigne-toi;
Va consoler les cœurs que la honte, l'effroi,
Le pâle desespoir dévore.
Pour moi Palès encore a des asiles verts,
L'avenir du bonheur, les Muses des concerts:
Je ne veux pas mourir encore.

Fragment.

Quand au mouton bêlant la sombre boucherie
Ouvre ses cavernes de mort,
Pauvres chiens et moutons, toute la bergerie
Ne s'informe plus de son sort.
Les enfants qui suivaient ses ébats dans la plaine,
Les vierges aux belles couleurs
Qui le baisaient en foule, et sur sa blanche laine
Entrelaçaient rubans et fleurs,
Sans plus penser à lui, le mangent s'il est tendre.....



SIGLO XIX.

MADAME DE STAËL.

Anne Louise Germaine Necker, baronne de Staël-Holstein, naquit à Paris en 1766; elle était fille de Necker, banquier genevois, qui devint ministre des finances sous Louis XVI. Elle mourut en 1817, âgée de cinquante et un ans.

Madame de Staël à Napoléon.

Avril 1812.

Sire,

Je prends la liberté de présenter à Votre Majesté mon ouvrage sur l'Allemagne. Si Elle daigne le lire, il me semble qu'Elle y trouvera la preuve d'un esprit capable de quelques réflexions et que le temps a mûri. Sire, il y a douze ans que je n'ai vu votre Majesté et que je suis exilée. Douze ans de malheurs modifient tous les caractères, et le destin enseigne la résignation à ceux qui souffrent. Prête à m'embarquer, je supplie Votre Majesté de m'accorder une demi-heure d'entretien. Je crois avoir des choses à lui dire qui pourront l'intéresser, et c'est à ce titre que je La supplie de m'accorder la faveur de lui parler avant mon départ. Je me permettrai seulement une chose dans cette lettre: c'est l'explication des motifs qui me forcent à quitter le continent, si je n'obtiens pas de Votre Majesté la permission de vivre dans une campagne assez près de Paris pour que mes enfants y puissent demeurer. La disgrâce de Votre Majesté jette sur les personnes qui en sont l'objet une telle défaveur en Europe, que je ne puis faire un pas sans en rencontrer les effets. Les uns craignent de se compromettre en me voyant, les autres se croient des Romains en triomphant de cette crainte. Les plus simples rapports de la société deviennent des services qu'une âme fière ne peut supporter. Parmi mes amis, il en est qui se sont associés à mon sort avec une admirable générosité; mais j'ai vu les sentiments les plus intimes se briser contre la nécessité de vivre avec moi dans la

solitude, et j'ai passé ma vie depuis huit ans entre la crainte de ne pas obtenir des sacrifices, et la douleur d'en être l'objet. Il est peut-être ridicule d'entrer ainsi dans le détail de ses impressions avec le Souverain du monde; mais ce qui vous a donné le monde, Sire, c'est un souverain génie. Et en fait d'observation sur le cœur humain, Votre Majesté comprend depuis les plus vastes ressorts jusqu'aux plus délicats. Mes fils n'ont point de carrière; ma fille a treize ans; dans peu d'années il faudra l'établir; il y aurait de l'égoïsme à la forcer de vivre dans les insipides séjours où je suis condamnée. Il faudrait donc aussi me séparer d'elle! Cette vie n'est pas tolérable et je n'y sais aucun remède sur le continent. Quelle ville puis-je choisir où la disgrâce de Votre Majesté ne mette pas un obstacle invincible à l'établissement de mes enfants comme à mon repos personnel? Votre Majesté ne sait peut-être pas Elle-même la peur que les exilés font à la plupart des autorités de tous les pays, et j'aurais dans ce genre des choses à lui raconter qui dépassent sûrement ce qu'Elle aurait ordonné. On a dit à Votre Majesté que je regrettais Paris à cause du Musée et de Talma: c'est une agréable plaisanterie sur l'exil, c'est-à-dire sur le malheur que Cicéron et Bolingbroke ont déclaré le plus insupportable de tous; mais quand j'aimerais les chefs-d'œuvre des arts que la France doit aux conquêtes de Votre Majesté, quand j'aimerais ces belles tragédies, images de l'héroïsme, serait-ce à vous, Sire, à m'en blâmer? Le bonheur de chaque individu ne se compose-t-il pas de la nature de ses facultés? et si le Ciel m'a donné du talent, n'ai-je pas l'imagination qui rend les jouissances des arts et de l'esprit nécessaires? Tant de gens demandent à Votre Majesté des avantages réels de toute espèce! pourquoi rougirais-je de Lui demander l'amitié, la poésie, la musique, les tableaux, toute cette existence idéale dont je puis jouir sans m'écarter de la soumission que je dois au Monarque de la France?

CHATEAUBRIAND.

François-René, vicomte de Chateaubriand, né le 4 septembre 1768, à Saint-Malo, d'une famille de vieille noblesse, était capitaine au régiment de Navarre lorsqu'éclata la Révolution. Il quitta la France en 1791, et s'embarqua pour le Nouveau Monde. Il fut élu membre de l'Institut à la place de Chénier; mais il ne put prendre possession de son siège qu'après la Restauration. Il mourut à Paris le 4 juillet 1848.

Ruines de Troie.

... Lorsque le 21 septembre 1806, à six heures du matin, on me vint dire que nous allions doubler le château des Dardanelles, la fièvre fut chassée par les souvenirs de Troie. Je me traînai sur le pont; mes premiers regards tombèrent sur un haut promontoire couronné par neuf moulins: c'était le cap Sigée. Au pied du cap je distinguais deux

tumulus, les tombeaux d'Achille et de Patrocle. L'embouchure du Simois était à la gauche du château neuf d'Asie; plus loin, derrière nous, en remontant vers l'Hellespont, paraissaient le cap Rhétée et le tombeau d'Ajax. Dans l'enfoncement s'élevait la chaîne du mont Ida, dont les pentes, vues du point où j'étais, paraissaient douces et d'une couleur harmonieuse. Ténédos était devant la proue du vaisseau: *Est in conspectu Tenedos.*

Je promenais mes yeux sur ce tableau, et les ramenais malgré moi à la tombe d'Achille. Je répétais ces vers du poète:

«L'armée des Grecs belliqueux élève sur le rivage un monument vaste et admiré, monument que l'on aperçoit de loin en passant sur la mer, et qui attirera les regards des générations présentes et des races futures.»

Les pyramides des rois égyptiens sont peu de chose, comparées à la gloire de cette tombe de gazon que chanta Homère, et autour de laquelle courut Alexandre.

J'éprouvai dans ce moment un effet remarquable de la puissance des sentiments et de l'influence de l'âme sur le corps. J'étais monté sur le pont avec la fièvre: le mal de tête cessa subitement; je sentis renaître mes forces et, ce qu'il y a de plus extraordinaire, toutes les forces de mon esprit. Il est vrai que, vingt-quatre heures après, la fièvre était revenue.

Jeune fille et jeune fleur.

Il descend ce cercueil; et les roses sans taches
Qu'un père y déposa, tribut de sa douleur,
Terre, tu les portas; et maintenant tu caches
Jeune fille et jeune fleur.

Ah! ne les rends jamais à ce monde profane,
A ce monde de deuil, d'angoisse et de malheur;
Le vent brise et flétrit, le soleil brûle et fane
Jeune fille et jeune fleur.

Tu dors, pauvre Elisa, si légère d'années!
Tu ne crains plus du jour le poids et la chaleur!
Elles ont achevé leurs fraîches matinées,
Jeune fille et jeune fleur.

Charlottenbourg.

—Sous les hauts pins qui protègent ces sources,
Gardien, dis-moi, quel est ce monument nouveau?

—Un jour il deviendra le terme de tes courses:

O voyageur! c'est un tombeau.

—Qui repose en ces lieux?

—Un objet plein de charmes.

—Qu'on aima?—Qui fut adoré.

—Ouvre-moi.—Si tu crains les larmes,
N'entre pas.—J'ai souvent pleuré.

Le montagnard émigré.

Combien j'ai douce souvenance
Du joli lieu de ma naissance!
Ma sœur, qu'ils étaient beaux ces jours
De France!
O mon pays, sois mes amours
Toujours!

Te souvient-il que notre mère
Au foyer de notre chaumière
Nous pressait sur son sein joyeux,
Ma chère!
Et nous baisions ses blonds cheveux
Tous deux.

Ma sœur, te souvient-il encore
Du château que baignait la Dore,
Et de cette tant vieille tour
Du Maure,
Où l'airain sonnait le retour
Du jour?

Te souvient-il du lac tranquille
Qu'effleurait l'hirondelle agile,
Du vent qui courbait le roseau
Mobile,
Et du soleil couchant sur l'eau
Si beau?

Oh! qui me rendra mon Hélène,
Et ma montagne et le grand chêne?
Leur souvenir fait tous les jours
Ma peine:
Mon pays sera mes amours
Toujours!

Nous verrons.

Le passé n'est rien dans la vie,
Et le présent est moins encor:
C'est à l'avenir qu'on se fie
Pour nous donner joie et trésor.
Tout mortel dans ses vœux devance
Cet avenir où nous courons;
Le bonheur est en espérance;
On vit, en disant: Nous verrons.

Mais cet avenir plein de charmes
Qu'est-il lorsqu'il est arrivé?
C'est le présent qui, de nos larmes,
Matin et soir est abreuvé!
Aussitôt que s'ouvre la scène
Qu'avec ardeur nous désirons,
On bâille, on la regarde à peine:
On voit, en disant: Nous verrons.

GEORGE CUVIER.

George Cuvier, né en 1769 à Montbéliard, d'une famille protestante, mort à Paris en 1832.

Les révolutions du globe.

Tout être organisé forme un ensemble, un système unique et clos, dont les parties se correspondent mutuellement, et concourent à la même action définitive par une réaction réciproque. Aucune de ces parties ne peut changer sans que les autres changent aussi; et par conséquent chacune d'elles, prise séparément, indique et donne toutes les autres.

Ainsi, comme je l'ai dit ailleurs, si les intestins d'un animal sont organisés de manière à ne digérer que de la chair et de la chair récente, il faut aussi que ses mâchoires soient construites pour dévorer une proie; ses griffes pour la saisir et la déchirer; ses dents pour la couper et la diviser; le système entier de ses organes du mouvement pour la poursuivre et pour l'atteindre; ses organes des sens pour l'apercevoir de loin; il faut même que la nature ait placé dans son cerveau l'instinct nécessaire pour savoir se cacher et tendre des pièges à ses victimes. Telles seront les conditions générales du régime carnivore; tout animal destiné pour ce régime les réunira infailliblement, car sa race n'aurait pu subsister sans elles; mais sous ces conditions générales il en existe de particulières, relatives à la grandeur, à l'espèce, au séjour de la proie, pour laquelle l'animal est disposé; et de chacune de ces conditions particulières résultent des modifications de détail dans les formes qui dérivent des conditions générales: ainsi, non-seulement la classe, mais l'ordre, mais le genre, et jusqu'à l'espèce, se trouvent exprimés dans la forme de chaque partie.

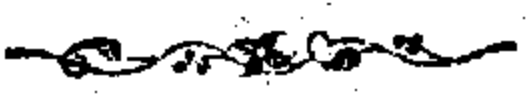
En effet, pour que la mâchoire puisse saisir, il lui faut une certaine forme de condyle, un certain rapport entre la position de la résistance et celle de la puissance avec le point d'appui, un certain volume dans le muscle crotaphyte qui exige une certaine étendue dans la fosse

qui le reçoit, et une certaine convexité de l'arcade zygomatique sous laquelle il passe; cette arcade zygomatique doit aussi avoir une certaine force pour donner appui au muscle masséter.

Pour que l'animal puisse emporter sa proie, il lui faut une certaine vigueur dans les muscles qui soulèvent sa tête, d'où résulte une forme déterminée dans les vertèbres où ces muscles ont leurs attaches, et dans l'occiput où ils s'insèrent.

Pour que les dents puissent couper la chair, il faut qu'elles soient tranchantes et qu'elles le soient plus ou moins, selon qu'elles auront plus ou moins exclusivement de la chair à couper. Leur base devra être d'autant plus solide, qu'elles auront plus d'os, et de plus gros os à briser. Toutes ces circonstances influenceront aussi sur le développement de toutes les parties qui servent à mouvoir la mâchoire.

Pour que les griffes puissent saisir cette proie, il faudra une certaine mobilité dans les doigts, une certaine force dans les ongles, d'où résulteront des formes déterminées dans toutes les phalanges, et des distributions nécessaires de muscles et de tendons, il faudra que l'avant-bras ait une certaine facilité à se tourner, d'où résulteront encore des formes déterminées dans les os qui le composent; mais les os de l'avant-bras s'articulant sur l'humérus, ne peuvent changer de formes sans entraîner des changements dans celui-ci. Les os de l'épaule devront avoir un certain degré de fermeté dans les animaux qui emploient leurs bras pour saisir, et il en résultera encore pour eux des formes particulières. Le jeu de toutes ces parties exigera dans tous leurs muscles de certaines proportions, et les impressions de ces muscles ainsi proportionnés détermineront encore plus particulièrement les formes des os. Il est aisé de voir que l'on peut tirer des conclusions semblables pour les extrémités postérieures qui contribuent à la rapidité des mouvements généraux; pour la composition du tronc et les formes des vertèbres, qui influent sur la facilité, la flexibilité de ces mouvements; pour les formes des os du nez, de l'orbite, de l'oreille, dont les rapports avec la perfection des sens de l'odorat, de la vue, de l'ouïe sont évidents. En un mot, la forme de la dent entraîne la forme du condyle, celle de l'omoplate, celle des ongles, tout comme l'équation d'une courbe entraîne toutes ses propriétés; et de même qu'en prenant chaque propriété séparément pour base d'une équation particulière, on retrouverait, et l'équation ordinaire, et toutes les autres propriétés quelconques, de même l'ongle, l'omoplate, le condyle, le fémur, et tous les autres os pris séparément, donnent la dent ou se donnent réciproquement, et en commençant par chacun d'eux, celui qui posséderait rationnellement les lois de l'économie organique, pourrait refaire tout l'animal.



BÉRANGER.

Pierre Jean Béranger est né à Paris, en 1780, d'une famille pauvre. Il fit son éducation presque tout seul par la lecture; il n'apprit ni le grec ni le latin. Béranger a publié cinq recueils de chansons: le premier à la fin de 1815, le second à la fin de 1821, le troisième en 1825, le quatrième en 1828, le dernier, précédé d'une charmante et instructive préface, en 1833. Tantôt il célèbre la gloire et les malheurs de sa patrie, les grandeurs et les infortunes de la famille impériale, l'humanité, la liberté, l'égalité; tantôt il chansonne la royauté des Bourbons, les nobles, les courtisans, les jésuites, le clergé, les vieux usages du passé. Le mérite de Béranger est d'avoir été créateur dans un genre qu'on croyait usé. Il sait introduire tous les tons dans la chanson; il y donne accès aux plus douces effusions de l'âme et aux plus fiers élans de la poésie lyrique. Son style est clair, pur, élégant et précis.— Il mourut le 16 juillet de 1857.

Les violettes.

—Douces fleurs, quelle est cette fille?
—Une orpheline qui nourrit
Ceux qui se sont faits sa famille,
Vend des fleurs quand le ciel sourit,
Lasse la quenouille et l'aiguille,
Ou glane aux champs que Dieu mûrit.
Ce matin, dès la pâle aurore,
Un ange a passé par ici.
Il a dit:—Enrichissez Laure;
Le pain manque, et Laure en souci
Va venir; hâtez-vous d'éclorre.—
L'ange a dit vrai; car la voici.

Le chasseur.

Petits oiseaux, que j'aime entendre
Vos concerts dans ces houx épais!
Votre chanson, joyeuse ou tendre,
Est pour mon cœur l'hymne de paix.
Mais craignez les lacs qu'on peut tendre:
Le bonheur fait tant de jaloux!
Taisez-vous, oiseaux, taisez-vous.
Rien n'arrête des mains cruelles.
Là! J'ai vu des chasseurs, un jour,
Abattre au vol deux hirondelles
Dont je salvais le retour.
Vos chansons attendriront-elles
L'enfant qui s'arme de cailloux?
Taisez-vous, oiseaux, taisez-vous.
Bon Dieu! c'est le chasseur qui tire!
Il blesse à l'aile une perdrix.

Son chien la prend; pauvre martyr!
Le chasseur, que gênent ses cris,
Lui brise la tête; elle expire.
Ce soir il médiera des loups.
Taisez-vous, oiseaux, taisez-vous.

Les hirondelles.

Captif au rivage du Maure,
Un guerrier, courbé sous ses fers,
Disait: Je vous revois encore,
Oiseaux ennemis des hivers,
Hirondelles que l'espérance
Suit jusqu'en ces brûlants climats,
Sans doute vous quittez la France:
De mon pays ne me parlez-vous pas?

L'une de vous peut-être est née
Au toit où j'ai reçu le jour;
Là, d'une mère infortunée
Vous avez dû plaindre l'amour.
Mourante, elle croit à toute heure
Entendre le bruit de mes pas.
Elle écoute, et puis elle pleure;
De son amour ne me parlez-vous pas?

Le mal du pays.

Vous m'avez dit:—A Paris, jeune pâtre,
Viens, suis-nous, cède à tes nobles penchants.
Notre or, nos soins, l'étude, le théâtre,
T'auront bientôt fait oublier les champs.—
Je suis venu; mais voyez mon visage:
Sous tant de feu mon printemps s'est fané.
Ah! rendez-moi, rendez-moi mon village,
Et la montagne où je suis né!

Mon habit.

Sois-moi fidèle, ô pauvre habit que j'aime!
Ensemble nous devenons vieux.
Depuis dix ans jè te brosse moi-même,
Et Socrate n'eût pas fait mieux.
Quand le sort à ta mince étoffe
Livrerait de nouveaux combats,
Imite-moi, résiste en philosophe;
Mon vieil ami, ne nous séparons pas.

Je me souviens, car j'ai bonne mémoire,
Du premier jour où je te mis;
C'était ma fête, et pour comble de gloire,

Tu fus chanté par mes amis.
Ton indigence, qui m'honore,
Ne m'a point banni de leurs bras.
Tous ils sont prêts à nous fêter encore,
Mon vieil ami, ne nous séparons pas.

T'ai-je imprégné des flots de musc et d'ambre,
Qu'un fat exhale en se mirant?
M'a-t-on jamais vu dans une antichambre
T'exposer au mépris d'un grand?
Pour des rubans la France entière
Fut en proie à de longs débats;
La fleur des champs brille à ta boutonnière;
Mon vieil ami, ne nous séparons pas.

Ne crains plus tant ces jours de courses vaines,
Où notre destin fut pareil;
Ces jours mêlés de plaisirs et de peines,
Mêlés de pluie et de soleil;
Je dois bientôt, il me le semble,
Mettre pour jamais habit bas.
Attends un peu; nous finirons ensemble;
Mon vieil ami, ne nous séparons pas.

Les enfants de la France (1819).

Reine du monde, ô France, ô ma patrie!
Soulève enfin ton front cicatrisé.
Sans qu'à tes yeux leur gloire en soit flétrie,
De tes enfants l'étendard s'est brisé.
Quand la fortune outrageait leur vaillance,
Quand de tes mains tombait ton sceptre d'or,
Tes ennemis disaient encor:
Honneur aux enfants de la France!

De tes grandeurs tu sus te faire absoudre,
France! et ton nom triomphe des revers.
Tu peux tomber, mais c'est comme la foudre
Qui se relève et gronde au haut des airs.
Le Rhin aux bords ravis à ta puissance
Porte à regret le tribut de ses eaux;
Il crie au fond de ses roseaux:
Honneur aux enfants de la France!

Pour effacer des coursiers du barbare
Les pas empreints dans tes champs profanés,
Jamais le ciel te fut-il moins avare?
D'épis nombreux vois ces champs couronnés.
D'un vol fameux prompts à venger l'offense,
Vois les beaux-arts consolant leurs autels,
Y graver en traits immortels:
Honneur aux enfants de la France!

NODIER.

Jean-Emmanuel-Charles Nodier, né à Besançon le 29 avril 1780, est mort à Paris le 27 janvier 1844.

Histoire du chien de Brisquet.

En notre forêt de Lions, vers le hameau de la Goupillière, tout près d'un grand puits-fontaine qui appartient à la chapelle Saint-Mathurin, il y avait un bonhomme, bûcheron de son état, qui s'appelait Brisquet, ou autrement *le fendeur à la bonne hache*, et qui vivait pauvrement du produit de ses fagots, avec sa femme, qui s'appelait Brisquette. Le bon Dieu leur avait donné deux jolis petits enfants, un garçon de sept ans, qui était brun et qui s'appelait Biscotin, et une blondine de six ans qui s'appelait Biscotine. Outre cela, ils avaient un chien bâtard à poil frisé, noir par tout le corps, si ce n'est au museau, qu'il avait couleur de feu; et c'était bien le meilleur chien du pays, pour son attachement à ses maîtres.

On l'appelait la Bichonne, parce que c'était une chienne.

Vous vous souvenez du temps où il vint tant de loups dans la forêt de Lions. C'était dans l'année des grandes neiges, que les pauvres gens eurent si grand'peine à vivre. Ce fut une terrible désolation dans le pays.

Brisquet, qui allait toujours à sa besogne, et qui ne craignait pas les loups, à cause de sa bonne hache, dit un matin à Brisquette: «Femme, je vous prie de ne laisser courir ni Biscotin ni Biscotine, tant que Monsieur le grand-louvetier ne sera pas venu. Il y aurait du danger pour eux. Ils ont assez de quoi marcher entre la hutte et l'étang depuis que j'ai planté des piquets le long de l'étang pour les préserver d'accident. Je vous prie aussi, Brisquette, de ne pas laisser sortir la Bichonne, qui ne demande qu'à trotter.»

Brisquet disait tous les matins la même chose à Brisquette.

Un soir il n'arriva pas à l'heure ordinaire. Brisquette venait sur le pas de la porte, rentrait, ressortait, et disait en se croisant les bras:

—Mon Dieu, qu'il est attardé!...

Et puis elle sortait encore, en criant:

Eh! Brisquet!

Et la Bichonne lui sautait jusqu'aux épaules, comme pour lui dire: «N'irai-je pas?»

—Paix! lui dit Brisquette.—Écoute, Biscotine, va jusque devers la butte pour savoir si ton père ne revient pas. Et toi, Biscotin, suis le chemin au long de l'étang, en prenant bien garde, s'il n'y a pas de piquets qui manquent. Et crie fort: «Brisquet! Brisquet!...»—Paix! la Bichonne!

Les enfant allèrent, allèrent, et quand ils se furent rejoints à l'endroit où le sentier de l'étang vient couper celui de la butte:

—Mordienne, dit Biscotin; je retrouverai notre pauvre père, ou les loups m'y mangeront.

—Pardienne, dit Biscotine, ils m'y mangeront bien aussi.

Pendant ce temps-là Brisquet était revenu par le grand chemin de Puchay, en passant à la Croix-aux-Anes sur l'abbaye de Mortemer, parce qu'il avait une hottée de cotrets à fournir chez Jean Paquier.

—As-tu vu nos enfants? lui dit Brisquette.

—Nos enfants? dit Brisquet. Nos enfants? Mon Dieu! sont-ils sortis?

—Je les ai envoyés à ta rencontre jusqu'à la hutte et à l'étang, mais tu as pris par un autre chemin.

Brisquet ne posa pas sa bonne hache. Il se mit à courir du côté de la hutte.

—Si tu menais la Bichonne? lui cria Brisquette.

La Bichonne était déjà bien loin. Elle était si loin que Brisquet la perdit bientôt de vue. Et il avait beau crier: «Biscotin, Biscotine!» on ne lui répondait pas.

Alors il se prit à pleurer, parce qu'il s'imagina que ses enfants étaient perdus. Après avoir couru longtemps, longtemps, il lui sembla reconnaître la voix de la Bichonne. Il marcha droit dans le fourré, à l'endroit où il l'avait entendue, et il y entra, sa bonne hache levée. La Bichonne était arrivée là au moment où Biscotin et Biscotine allaient être dévorés par un gros loup. Elle s'était jetée devant eux en aboyant, pour que ses abois avertissent Brisquet. Brisquet d'un coup de sa bonne hache renversa le loup raide mort, mais il était trop tard pour la Bichonne, elle ne vivait déjà plus.

Brisquet, Biscotin et Biscotine rejoignirent Brisquette. C'était une grande joie, et cependant tout le monde pleura. Il n'y avait pas un regard qui ne chercha la Bichonne.

Polichinelle.

On a retrouvé le berceau de Jupiter dans l'île de Crète; on n'a jamais retrouvé le berceau de Polichinelle. «L'âge adulte est l'âge des dieux,» dit Hésiode qui ne devait pas croire au berceau de Jupiter. L'âge adulte est l'âge aussi de Polichinelle, et je n'entends pas tirer de là une conséquence rigoureuse qui risquerait fort d'être une impiété. J'en conclus seulement qu'il a été donné à Polichinelle de fixer ce présent fugitif qui nous échappe toujours. Nous vieillissons incessamment, tous tant que nous sommes, autour de Polichinelle qui ne vieillit pas. Les dynasties passent; les royaumes tombent; les pairies, plus vivaces que les royaumes, s'en vont; les journaux, qui ont détruit tout cela, s'en iront faute d'abonnés. Que dis-je! les nations s'effacent de la terre; les religions descendent et disparaissent dans l'abîme du passé après les religions qui ont disparu: l'Opéra-Comique a déjà fermé deux fois, et

Polichinelle ne ferme point! Polichinelle fustige encore le même enfant; Polichinelle bat toujours la même femme; Polichinelle assommera demain soir le Barigel qu'il assommait ce matin, ce qui ne justifie en aucune manière le soupçon de cruauté que des historiens, ignorants ou prévenus, font peser mal à propos sur Polichinelle. Ses innocentes rigueurs ne se déploient que sur des acteurs de bois, car tous les acteurs du théâtre de Polichinelle sont de bois. Il n'y a que Polichinelle qui soit vivant.

Polichinelle est invulnérable, et l'invulnérabilité des héros de l'Arioste est moins prouvée que celle de Polichinelle. Je ne sais si son talon est resté caché dans la main de sa mère quand elle le plongea dans le Styx, mais qu'importe à Polichinelle dont on n'a jamais vu les talons? Ce qu'il y a de certain, et ce que tout le monde peut vérifier à l'instant même sur la place du Châtelet, si ces louables études occupent encore quelques bons esprits, c'est que Polichinelle, roué de coups par les sbires, assassiné par les *bravi*, pendu par le bourreau, et emporté par le diable, reparait infailliblement, un quart d'heure après, dans sa cage dramatique, aussi frisque, aussi vert que jamais, et ne rêvant qu'espiègleries. *Polichinelle est mort; vive Polichinelle!*

ALEXANDRE DUMAS (père).

Alexandre Dumas, père, né à Villers-Cotterets le 24 juillet 1803, est mort près de Dieppe le 5 décembre 1870. C'est l'écrivain le plus fécond de notre époque; son œuvre dépasse sensiblement la collection déjà volumineuse des écrits de Voltaire.

Départ pour un voyage en Suisse.

Je me retins à une table pour ne pas tomber; j'avais le choléra.

S'il était asiatique ou européen, épidémique ou contagieux, c'est ce que j'ignore complètement; mais ce que je sais très bien, c'est que, sentant que, cinq minutes plus tard, je ne pourrais plus parler, je me dépêchai de demander du sucre et de l'éther.

Ma bonne, qui est une fille fort intelligente, et qui m'avait vu quelquefois, après mon dîner, tremper un morceau de sucre dans du rhum, présuma que je lui demandais quelque chose de pareil. Elle remplit un verre à liqueur d'éther pur, posa sur son orifice le plus gros morceau de sucre qu'elle put trouver, et me l'apporta au moment où je venais de me coucher, grelottant de tous mes membres.

Comme je commençais à perdre la tête, j'étendis machinalement la main; je sentis qu'on m'y mettait quelque chose; en même temps j'entendis une voix qui me disait: «Avalez cela, monsieur; cela vous fera du bien.»

J'approchai ce quelque chose de ma bouche, et j'avalai ce qu'il contenait, c'est-à-dire un demi-flacon d'éther.

Dire la révolution qui se fit dans ma personne lorsque cette liqueur diabolique traversa le torse, est chose impossible, car presque aussitôt je perdis connaissance. Une heure après, je revins à moi: j'étais roulé dans un grand tapis de fourrures, j'avais aux pieds une boule d'eau bouillante; deux personnes, tenant chacune à la main une bassinoire pleine de feu, me frottaient sur toutes les coutures. Un instant je me crus mort et en enfer: l'éther me brûlait la poitrine au dedans, les frictions me rissolaient au dehors; enfin, au bout d'un quart d'heure, le froid s'avoua vaincu: je fondis en eau comme la Biblis de M. Dupaty (1), et le médecin déclara que j'étais sauvé. Il était temps; deux tours de broche de plus, et j'étais rôti.

Quatre jours après, je vis s'asseoir au pied de mon lit le directeur de la Porte-Saint-Martin. Son théâtre était plus malade encore que moi, et le moribond appelait à son secours le convalescent. M. Harel me dit qu'il lui fallait, dans quinze jours au plus tard, une pièce qui lui produisit cinquante mille écus au moins; il ajouta, pour me déterminer, que l'état de fièvre où je me trouvais était très favorable au travail d'imagination, vu l'exaltation cérébrale qui en était la conséquence.

Cette raison me parut si concluante, que je me mis aussitôt à l'œuvre: je lui donnai sa pièce au bout de huit jours au lieu de quinze: elle lui rapporta cent mille écus au lieu de cinquante mille: il est vrai que je faillis en devenir fou.

Ce travail forcé ne me remit pas le moins du monde: et à peine pouvais-je me tenir debout, tant j'étais faible encore, lorsque j'appris la mort du général Lamarque. Le lendemain, je fus nommé par la famille l'un des commissaires du convoi: ma charge était de faire prendre à l'artillerie de la garde nationale, dont je faisais partie, la place que la hiérarchie lui assignait dans le cortège.

Tout Paris a vu passer ce convoi, sublime d'ordre, de recueillement et de patriotisme.

Qui changea cet ordre en désordre, ce recueillement en colère, ce patriotisme en rébellion? C'est ce que j'ignore ou veux ignorer.

Le 9 juin, je lus dans une feuille légitimiste que j'avais été pris les armes à la main à l'affaire du cloître Saint-Méry, jugé militairement pendant la nuit, et fusillé à trois heures du matin.

La nouvelle avait un caractère si officiel, le récit de mon exécution, que, du reste, j'avais supportée avec le plus grand courage, était tellement détaillé, les renseignements venaient d'une si bonne source, que j'eus un instant de doute: d'ailleurs la conviction du rédacteur était grande; pour la première fois, il disait du bien de moi dans son journal: il était donc évident qu'il me croyait mort.

Je rejetai ma couverture, je sautai à bas de mon lit, et je courus à ma glace pour me donner à moi-même des preuves de mon existence. Au même instant, la porte de ma chambre s'ouvrit, et un commission-

(1) Ovide, au ix^e livre des *Métamorphoses*, raconte les malheurs de la Milésiène Biblis, changée en fontaine. Le sculpteur Charles Dupaty (1771-1825) en a tiré le sujet de sa *Biblis mourante*.

naire entra, porteur d'une lettre de Charles Nodier, conçue en ces termes:

« Mon cher Alexandre:

» Je lis à l'instant, dans un journal, que vous avez été fusillé hier, à trois heures du matin: ayez la bonté de me faire savoir si cela vous empêchera de venir demain à l'Arsenal, dîner avec Taylor. »

Je fis dire à Charles que, pour ce qui était d'être mort ou vivant, je ne pouvais pas trop lui en répondre, attendu que, moi-même, je n'avais pas encore d'opinion bien arrêtée sur ce point; mais que, dans l'un ou l'autre cas, j'irais toujours le lendemain dîner avec lui; ainsi, qu'il n'avait qu'à se tenir prêt, comme don Juan, à fêter la statue du commandeur.

Le lendemain, il fut bien constaté que je n'étais pas mort; cependant, je n'y avais pas gagné grand'chose, car j'étais toujours fort malade. Ce que voyant, mon médecin m'ordonna ce qu'un médecin ordonne lorsqu'il ne sait plus qu'ordonner: un voyage en Suisse.

En conséquence, le 21 juillet 1832 je partis de Paris.

HONORÉ DE BALZAC.

Honoré de Balzac, romancier, né à Tours le 20 mai 1799, est mort à Paris le 19 août 1850.

La mort d'un avare.

Elle fut sublime de soins et d'attentions pour son vieux père, dont les facultés commençaient à baisser, mais dont l'avarice se soutenait instinctivement; aussi la mort de cet homme ne contrasta-t-elle point avec sa vie.

Dès le matin, il se faisait rouler entre la cheminée de sa chambre et la porte de son cabinet, sans doute plein d'or; il restait là sans mouvement, mais il regardait; et, au grand étonnement du notaire, il entendait le bâillement de son chien dans la cour. Puis il se réveillait de sa stupeur apparente au jour et à l'heure où il fallait recevoir les fermages, faire des comptes avec les cloisiers ou donner des quittances. Alors il agitait son fauteuil à roulettes, jusqu'à ce qu'il se trouvât en face de la porte de son cabinet. Il le faisait ouvrir par sa fille, et veillait à ce qu'elle plaçât en secret elle-même les sacs d'argent les uns sur les autres, à ce qu'elle fermât la porte. Puis il revenait à sa place, silencieusement, aussitôt qu'elle lui avait rendu la précieuse clef toujours placée dans la poche de son gilet, et qu'il tâtait de temps en temps....

Enfin arrivèrent les jours d'agonie, pendant lesquels la forte charpente du bonhomme fut aux prises avec la destruction. Il voulut rester assis au coin de son feu, devant la porte de son cabinet. Il attirait à soi et roulait toutes les couvertures que l'on mettait sur lui, et disait à Manon, sa gouvernante: «Serre ça, serre ça, pour qu'on ne me vole pas.» Quand il pouvait ouvrir les yeux, où toute sa vie s'était réfugiée, il les tournait aussitôt vers la porte du cabinet où gisaient ses trésors, en disant à sa fille: «Y sont-ils? d'un son de voix qui dénotait une sorte de peur panique.—Oui, mon père.—Veille à l'or, mets de l'or devant moi.» Alors Eugénie lui étendait des louis sur une petite table, et il demeurait des heures entières les yeux attachés sur les louis, comme un enfant qui, au moment où il commence à voir, contemple stupidement le même objet; et, comme à un enfant, il lui échappait un sourire pénible: «Ça me réchauffe,» disait-il quelquefois en laissant paraître sur sa figure une expression de béatitude.

Lorsque le curé de la paroisse vint l'administrer, les yeux, morts en apparence depuis quelques heures, se ranimèrent à la vue de la croix, des chandeliers, du bénitier d'argent; il les regarda fixement, et sa loupe remua pour la dernière fois. Puis, lorsque le prêtre lui approcha des lèvres le crucifix en vermeil, il fit un épouvantable geste pour le saisir. Ce dernier effort lui coûta la vie.... Il appela Eugénie qu'il ne voyait pas, quoiqu'elle fût agenouillée devant lui et baignât de ses larmes une main déjà froide:

«Mon père, bénissez-moi!»

Après la mort de son père, Eugénie apprit par maître Cruchot qu'elle possédait quatre cent mille livres de rente en biens-fonds dans l'arrondissement de Saumur, deux cent cinquante mille francs en trois pour cent, acquis à soixante et un francs, et qui valaient alors soixantedix-sept francs, plus, trois millions en or et cent mille francs en écus, sans compter les arrérages à recevoir. L'estimation totale de ses biens allait à vingt millions.

GEORGE SAND.

Aurore Dupin, dame Dudevant, romancière devenue illustre sous le nom de George Sand, née à Paris le 5 juillet 1804, est morte à Nohant (Indre) le 7 juin 1876.

La petite Marie.

La petite Marie était seule au coin du feu, si pensive qu'elle n'entendit pas venir Germain. Quand elle le vit devant elle, elle sauta de surprise sur sa chaise et devint toute rouge.

—Petite Marie, lui dit-il en s'asseyant auprès d'elle, je viens te fai-

re de la peine et t'ennuyer, je le sais bien, mais l'homme et la femme de chez nous (désignant ainsi, selon l'usage, les chefs de la famille) veulent que je te parle et que je te demande de m'épouser. Tu ne le veux pas, toi, je m'y attends.

— Germain, répondit la petite Marie, c'est donc décidé que vous m'aimez?

— Ça te fâche, je le sais, mais ce n'est pas ma faute: si tu pouvais changer d'avis, je serais trop content, etsans doute je ne mérite pas que cela soit. Voyons regarde-moi, Marie, je suis donc bien affreux?

— Non, Germain, répondit-elle en souriant, vous êtes plus beau que moi.

— Ne te moque pas; regarde-moi avec indulgence: il ne me manque encore ni un cheveu ni une dent. Mes yeux te disent que je t'aime. Regarde-moi donc dans les yeux, ça y est écrit, et toute fille sait lire dans cette écriture-là.

Marie regarda dans les yeux de Germain avec son assurance enjouée: puis tout à coup, elle détourna la tête et se mit à trembler.

— Ah! mon Dieu! je te fais peur, dit Germain. Voyons, faut-il que je sorte pour que tu finisses de trembler!

Marie tendit la main au laboureur, mais sans détourner sa tête penchée vers le foyer, et sans dire un mot.

— Je comprends, dit Germain; tu me plains, car tu es bonne; tu es fâchée de me rendre malheureux: mais tu ne peux pourtant pas m'aimer?

— Pourquoi me dites-vous de ces choses-là, Germain? répondit enfin la petite Marie; vous voulez donc me faire pleurer?

— Pauvre petite fille! tu as bon cœur, je le sais; mais tu ne m'aimes pas et tu me caches ta figure parce que tu crains de me laisser voir ton déplaisir et ta répugnance. Et moi! je n'ose pas seulement te serrer la main!...

Germain parlait comme dans un rêve, sans entendre ce qu'il disait. La petite Marie tremblait toujours; mais, comme il tremblait encore davantage, il ne s'en apercevait plus. Tout à coup elle se retourna, elle était tout en larmes et le regardait d'un air de reproche. Le pauvre laboureur crut que c'était le dernier coup, et, sans attendre son arrêt, il se leva pour partir; mais la jeune fille l'arrêta en l'entourant de ses deux bras, et cachant sa tête dans son sein:

— Ah! Germain, lui dit-elle en sanglotant, vous n'avez donc pas deviné que je vous aime?

VICTOR HUGO.

Victor Hugo naquit à Besançon en 1802 et mourut à Paris en 1885. Il était fils du comte Hugo, lieutenant général sous l'empire. Son génie poétique se développa de bonne heure.

L'enfant.

Lorsque l'enfant paraît, le cercle de famille
Applaudit à grands cris; son doux regard qui brille
Fait briller tous les yeux,
Et les plus tristes fronts, les plus souillés peut-être,
Se dérident souvent à voir l'enfant paraître
Innocent et joyeux.

Soit que juin ait verdi mon seuil, ou que novembre
Fasse autour d'un grand feu vacillant dans la chambre
Les chaises se toucher,
Quand l'enfant vient, la joie arrive et nous éclaire!
On rit, on se récrie, on l'appelle, et sa mère
Tremble à le voir marcher.

Quelquefois nous parlons, en remuant la flamme,
De patrie et de Dieu, des poètes, de l'âme
Qui s'élève en priant;
L'enfant paraît, adieu le ciel et la patrie,
Et les poètes saints! la grave causerie
S'arrête en souriant.

La nuit, quand l'homme dort, quand l'esprit rêve, à l'heure
Où l'on entend gémir, comme une voix qui pleure,
L'onde entre les roseaux;
Si l'aube tout à coup là-bas luit comme un phare,
Sa clarté dans les champs éveille une fanfare
De cloches et d'oiseaux!

Enfant, vous êtes l'aube, et mon âme est la plaine
Qui des plus douces fleurs embaume son haleine,
Quand vous la respirez;
Mon âme est la forêt dont les sombres ramures
S'emplissent pour vous seul de suaves murmures
Et de rayons dorés!

Car vos beaux yeux sont pleins de douceurs infinies,
Car vos petites mains, joyeuses et bénies,
N'ont point mal fait encor;
Jamais vos jeunes pas n'ont touché notre fange;
Tête sacrée, enfant aux cheveux blonds, bel ange
A l'auréole d'or!

Vous êtes parmi nous la colombe de l'arche,
Vos pieds tendres et purs n'ont point l'âge où l'on marche;
Vos ailes sont d'azur.
Sans le comprendre encor, vous regardez le monde.
Double virginité! corps où rien n'est immonde,
Âme où rien n'est impur!

Il est si beau l'enfant, avec son doux sourire,
Sa douce bonne foi, sa voix qui veut tout dire,
Ses pleurs vite apaisés,
Laissant errer sa vue étonnée et ravie,
Offrant de toutes parts sa jeune âme à la vie
Et sa bouche aux baisers!

.....

La grand'mère.

.....
Leur gémissante voix longtemps se plaignit seule.
La jeune aube parut sans réveiller l'aïeule.
La cloche frappa l'air de ses funèbres coups;
Et le soir, un passant, par la porte entr'ouverte,
Vit, devant le saint livre et la couche déserte,
Les deux petits-enfants qui priaient à genoux.

Larmes.

Oh! pourquoi te cacher! Tu pleurais seule ici.
Devant tes yeux rêveurs qui donc passait ainsi?
Quelle ombre flottait dans ton âme?
Était-ce long regret ou noir pressentiment,
Ou jeunes souvenirs dans le passé dormant
Ou vague faiblesse de femme?

Voyais-tu fuir déjà l'amour et ses douceurs,
Ou les illusions, toutes ces jeunes sœurs
Qui le matin, devant nos portes,
Dans l'avenir sans borne ouvrant mille chemins,
Dansent, des fleurs au front et les mains dans les mains,
Et bien avant le soir sont mortes?

Ou bien te venait-il des tombeaux endormis
Quelque ombre douloureuse avec des traits amis,
Te rappelant le peu d'années,
Et demandant tout bas quand tu viendrais le soir
Prier devant ces croix de pierre ou de bois noir
Où pendent tant de fleurs fanées?

.....

Pleure. Les pleurs vont bien, même au bonheur; tes chants
Sont plus doux dans les pleurs: tes yeux purs et touchants
Sont plus beaux quand tu les essuies.

L'été, quand il a plu, le champ est plus vermeil,
Et le ciel fait briller plus frais au beau soleil
Son azur, lavé par les pluies!

.....

Pour les pauvres.

Dans vos fêtes d'hiver, riches, heureux du monde,
Quand le bal tournoyant de ses feux vous inonde,
Quand partout à l'entour de vos pas vous voyez
Briller et rayonner cristaux, miroirs, balustres,
Candélabres ardents, cercle étoilé des lustres,
Et la danse, et la joie au front des conviés;

Tandis qu'un timbre d'or sonnant dans vos demeures
Vous change en joyeux chant la voix grave des heures,
Oh! songez-vous parfois que, de faim dévoré,
Peut-être un indigent dans les carrefours sombres
S'arrête et voit danser vos lumineuses ombres
Aux vitres du salon doré?

Songez-vous qu'il est là sous le givre et la neige,
Ce père sans travail que la famine assiège?
Et qu'il se dit tout bas: «Pour un seul que de biens!
A son large festin que d'amis se récient!
Ce riche est bien heureux, ses enfants lui sourient!
Rien que dans leurs jouets, que de pain pour les miens!»

Et puis à votre fête il compare, en son âme,
Son foyer où jamais ne rayonne une flamme,
Ses enfants affamés, et leur mère en lambeau;
Et, sur un peu de paille, étendue et muette,
L'aïeule, que l'hiver, hélas! a déjà faite
Assez froide pour le tombeau!

.....

Les petits enfants.

Sinite parvulos venire ad me.
JÉSUS.

.....
Venez, enfants!—A vous jardins, cours, escaliers!
Ébranlez et planchers et plafonds et piliers!
Que le jour s'achève ou renaisse,
Courez et bourdonnez comme l'abeille aux champs!
Ma joie et mon bonheur et mon âme et mes chants
Iront où vous irez, jeunesse!

Il est, pour les cœurs sourds aux vulgaires clameurs,
D'harmonieuses voix, des accords, des rumeurs,
Qu'on n'entend que dans les retraites:

Notes d'un grand concert interrompu souvent,
Vents, flots, feuilles des bois, bruits dont l'âme en rêvant
Se fait des musiques secrètes!

Moi, quel que soit le monde et l'homme et l'avenir,
Soit qu'il faille oublier ou se ressouvenir,
Que Dieu m'afflige ou me console:
Je ne veux habiter la cité des vivants
Que dans une maison qu'une rumeur d'enfants
Fasse toujours vivante et folle.

De même, si jamais enfin je vous revois,
Beau pays, dont la langue est faite pour ma voix,
Dont mes yeux aimaient les campagnes:
Bords où mes pas enfants suivaient Napoléon,
Fortes villes du Cid! ô Valence, ô Léon,
Castille, Aragon, mes Espagnes!

Je ne veux traverser vos plaines, vos cités,
Franchir vos ponts d'une arche entre deux monts jetés,
Voir vos palais romains et maures,
Votre Guadalquivir qui serpente et s'enfuit,
Que dans ces chars dorés qu'emplissent de leur bruit
Les grelots des mules sonores!

Jean Valjean.

On frappa à la porte un coup assez violent.

—Entrez, dit l'évêque.

La porte s'ouvrit.

Elle s'ouvrit vivement, toute grande, comme si quelqu'un la poussait avec énergie et résolution.

Un homme entra.

Cet homme, nous le connaissons déjà. C'est le voyageur que nous avons vu tout à l'heure errer cherchant un gîte.

Il entra, fit un pas et s'arrêta, laissant la porte ouverte derrière lui. Il avait son sac sur l'épaule, son bâton à la main, une expression rude, hardie, fatiguée et violente dans les yeux. Le feu de la cheminée l'éclairait. Il était hideux. C'était une sinistre apparition.

Madame Magloire n'eut pas même la force de jeter un cri. Elle tressaillit, et resta béante.

Mademoiselle Baptistine se retourna, aperçut l'homme qui entra et se dressa à demi d'effarement; puis ramenant peu à peu sa tête vers la cheminée, elle se mit à regarder son frère et son visage redevint profondément calme et serein.

L'évêque fixait sur l'homme un œil tranquille.

Comme il ouvrait la bouche, sans doute pour demander au nouveau venu ce qu'il désirait, l'homme appuya ses deux mains à la fois sur son bâton, promena ses yeux tour à tour sur le vieillard et les femmes, et sans attendre que l'évêque parlât, dit d'une voix haute:

—Voici. Je m'appelle Jean Valjean. Je suis un galérien. J'ai passé dix-neuf ans au bagne. Je suis libéré depuis quatre jours et en route pour Pontarlier, qui est ma destination. Quatre jours que je marche depuis Toulon. Aujourd'hui j'ai fait douze lieues à pied. Ce soir, en arrivant dans ce pays, j'ai été dans une auberge, on m'a renvoyé à cause de mon passeport jaune que j'avais montré à la mairie. Il avait fallu. J'ai été à une autre auberge. On m'a dit: va-t-en! Chez l'un, chez l'autre. Personne n'a voulu de moi. J'ai été à la prison, le guichetier ne m'a pas ouvert. J'ai été dans la niche d'un chien. Ce chien m'a mordu et m'a chassé, comme s'il avait été un homme. On aurait dit qu'il savait qui j'étais. Je m'en suis allé dans les champs pour coucher à la belle étoile. Il n'y avait pas d'étoile. J'ai pensé qu'il pleuvrait, et je suis rentré dans la ville. Là, dans la place, j'allais me coucher sur une pierre, une bonne femme m'a montré votre maison et m'a dit: frappe là. J'ai frappé. Qu'est-ce que c'est ici? êtes-vous une auberge? J'ai de l'argent, ma masse. Cent neuf francs quinze sous que j'ai gagnés au bagne par mon travail en dix-neuf ans. Je paierai. Qu'est-ce que cela me fait? j'ai de l'argent. Je suis très fatigué, douze lieues à pied, j'ai bien faim. Voulez-vous que je reste?

—Madame Magloire, dit l'évêque, vous mettrez un couvert de plus.

L'homme fit trois pas et s'approcha de la lampe qui était sur la table:—Tenez, reprit-il, comme s'il n'avait pas bien compris, ce n'est pas ça. Avez-vous entendu? je suis un galérien, un forçat. Je viens des galères.—Il tira de sa poche une grande feuille de papier jaune qu'il déplia.—Voilà mon passeport. Jaune, comme vous voyez. Cela sert à me faire chasser de partout où je vais. Voulez-vous lire? Je sais lire, moi. J'ai appris au bagne. Il y a une école pour ceux qui veulent. Tenez, voilà ce qu'on a mis sur le passeport: «Jean Valjean, forçat libéré, natif de...» cela vous est égal... «est resté dix-neuf ans au bagne. Cinq ans pour vol avec effraction, quatorze ans pour avoir tenté de s'évader quatre fois. Cet homme est très dangereux.» Voilà. Tout le monde m'a jeté dehors. Voulez-vous me recevoir, vous? Est-ce une auberge? voulez-vous me donner à manger et à coucher? avez-vous une écurie?

—Madame Magloire, dit l'évêque, vous mettrez des draps blancs au lit de l'alcôve.

L'évêque se tourna vers l'homme:

—Monsieur, asseyez-vous et chauffez-vous. Nous allons souper dans un instant, et l'on fera votre lit pendant que vous souperez.

Ici l'homme comprit tout à fait. L'expression de son visage, jusqu'alors sombre et dure s'empreignit de stupéfaction, de doute, de joie, et devint extraordinaire. Il se mit à balbutier comme un homme fou:

—Vrai? quoi? vous me gardez? vous ne me chassez pas? un forçat! vous m'appellez monsieur! Vous ne me tutoyez pas! Va-t'en, chien! qu'on me dit toujours. Je croyais bien que vous me chasseriez. Aussi j'avais dit tout de suite qui je suis. Vous êtes de dignes gens. D'ailleurs j'ai de l'argent. Je paierai bien. Pardon, monsieur l'aubergiste, comment vous appelez-vous? je paierai tout ce qu'on voudra. Vous êtes un brave homme. Vous êtes aubergiste, n'est-ce pas?

— Je suis, dit l'évêque, un prêtre qui demeure ici.

— Un prêtre! reprit l'homme. Oh! un brave homme de prêtre! alors vous ne me demandez pas d'argent? le curé, n'est-ce pas? le curé de cette grande église? Tiens! c'est vrai, que je suis bête! je n'avais pas vu votre calotte.

Tout en parlant il avait déposé son sac et son bâton dans un coin, avait remis son passeport dans sa poche, et s'était assis. Mademoiselle Baptistine le considérait avec douceur. Il continua:

— Vous êtes humain, monsieur le curé, vous n'avez pas de mépris. C'est bien un bon prêtre. Alors vous n'avez pas besoin que je paie?

— Non dit l'évêque, gardez votre argent. Combien avez-vous? ne m'avez-vous pas dit cent neuf francs?

— Quinze sous, ajouta l'homme.

— Cent neuf francs quinze sous. Et combien de temps avez-vous mis à gagner cela?

— Dix-neuf ans.

— Dix-neuf ans!

L'évêque soupira profondément.

L'homme poursuivit:—J'ai encore tout mon argent. Depuis quatre jours je n'ai dépensé que vingt-cinq sous que j'ai gagnés en aidant à décharger des voitures à Grasse. Puisque vous êtes abbé, je vais vous dire, nous avons un aumônier au bagne. Et puis un jour j'ai vu un évêque. Monseigneur qu'on l'appelle. C'était l'évêque de la Majoré, à Marseille. C'est le curé qui est sur les curés. Vous savez, pardon, je dis mal cela, mais pour moi, c'est si loin.—Vous comprenez, nous autres!— Il a dit la messe au milieu du bagne, sur un autel, il avait une chose pointue, en or, sur la tête. Au grand jour de midi, cela brillait. Nous étions en rang, des trois côtés, avec les canons, mèche allumée, en face de nous. Nous ne voyions pas bien. Il a parlé, mais il était trop au fond, nous n'entendions pas. Voilà ce que c'est qu'un évêque.

Pendant qu'il parlait, l'évêque était allé pousser la porte qui était restée toute grande ouverte.

Madame Magloire rentra. Elle apportait un couvert qu'elle mit sur la table.

— Madame Magloire, dit l'évêque, mettez ce couvert le plus près possible du feu.—Et se tournant vers son hôte:—Le vent de nuit est dur dans les Alpes. Vous devez avoir froid, monsieur.

Chaque fois qu'il disait ce mot monsieur avec sa voix doucement grave et de si bonne compagnie, le visage de l'homme s'illuminait. L'ignominie a soif de considération.

LAMARTINE.

Alphonse Prat de Lamartine, né le 21 octobre 1790 à Mâcon, mort à Paris le 1^{er} mars 1869.

L'isolement.

Souvent sur la montagne, à l'ombre du vieux chêne,
Au coucher du soleil, tristement je m'assieds;
Je promène au hasard mes regards sur la plaine,
Dont le tableau changeant se déroule à mes pieds.

Ici gronde le fleuve aux ondes écumantes;
Il serpente, il s'enfonce en un lointain obscur;
Là le lac immobile étend ses eaux dormantes
Où l'étoile du soir se lève dans l'azur.

Au sommet de ces monts couronnés de bois sombres,
Le crépuscule encor jette un dernier rayon,
Et le char vapoureux de la reine des ombres
Monte, et blanchit déjà les bords de l'horizon.

Cependant, s'élançant de la flèche gothique,
Un son religieux se répand dans les airs:
Le voyageur s'arrête, et la cloche rustique
Aux derniers bruits du jour mêle de saints concerts.

Mais à ces doux tableaux mon âme indifférente
N'éprouve devant eux ni charme ni transport;
Je contemple la terre ainsi qu'une ombre errante:
Le soleil des vivants n'échauffe plus les morts.

De colline en colline en vain portant ma vue,
Du sud à l'aquilon, de l'aurore au couchant,
Je parcours tous les points de l'immense étendue,
Et je dis: Nulle part le bonheur ne m'attend.

L'homme.

(A LORD BYRON.)

.....
Malheur à qui, du fond de l'exil de la vie,
Entendit ces concerts d'un monde qu'il envie!
Du nectar idéal sitôt qu'elle a goûté,
La nature répugne à la réalité,
Dans le sein du possible en songe elle s'élance:
Le réel est étroit, le possible est immense;
L'âme avec ses désirs s'y bâtit un séjour

Où l'on puise à jamais la science et l'amour;
Où dans des océans de beauté, de lumière,
L'homme, altéré toujours, toujours se désaltère,
Et de songes si beaux enivrant son sommeil
Ne se reconnaît plus au moment du réveil.
.....

Le crucifix.

Toi que j'ai recueilli sur sa bouche expirante
Avec son dernier souffle et son dernier adieu,
Symbole deux fois saint, don d'une main mourante,
Image de mon Dieu,

Que de pleurs ont coulé sur tes pieds que j'adore,
Depuis l'heure sacrée où du sein d'un martyr,
Dans mes tremblantes mains tu passas tiède encore
De son dernier soupir!

Les saints flambeaux jetaient une dernière flamme;
Le prêtre murmurait ces doux chants de la mort,
Pareils aux chants plaintifs que murmure une femme
A l'enfant qui s'endort.

De son pieux espoir son front gardait la trace,
Et sur ses traits, frappés d'une auguste beauté,
La douleur fugitive avait empreint sa grâce,
La mort sa majesté.

Le vent qui caressait sa tête échevelée
Me montrait tour à tour ou me voilait ses traits,
Comme l'on voit flotter sur un blanc mausolée
L'ombre des noirs cyprès.

Un de ses bras pendait de la funèbre couche;
L'autre, languissamment replié sur son cœur,
Semblait chercher encore et presser sur sa bouche
L'image du Sauveur.

Ses lèvres s'entr'ouvraient pour l'embrasser encore;
Mais son âme avait fui dans ce divin baiser,
Comme un léger parfum que la flamme dévore
Avant de l'embraser.

Maintenant tout dormait sur sa bouche glacée,
Le souffle se taisait dans son sein endormi,
Et sur l'œil sans regard la paupière affaissée
Retombait à demi.

Et moi, debout, saisi d'une terreur secrète,
Je n'osais m'approcher de ce reste adoré,
Comme si du trépas la majesté muette
L'eût déjà consacré.

Je n'osais.... Mais le prêtre entendit mon silence.
Et de ses doigts glacés prenant le crucifix:
«Voilà le souvenir, et voilà l'espérance;
Emportez-les, mon fils!»

Oui, tu me resteras, ô funèbre héritage!
Sept fois, depuis ce jour, l'arbre que j'ai planté
Sur sa tombe sans nom a changé de feuillage:
Tu ne m'as pas quitté.

Placé près de ce cœur, hélas! où tout s'efface,
Tu l'as contre le temps défendu de l'oubli,
Et mes yeux goutte à goutte ont imprimé leur trace
Sur l'ivoire amolli.

O dernier confident de l'âme qui s'envole,
Viens, reste sur mon cœur! parle encore, et dis-moi
Ce qu'elle te disait quand sa faible parole
N'arrivait plus qu'à toi.

Pensée des morts.

.....
L'onde n'a plus le murmure
Dont elle enchantait les bois;
Sous des rameaux sans verdure
Les oiseaux n'ont plus de voix;
Le soir est près de l'aurore,
L'astre à peine vient d'éclorre
Qu'il va terminer son tour,
Il jette par intervalle
Une heure de clarté pâle
Qu'on appelle encore un jour.

L'aube n'a plus de zéphire
Sous ses nuages dorés,
La pourpre du soir expire
Sur les flots décolorés,
La mer solitaire et vide
N'est plus qu'un désert aride
Où l'œil cherche en vain l'esquif,
Et sur la grève plus sourde
La vague orageuse et lourde
N'a qu'un murmure plaintif.

La brebis sur les collines
Ne trouve plus de gazon,
Son agneau laisse aux épines
Les débris de sa toison,
La flûte aux accords champêtres
Ne réjouit plus les hêtres
Des airs de joie ou d'amour,

Toute herbe aux champs est glanée:
Ainsi finit une année,
Ainsi finissent nos jours!

.....

Procès de Louis XVI.

Depuis qu'il était isolé, le roi avait refusé de descendre pour respirer l'air au jardin. «Je ne puis me résoudre à sortir seul, disait-il; la promenade ne m'était douce que quand j'en jouissais avec ma femme et mes enfants.» Le 19 décembre, il dit à l'heure du déjeuner à Cléry, devant les quatre municipaux de garde: «Il y a quatorze ans vous fûtes plus matinal qu'aujourd'hui.» Un sourire triste révéla à Cléry le sens de ces paroles. Le serviteur attendri se tut pour ménager la sensibilité d'un père. «C'est le jour, poursuivit le roi, où naquit ma fille! Aujourd'hui, son jour de naissance, être privé de la voir!» Des larmes roulèrent sur son pain. Les municipaux, muets et attendris, semblèrent respecter ce souvenir des jours heureux, qui traversait la prison comme pour la rendre plus sombre.

Le lendemain, Louis se renferma seul dans son cabinet et il écrivit longtemps. C'était son testament, suprême adieu à l'espérance. De ce jour, il n'espéra plus que dans l'immortalité. Il légua en paix tout ce qu'il avait à léguer dans son âme: sa tendresse à sa famille, sa reconnaissance à ses serviteurs, son pardon à ses ennemis. Après cet acte, il parut plus calme. Il avait signé en chrétien la dernière page de sa destinée.

«Moi,—disait en termes textuels mais plus étendus cette confession posthume où l'homme semble parler d'une autre vie,—moi, Louis XVI du nom, roi de France, renfermé depuis quatre mois avec ma famille dans la tour du Temple, à Paris, par ceux qui étaient mes sujets, et privé de toute communication quelconque depuis onze jours, même avec ma famille; impliqué de plus dans un procès dont il est impossible de prévoir l'issue à cause des passions des hommes: n'ayant que Dieu pour témoin de mes pensées et à qui je puisse m'adresser, je déclare ici, en sa présence, mes dernières volontés et mes sentiments. Je laisse mon âme à Dieu mon créateur. Je le prie de la recevoir dans sa miséricorde. Je meurs dans la foi de l'Eglise et dans l'obéissance d'esprit à ses décisions. Je prie Dieu de me pardonner tous mes péchés. J'ai cherché à les reconnaître scrupuleusement, à les détester et à m'humilier devant lui.... Je prie tous ceux que je pourrais avoir offensés involontairement (car je ne me souviens pas d'avoir fait sciemment aucune offense à personne) de me pardonner le mal qu'ils croient que je puis leur avoir fait.... Je prie tous ceux qui ont de la charité d'unir leurs prières aux miennes.... Je pardonne de tout mon cœur à ceux qui se sont faits mes ennemis sans que je leur aie donné aucun motif, et je prie Dieu de leur pardonner, de même qu'à ceux qui par un faux zèle, ou par un zèle mal entendu, m'ont fait beaucoup de mal.... Je recom-

mande à Dieu ma femme et mes enfants, ma sœur, mes tantes, mes frères et tous ceux qui me sont attachés par les liens du sang ou de quelque autre manière que ce puisse être. Je prie Dieu particulièrement de jeter des yeux de miséricorde sur ma femme, mes enfants, ma sœur, qui souffrent depuis longtemps avec moi; de les soutenir par sa grâce s'ils viennent à me perdre et tant qu'ils resteront dans ce monde périssable....

»Je recommande mes enfants à ma femme, je n'ai jamais douté de sa tendresse pour eux. Je lui recommande surtout de ne leur faire regarder les grandeurs de monde, s'ils sont condamnés à les éprouver, que comme des biens dangereux et passagers, et de tourner leurs regards vers la seule gloire solide et durable de l'éternité.... Je prie ma sœur de continuer sa tendresse à mes enfants et de leur tenir lieu de mère s'ils avaient le malheur de perdre leur mère véritable.... Je prie ma femme de me pardonner tous les maux qu'elle souffre pour moi, et les chagrins que je pourrais lui avoir donnés dans le cours de notre union; comme elle peut être sûre que je n'emporte rien contre elle, si elle croyait avoir quelque chose à se reprocher.

«Je recommande bien à mes enfants, après ce qu'ils doivent à Dieu, qui passe avant tout, de rester toujours unis entre eux, soumis et obéissant à leur mère, reconnaissants de toutes les peines qu'elle prend pour eux et en mémoire de moi.... Je les prie de regarder ma sœur comme une seconde mère....

»Je recommande à mon fils, s'il avait le malheur de devenir roi, de songer qu'il se doit tout entier au bonheur de ses concitoyens, qu'il doit oublier toute haine et tout ressentiment, et nommément ce qui a rapport aux malheurs et aux chagrins que j'éprouve. Qu'il se souvienne qu'on ne peut faire le bonheur du peuple qu'en régnant suivant les lois: mais en même temps qu'un roi ne peut faire respecter les lois et opérer le bien qui est dans son cœur qu'autant qu'il a en main l'autorité nécessaire, et qu'autrement, étant contrarié dans ses actes et n'inspirant pas de respect, il est plus nuisible qu'utile!... Qu'il songe que j'ai contracté une dette sacrée envers les enfants de ceux qui ont péri pour moi et de ceux qui sont malheureux à cause de moi!... Je lui recommande MM. Hue et Chamilly, que leur véritable attachement pour moi avait portés à s'enfermer dans ce triste séjour. Je lui recommande aussi Cléry, des soins duquel j'ai à me louer depuis qu'il est avec moi; comme c'est lui qui est resté avec moi jusqu'à la fin, je prie la commune de lui remettre mes vêtements, mes livres, ma montre, ma bourse et les autres petits meubles qui m'ont été enlevés et déposés au conseil de la commune.... Je pardonne à mes gardiens les mauvais traitements et les gênes dont ils ont cru devoir user envers moi.... J'ai trouvé parmi eux quelques âmes sensibles et compatissantes. Que ceux-là jouissent dans leur cœur de la tranquillité que doit leur donner leur façon de penser!... Je prie MM. de Malesherbes, Tronchet et Desèze de recevoir ici tous mes remerciements et l'expression de ma sensibilité pour tous les soins et pour toutes les peines qu'ils se sont donnés pour moi....

«....Je finis en déclarant devant Dieu, et prêt à paraître devant lui, que je ne me reproche aucun des crimes qui sont avancés contre moi...»
»Fait double à la tour du Temple, le 25 décembre 1792.

LOUIS.»

Le même jour ses défenseurs vinrent lui présenter le plan complet de sa défense. Desèze lut le plaidoyer dont il était le rédacteur. Le roi fut ému de la pitié que ses défenseurs voulaient inspirer à ses ennemis. Il les remercia en pleurant.

Quand Desèze et Tronchet se furent retirés, le roi, resté seul avec Malesherbes, parut obsédé d'une pensée secrète. «J'ai une grande peine ajoutée à tant d'autres, dit-il à son ami. Desèze et Tronchet ne me doivent rien. Ils me donnent leur temps et peut-être leur vie. Comment reconnaître un tel service? je n'ai plus rien.—Sire, dit Malesherbes, leur conscience et la postérité se chargeront de leur récompense; mais vous pouvez dès à présent leur en accorder une qu'ils estimeront au plus haut prix.—Laquelle? demanda le roi.—Sire, embrassez-les.»

Le lendemain, quand Desèze et Tronchet entrèrent dans la chambre du captif pour l'accompagner à la Convention, le roi en silence s'approcha d'eux, ouvrit ses bras et les tint longtemps embrassés. L'accusé et les défenseurs ne se parlèrent que par leur sanglots. Le roi se sentit soulagé. Il avait donné tout ce qu'il avait, un serrement contre son cœur. Desèze et Tronchet se sentirent payés. Ils avaient reçu tout ce qu'ils ambitionnaient: le salaire de larmes d'un malheureux abandonné de tous ses sujets, le geste de reconnaissance d'un mourant.

Quelques instants après, Santerre, Chambon et Chaumette vinrent prendre le roi, et le conduisirent pour la seconde fois, avec le même appareil de force, à la Convention. L'Assemblée, ayant fait entrer le roi accompagné de ses défenseurs, écouta dans un religieux silence le discours de Desèze. Desèze parla avec dignité, mais sans éclat. Il discuta quand il fallait frapper. Toutefois, il resta de ce plaidoyer un mot sublime, et qui résumait toute la situation: «Je cherche parmi vous des juges, et je n'y vois que des accusateurs.»

Le roi, qui avait écouté sa propre défense avec un intérêt qui semblait porter davantage sur son défenseur que sur lui-même, se leva quand Desèze eut fini de parler: «On vient de vous exposer, dit-il, mes moyens de défense, je ne les renouvellerai pas. En vous parlant peut-être pour la dernière fois, je vous déclare que ma conscience ne me reproche rien et que mes défenseurs ne vous ont dit que la vérité. Je n'ai jamais craint que ma conduite fût examinée publiquement; mais mon cœur est déchiré de trouver dans l'acte d'accusation l'imputation d'avoir voulu faire répandre le sang du peuple, et surtout que les malheurs du 10 août me soient attribués. J'avoue que les preuves multipliées que j'avais données dans tous les temps de mon amour pour le peuple me paraissaient m'avoir placé au-dessus de ce reproche, moi, qui me serais exposé moi-même pour épargner une goutte du sang de ce peuple.» Il sortit après ces paroles.

De retour dans la salle des inspecteurs de la Convention, le roi se

jeta dans les bras de Desèze. Il pressa les mains de son défenseur dans les siennes, essuya son front avec son mouchoir et chauffa lui-même la chemise destinée à remplacer celle que la sueur de cinq heures de tribune avait trempée sur le corps de Desèze. Dans ces soins familiers, que relevaient sa situation et son rang, le roi semblait oublier que sa propre vie s'agitait dans le tumulte de la salle voisine.

Rentré au Temple, le roi, qui n'avait rien à offrir, détacha sa cravate et la donna à son avocat.

ALFRED DE VIGNY.

Alfred de Vigny, né à Loches en 1797, est mort à Paris en 1863.

Le cor.

.....
Ames des chevaliers, revenez-vous encor?
Est-ce vous qui parlez avec la voix du cor?
Roncevaux! Roncevaux! dans ta sombre vallée
L'ombre du grand Roland n'est donc pas consolée!

Tous les preux étaient morts, mais aucun n'avait fui.
Il reste seul debout, Olivier près de lui,
L'Afrique sur les monts l'entoure et tremble encore.
—Roland, tu vas mourir, rends-toi, criait le More;

Tous tes Pairs sont couchés dans les eaux des torrents.—
Il rugit comme un tigre, et dit: «Si je me rends,
Africain, ce sera lorsque les Pyrénées
Sur l'onde avec leurs corps rouleront entraînées».

—«Rends-toi donc, répond-il, ou meurs, car les voilà».
Et du plus haut des monts un grand rocher roula.
Il bondit, il roula jusqu'au fond de l'abîme,
Et de ses pins, dans l'onde, il vint briser la cime.

—«Merci! cria Roland; tu m'as fait un chemin».
Et jusqu'au pied des monts le roulant d'une main,
Sur le roc affermi comme un géant s'élance,
Et prête à fuir, l'armée à ce seul pas balance.

Tranquilles cependant, Charlemagne et ses preux
Descendaient la montagne et se parlaient entre eux.
A l'horizon déjà, par leurs eaux signalées,
De Luz et d'Argelès se montraient les vallées.

L'armée applaudissait. Le luth du troubadour
S'accordait pour chanter les saules de l'Adour;
Le vin français coulait dans la coupe étrangère;
Le soldat, en riant, parlait à la bergère.

Roland gardait les monts; tous passaient sans effroi.
Assis nonchalamment sur un noir palefroi
Qui marchait revêtu de housses violettes,
Turpin disait, tenant les saintes amulettes:

«Sire, on voit dans le ciel des nuages de feu;
Suspendez votre marche, il ne faut tenter Dieu,
Par monsieur saint Denis, certes ce sont des âmes
Qui passent dans les airs sur ces vapeurs de flammes.

«Deux éclairs ont relui, puis deux autres encor». —
Ici l'on entendit le son lointain du cor. —
L'Empereur étonné, se jetant en arrière,
Suspend du destrier la marche aventureuse.

«Entendez-vous? dit-il. — Oui, ce sont des pasteurs
Rappelant les troupeaux épars sur les hauteurs,
Répondit l'archevêque, ou la voix étouffée
Du nain vert Obéron qui parle avec sa fée.»

Et l'Empereur poursuit; mais son front soucieux
Est plus sombre et plus noir que l'orage des cieux.
Il craint la trahison, et tandis qu'il y songe
Le cor éclate et meurt, renaît et se prolonge.

«Malheur! c'est mon neveu! malheur! car si Roland
Appelle à son secours, ce doit être en mourant.
Arrière! chevaliers, repassons la montagne!
Tremble encor sous nos pieds, sol trompeur de l'Espagnol!»

Sur le plus haut des monts s'arrêtent les chevaux;
L'écume les blanchit; sous leurs pieds, Roncevaux
Des feux mourants du jour à peine se colore.
A l'horizon lointain fuit l'étendard du More.

— «Turpin, n'as-tu rien vu dans le fond du torrent?
— J'y vois deux chevaliers; l'un mort, l'autre expirant.
Tous deux sont écrasés sous une roche noire;
Le plus fort, dans sa main, élève un cor d'ivoire,
Son âme en s'exhalant nous appela deux fois.»

.....
Dieu! que le son du cor est triste au fond des bois!

Le repos.

Une fois, par malheur, si vous avez pris terre,
Peut-être qu'un de vous, sur un lac solitaire,
Aura vu, comme moi, quelque cygne endormi,
Qui se laissait au vent balancer à demi.
Sa tête nonchalante, en arrière appuyée,
Se cache dans la plume au soleil essuyée;
Son poitrail est lavé par le flot transparent,

Comme un écueil où l'eau se joue en expirant;
Le duvet qu'en passant l'air dérobe à sa plume,
Autour de lui s'envole et se mêle à l'écume;
Une aile est son coussin, l'autre est son éventail;
Il dort, et de son pied le large gouvernail
Trouble encore, en ramant, l'eau tournoyante et douce
Tandis que sur ses flancs se forme un lit de mousse,
De feuilles et de joncs, et d'herbages errants,
Qu'apportent près de lui d'invisibles courants.

DELA VIGNE.

Jean François Casimir Delavigne naquit au Havre, en avril 1793. Son père était un négociant honorable qui avait acquis une assez grande fortune dans le commerce de la porcelaine. Il est mort le 12 décembre 1843.

Les Enfants d'Edouard.

Acte II, scène III.—Glocester, Tyrrel.

Glocester. C'est Tyrrel qu'on vous nomme?

Tyrrel. James Tyrrel, milord.

Glocester. Vous êtes gentilhomme?

Tyrrel. D'assez bonne maison; c'est là mon beau côté:
Car des biens paternels mon nom seul m'est resté.

Glocester. Vous avez dévoré plus d'un riche héritage?

Tyrrel. Quatre.

Glocester. Vous en auriez dissipé davantage.

Tyrrel. Je le présume aussi: mais pour m'en assurer,
Je n'ai plus par malheur de parens à pleurer.

Glocester. Vous auriez mis, dit-on, seigneur de haut lignage,
Pour cent livres sterling tous vos aïeux en gage.

Tyrrel. C'est une calomnie et milord le sent bien;
Vu que sur des aïeux un juif ne prête rien.

Glocester. Voilà votre raison?

Tyrrel. Elle est bonne.

Glocester. Vous êtes
Décrié pour vos mœurs, écrasé sous vos dettes,
Sans principes, sans frein.....

Tyrrel. Ajoutez sans crédit,
Et, cela fait, milord, vous n'aurez pas tout dit.

Glocester. Joueur!

Tyrrel. Qui ne l'est pas?

Glocester. Joueur déraisonnable!

Tyrrel. Si j'avais ma raison, je serais plus coupable.

Glocester. Le vin, en vous l'ôtant, vous rendit querelleur.....

Tyrrel. Il eut donc tous les torts; je n'eus que du malheur.

Glocester. Furieux.

Tyrrel. C'est sa faute.

Glocester. Et meurtrier par suite.

Tyrrel. C'est pourtant là, milord, que mène l'inconduite.

Glocester. A Tyburn.

Tyrrel. Où j'attends qu'un bond précipité
Me lance dans l'espace et dans l'éternité.

Glocester. Le terme du voyage est fort triste.

Tyrrel. Sans doute;
Mais je me suis du moins amusé sur la route.

Glocester. Je vois que les cachots ne vous ont pas changé.

Tyrrel. Tant que je n'aurai rien je serai corrigé.

Glocester. Mais si l'on vous pardonne?

Tyrrel. On perdra sa clémence.

Glocester. Et si l'on vous rend tout, Tyrrel?

Tyrrel. Je recommence.

A l'âge respectable où je suis parvenu,
Hors la vertu, milord, rien ne m'est inconnu.
Mais à mourir demain je me sou mets d'avance,
S'il faut pour me sauver faire sa connaissance.
Moi, comme un apostat, renier mes beaux jours!
Jamais. Grands airs, grand train, duels, folles amours,
J'avais tous les défauts qu'un gentilhomme affiche,
Et des amis!..... jugez: je fus quatre fois riche.
Nous étions beaux à voir autour d'un bol en feu,
Buvant sa flamme, en proie aux bourrasques du jeu,
Quand il faisait rouler sous nos mains forcenées,
Le flux et le reflux des piles de guinées.
Quelles nuits! beau joueur et plus heureux amant,
J'eus un fils; bien à moi: je ne sais pas comment;
Mais je l'idolâtrai. Il était adorable,
Lorsqu'au milieu des dèd qui parcouraient la table,
Il trépignait sur l'or par ses pieds dispersé;
Je le prêchais d'exemple; il m'aurait surpassé,
Et déjà son enfance, en malices féconde,
Promettait le démon le plus charmant du monde.....
Ce n'est qu'un ange, hélas! Dieu me l'a retiré.
Je l'ai pleuré, ce fils; ah! je l'ai bien pleuré.
J'étais mort à la joie: et j'ai voulu renaître;
Jetant trésors, contrats, regrets, par la fenêtre,
J'y jetai ma raison: il fallait oublier.
Du désordre opulent qui m'était familier,
Je descendis plus bas; je bus jusqu'à la lie
De la taverne enfin la grossière folie,
Et d'excès en excès je tombai, je roulai
Jusqu'au fond de l'abîme, où, de plaisirs brûlé,
Mais trop pauvre d'argent pour mourir dans l'ivresse,
En m'éveillant à jeun, je connus ma détresse.
Vous parlez de Tyburn; me voilà: je suis prêt.
N'ayant plus un schelling, je n'ai pas un regret.
Que le néant, le ciel, ou l'enfer me réclame,
Mon corps est arrivé: bon voyage à mon âme!

Glocester. Convenez-en, Tyrrel, vous seriez homme encor
A la vendre au démon, s'il vous offrait de l'or.

Tyrrel. Je ne marchande pas, quelque prix qu'il y mette.
Mais il l'aura pour rien; je doute qu'il l'achète.
Glocester. Et s'il fait le marché?
Tyrrel. C'est une dupe.
Glocester. Eh bien!
Veux-tu la vendre?
Tyrrel. A qui?
Glocester. Je l'achète.
Tyrrel. Combien?
Glocester. Je te rends tout.
Tyrrel. Voyons.
Glocester. D'abord ton innocence.
Tyrrel. Après?
Glocester. Ta liberté.
Tyrrel. C'est mieux.
Glocester. Ton opulence.
Tyrrel. C'est assez.
Glocester. Pour Tyrrel; mais stipulons pour moi.
Tyrrel. Que vous faut-il, milord?
Glocester. Un plein pouvoir sur toi.
Tyrrel. Vous l'aurez.
Glocester. Aujourd'hui?
Tyrrel. Sur l'heure.
Glocester. Au premier signe,
Comprends-moi.
Tyrrel. J'ai des yeux.
Glocester. Frappe qui je désigne.
Tyrrel. Mon bras n'est que trop sûr.
Glocester. Sans consulter le rang.
Tyrrel. Hors le prix convenu, tout m'est indifférent.
Glocester. Mon ami, si je veux.
Tyrrel. Et le mien, s'il vous gêne.
Glocester. A l'œuvre!
Tyrrel. Commandez, milord, je suis en veine.
Glocester. Du comte d'Hereford délivre-moi ce soir,
Tyrrel. Je ne le connais pas.
Glocester. Bientôt tu vas le voir.
Tyrrel. Où l'attendre?
Glocester. A White-Hall.
Tyrrel. Il est mort s'il y passe.
Glocester. Je l'y ferai passer.
Tyrrel. Bien.
Glocester. Un point m'embarrasse.
Tyrrel. Lequel?
Glocester. Peut-on encor te connaître à la cour?
Tyrrel. J'y parus à vingt ans et n'y restai qu'un jour.
Glocester. Pourquoi?
Tyrrel. Je m'ennuyai, milord, de l'étiquette.
Glocester. Que sir James Tyrrel aujourd'hui s'y soumette.....
Tyrrel. Il le fera pour vous.
Glocester. C'est bien: levez les yeux;
Sur votre front hautain portez tous vos aïeux.
Allons, mon gentilhomme, une superbe audace!
Un train de roi! cet air qui dit: faites-moi place!

Des vices de bon goût! de splendides repas!
Vos salons, dès demain, ne désempliront pas;
Et nul n'ira chercher, s'il s'amuse à vos fêtes,
Qui vous étiez, sir James, en voyant qui vous êtes.
Tout vous convient-il?

Tyrrel.

Tout.

Glocester.

C'est donc fait?

Tyrrel.

Je conclus.

Glocester. Moi, je paie; à présent tu ne t'appartiens plus,

Tyrrel. Jamais on n'eut sur moi de droit si légitime:

Vous m'avez acheté plus que je ne m'estime.

Glocester. (En lui montrant une des portes latérales. Pendant qu'il s'éloigne.)

On vient, sors.—Par Saint-George! on ne l'a pas flatté:

Il me réconcilie avec l'humanité.

ALFRED DE MUSSET.

Alfred de Musset, né le 11 novembre 1810 à Paris, y est mort le 1^{er} mai 1857.

Tristesse.

J'ai perdu ma force et ma vie,
Et mes amis et ma gaité;
J'ai perdu jusqu'à la fierté
Qui faisait croire à mon génie.

Quand j'ai connu la Vérité,
J'ai cru que c'était une amie;
Quand je l'ai comprise et sentie,
J'en étais déjà dégoûté.

Et pourtant elle est éternelle,
Et ceux qui se sont passés d'elle
Ici-bas ont tout ignoré.

Dieu parle, il faut qu'on lui réponde,
Le seul bien qui me reste au monde
Est d'avoir quelquefois pleuré.

Sonnets à madame Mennessier-Nodier.

I.

Madame, il est heureux celui dont la pensée
(Qu'elle fût de plaisir, de douleur ou d'amour)
A pu servir de sœur à la vôtre un seul jour!
Son âme dans votre âme un instant est passée.

Le rêve de son cœur un soir s'est arrêté,
Ainsi qu'un pèlerin, sur le seuil enchanté
Du merveilleux palais, tout peuplé de féeries,
Où dans leurs voiles blancs dorment vos rêveries!

Qu'importe que bientôt pour un autre oublié,
De vos lèvres de pourpre il se soit envolé
Comme l'oiseau léger s'envole après l'orage!

Lorsqu'il a repassé le seuil mystérieux,
Vos lèvres l'ont doré, dans leur divin langage,
D'un sourire mélodieux.

II.

—«Je vous ai vue enfant, maintenant que j'y pense,
Fraîche comme une rose, et le cœur dans les yeux.
—Je vous ai vu bambin, boudeur et paresseux,
Vous aimiez lord Byron, les grands vers et la danse.»

Ainsi nous revenaient les jours de notre enfance,
Et nous parlions déjà le langage des vieux;
Ce jeune souvenir riait entre nous deux,
Léger comme un écho, gai comme une espérance.

Le lâche craint le temps parce qu'il fait mourir;
Il croit son mur gâté lorsqu'une fleur y pousse.
O voyageur ami, père du souvenir,

C'est ta main consolante, et si sage et si douce,
Qui consacre à jamais un pas fait sur la mousse,
Le hochet d'un enfant, un regard, un soupir.

IV.

Vous les regrettiez presque en me les envoyant,
Ces vers, beaux comme un rêve, et purs comme l'aurore
«Ce malheureux garçon, disiez-vous en riant,
Va se croire obligé de me répondre encore.»

Bonjour, ami sonnet, si doux, si bienveillant,
Poésie, amitié, que le vulgaire ignore,
Gentil bouquet de fleurs, de larmes tout brillant
Que dans un noble cœur un soupir fait éclore.

Oui, nous avons ensemble, à peu près, commencé
A songer ce grand songe où le monde est bercé.
J'ai perdu des procès très chers, et j'en appelle.

Mais, en vous écoutant, tout regret a cessé.
Meure mon triste cœur, quand ma pauvre cervelle
Ne saura plus sentir le charme du passé.

Le versificateur.

.....
Est-il, je le demande, un plus triste souci
Que celui d'un niais qui veut dire une chose,
Et qui ne la dit pas, faute d'écrire en prose?
J'ai fait de mauvais vers, c'est vrai; mais, Dieu merci!
Lorsque je les ai faits, je les voulais ainsi,
Et de Wailly ni Boiste, au moins, n'en sont la cause.

Non, je ne connais pas de métier plus honteux,
Plus sot, plus dégradant pour la pensée humaine,
Que de se mettre ainsi la cervelle à la gêne,
Pour écrire trois mots quand il n'en faut que deux,
Traiter son propre cœur comme un chien qu'on enchaîne
Et fausser jusqu'aux pleurs que l'on a dans les yeux.

Le poète.

Impromptu en réponse à cette question: Qu'est-ce que la poésie?

Chasser tout souvenir et fixer la pensée,
Sur un bel axe d'or la tenir balancée,
Incertaine, inquiète, immobile pourtant;
Éterniser peut-être un rêve d'un instant;
Aimer le vrai, le beau, chercher leur harmonie;
Écouter dans son cœur l'écho de son génie;
Chanter, rire, pleurer, seul, sans but, au hasard;
D'un sourire, d'un mot, d'un soupir, d'un regard
Faire un travail exquis, plein de crainte et de charme.

Faire une perle d'une larme:
Du poète ici-bas voilà la passion,
Voilà son bien, sa vie et son ambition.

DE BORNIER.

Henri, vicomte de Bornier, poète, et surtout connu comme poète dramatique, est né à Lunel (Hérault) le 25 décembre 1825.

La fille de Roland.

Roland, neveu de Charlemagne, est mort à Roncevaux, accablé par la foule des Sarrasins et victime de la jalousie du traître Ganelon. L'empereur a recueilli à sa cour Berthe, la fille de Roland, qu'il traite

comme sa propre fille; mais il n'a pu recueillir également l'autre trésor du héros, son épée, la glorieuse Durandal. C'est un Sarrasin, Noéthold, qui la possède, et vient insolemment à Aix-la-Chapelle l'offrir comme prix d'un combat singulier à quiconque pourra le vaincre. Chaque jour un paladin français tente la chance du combat et succombe; l'orgueilleux infidèle va repartir et remporter l'épée non reconquise, quand la cloche d'argent résonne: un jeune chevalier se présente au combat; c'est Gérard, le fils du comte Amaury, le fiancé de Berthe. Il lutte, il est vainqueur. il va recueillir le double prix de sa vaillance, la main de Berthe et l'épée glorieuse. Mais son père, inconnu depuis longtemps à la cour, s'y montre enfin sur l'invitation, sur l'ordre de l'empereur. L'œil perçant de Charlemagne ne s'y trompe point. Amaury n'est autre que le traître Ganelon. Dès que Gérard apprend ce terrible secret, il renonce à toutes ses espérances, quitte la cour de Charlemagne et va ensevelir dans de nouveaux dangers la honte de sa naissance, la gloire de ses exploits et la douleur d'un impossible amour.

Le Sarrasin.

LA CLOCHE D'ARGENT.

Acte III, Scène I.—Geoffroy, Hardré, Ragenhard.

Geoffroy.

Autrefois, dans ces jours que tu regrettes tant,
Quand un de ces héros dont sans cesse tu parles
Venait dans ce palais trouver l'empereur Charles,
S'il avait accompli quelques hauts faits nouveaux,
Sûr d'obtenir ainsi le prix de ses travaux,
Il sonnait cette cloche, et puis faisait connaître
La première faveur qu'il réclamait du maître;
Seulement une loi terrible, on le conçoit,
Aurait puni quiconque eût réclamé sans droit.
Eh bien! depuis dix ans peut-être cette cloche,
Richard, est immobile.....
.....
Seigneur saxon, voilà trente jours.... hélas ouï!
Nous achevions le jeu d'armes comme aujourd'hui;
Un Sarrasin, suivi d'une nombreuse escorte,
Charlemagne étant là, parut à cette porte.
«Sire Empereur, dit-il, je pris, étant enfant,
Le jour de Roncevaux, sous le corps de Roland,
Durandal, son épée, et je viens vous la rendre,
Mais je ne la rendrai qu'à qui pourra la prendre!»
Dieu nous châtie, hélas! dans ces affreux tournois,
Trente barons français sont morts depuis un mois;
Et bientôt l'on verra peut-être l'infidèle,
Remportant Durandal, quitter Aix-la-Chapelle.
Cependant, chaque jour, à l'heure du combat,
Levant avec effort son front que l'âge abat,

L'Empereur vient ici. Près de cette fenêtre,
On le voit du dehors, grave et calme paraître.
Son regard attentif, mais déjà résigné,
Cherche son champion pour la mort désigné.
La fille de Roland, qui seule l'accompagne,
Dame Berthe, soutient le bras de Charlemagne;
Quoique sans espérance, immobile et debout,
Il veut être témoin du combat jusqu'au bout;
Penché sur ce champ clos qui n'est plus qu'une tombe,
Il bénit de la main le chevalier qui tombe.
Puis on le voit rentrer, plus pâle et plus tremblant,
En murmurant toujours ce nom: Roland! Roland!

Scène II.—Charlemagne, Berthe.

.....
(On entend au dehors une fanfare de clairons.)
Ecoutez!

Charlemagne. Le voici! le païen! le vainqueur!
L'étranger! Cesse donc de battre, mon vieux cœur!
Finir ainsi vaincu..... par ce More d'Espagne!
Moi, Charles! moi qui suis, moi qui fus Charlemagne!
Non, je ne le suis plus! Courbe le tête, ô roi,
Puisque Dieu pour toujours s'est retiré de toi!
(Charlemagne va lentement se placer sur le trône. Le Sarrasin entre et se place en face de lui.)

LE DÉFI.

Scène III.—Les mêmes, Noéthold et sa suite de Sarrasins; seigneurs français.

Noéthold. Moi, Noéthold, émir, et prince de Valence,
Je vous défie encore, à l'épée, à la lance,
A l'arc, au javelot; la lice va s'ouvrir;
Barons français, lequel d'entre vous vient mourir?

Tous.

Charlemagne. Moï! moï! Non, arrêtez! lutter serait folie:

Je sens depuis un mois que Dieu nous humilie;
Trop de sang a coulé déjà, barons chrétiens;
Toi, mécréant, tu peux retourner chez les tiens!

Noéthold. Je m'en retourne donc, ainsi que tu l'as dit;
Mon triomphe est complet, puisque tu l'as maudit.
Nul ne m'accusera d'une gloire usurpée:
De ton neveu Roland je remporte l'épée,
Durandal!..... Je l'ai bien conquise, tu le vois;
Roi, regarde-la donc pour la dernière fois!

Charlemagne. Attends!—Du sang des miens je pouvais être avare,
Puisque pour toi contre eux le destin se déclare.
La force en moi décroît: je n'ai plus soixante ans!
Mais ce reste suffit aux hommes de mon temps;
C'est moi qui combattrai contre toi tout à l'heure,
Et s'il faut sous tes coups que Charlemagne meure,

Il suffira, païen, qui crois nous avilir,
De mon dernier regard pour te faire pâlir!
Viens donc!

Tous les seigneurs.

Sire empereur! Non, par grâce!

Berthe.

Mon père!

C'est chercher le trépas!

Charlemagne.

Non, mes enfants! j'espère!

Puis à survivre ainsi j'aurais trop de remords;
Quand ils n'ont plus la gloire, il reste aux rois la mort.
—Ennemi de mon Dieu, comme de mon empire,
Viens mourir ou tuer!

(On entend le son d'une cloche au dehors.)

Berthe.

La cloche d'argent, sire!

LE CHAMPION CHRÉTIEN.

Scène IV.—Les mêmes, **Gérald**, paraissant au fond.

Charlemagne. Gérald!

Berthe.

Gérald. Oui, sire! Oh! je le savais bien!

C'est lui.

Gérald.

Sire empereur, d'après le droit ancien
Accordé par vous-même aux guerriers sans reproche,
J'ai fait, en cet instant, résonner cette cloche.

Charlemagne.

Approche, chevalier.—J'aime ce fier visage;
Fils du comte Amaury, je connais ton courage;
Ma nièce a dû la vie à ta jeune valeur;
Mais celui que tu viens combattre est, par malheur,
Vaillant autant que fort et rude à la bataille;
Tu peux juger déjà de sa force à sa taille.

Gérald.

Sa taille.... Mieux encor je la mesurerai,
Sur le champ du combat où je le coucherai.

Charlemagne.

Tu parles noblement par Saint Pol de Tudèle,
Va donc venger nos deuils, va punir l'infidèle.
Reprends-lui Durandal, le glaive de Roland
Que brandit ce païen à son bras insolent;
Et puisque ta valeur ne se plaît qu'à l'épée,
Prends la mienne, ta main n'en sera point trompée.
Voici *Joyeuse*! Elle est noble et digne d'un roi;
Je ne l'ai confiée à personne avant toi.

Gérald.

Oui, sire, de vos mains j'ai l'orgueil de la prendre,
Mais, à vous seul aussi, je jure de la rendre.

Berthe.

(Allant vers lui.)

Regardez-moi, Gérald. Puis, ma main dans la vôtre....
Elles ne tremblent pas, voyez! l'une ni l'autre!
Allez, mon chevalier! Va, mon Gérald!

Noéthold.

Chrétien,

Ton courage me plaît, étant digne du mien;
Mais le sort va bientôt tromper ton espérance:
Suis-moi!—Pour Mahomet!

Gérald.

Pour le Christ et la France!

(Noéthold et Gérald sortent, suivis de la foule. Charlemagne et Berthe restent seuls.)

LE VAINQUEUR.

Scène VI.—Les mêmes, **Gérald, Amaury**, la foule; un page qui porte les deux épées.

Gérald. Sire, voici Joyeuse et voici Durandal.

Charlemagne. Viens dans mes bras, mon fils, preux fidèle et loyal!

(Au page qui porte les deux épées.)

Donnez-moi Durandal..... (Il prend l'épée.)

Te voilà délivrée,

Durandal!—C'est bien toi! C'est ta lame sacrée!

Je reconnais l'acier, et, dans ta garde d'or,

Les reliques..... Voyez, elles y sont encor!

Oh! laisse-moi presser mes lèvres sur ta lame,

Épée illustre et sainte où Roland mit son âme!

Que tu devais souffrir, captive des païens!

Console-toi: c'est moi, moi le roi, qui te tiens!

—Mon Roland t'attendait dans sa demeure sombre:

Nous irons t'y placer pour réjouir son ombre.

(Il va placer Durandal sur le trône, puis revient vers Gérald.)

Repose jusque-là sur le trône royal,

Sous les plis du drapeau de France, ô Durandal!

—Gérald, voici le prix que ta valeur réclame:

La fille de Roland demain sera ta femme;

Viens maintenant, au pied des autels prosterné,

Offrir ce grand triomphe à qui nous l'a donné!

(Tout le monde sort, excepté Amaury, qui est resté jusque-là perdu dans la foule.)

LE PÈRE DU HÉROS.

Scène VIII.—**Charlemagne, Amaury.**

Charlemagne.

Ganelon!

Amaury.

Grand Dieu! (Reculant sous le regard de l'Empereur.)

Charlemagne.

C'est le malheur des rois de reconnaître,

Et trop tard bien souvent, le visage d'un traître!

Oui, c'est lui, Ganelon! l'homme de Roncevaux!

Il sort donc de l'enfer pour des crimes nouveaux!

Amaury.

Sire.....

Charlemagne.

Pas un seul mot! (S'éloignant de lui.)

Amaury.

Sire.....

Charlemagne.

Tais-toi, te dis-je!

Quoi! cet homme sauvé par quelque noir prodige,

Quand nos gloires semblaient refleurir aujourd'hui,

Quoi! cet homme revient! C'est bien lui! c'est bien lui!

—Tant mieux! Puisque autrefois il trompa ma colère,

Le second châtiment sera plus exemplaire:

Roland méritait bien d'être vengé deux fois!

Oui, dans ce même lieu qu'épouvante ta voix,

Ganelon, où jadis ma noble sœur, ta femme,

Mourut de honte après ta trahison infâme,
Où la belle Aude apprit la fin de son époux,
De Roland, et tomba morte, là, devant nous,
Sous ces murs indignés, traître qui fus mon frère,
Tu vas périr enfin!

Scène IX.—Les mêmes, **Gérald.**

Gérald. Je vous cherchais, mon père.

Charlemagne. Son père? lui!

Amaury. Gérald, je demandais au roi
Une faveur nouvelle, une grâce pour moi.
Je crains que ta présence, en ce que je dois dire,
Ne trouble mon esprit, mon fils.....

Gérald. Je me retire.

Amaury. Mais ne t'éloigne pas; je te rappellerai
Quand il en sera temps.

Gérald. Mon père, j'attendrai.

L'EXIL.

Acte VI, scène III.—**Charlemagne, Gérald, Berthe,** les seigneurs.

Charlemagne. Viens, Gérald, et reçois

La main que t'offre Berthe une seconde fois.

Gérald. Sire, je vous bénis dans mon âme confuse,
Mais, ce dernier bienfait, sire, je le refuse.

Berthe. Dieu! Gérald!

Gérald. Laissez-moi m'expliquer devant vous,
Devant l'Empereur, Berthe, ainsi que devant tous.
Oui, sire, ce bienfait, cette faveur insigne,
C'est en les refusant que j'en puis être digne.
J'entends là cette voix qui ne saurait mentir:
Je suis le fils du crime, et non du repentir!
Afin qu'aux yeux de tous la leçon soit plus haute,
Je veux que le malheur soit plus grand que la faute;
Et le père sera d'autant mieux pardonné
Que le fils innocent se sera condamné!
Sans cela l'on dirait, en citant mon exemple,
Que l'expiation ne fut point assez ample;
Et j'aime mieux briser mon cœur en ce moment
Que d'être un jour témoin de votre étonnement!
Oui, vous-mêmes, vous tous qui plaignez mes souffrances,
Vous qui me consolez dans mes horribles transes,
Peut-être cet élan de vos cœurs généreux
S'arrêterait bientôt à me voir plus heureux!
Mon père s'exilait: nous partirons ensemble;
Il sied que le destin jusqu'au bout nous rassemble.
—Que mon malheur du moins serve à tous de leçon,
Pour mieux vaincre à jamais l'esprit de trahison.
Songez à vos enfants! Songez que d'un tel crime
Votre race serait l'éternelle victime,
Et que tous les remords, tous les pleurs d'ici-bas,

Toutes les eaux du ciel ne l'effaceraient pas!
Tu veux partir, Gérald.
Oui, Berthe.
Ah! si tu m'aimes,
Ne sois pas seul, Gérald, si cruel pour nous-mêmes!
Je n'ose plus t'aimer.
Et moi, Gérald, et moi!
Pour me frapper ainsi, que t'ai-je fait? Pourquoi?
Le sort nous frappe seul!
N'en sois donc pas complice!
Ne perds pas le bonheur.....
Veux-tu que j'en rougisse?
Regarde l'avenir.
Je vois trop le passé!
Eh bien, si pour toi seul il n'est pas effacé,
S'il ne te suffit pas que l'Empereur pardonne;
S'il faut que la mort parle et que le ciel ordonne,
Eh bien, Gérald, au nom de mon père.....
Plus bas:
Le mien pourrait entendre!
(Tombant dans les bras de ses suivantes.)
Ah! plus d'espoir, hélas!
(Allant vers Charlemagne.)
Sire, devant ces pleurs, venez à ma défense!
Je ne peux rien céder contre ma conscience,
Tout espoir me rendrait à moi-même odieux:
La fille de Roland au fils de..... Justes Dieux!
Non, jamais! Sa pitié ne voit que mon martyr,
Aujourd'hui.... Mais demain! Vous m'avez compris, sire.
Charlemagne. C'est vrai, Gérald! Ton roi, ton juge et ton seigneur,
Ne te saurait blâmer pour cet excès d'honneur;
Mais, comme roi, voici ma sentence dernière:
Hier, pour délivrer Durandal prisonnière,
Je t'ai prêté Joyeuse.—Aujourd'hui, je fais mieux:
Il faut à ton courage un prix plus glorieux:
Je veux que Durandal désormais t'appartienne,
Car la main de Roland la mettrait dans la tienne!
La noble épée a soif du sang de l'étranger:
Toi, son libérateur, mène-la se venger;
Et quand vous aurez fait ce qu'il faut faire encore,
Quand vous aurez chassé du couchant à l'aurore
Nos derniers ennemis, comme un troupeau tremblant,
Tu la rapporteras au tombeau de Roland!
Gérald. Oui, sire, à son tombeau, là-bas! en Aquitaine!
Et puis, j'irai chercher une mort plus lointaine!
Et si la mort te fuit, Gérald?
Je marcherai
Si loin et d'un tel pas, que je la trouverai!
(Après un long silence.)
Eh bien.... je me sou mets: qui t'aime te ressemble.
Dieu fit nos cœurs pareils: que Dieu seul les rassemble!
—Adieu, Gérald!
Charlemagne. Barons, princes, inclinez-vous
Devant celui qui part: il est plus grand que nous!

MANUEL.

M. Eugène Manuel, d'origine israélite, est né à Paris le 13 juillet 1823.

Le rosier.

Il a vécu sur un tombeau,
Le rosier fleuri que j'arrose:
Le mystère du froid caveau
S'épanouit dans chaque rose!

Sur le tombeau d'un pauvre enfant,
D'un pauvre enfant qui fut mon frère
Il avait ses fleurs à tout vent,
Et ses racines dans la bière.

Un simple marbre a tout couvert;
Le buis n'y vient plus en bordure;
Le thuya; l'arbre toujours vert,
N'ombrage plus la sépulture;

Le deuil a parfois son dédain:
On a proscrit tout ce qui tombe,
Et j'ai planté dans mon jardin
L'humble rosier, fils de la tombe!

Le repos du paysan.

L'office a commencé: l'église est large ouverte:
La grosse voix du chantre éclate jusqu'à nous,
On aperçoit du seuil les femmes à genoux;
Les hommes sont dehors, la tête découverte.

Tandis que le serpent fait ses rauques accords,
Debout, libres du poids des bêches et des pioches
Ils devisent entre eux, les deux mains dans leurs poches,
Sous leurs habits de fête étirant leurs grands corps.

C'est la loi du repos: ils ont, pour la journée,
Quitté l'arpent de terre, à peine ensemencé;
Sur les longs coteaux bruns le soc gît enfoncé,
Dans les chaumes déserts la herse est retournée.

Ils ont laissé les bœufs à l'étable accroupis.
Et, comme eux absorbés dans un oubli paisible,
Ils tournent par instants vers l'autel invisible
Leur front, dont la sueur est sur tous nos épis!

Les bras ont travaillé, l'âme prend sa revanche :
Car, redressant l'échine aux premiers carillons,
Le rude paysan, le fils des noirs sillons,
Courbé durant six jours, n'est droit que le dimanche.

La visite au fort.

(Décembre 1870.)

Avec son grand panier, qui lui battait la hanche,
La bonne femme allait au fort chaque dimanche.

.....
Que d'ingénus soucis pour l'enfant qu'elle aimait!

Que d'objets chaque fois l'humble osier renfermait,
Depuis les gros souliers faits pour braver la neige,
Jusqu'aux vivres que peut fournir la fin d'un siège!
Et lorsqu'elle voyait, de loin, les yeux ravis,
Son brave enfant debout contre le pont-levis,
Elle pressait le pas, lui faisant mille signes
Pour l'attirer dehors, en dépit des consignes.
Et des cris, des baisers, et des récits sans fin!
Et puis, les questions: «As-tu froid? as-tu faim?
As-tu gardé pour toi, pour toi seul, en cachette,
Quand je veux te gâter, les douceurs que j'achète?
J'entendais le canon des forts: s'est-on battu?
Et les précautions que tu sais, les prends-tu?
Quel rude hiver! as-tu bien chaud sous ta vareuse?
En travaillant pour toi, je suis moins malheureuse;
J'ajoute tous les jours quelque chose au panier;
Je me dis: c'est pour lui! c'est pour mon prisonnier!
Et l'on a beau compter sept jours à la semaine,
Moi, je n'en connais qu'un, celui qui me ramène!»
Elle continuait ainsi, l'interrogeant;
Et le soldat d'hier jouait au vieux sergent:
«Tout va bien. L'on s'y fait. Tiens-toi tranquille. En somme,
Il faut beaucoup de plomb pour vous abattre un homme!

.....
Ce jour-là,—l'on était en décembre—la brume
Rendait le temps plus sombre encor que de coutume,
Et les chemins boueux qui s'en vont vers les forts
Étaient tristes, comme est, l'hiver, le champ des morts!

.....
La pauvre femme, en proie à des transes mortelles,
Courait: un coup soudain venait de l'émouvoir:
Car il avait suffi d'un seul regard pour voir
Que son fils n'était point à sa place ordinaire.
Elle se dirigea vers le factionnaire,
Brusque, poussant les gens, et n'ayant qu'un souci.
Il l'arrêta: «La mère, on n'entre pas ici.»
Cependant, autour d'elle on parlait à voix haute:

— «On les a mitraillés, et ce n'est pas leur faute!
— De ceux qui sont sortis avant le point du jour,
On ne saura jamais combien sont de retour!
— Ces enfants, le canon n'en fait qu'une bouchée!»

Elle écoutait stupide et la langue séchée.
Puis, tout à coup: «Il faut que je passe!....—Non! non!
—Je veux.... Je viens pour voir mon fils.—Quel est son nom?»
Elle le dit, tremblante, et prononçant à peine;
Ajouta qu'il était mobile de la Seine,
Dans telle compagnie et dans tel bataillon,
Du doigt, elle indiquait de loin le pavillon
Qu'il occupait, citant jusqu'à des camarades
Qu'elle lui connaissait, par leurs noms et leurs grades.

Quand le planton revint, disant: «Il est absent!»
Elle redit ce mot avec un tel accent,
Que l'autre, un vieux marin qui n'avait pas l'air tendre,
Se sentit un frisson au cœur, rien qu'à l'entendre.
Elle voulut parler: les sons ne venaient point.
Ainsi qu'une idiote adossée à son coin
Tout le jour on la vit debout près de la porte.
Ses yeux disaient: «J'attends qu'il revienne, ou qu'il sorte!»
Rien: ni bruits du dehors, ni rumeurs dans les cours,
Ni la voix des clairons, ni celle des tambours,
Ni le flux et reflux des foules dispersées,
Ne la pouvaient tirer de ses vagues pensées.

La sentinelle vint tout à coup la troubler:
«Allons! la mère, au large! il faut vous en aller!
Vous n'avez rien à faire ici: c'est inutile!
Allons! n'attendez pas qu'il pleuve un projectile!
—J'étais là pour mon fils....—Vous reviendrez demain.»
Elle prit son panier, et se mit en chemin.
«Absent!» Elle n'osait sonder cette nouvelle.
Mille rêves confus dans sa faible cervelle
Passaient: l'espoir déçu, l'étonnement, l'effroi,
Même un regret naïf des présents sans emploi!
On devinait l'effort d'une secrète lutte:
Elle se retournait de minute en minute,
Pensant voir tout à coup la porte se rouvrir,
Et son fils, derrière elle, en grondant, accourir!
Lentement, elle fit deux cents pas sur la route,
Puis s'assit près du bord, prise d'un dernier doute:
Et l'âpre jour d'hiver était à son déclin,
Qu'on l'y voyait encore, avec son panier plein.

GUIZOT.

Guizot, né à Nîmes le 4 octobre 1787, mort près de Lisieux le 12 octobre 1874.

Coup d'œil sur l'histoire générale de la civilisation européenne.—Les croisades.

Le premier caractère des croisades, c'est leur universalité; l'Europe entière y a concouru; elles ont été le premier événement européen. Avant les croisades, on n'avait jamais vu l'Europe s'émouvoir d'un même sentiment, agir dans une même cause; il n'y avait pas d'Europe. Les croisades ont révélé l'Europe chrétienne. Les Français faisaient le fond de la première armée de croisés; mais il y avait aussi des Allemands, des Italiens, des Espagnols, des Anglais. Suivez la seconde, la troisième croisade; tous les peuples chrétiens s'y engagent. Rien de pareil ne s'était encore vu.

Ce n'est pas tout: de même que les croisades sont un événement européen, de même dans chaque pays elles sont un événement national: dans chaque pays, toutes les classes de la société s'animent de la même impression, obéissent à la même idée, s'abandonnent au prétexte le plus futile..... Rois, seigneurs, prêtres, bourgeois, peuple des campagnes, tous prennent aux croisades le même intérêt, la même part. L'unité morale des nations éclate, fait aussi nouveau que l'unité européenne.

Quand de pareils événements se rencontrent dans la jeunesse des peuples, dans ces temps où ils agissent spontanément, librement, sans préméditation, sans intention politique, sans combinaison de gouvernement, on y reconnaît ce que l'histoire appelle des événements héroïques, l'âge héroïque des nations. Les croisades sont en effet l'événement héroïque de l'Europe moderne, mouvement individuel et général à la fois, national et pourtant non dirigé.

Que tel soit vraiment leur caractère primitif, tous les documents le disent, tous les faits le prouvent. Quels sont les premiers croisés qui se mettent en mouvement? des bandes populaires; elles partent sous la conduite de Pierre l'Ermite, sans préparatifs, sans guides, sans chefs, suivies plutôt que conduites par quelques chevaliers obscurs; elles traversent l'Allemagne, l'empire grec, et vont se disperser ou périr dans l'Asie Mineure.

La classe supérieure, la noblesse féodale s'ébranle à son tour pour la croisade. Sous le commandement de Godefroi de Bouillon, les seigneurs et leurs hommes partent pleins d'ardeur. Lorsqu'ils ont traversé l'Asie Mineure, il prend aux chefs des croisés un accès de tiédeur et de fatigue; ils ne se soucient pas de continuer leur route; ils voudraient s'occuper d'eux-mêmes, faire des conquêtes, s'y établir. Le peuple de

l'armée se soulève; il veut aller à Jérusalem, la délivrance de Jérusalem est le but de la croisade; ce n'est pas pour gagner des principautés à Raimond de Toulouse, ni à Boémond, ni à aucun autre que les croisés sont venus. L'impulsion populaire, nationale, européenne, l'emporte sur toutes les intentions individuelles; les chefs n'ont point sur les masses assez d'ascendant pour les soumettre à leurs intérêts. Les souverains, qui étaient restés étrangers à la première croisade, sont enfin emportés dans le mouvement comme les peuples. Les grandes croisades du douzième siècle sont commandées par des rois.

Je passe tout-à-coup à la fin du treizième siècle. On parle encore en Europe des croisades, on les prêche même avec ardeur. Les papes excitent les souverains et les peuples; on tient des conciles pour recommander la Terre Sainte; mais personne n'y va plus, personne ne s'en soucie plus. Il s'est passé dans l'esprit européen, dans la société européenne, quelque chose qui a mis fin aux croisades. Il y a bien encore quelques expéditions particulières; on voit bien quelques seigneurs, quelques bandes partir encore pour Jérusalem; mais le mouvement général est évidemment arrêté. Cependant il semble que ni la nécessité ni la facilité de le continuer n'ont disparu. Les Musulmans triomphent de plus en plus en Asie. Le royaume chrétien fondé à Jérusalem est tombé entre leurs mains. Il faut le reconquérir; on a pour y réussir bien plus de moyens qu'on n'en avait au moment où les croisades ont commencé; un grand nombre de chrétiens sont établis et encore puissants dans l'Asie Mineure, la Syrie, la Palestine. On connaît mieux les moyens de voyage et d'action. Cependant rien ne peut ranimer les croisades. Il est clair que les deux grandes forces de la société, les souverains d'une part, les peuples de l'autre, n'en veulent plus.

On a beaucoup dit que c'était lassitude, que l'Europe était fatiguée de se ruer ainsi sur l'Asie. Il faut s'entendre sur ce mot lassitude dont on se sert souvent en pareille occasion; il est étrangement inexact. Il n'est pas vrai que les générations humaines soient lasses de ce qu'elles n'ont pas fait, lasses des fatigues de leurs pères. La lassitude est personnelle, elle ne se transmet pas comme un héritage. Les hommes du treizième siècle n'étaient point fatigués des croisades du douzième; une autre cause agissait sur eux. Un grand changement s'était opéré dans les idées, dans les sentiments, dans les situations sociales. On n'avait plus les mêmes besoins, les mêmes désirs. On ne croyait plus, on ne voulait plus les mêmes choses. C'est par de telles métamorphoses politiques ou morales, et non par la fatigue que s'explique la conduite différente des générations successives. La prétendue lassitude qu'on leur attribue est une métaphore sans vérité.

Deux grandes causes, l'une morale, l'autre sociale, avaient lancé l'Europe dans les croisades.

La cause morale, vous le savez, c'était l'impulsion des sentiments et des croyances religieuses. Depuis la fin du septième siècle, le christianisme luttait contre le mahométisme; il l'avait vaincu en Europe après en avoir été dangereusement menacé; il était parvenu à le confiner en Espagne. Là encore, il travaillait constamment à l'expulser. On a pré-

senté les croisades comme une espèce d'accident, comme un événement imprévu, inoui, né des récits que faisaient les pèlerins au retour de Jérusalem, et des prédications de Pierre l'Ermite. Il n'en est rien. Les croisades ont été la continuation, le zénith de la grande lutte engagée depuis quatre siècles entre le christianisme et le mahométisme. Le théâtre de cette lutte avait été jusque-là en Europe: il fut transporté en Asie. Si je mettais quelque prix à ces comparaisons, à ces parallèles dans lesquels on se plaît quelquefois à faire entrer, de gré ou de force, les faits historiques, je pourrais vous montrer le christianisme fournissant exactement en Asie la même carrière, subissant la même destinée que le mahométisme en Europe. Le mahométisme s'est établi en Espagne, il y a conquis et fondé un royaume et des principautés. Les chrétiens ont fait cela en Asie. Ils s'y sont trouvés, à l'égard des mahométans, dans la même situation que ceux-ci en Espagne à l'égard des chrétiens. Le royaume de Jérusalem et le royaume de Grenade se correspondent. Peu important, du reste, ces similitudes. Le grand fait, c'est la lutte des deux systèmes religieux et sociaux. Les croisades en ont été la principale crise. C'est là leur caractère historique, le lien qui les rattache à l'ensemble des faits.

Une autre cause, l'état social de l'Europe au onzième siècle, ne contribua pas moins à les faire éclater. J'ai pris soin de bien expliquer pourquoi, du cinquième au onzième siècle, rien de général n'avait pu s'établir en Europe; j'ai cherché à montrer comment tout était devenu local, comment les États, les existences, les esprits s'étaient renfermés dans un horizon fort étroit. Ainsi le régime féodal avait prévalu. Au bout de quelque temps, un horizon si borné ne suffit plus, la pensée et l'activité humaine aspirèrent à dépasser la sphère où elles étaient renfermées. La vie errante avait cessé, mais non le goût de son mouvement, de ses aventures. Les peuples se précipitèrent dans les croisades comme dans une nouvelle existence plus large, plus variée, qui tantôt rappelait l'ancienne liberté de la barbarie, tantôt ouvrait les perspectives d'un vaste avenir.

Telles furent, je crois, au douzième siècle les deux causes déterminantes des croisades. A la fin du treizième siècle, ni l'une ni l'autre de ces causes n'existait plus. L'homme et la société étaient tellement changés, que ni l'impulsion morale, ni le besoin social qui avaient précipité l'Europe sur l'Asie, ne se faisaient plus sentir. Je ne sais si beaucoup d'entre vous ont lu les historiens originaux des croisades, et s'il vous est quelquefois venu à l'esprit de comparer les chroniqueurs contemporains des premières croisades, avec ceux de la fin du douzième et du treizième siècle; par exemple, Albert d'Aix, Robert le Moine et Raymond d'Agiles, qui assistaient à la première croisade, avec Guillaume de Tyr et Jacques de Vitry. Quand on rapproche ces deux classes d'écrivains, il est impossible de n'être pas frappé de la distance qui les sépare. Les premiers sont des chroniqueurs animés, d'une imagination émue, et qui racontent les événements de la croisade avec passion. Mais ce sont des esprits prodigieusement étroits, sans aucune idée hors de la petite sphère dans laquelle ils ont vécu, étrangers à toute science,

remplis de préjugés, incapables de porter un jugement quelconque sur ce qui se passe autour d'eux et sur les événements qu'ils racontent. Ouvrez au contraire l'histoire des croisades de Guillaume de Tyr; vous serez étonnés de trouver presque un historien des temps modernes, un esprit développé, étendu, libre, une rare intelligence politique des événements, des vues d'ensemble, un jugement porté sur les causes et sur les effets. Jacques de Vitry offre l'exemple d'un autre genre de développement; c'est un savant qui ne s'enquiert pas seulement de ce qui se rapporte aux croisades, mais s'occupe de l'état des mœurs, de géographie, d'ethnographie, d'histoire naturelle, qui observe et décrit le monde. En un mot, il y a entre les chroniqueurs des premières croisades et les historiens des dernières, un intervalle immense et qui révèle dans l'état des esprits une révolution véritable.

THIERS.

Adolphe Thiers, né le 16 avril 1797 à Marseille, mort à Saint-Germain-en-Laye le 3 septembre 1877.

Histoire du Consulat et de l'Empire.

Passage du Saint-Bernard par l'armée française (Mai 1800).

Lannes passa le premier, à la tête de l'avant-garde, dans la nuit du 14 au 15 mai (24-25 floréal). Il commandait six régiments de troupes d'élite parfaitement armés, et qui, sous ce chef bouillant, quelquefois insubordonné, mais toujours si habile et si vaillant, allaient tenter gaiement cette marche aventureuse. On se mit en route entre minuit et deux heures du matin, pour devancer l'instant où la chaleur du soleil, faisant fondre les neiges, précipite les montagnes de glace sur la tête des voyageurs téméraires qui s'engagent dans ces gorges affreuses. Il fallait huit heures pour parvenir au sommet du col, à l'hospice même du Saint-Bernard, et deux heures seulement pour redescendre à Saint-Remy. On avait donc le temps de passer avant le moment du grand danger. Les soldats surmontèrent avec ardeur les difficultés de cette route. Ils étaient fort chargés, car on les avait obligés à prendre du biscuit pour plusieurs jours, et avec du biscuit une grande quantité de cartouches. Ils gravissaient ces sentiers escarpés, chantant au milieu des précipices, rêvant la conquête de cette Italie où ils avaient goûté tant de fois les jouissances de la victoire, et ayant le noble pressentiment de la gloire immortelle qu'ils allaient acquérir. Pour les fantassins, la peine était moins grande que pour les cavaliers. Ceux-ci faisaient la route à pied, conduisant leur monture par la bride. C'était sans danger à la montée, mais à la descente, le sentier fort étroit les obligeant à

marcher devant le cheval, ils étaient exposés, si l'animal faisait un faux pas, à être entraînés avec lui dans les précipices. Il arriva en effet quelques accidents de ce genre, mais en petit nombre, et il périt quelques chevaux, mais presque point de cavaliers. Vers le matin, on parvint à l'hospice, et là une surprise ménagée par le Premier Consul ranima les forces et la bonne humeur de ces braves troupes. Les religieux, munis d'avance des provisions nécessaires, avaient préparé des tables, et servirent à chaque soldat une ration de pain, de vin et de fromage. Après un moment de repos, on se remit en route, et on descendit à Saint-Remy sans événement fâcheux. Lannes s'établit immédiatement sur le revers de la montagne, et fit toutes les dispositions nécessaires pour recevoir les autres divisions, et particulièrement le matériel.

Chaque jour il devait passer l'une des divisions de l'armée. L'opération devait donc durer plusieurs jours, surtout à cause du matériel, qu'il fallait faire passer avec les divisions. On se mit à l'œuvre pendant que les troupes se succédaient. On fit d'abord voyager les vivres et les munitions. Pour cette partie du matériel, qu'on pouvait diviser, placer sur le dos des mulets, dans de petites caisses, la difficulté ne fut pas aussi grande que pour le reste. Elle ne consista que dans l'insuffisance des moyens de transport, car, malgré l'argent prodigué à pleines mains, on n'avait pas autant de mulets qu'il en aurait fallu pour l'énorme poids qu'on avait à transporter de l'autre côté du Saint-Bernard. Cependant, les vivres et les munitions ayant passé à la suite des divisions de l'armée et avec le secours des soldats, on s'occupa enfin de l'artillerie. Les affûts et les caissons avaient été démontés, comme nous l'avons dit, et placés sur des mulets. Restaient les pièces de canon elles-mêmes, dont on ne pouvait pas réduire le poids par la division du fardeau. Pour les pièces de douze surtout, et pour les obusiers, la difficulté fut plus grande qu'on ne l'avait d'abord imaginé. Les traîneaux à roulettes construits dans les arsenaux ne purent servir. On imagina un moyen qui fut essayé sur-le-champ, et qui réussit: ce fut de partager par le milieu des troncs de sapins, de les creuser, d'envelopper avec deux de ces demi-troncs une pièce d'artillerie, et de la traîner ainsi enveloppée le long des ravins. Grâce à ces précautions, aucun choc ne pouvait l'endommager. Des mulets furent attelés à ce singulier fardeau, et servirent à élever quelques pièces jusqu'au sommet du col. Mais la descente était plus difficile: on ne pouvait l'opérer qu'à force de bras, et en courant des dangers infinis, parce qu'il fallait retenir la pièce, et l'empêcher en la retenant de rouler dans les précipices. Malheureusement les mulets commençaient à manquer. Les muletiers surtout, dont il fallait un grand nombre, étaient épuisés. On songea dès lors à recourir à d'autres moyens. On offrit aux paysans des environs jusqu'à mille francs par pièce de canon qu'ils consentiraient à traîner de Saint-Pierre à Saint-Remy. Il fallait cent hommes pour en traîner une seule, un jour pour la monter, un jour pour la descendre. Quelques centaines de paysans se présentèrent, et transportèrent en effet quelques pièces de canon, conduits par les artilleurs qui les dirigeaient. Mais l'appât même du

gain ne put les décider à renouveler cet effort. Ils disparurent tous, et, malgré les officiers envoyés à leur recherche, et prodiguant l'argent pour les ramener, il fallut y renoncer, et demander aux soldats des divisions de traîner eux-mêmes leur artillerie. On pouvait tout obtenir de ces soldats dévoués. Pour les encourager, on leur promit l'argent que les paysans épuisés ne voulaient plus gagner; mais ils refusèrent, disant que c'était un devoir d'honneur pour une troupe de sauver ses canons, et ils se saisirent des pièces abandonnées. Des troupes de cent hommes, sorties successivement des rangs, les traînaient chacune à son tour. La musique jouait des airs animés dans les passages difficiles, et les encourageait à surmonter ces obstacles d'une nature si nouvelle. Arrivé au faite des monts, on trouvait les rafraîchissements préparés par les religieux du Saint-Bernard, on prenait quelque repos, pour recommencer à la descente de plus grands et de plus périlleux efforts. On vit ainsi les divisions Chambarlhac et Monnier traîner elles-mêmes leur artillerie, et, l'heure avancée ne permettant pas de descendre dans la même journée, elles aimèrent mieux bivouaquer dans la neige que de se séparer de leurs canons. Heureusement le ciel était serein, et l'on n'eut pas à braver, outre les difficultés des lieux, les rigueurs du temps.

Pendant les journées des 16, 17, 18, 19, 20 mai, les divisions continuèrent à passer avec les vivres, les munitions et l'artillerie. Napoléon se mit donc en marche pour traverser le col le 20 avant le jour. L'aide de camp Duroc et son secrétaire de Bourrienne l'accompagnaient. Les arts l'ont dépeint franchissant les neiges des Alpes sur un cheval fougueux; voici la simple vérité. Il gravit le Saint-Bernard monté sur un mulet, revêtu de cette enveloppe grise qu'il a toujours portée, conduit par un guide du pays, montrant dans les passages difficiles la distraction d'un esprit occupé ailleurs, entretenant les officiers répandus sur la route, et puis, par intervalles, interrogeant le conducteur qui l'accompagnait, se faisant conter sa vie, ses plaisirs, ses peines, comme un voyageur oisif qui n'a rien de mieux à faire. Ce conducteur, qui était tout jeune, lui exposa naïvement les particularités de son obscure existence, et surtout le chagrin qu'il éprouvait de ne pouvoir, faute d'un peu d'aisance, épouser l'une des filles de cette vallée. Le Premier Consul, tantôt l'écoutant, tantôt questionnant les passants dont la montagne était remplie, parvint à l'hospice, où les bons religieux le reçurent avec empressement. A peine descendu de sa monture, il écrivit un billet qu'il confia à son guide, en lui recommandant de le remettre exactement à l'administrateur de l'armée, resté de l'autre côté du Saint-Bernard. Le soir, le jeune homme, retourné à Saint-Pierre, apprit avec surprise quel puissant voyageur il avait conduit le matin, et sut que le général Bonaparte lui faisait donner un champ, une maison, les moyens de se marier enfin, et de réaliser tous les rêves de sa modeste ambition.

COUSIN.

Victor Cousin né à Paris le 28 novembre 1792, mort à Cannes le 13 janvier 1867.

Portrait du Grand Condé.

Depuis quelque temps, il est presque reçu de parler de Condé comme d'un jeune héros qui doit tous ses succès à l'ascendant d'un irrésistible courage. Prenons garde de faire un paladin du moyen âge ou un brillant grenadier, comme tel ou tel maréchal de l'Empire, d'un capitaine de la famille d'Alexandre, de César, et de Gustave-Adolphe. Condé avait reçu comme eux le génie de la guerre, et, ainsi qu'Alexandre, il excellait surtout dans l'exécution et payait avec ardeur de sa personne: mais il semble que l'éclat de sa bravoure ait mis un voile sur la grandeur et l'originalité de ses conceptions, comme son extrême jeunesse à Rocroy a fait oublier que, depuis des années, il étudiait la guerre avec passion et avait déjà fait trois campagnes sous les maîtres les plus renommés. Si c'était ici le lieu, et si nous osions braver le ridicule de nous ériger en militaire, nous aimerions à comparer les campagnes de Condé en Flandre et sur le Rhin avec celles du général Bonaparte en Italie. Elles ont d'admirables rapports: la jeunesse des deux généraux, celle de leurs principaux lieutenants, la grandeur politique des résultats, la nouveauté des manœuvres, le même coup d'œil stratégique, la même audace, la même opiniâtreté. C'est dégrader l'art de la guerre que de mesurer les succès militaires sur la quantité des combattants, car à ce compte Tamerlan et Gengis-Khan seraient les deux plus grands capitaines du monde. Le général de l'armée d'Italie n'a guère eu, ainsi que Condé, plus de vingt à vingt-cinq mille hommes en ligne dans ses plus grandes batailles. Disons, à l'honneur de Condé, qu'il a toujours eu devant lui les meilleures troupes et les meilleurs généraux de son temps, et qu'il n'a presque jamais choisi ni ses lieutenants ni son armée. Une fois il n'eut dans sa main que des troupes et des officiers de différentes nations, dont les jalousies et même les défections trahirent son plus grand dessein. Une autre fois il commandait à des soldats fatigués et découragés dont toute la force était dans sa seule personne. Il possédait toutes les parties de l'homme de guerre. Il ne savait pas seulement enlever la victoire par la hardiesse de ses manœuvres, il savait aussi la préparer, et, comme l'a dit Bossuet d'un tout autre personnage, ne rien laisser à la fortune de ce qu'il pouvait lui ôter par conseil et par prévoyance. Il a excellé dans l'art des campements et des sièges comme dans celui des combats: il a devancé et peut-être formé Vauban. Tour à tour il avait cette audace qui confondit Mercy à Fribourg et à Nortlingen et Guillaume à Senef, avec la forte prudence qui lui fit lever, en 1647, le siège de

Lérída, et qui, en 1675, après la mort de Turenne, lassa Montecuculli. Il joignait aux plus heureux instincts des études profondes, et il tenait école de guerre. En Catalogne, il marchait un *César* à la main et l'expliquait à ses lieutenants. Il a laissé à la France plusieurs grands généraux formés à ses leçons, dressés de ses mains, et qui, loin de lui et après lui, ont gagné des batailles, à commencer par Turenne, qui servit sous ses ordres pendant deux campagnes, et à finir par ce Luxembourg, qui aurait besoin d'être jugé de nouveau et qui peut-être ne serait pas trouvé trop inférieur à Turenne lui-même. N'oubliez pas ce dernier trait si frappant: Condé est le seul capitaine moderne qui n'a jamais essuyé de défaite et qui a toujours été victorieux quand il a commandé en chef. Turenne a été battu deux fois en bataille rangée, à Rethel et à Mariendal; Frédéric a débuté par des revers; Napoléon a terminé son éblouissante carrière par deux effroyables déroutes, Leipsig et Waterloo; Condé seul n'a connu que la victoire. Il a eu affaire aux trois plus illustres généraux de l'Europe, Mercy, Guillaume et Montecuculli: aucun des trois n'a pu lui arracher l'ombre même d'un avantage. Joignez à tout cela cette magnanimité de l'homme bien né et bien élevé qui, au lieu de s'attribuer à lui seul l'honneur du succès, le répand sur tous ceux qui ont bien servi, et se complait à célébrer Gassion et Sirot après Rocroy, Turenne après Fribourg et Nortlingen et Châtillon après Lens, et Luxembourg après Senef.

JOUFFROY.

Théodore Jouffroy, né le 7 juillet 1796 aux Pontets (Doubs), mort à Paris le 1^{er} mars 1842.

Mélanges philosophiques.

Vous qui savez l'histoire, voyez un peu comment l'humanité a marché.

Dans les grandes plaines de l'Asie, vous voyez arriver des races qui descendent des montagnes centrales de ce vaste continent, des races qui ont peut-être des ancêtres, mais qui n'ont pas d'histoire. Elles s'en viennent sauvages, presque nues, à peine armées; elles s'en viennent sans dire d'où elles sortent, ni à qui elles appartiennent; elles arrivent-là un jour, elles s'emparent de ces plaines. D'un autre côté, et des déserts de l'Arabie, arrivent d'autres races, qui n'ont pas le même crâne, les mêmes idées, mais qui sont dans la même ignorance de leur origine et de leurs ancêtres. En se rencontrant, elles se trouvent hostiles les unes aux autres: de longues luttes s'engagent, qui fondent de grands empires aussitôt renversés qu'établis; une race surnage enfin, qui demeure en possession de ces terres et y domine seule, tenant les autres sous ses pieds. Cet empire, à peine créé, entre en contact avec l'Europe. Là aussi des hommes sans histoire, qui ont encore d'autres

crânes, d'autres idées, une autre manière de vivre. Et ces deux races, l'une asiatique et l'autre grecque, se disputent la prépondérance: les Grecs l'emportent, et l'Asie est soumise. Mais bientôt un nouveau peuple, habitant l'Occident, s'élève, grandit rapidement, et dans les cadres immenses de son empire engloutit la race grecque et ses conquêtes. Cet autre peuple est lui-même entouré de races inconnues à elles-mêmes et aux autres, qui vivent, depuis des époques ignorées, dans l'occident et le nord de l'Europe. Ces hommes, qui ne ressemblent ni aux Romains, ni aux Grecs, ni aux Orientaux, qui ont d'autres croyances, d'autres idées, d'autres langues, ont aussi leur vocation qui les agite au sein de leurs forêts, et qui les appelle à leur tour sur la scène du monde. Ils y paraissent quand l'heure est venue, et Rome s'écroule sous leur souffle. Et puis, plus tard, on pénètre dans des pays ignorés, on découvre le nord de l'Asie, le midi de l'Afrique, l'Amérique, les innombrables îles semées comme de la poussière sur la surface de l'océan, et partout de nouveaux peuples, des peuples de toutes les couleurs, blancs, noirs, rouges, cuivrés, à crânes de toutes les formes, à civilisation de tous les degrés, à idées de toutes les espèces: et de ces peuples, aucun ne sait d'où il vient, ce qu'il fait sur la terre, où il va; aucun ne sait par quel lien il se rattache à la commune humanité.

Quand on réfléchit à cette histoire de l'espèce humaine, à cette nuit profonde qui couvre en tous lieux son berceau, à ces races qui se trouvent partout en même temps et partout dans la même ignorance de leur origine, aux diversités de toute espèce qui les séparent encore plus que les distances, les montagnes et les mers, à l'étonnement dont elles sont saisies quand elles se rencontrent, à la constante hostilité qui se déclare entre elles dès qu'elles se connaissent; quand on songe à cette obscure prédestination qui les appelle tour à tour sur la scène du monde, qui les y fait briller un moment, et qui les replonge bientôt dans l'obscurité, un sentiment d'effroi s'empare de l'âme, et l'individu se sent accablé de la mystérieuse fatalité qui semble peser sur l'espèce. Qu'est-ce donc que cette humanité dont nous faisons partie? d'où vient-elle? où va-t-elle? En est-il d'elle comme des herbes des champs et des arbres des forêts? comme eux, est-elle sortie de terre, en tous lieux, au jour marqué par les lois générales de l'univers, pour y rentrer un autre jour avec eux? ou bien, comme l'a rêvé son orgueil, la création n'est-elle qu'un théâtre sur lequel elle vient jouer un acte de ses destinées immortelles? Encore, si la lumière qui ne luit pas sur son berceau éclairait son développement? Mais qui sait où elle va, comment elle va? La civilisation orientale est tombée sous la civilisation grecque; la civilisation grecque est tombée sous la civilisation romaine; une nouvelle civilisation, sortie des forêts de la Germanie, a détruit la civilisation romaine: que deviendra cette nouvelle civilisation? Conquerra-t-elle le monde, ou bien est-il dans la destinée de toute civilisation de s'accroître et de tomber? En un mot, l'humanité ne fait-elle que tourner éternellement dans le même cerle, ou bien avance-t-elle? ou bien encore, comme quelques-uns le prétendent, recule-t-elle?

THIERRY.

Augustin Thierry, né le 10 mai 1795 à Blois, est mort à Paris le 22 mai 1856.

Sur le caractère des Franks.

Les écrivains modernes s'accordent à donner au nom des *Franks* la signification d'*hommes libres*; mais aucun témoignage ancien, aucune preuve tirée des racines de l'idiome germanique ne les y autorisent. Cette opinion, née du défaut de critique, et propagée par la vanité nationale, tombe dès qu'on examine historiquement les différentes significations du nom dont le nôtre est dérivé, et qui, dans notre langue actuelle, exprime tant de qualités diverses. C'est depuis la conquête de la Gaule, et par suite de la haute position sociale acquise dans ce pays par les hommes de race franke, que leur vieille dénomination prit un sens correspondant à toutes les qualités que possédait ou prétendait posséder la noblesse du moyen âge, comme la liberté, la résolution, la loyauté, la véracité, etc. Au treizième siècle, le mot *franc* exprimait tout ensemble la richesse, le pouvoir et l'importance politique; on l'opposait à *chétif*, c'est-à-dire pauvre et de basse condition. Mais cette idée de supériorité, non plus que celle d'indépendance, transportée de la langue française dans les autres langues de l'Europe, n'a rien de commun avec la signification primitive du mot tudesque.

Soit qu'on l'écrivît avec ou sans l'*n* euphonique, *frak* ou *frank*, comme le latin *ferox*, voulait dire *fier*, *intrépide*, *féroce* (1). L'on sait que la férocité n'était point regardée comme une tache dans le caractère des guerriers germains; et cette remarque peut s'appliquer aux Franks d'une manière spéciale; car il paraît que, dès la formation de leur ligue, affiliés au culte d'Odin, ils partageaient la frénésie belliqueuse des sectateurs de cette religion. Dans son principe, leur confédération dérivait, non de l'affranchissement d'un grand nombre de tribus, mais de la prépondérance, et probablement de la tyrannie de quelques-unes. Il n'y avait donc pas lieu pour la communauté de se proclamer indépendante; mais elle pouvait annoncer, et c'est ce qu'à mon avis elle se proposa en adoptant un nom collectif, qu'elle était une société de braves résolus à se montrer devant l'ennemi sans peur et sans miséricorde.

Les guerres des Franks contre les Romains, depuis le milieu du troisième siècle, ne furent point des guerres défensives. Dans ses entreprises militaires, la confédération avait un double but, celui de gagner

(1) On trouve dans de très anciens glossaires: *Franci a ferita dicti*. *Frech*, en allemand moderne, signifie *hardi*, *téméraire*; *vrang*, en hollandais, veut dire *âpre*, *rude*. (Augustin Thierry.)

du terrain aux dépens de l'empire, et celui de s'enrichir par le pillage des provinces limitrophes. Sa première conquête fut celle de la grande île du Rhin qu'on nommait l'île des Bataves. Il est évident qu'elle nourrissait le projet de s'emparer de la rive gauche du fleuve, et de conquérir le nord de la Gaule. Animés par de petits succès et par les relations de leurs espions ou de leurs coureurs, à la poursuite de ce dessein gigantesque, les Franks suppléaient à la faiblesse de leurs moyens d'attaque par une activité infatigable. Chaque année ils lançaient de l'autre côté du Rhin des bandes de jeunes fanatiques dont l'imagination s'était enflammée au récit des exploits d'Odin et des plaisirs qui attendaient les braves dans les salles du palais des morts. Peu de ces enfants perdus repassaient le fleuve. Souvent leurs incursions, qu'elles fussent avouées ou désavouées par les chefs de leurs tribus, étaient cruellement punies, et les légions romaines venaient mettre à feu et à sang la rive germanique du Rhin; mais, dès que le fleuve était gelé, les passages et l'agression recommençaient. S'il arrivait que les postes militaires fussent dégarnis par les mouvements de troupes qui avaient lieu d'une frontière de l'empire à l'autre, toute la confédération, chefs, hommes faits et jeunes gens, se levait en armes pour faire une trouée et détruire les forteresses qui protégeaient la rive romaine. C'est à l'aide de pareilles tentatives, bien des fois réitérées, que s'accomplit enfin, dans la dernière moitié du cinquième siècle, la conquête du nord de la Gaule par une portion de la ligue des Franks.

.....
C'est au nom de Chlodio que se rattachèrent, dans les temps postérieurs, tous les souvenirs de la conquête. On lui attribuait à la fois l'honneur d'être entré le premier sur le territoire des Gaules et celui d'avoir porté jusqu'au bord de la Somme la domination des Franks. Ainsi l'on personnifiait en quelque sorte les victoires obtenues par une succession de chefs dont les noms demeuraient dans l'oubli, et l'on concentrait sur quelques années des progrès qui avaient dû être fort lents, et mêlés de beaucoup de traverses. Voici de quelle manière ces événements sont présentés par un historien très postérieur, il est vrai, plein de fables, mais qui paraît être l'écho fidèle d'anciennes traditions populaires.

«Les éclaireurs revinrent et rapportèrent que la Gaule était la plus noble des régions, remplie de toute espèce de biens, plantée de forêts d'arbres fruitiers; que c'était une terre fertile, propre à tout ce qui peut subvenir aux besoins des hommes. Animés par un tel récit, les Franks prennent les armes et s'encouragent, et pour se venger des injures qu'ils avaient eu à souffrir des Romains, ils aiguisent leurs épées et leurs cœurs; ils s'excitent les uns les autres par des défis et des moqueries à ne plus fuir devant les Romains, mais à les exterminer. En ces jours-là les Romains habitaient depuis le fleuve du Rhin jusqu'au fleuve de la Loire; et depuis le fleuve de la Loire jusque vers l'Espagne dominaient les Goths; les Burgondes, qui étaient ariens comme eux, habitaient de l'autre côté du Rhône. Le roi Chlodio ayant donc envoyé ses coureurs jusqu'à la ville de Cambrai, lui-même passa

bientôt après le Rhin avec une grande armée. Entré dans la forêt Charbonnière, il prit la cité de Tournai et de là s'avança jusqu'à Cambrai. Il y résida quelque temps et donna ordre que tous les Romains qui s'y trouvaient fussent mis à mort par l'épée. Gardant cette ville, il s'avança plus loin et s'empara du pays jusqu'à la rivière de Somme (1)...»

Ce qu'il y a de plus curieux dans cette narration, c'est qu'elle retrace d'une manière assez vive le caractère de barbarie empreint dans cette guerre, où les envahisseurs joignaient à l'ardeur du pillage la haine nationale et une sorte de haine religieuse. Tout ne se passa pas avec une continuité de progrès si régulière; et le terrain de la seconde province belge fut plus d'une fois pris et repris avant de rester au pouvoir des Francks. Chlodio lui-même fut battu par les légions romaines et obligé de ramener ses troupes en désordre vers le Rhin. Le souvenir de ce combat nous a été conservé par un poète latin du cinquième siècle. Les Franks étaient arrivés jusqu'à un bourg appelé Helena, qu'on croit être la ville de Lens. Ils avaient placé leur camp, fermé par des chariots, sur des collines près d'une petite rivière, et se gardaient négligemment à la manière des Barbares, lorsqu'ils furent surpris par les Romains sous les ordres d'Aétius. Au moment de l'attaque ils étaient en fêtes et en danses pour le mariage d'un de leurs chefs. On entendait au loin le bruit de leurs chants, et l'on voyait la fumée du feu où cuisaient les viandes du banquet. Tout à coup les légions débouchèrent, en files serrées et au pas de course, par une chaussée étroite et un pont de bois qui traversait la rivière. Les Barbares eurent à peine le temps de prendre leurs armes et de former leurs lignes. Enfoncés et obligés à la retraite, ils entassèrent pêle-mêle, sur leurs chariots, tous les apprêts de leur festin, des mets de toute espèce et de grandes marmites parées de guirlandes. Mais les voitures, avec ce qu'elles contenaient, dit le poète, et l'épousée elle-même, *blonde comme son mari*, tombèrent entre les mains des vainqueurs.

La peinture que les écrivains du temps tracent des guerriers franks à cette époque, et jusque dans le sixième siècle, a quelque chose de singulièrement sauvage. Ils relevaient et rattachaient sur le sommet du front leurs cheveux d'un blond roux, qui formaient une espèce d'aigrette et retombaient par derrière en queue de cheval. Leur visage était entièrement rasé, à l'exception de deux longues moustaches qui leur tombaient de chaque côté de la bouche. Ils portaient des habits de toile serrés au corps et sur les membres avec un large ceinturon auquel pendait l'épée. Leur arme favorite était une hache à un ou deux tranchants, dont le fer était épais et acéré et le manche très court. Ils commençaient le combat en lançant de loin cette hache, soit au visage, soit contre le bouclier de l'ennemi, et rarement ils manquaient d'atteindre l'endroit précis où ils voulaient frapper.

Outre la hache, qui, de leur nom, s'appelait *francisque*, ils avaient

(1) *Gesta Francorum*, per Roriconem monachum (*Scriptores rerum gallicarum et francicarum*, t. III, p. 4).

une arme de trait qui leur était particulière, et que, dans leur langue, il nommaient *hang*, c'est-à-dire hameçon. C'était une pique de médiocre longueur et capable de servir également de près et de loin. La pointe, longue et forte, était armée de plusieurs barbes ou crochets tranchants et recourbés. Le bois était couvert de lames de fer dans presque toute sa longueur, de manière à ne pouvoir être brisé ni entamé à coup d'épée. Lorsque le *hang* s'était fiché au travers d'un bouclier, les crocs dont il était garni, en rendant l'extraction impossible, il restait suspendu, balayant la terre par son extrémité: alors le Frank qui l'avait jeté s'élançait et, posant un pied sur le javelot, appuyait de tout le poids de son corps et forçait l'adversaire à baisser le bras et à se dégarnir ainsi la tête et la poitrine. Quelquefois le *hang* attaché au bout d'une corde servait en guise de harpon à amener tout ce qu'il atteignait. Pendant qu'un des Franks lançait le trait, son compagnon tenait la corde, puis tous deux joignaient leurs efforts, soit pour désarmer leur ennemi, soit pour l'attirer lui-même par son vêtement ou son armure.

Les soldats franks conservaient encore cette physionomie et cette manière de combattre un demi-siècle après la conquête, lorsque le roi Théodebert passa les Alpes et alla faire la guerre en Italie. La garde du roi avait seule des chevaux et portait des lances du modèle romain: le reste des troupes était à pied, et leur armure paraissait misérable. Ils n'avaient ni cuirasses, ni bottines garnies de fer; un petit nombre portait des casques, les autres combattaient nu-tête. Pour être moins incommodés par la chaleur, ils avaient quitté leur justaucorps de toile et gardaient seulement des culottes d'étoffe ou de cuir, qui leur descendaient jusqu'au bas des jambes. Ils n'avaient ni arc, ni fronde, ni autres armes de trait, si ce n'est le *hang* et le francisque. C'est dans cet état qu'ils se mesurèrent avec plus de courage que de succès contre les troupes de l'empereur Justinien.

Quant au caractère moral qui distinguait les Franks à leur entrée en Gaule, c'était, comme je l'ai dit plus haut, celui de tous les croyants à la divinité d'Odin et aux joies sensuelles du Walhalla. Ils aimaient la guerre avec passion, comme le moyen de devenir riches dans ce monde, et, dans l'autre, convives des dieux. Les plus jeunes et les plus violents d'entre eux éprouvaient quelquefois dans le combat des accès d'extase frénétique, pendant lesquels ils paraissaient insensibles à la douleur et doués d'une puissance de vie tout à fait extraordinaire. Ils restaient debout et combattaient encore, atteints de plusieurs blessures dont la moindre eût suffi pour terrasser d'autres hommes. Une conquête exécutée par de pareilles gens dut être sanglante et accompagnée de cruautés gratuites: malheureusement les détails manquent pour en marquer les circonstances et les progrès.

DURUY.

Victor Duruy, élève de l'École normale, professeur d'histoire, membre de l'Institut, ministre de l'instruction publique (1863-1869), est né à Paris le 11 septembre 1811.

Mort de César.

Le jour des ides (14 mars 44), les conjurés se rendirent de bonne heure au Sénat; plusieurs d'entre eux obligés comme prêteurs de rendre la justice, montèrent sur leur tribunal en attendant César; il n'arrivait pas: Calpurnie, troublée par un songe affreux, avait voulu qu'il consultât les victimes, et les devins lui avaient défendu de sortir. Il se décida à renvoyer la séance à un autre jour; mais en ce moment Decimus Brutus entra: il lui fit honte de céder aux vagues terreurs d'une femme, et, lui prenant la main, il l'entraîna. César avait à peine passé le seuil, qu'un esclave étranger, qui n'avait pu lui parler à cause de la foule, vint se remettre aux mains de Calpurnie, en la priant de le garder jusqu'au retour de César. Artémidore de Cnide, qui enseignait à Rome les lettres grecques, lui remit tout le plan de la conjuration. «Lisez, lui dit-il, cet écrit, seul et promptement.» Il n'en put trouver le temps. Les conjurés eurent d'autres sujets d'inquiétude. Un homme dit à Casca: «Vous m'avez fait mystère de votre secret, mais Brutus m'a conté l'affaire.» Casca, fort étonné et inquiet, allait tout révéler, quand l'autre ajouta en riant: «Et comment seriez-vous devenu en si peu de temps assez riche pour briguer l'édilité?» Un sénateur, Popilius Lenas, ayant salué Brutus et Cassius d'un air plus empressé qu'il ne faisait ordinairement, leur dit à l'oreille: «Je prie les dieux qu'ils donnent une issue favorable au dessein que vous méditez; mais je vous conseille de ne pas perdre un moment, car ce n'est plus un secret.» Il les quitta, leur laissant dans l'esprit de grands soupçons que la conjuration ne fût découverte.

Cependant Porcia n'avait pu supporter l'angoisse de l'attente; elle s'était évanouie, on la crut morte, et un esclave courut l'annoncer à Brutus. Maîtrisant sa douleur, il entra au sénat, où César enfin arrivait. «Aux portes de la curie, ce même Popilius Lenas, qui savait tout, eut avec César un long entretien auquel le dictateur paraissait donner la plus grande attention. Les conjurés, ne pouvant entendre ses paroles, craignaient une dénonciation; ils se regardaient les uns les autres, s'avertissaient, par l'air de leur visage, de ne pas attendre qu'on vînt les saisir et de prévenir les licteurs par une mort volontaire. Déjà Cassius et quelques autres mettaient la main sous leur robe pour en tirer un poignard, lorsque Brutus reconnut aux gestes de Lenas qu'il s'agissait, entre César et lui, d'une prière très vive. Il ne dit rien aux conjurés, parce qu'il y avait au milieu d'eux beaucoup de séna-

teurs qui n'étaient pas du secret; mais, par la gaieté qu'il montra, il rassura Cassius, et bientôt après, Lenas, ayant baisé le main de César, se retira.

Quand le Sénat fut entré dans la salle, les conjurés environnèrent le siège de César, sous prétexte de l'attendre pour lui parler de quelque affaire; et Cassius portant, dit-on, ses regards sur la statue de Pompée, l'invoqua, comme si elle eût été capable de l'entendre. Trebonius arrêta Antoine vers la porte et commença une conversation pour le retenir hors de la salle. Quand César entra, tous les sénateurs se levèrent, et, dès qu'il fut assis, les conjurés, se pressant autour de lui, firent avancer Tullius Cimber, récemment nommé gouverneur de Bithynie, qui lui demanda le rappel de son frère. Ils joignirent leurs prières aux siennes, prenant la main de César, lui baisant la poitrine et la tête. Il rejeta d'abord des prières si pressantes; comme ils insistaient, il se leva pour les repousser de force. Alors Tullius lui arracha le haut de sa toge, et Casca, qui était derrière lui, le frappa d'un premier coup; la blessure n'était pas profonde. César, saisissant la poignée de l'arme, s'écria en latin: «Scélérat de Casca, que fais-tu?» Casca appela son frère à son secours en langue grecque. Atteint de plusieurs coups à la fois, César porta ses regards autour de lui pour chercher un défenseur; quand il vit Brutus lever, lui aussi, le poignard, il quitta la main de Casca, qu'il tenait encore, et, se couvrant la tête de sa toge, il livra son corps au fer des conjurés. Comme ils le frappaient tous à la fois, sans précaution, et qu'ils étaient serrés autour de lui, plusieurs furent blessés. Brutus, qui voulut avoir part au meurtre, reçut un coup à la main; tous les autres furent couverts de sang. Le héros tomba aux pieds de la statue de Pompée.

Rôle politique de César.

Ce fut l'homme le plus complet que Rome ait produit, celui en qui se montre le développement le plus harmonieux de toutes les facultés: orateur à la parole virile et écrivain sobre, sans le faux clinquant de l'éloquence avocassière, soldat intrépide du jour où il fallut l'être, et général comparable aux plus grands dès qu'il parut aux armées. Son esprit, ouvert aux leçons de la vie, n'oubliait aucun des conseils qu'elle donne, et sa pensée, toujours calme au milieu des agitations les plus vives, n'était obscurcie ni par la colère ni par la passion. Aussi voyait-il les choses sous leur vrai jour et allait-il droit au possible, ne le dépassant que tout juste de ce qu'il fallait pour que le succès possible devînt un succès certain. Ses vices ne troublaient pas sa ferme intelligence, de sorte que l'on put prendre de l'empire sur ses sens et qu'on n'en prit pas sur son esprit: jamais ses plaisirs ne firent tort à ses affaires. Ses victoires mêmes ne lui causèrent pas d'éblouissement. Fondateur d'une monarchie militaire, il ne donna point la première place à l'armée; il resta le maître de ses soldats comme de lui-même, et seul, avec son génie, dominant, du haut de sa fortune, le monde

étendu à ses pieds, il ne laissa pas monter à son cerveau ces fumées enivrantes de l'orgueil surhumain qui ont plus d'une fois obscurci l'intelligence d'hommes supérieurs.

Il eut ce qui est le plus grand des avantages: les circonstances favorables et la médiocrité de ses adversaires; mais il en trouva un autre en lui-même: le talent de transformer en instruments utiles à ses projets les hommes et les choses du moment. Comme, au milieu de brouillons, il avait seul un dessein arrêté, sa volonté puissante et tranquille faisait tout converger vers un but unique, et il l'atteignait. Que signifie l'étonnante fidélité des Gaulois durant la guerre civile, si ce n'est cette habileté à s'approprier les forces vives, qui est le don suprême du commandement? Plus d'une fois il fit violence à la fortune: jeune, par des dettes monstrueuses, plus tard, par des témérités militaires; mais ses audaces étaient un calcul et ses témérités de la prudence, parce qu'ayant toutes les élégances, au besoin toutes les austérités et une indomptable énergie, il exerçait autour de lui un ascendant qui lui permettait de tout demander à ses amis, à ses soldats. Son armée était sa famille, et il en était aimé jusqu'au plus entier dévouement. Un de ses centurions, tombé aux mains des pompéiens en Afrique, refuse, quoique menacé de mort, de s'enrôler dans les rangs ennemis. «Donne-moi dix de mes camarades, dit-il à Scipion, envoie contre nous cinq cents des tiens, et tu verras ce que nous en saurons faire.» Aussi put-il compter autant de victoires que de batailles et seulement deux échecs (1), bien vite et glorieusement réparés.

Sur ses ennemis même le charme opérait, car il se servit contre eux d'une arme nouvelle à Rome, la clémence; et elle lui était si naturelle, qu'on la retrouve dans ses écrits, où ne se rencontre pas un mot blessant pour ses adversaires. La gloire du grand homme tombé sous le poignard de Brutus n'est pas faite seulement de succès militaires et de sagesse politique; elle est faite aussi de bonté. Entre deux régimes de terreur, l'un qui l'avait précédé, l'autre qui le suivit, il répudia les mœurs sauvages des Romains d'alors, en ne voulant ni confisquer ni proscrire. Suétone, qui n'a pour lui ni affection ni haine, termine le portrait de César par ce mot: «Il fut doux et bon, *lenissimus*.»

.....

L'idée de la liberté politique était si étrangère à l'esprit des Romains, qu'ils n'en eurent jamais l'image figurée: parmi les innombrables statues qu'ils nous ont laissées, on en chercherait vainement une qui la représentât. De tout ils ont fait un Dieu, excepté de ce qui serait devenu chez nous la plus populaire des divinités, si nous avions encore des déesses. Le débat entre le Sénat et César ne portait donc pas sur cette question; il s'agissait simplement de décider si soixante millions d'hommes auraient un seul maître ou s'ils en auraient trois cents. Brutus tua César parce qu'il voulait rester un de ces trois cents, et sauver l'oligarchie fut ce qu'il appelait la vertu. Bien longtemps on

(1) Devant Gergovie et à Dyrrachium.

l'a cru sur parole. Une étude attentive des transformations de la société romaine a diminué l'autorité de la légende sans la faire disparaître, de sorte que César a encore aujourd'hui des ennemis. Aux yeux de l'histoire impartiale, s'il est le plus grand des ambitieux, il fut aussi le plus habile instrument d'une nécessité historique. Il a fondé l'unité de commandement par quoi furent rendus solidaires les intérêts du chef de l'Etat et ceux des populations soustraites à la rapace exploitation de cent familles. Il a donc créé une monarchie d'un caractère nouveau chez les anciens, qui, au lieu d'être, comme les monarchies orientales, une royauté fainéante, jouissant, au milieu des plaisirs, du travail des sujets, fut dans son principe, et souvent dans les faits, une royauté protectrice du plus grand nombre, pensant et agissant pour ceux qui ne pouvaient ni penser ni agir.

TAINE.

Hippolyte-Adolphe Taine est né le 21 avril 1828 à Vouziers (Ardennes).

Les enfants dans l'œuvre de Dickens.

Dickens a peint les enfants avec une complaisance particulière; il n'a point songé à édifier le public, et il l'a charmé. Tous les siens ont une sensibilité extrême; ils aiment beaucoup et ils ont besoin d'être aimés. Il faut, pour comprendre cette complaisance du peintre et ce choix de caractères, songer à leur type physique. Ils ont une carnation si fraîche, un teint si délicat, une chair si transparente, et des yeux bleus si purs, qu'ils ressemblent à de belles fleurs. Rien d'étonnant si un romancier les aime, s'il prête à leur âme la sensibilité et l'innocence qui reluisent dans leurs regards, s'il juge que ces frêles et charmantes roses doivent se briser sous les mains grossières qui tenteront de les assouplir. Il faut encore songer aux intérieurs où ils croissent. Lorsqu'à cinq heures le négociant et l'employé quittent leur bureau et leurs affaires, ils retournent au plus vite dans le joli cottage où toute la journée leurs enfants ont joué sur la pelouse. Ce coin du feu où ils vont passer la soirée est un sanctuaire, et les tendresses de famille sont la seule poésie dont ils aient besoin. Un enfant privé de ces affections et de ce bien-être semblera privé de l'air qu'on respire, et le romancier n'aura pas trop d'un volume pour expliquer son malheur. Dickens l'a raconté en dix volumes, et il a fini par écrire l'histoire de David Copperfield. David est aimé par sa mère et par une brave servante, Peggotty; il joue avec elle dans le jardin; il la regarde coudre, il lui lit l'histoire naturelle des crocodiles; il a peur des oies qui se promènent dans la cour d'un air formidable: il est parfaitement heureux. Sa mère se remarie, et tout change. Le beau-père, M. Murdstone, et sa sœur

Jeanne sont des êtres âpres, méthodiques et glacés. Le pauvre petit David est à chaque moment blessé par des paroles dures. Il n'ose parler ni remuer; il a peur d'embrasser sa mère; il sent peser sur lui, comme un manteau de plomb, le regard froid des deux nouveaux hôtes. Il se replie sur lui-même, étudie en machine les leçons qu'on lui impose; il ne peut les apprendre, tant il a crainte de ne pas les savoir. Il est fouetté, enfermé au pain et à l'eau dans une chambre écartée. Il s'effraye de la nuit, il a peur de lui-même. Il se demande si, en effet, il n'est pas mauvais ou méchant, et il pleure. Cette terreur incessante, sans espoir et sans issue, le spectacle de cette sensibilité qu'on froisse et de cette intelligence qu'on abrutit, les longues anxiétés, les veilles, la solitude du pauvre enfant emprisonné, son désir passionné d'embrasser sa mère ou de pleurer sur le cœur de sa bonne, tout cela fait mal à voir. Ces douleurs enfantines sont aussi profondes que des chagrins d'hommes. C'est l'histoire d'une plante fragile qui fleurissait dans un air chaud, sous un doux soleil, et qui tout d'un coup, transportée dans la neige, laisse tomber ses feuilles et se flétrit.

SANDEAU.

Jules Sandeau, romancier et auteur dramatique, naquit à Aubusson en 1811.

Le Docteur Herbeau

chevalier de la Légion d'honneur.

Je ne saurais dire tout ce que le bout de ruban rouge que le docteur Herbeau portait à sa boutonnière valut à ce pauvre bon-homme de sarcasmes amers et de brutales railleries. Dieu sait cependant qu'il l'avait gagné d'une manière bien innocente, et c'est le cas de raconter quelles voies détournées prit la Providence pour attacher le signe de l'honneur sur la poitrine d'Aristide: récompense tardive, inespérée, tant était épaisse la mousse de modestie sous laquelle il cachait la violette de ses mérites!

Ce grand fait s'accomplit durant les premières années de la restauration. Un prince de la branche aînée visitait les provinces du centre de la France. Comme Limoges le possédait en ses murs, Saint-Léonard sollicita l'honneur de le posséder à son tour. Le prince daigna y consentir. Ce fut un beau jour pour Saint-Léonard, le jour où il lui fut donné d'ouvrir ses portes à l'auguste visiteur. Dès le matin, la ville avait pris ses vêtements de fête. La façade de la mairie était pavoisée de drapeaux; les habitants, dans leur enthousiasme, avaient illuminé en plein jour. A midi, une députation, qui se composait des personnages les plus éminents de la cité, partit à cheval pour aller à la rencontre

de l'altesse. De temps immémorial, Saint-Léonard n'avait vu, même en carnaval, une si belle cavalcade. Le docteur Herbeau s'y faisait remarquer par son bon air. Le maire de Saint-Léonard étant mort d'émotion l'avant-veille, en apprenant qu'il allait avoir à haranguer un prince du sang, c'était le docteur Herbeau qu'on avait chargé de ce soin, moins en sa qualité de premier adjoint qu'en raison de son éloquence. Il tenait dans l'un des arçons de sa selle une petite harangue qui devait lui faire quelque honneur près du prince et dans le pays. Malheureusement, ce jour-là, soit que *Colette* fût souffrante, soit qu'elle n'eût pas été jugée digne de figurer dans une pareille solennité, Aristide montait un cheval qu'il essayait pour la première fois. C'était d'ailleurs un fort pacifique animal, vrai mouton bridé, un cheval de meunier, je crois. Le docteur Herbeau, véritable centaure, qui n'eût pas craint de monter Bucéphale, était à l'aise là-dessus comme un prélat en son fauteuil. Il portait haut la tête et s'étalait d'une si fière grâce, que chacun en faisait la remarque au passage. Les femmes disaient en se le montrant:—Voyez, ma chère, quelle belle mine a le docteur Herbeau! Il les saluait avec sa cravache, mais d'un geste si charmant, que toutes en étaient ravies.

Les choses allaient le mieux du monde, et la cavalcade trotteait depuis une heure sur la route, lorsqu'un nuage de poussière qui tourbillonnait au loin comme une trombe annonça la venue du prince. C'était le prince en effet. Descendu de voiture à deux lieues de la ville, il arrivait à cheval, suivi de son état-major. La députation de Saint-Léonard avait fait halte, au commandement du docteur Herbeau. Tous les cœurs battaient dans les poitrines. Le docteur tenait d'une main sa harangue, de l'autre les rênes de son coursier. Le prince s'était arrêté à quelque distance. Aristide piqua des deux, et, se détachant de ses compagnons, s'avança vers l'altesse au trot de sa monture. Mais, ô catastrophe imprévue! comme le docteur, après s'être incliné, allait débiter sa harangue, son diable de cheval se prit à cabrioler comme une chèvre, et le pauvre Aristide, perdant d'un seul coup la tête et les étriers, roula comme une boule dans la poussière. Un murmure moqueur s'éleva dans la suite du prince; le prince l'étouffa d'un regard; puis, se penchant avec bonté vers Aristide, qui, dans sa confusion, ne songeait pas à changer d'attitude, il laissa tomber un de ces mots exquis qui firent la popularité d'Henri IV, un de ces mots charmants qui consolent de toutes les disgrâces, un de ces adorables à-propos qui font la fortune des rois.

—Monsieur, relevez-vous, dit-il.

Touché jusqu'aux larmes, Aristide se releva et baisa la main de l'altesse.

Ce fut quelques mois après cette mésaventure que le docteur Herbeau fut nommé chevalier de la Légion d'honneur. Cette histoire est bien connue dans le pays, et l'on y dit encore que le docteur Herbeau serait mort sans la croix, s'il n'eût jamais monté un autre cheval que *Colette*.

Description d'un orage.

Ce même soir, le ciel, qui avait été serein durant tout le jour, se chargea au couchant de nuages épais et immobiles, au milieu desquels le soleil s'abîma comme dans un sanglant linceul. La journée, avait été brûlante. La nuit fut plus lourde et plus accablante encore. Louise la passa tout entière à sa croisée ouverte. De vifs éclairs partaient du banc de nuages qui pesaient sur l'horizon comme une chaîne de montagnes; mais la foudre était muette, pas un bruit ne troublait le silence de l'air. La nature semblait affaissée sous le poids de l'atmosphère. Tout souffrait: les fleurs étaient penchées sur leur tige, les plantes se crispaient, les feuilles flétries pendaient languissamment aux branches. Au lieu de rosée, le ciel versait du feu à la terre.

Louise veillait sous ces orageuses influences. Un invincible malaise l'agitait; une anxiété non encore éprouvée l'oppressait. Elle se jeta sur son lit à plusieurs reprises sans pouvoir trouver un instant de repos. Elle appuya, sans pouvoir le rafraîchir, son front sur le marbre de la cheminée. Elle pleura, son cœur ne fut pas soulagé. Le retour de la lumière, au lieu de les calmer, ne fit que redoubler ses angoisses.

Le soleil se leva sans rayons, dans une vapeur embrasée, comme un disque de fer sortant rouge de la fournaise. Presque aussitôt ces lourdes vapeurs se changèrent en une épaisse nuée, pareille à celle qui, depuis la veille, se tenait immobile au couchant. Soudain l'air frémit, la cime des arbres se courba, l'orient et l'occident déchaînèrent à la fois leurs vents et leurs tempêtes; les deux nuées s'ébranlèrent, et toutes deux, les flancs chargés de foudre, s'avancèrent l'une contre l'autre, comme deux corps d'armée prêts d'en venir aux mains. En cet instant, la nature entière fut saisie d'un inexprimable sentiment de terreur. Le parc se prit à mugir comme la colère de l'Océan; les chiens hurlèrent, les bestiaux dans les étables poussèrent des mugissements de détresse. Épouvantée, Louise fit appeler M. Riquemont.

M. Riquemont se campa devant la fenêtre, et, les bras croisés sur sa poitrine, observa l'état du ciel. Les deux nuages avançaient toujours, échangeant de rapides éclairs qui serpentaient en lignes de feu sur leurs flancs noirs et allaient s'éteindre dans le lac d'azur qui les séparait encore.

—Louison, dit enfin M. Riquemont, tu vas voir dans deux heures tomber des grêlons gros comme des œufs de pigeon, qui broieront nos blés et couperont nos fruits aussi proprement que pourraient le faire cent mille canons chargés à mitraille. Nous en serons quittes, moi pour vendre mes grains plus cher, toi pour ne pas manger d'abricots.—Voilà un bon temps, ajouta-t-il, pour les malades du docteur Herbeauf.

Comme il disait, la voûte céleste craqua avec un bruit terrible, et la foudre découronna un chêne séculaire qui s'élevait à l'angle de la terrasse. Louise poussa un cri et cacha sa tête entre ses mains.

—Ne me quittez pas, dit-elle.

—Et mes poulains! s'écria-t-il; tu es à l'abri, toi, tandis que ces agneaux sont aux champs!

—Ah! de grâce, ne me quittez pas! répéta Louise avec effroi, toute pâle et toute tremblante.

M. Riquemont la regarda d'un air de pitié narquoise.

—Je croyais, dit-il en ouvrant la porte, avoir épousé un homme; je me trompais, Louison; décidément, tu n'es qu'une femme.

Il sortit en haussant les épaules, et Louise demeura seule. Oui, sans doute, ce n'était qu'une femme, et encore des plus faibles, des plus timides. Ce sont les vraies, celles-là, les seules qu'il soit doux d'aimer. C'est à ces craintives âmes qu'il est doux d'inspirer la passion qui brave tout, le dévouement que rien n'effraye, l'héroïsme que rien n'arrête. L'ardeur des lionnes n'a rien qui surprenne; mais donner du courage aux gazelles et les mener à la bataille, c'est le triomphe de l'amour.

L'orage éclata bientôt dans toute sa furie. Les deux nuées s'étaient heurtées et confondues, on eût dit une mêlée de combattants. Les éclairs se succédaient sans intermittence, les coups de foudre se répondaient de tous les points de l'horizon. C'était un orage sec, ceux-là sont les plus redoutables: images des grandes douleurs qui ne pleurent pas. Les nuages de bronze et de cuivre ne versaient pas une goutte de pluie à la terre altérée; seulement il s'en échappait par intervalles de rares grêlons qui frappaient, brisaient et bondissaient comme des balles.

.....
Cependant la nuée creva; comme l'avait prévu M. Riquemont, il y eut une décharge de grêle, telle que les naturels ne se rappellent pas avoir jamais vu rien de pareil en ces contrées. Ce fut une averse de cailloux blancs et drus qui tomba, durant près d'un quart d'heure, avec une fureur inouïe.

En moins de cinq minutes, le sol fut enseveli sous un ciment de grêlons si épais et si dur, qu'il en resta jusqu'au soir des vestiges. La foudre continuait de gronder, le vent fracassait les grands arbres. Les ardoises du toit tourbillonnaient dans l'air, les volets battaient les murs, le château semblait devoir à chaque instant être emporté par la tourmente.

Enfin l'orage s'apaisa, la nuée s'éclaircit, et le soleil, sans paraître encore, y sema des trouées d'azur. Les vents s'étaient calmés, le tonnerre s'éloignait, le ciel versait doucement une pluie tiède et menue, comme pour guérir les blessures que la grêle avait faites. L'air était frais et sonore; déjà les oiseaux chantaient sous la feuillée, l'horizon fumait, de toutes parts s'exhalait l'enivrant parfum de la terre mouillée par l'orage.

BABINET.

Jacques Babinet, membre de l'Académie de Sciences, naquit à Lusignan en 1794.

De la pluralité des mondes.

C'est une idée fort ancienne que la terre n'est pas le seul monde habité. Tout le monde connaît cette prétendue exclamation d'Alexandre, qui, apprenant l'existence de populations autres que celle de notre globe, s'écria : « Ah ! malheureux ! je ne puis les conquérir ! » Juvénal cite très-sérieusement cette anecdote : « Un monde seul, dit-il, ne suffit pas à l'ambition du jeune conquérant macédonien. Le malheureux ! il étouffe dans les étroites limites du monde, comme s'il était confiné sur les écueils de Gyare ou dans la petite île de Sérîphe. »

Plusieurs auteurs ont même dit que c'étaient les habitants de la lune que menaçait l'humeur belliqueuse du disciple d'Aristote. Au reste, s'il n'y avait pas d'hommes dans la lune, il est certain qu'il y avait des lions, puisque celui de Némée, s'étant approché trop près du bord de cet astre, avait perdu pied et avait sauté dans le Péloponèse, où il fut tué par Hercule.

Revenant à l'antiquité, nous ferons observer qu'il est facile d'y faire remonter toute idée spéculative. L'imagination va toujours plus vite que l'observation, et l'assertion devance la preuve. Or les anciens, en toute chose, ont dit le pour et le contre ; plus soigneux de faire de l'éloquence que d'arriver à la vérité, ils ont laissé tout indécis. Ce n'est donc pas une grande recommandation, pour une théorie quelconque, que d'avoir son origine dans l'antiquité, puisque l'opinion contraire pourrait également prétendre au même avantage. La Grèce était le pays des philosophes, ou, si l'on veut, des raisonneurs, et, comme disait Cicéron, « Il n'est rien de si absurde qui n'ait trouvé quelque philosophe pour le soutenir. »

Qu'on nous permette d'insister sur le peu d'importance que les philosophes attachaient anciennement aux notions exactes sur le système du monde. Aristote, ce génie profond en tout, mentionne avec une incroyable indifférence les idées pythagoriciennes qui plaçaient le soleil au centre des mouvements planétaires. Il a donc connu parfaitement cette théorie, aussi simple que conforme à toutes les observations ; il en parle en passant et sans s'y arrêter, sans avoir l'air d'en sentir l'importance. Bien des siècles après, Ptolémée met au rang des planètes, qui, suivant lui, tournent à l'entour de la terre, Mercure, Vénus, le Soleil, Mars, Jupiter et Saturne, et même la Lune ! Peu lui importe que le soleil soit immensément gros, qu'il soit lumineux par lui-même, qu'il nous envoie l'étonnante quantité de chaleur qui fait nos saisons, nos climats et la vie tout entière à la surface de notre globe. Voilà cet astre

si différent des autres, si exceptionnel en tout, qui prend son rang, son cercle, ses *épicycles*, comme la plus petite des planètes; c'est à peu près comme si on comptait un éléphant parmi les individus d'un clapier de lapins. La lune, qui ne ressemble pas plus au soleil qu'aux planètes, se trouve de même assimilée à une planète dans cette incroyable confusion, et le genre humain, fermant les yeux aux lumières de l'école de Pythagore, vit sur cette étrange doctrine pendant douze ou treize siècles, excusant par une crédulité aveugle l'ignorance de ses instituteurs!

Cependant, lorsque après la publication de l'ouvrage de Copernic le télescope, inventé en Hollande au commencement du dix-septième siècle, eut été dirigé par Galilée vers les corps célestes, et qu'on eut reconnu d'immenses différences entre des astres qui, à la vue simple, se ressemblent tous et ne paraissent que comme des points brillants, il n'y eut plus moyen de soutenir les vieilles doctrines, et l'on fut forcé, par l'inspection immédiate, d'admettre toutes les vérités que la logique avait inutilement proclamées. Toutes les étoiles ne furent plus que des points brillants sans grosseur appréciable comme le serait notre soleil, s'il était quelques centaines de mille fois plus éloigné de la terre. Toutes les planètes au contraire prirent des dimensions considérables; elles s'arrondirent en globes semblables au nôtre. Ces globes, d'après leur distance, furent reconnus les uns plus grands, les autres plus petits que la terre. On y vit le jour naître et finir pour chaque localité, et le soleil se lever et se coucher. On les vit tourner sur eux-mêmes comme la terre, et par suite avoir des jours et des nuits comme nous les avons ici. On vit des nuages flotter dans leurs atmosphères, et des orages s'y former. Sur Jupiter, des taches d'un blanc éclatant, qui duraient peu, semblèrent à Cassini être des tapis de neige qui fondait ensuite. Les traces des vents réglés, analogues à ceux de notre terre, s'y laissèrent apercevoir; on dessina les continents et les mers des planètes; enfin dans Mars, voisin de notre globe, et qui ressemble à celui-ci pour l'ensemble des climats, on vit les glaces polaires se former, et les contrées qui avaient l'hiver se recouvrir de frimas, tandis qu'au pôle opposé, qui avait la saison chaude, les neiges fondaient, et la coupole de glace et de neige se rétrécissait considérablement. C'est ainsi que, contemplant notre terre, les habitants de Mars peuvent; pendant notre hiver, apercevoir la neige qui la couvre jusque vers le milieu de la France; ils voient ensuite pendant l'été cette neige fondre graduellement et se resserrer jusqu'aux limites septentrionales de l'Europe.

L'assimilation des planètes avec la terre fut donc généralement et tacitement adoptée. En effet, après avoir reconnu qu'une planète était toute semblable à la terre, admettre que, comme la terre, elle était peuplée d'êtres vivants, cela était infiniment plus facile que de reconnaître qu'un astre brillant, qui, à l'œil nu, ne différait pas d'une étoile, était en réalité une masse solide, étendue, recouverte d'une atmosphère, partagée en continents et en mers, empruntant comme la terre sa chaleur et ses climats au soleil, et enfin de tout point pareille à notre globe, sauf la grosseur, qui était tantôt au-dessus, tantôt au-dessous. L'idée

d'êtres vivants répandus sur des contrées semblables aux nôtres se présentait si naturellement, qu'il n'était même pas besoin de l'indiquer à ceux auxquels on apprenait ce que le télescope avait fait découvrir sur la nature des planètes. Chacun des mondes nouveaux, une fois bien reconnu, était pour ainsi dire peuplé par l'imagination, guidée par l'analogie. Lorsque Galilée eut le bonheur de contempler, lui, le premier d'entre les hommes, toutes les merveilles que révélait le télescope, il publia un petit opuscule dont l'effet fut prodigieux: c'était le *Nuntius sidereus*, c'est-à-dire le messenger ou le courrier des astres, ce qui répond encore au titre de *nouvelles du ciel*. Les télescopes modernes, en se perfectionnant, n'ont fait que développer et confirmer toutes les ressemblances planétaires que Galilée apercevait, et que ses prédécesseurs n'avaient pu soupçonner que par le raisonnement.

Une des analogies qui frappèrent le plus l'esprit de tous les penseurs, ce fut, il faut le dire tout de suite, la découverte des lunes que les autres planètes possèdent comme la terre. Avant le télescope, personne ne se serait avisé de chercher à voir les lunes ou satellites de Jupiter, que très-peu de vues privilégiées peuvent entrevoir sans le secours des lunettes astronomiques. Aussi notre lune était-elle un grand embarras pour le classement général des astres dans le système du monde. Elle est très-voisine de la terre, ce qui lui donne une grosseur apparente presque égale à celle du soleil, lequel est quelque chose comme soixante-dix millions de fois plus volumineux que la lune. Les montagnes et les vallées de notre satellite, les plaines, les cratères volcaniques, les coulées de lave, les escarpements, les pics aigus, les fentes de terrain, les ombres des montagnes, les rochers, même d'une dimension médiocre, tout s'y distingue parfaitement. Molière fait dire à l'un des personnages des *Femmes savantes*:

Je n'ai point encor vu d'hommes, comme je crois;
Mais j'ai vu des clochers tout comme je vous vois.

Ce que Galilée ne pouvait faire avec sa petite lunette, qui, avec son pied, pouvait être enlevée par un enfant, ce que Huygens et Cassini ne pouvaient faire avec des lunettes longues de vingt, de trente, de cent pieds, Herschel et le comte de Rosse l'ont exécuté de nos jours. Le télescope de ce dernier a une ouverture de 2 mètres et repose sur une espèce de tour ou plutôt de fortification à créneaux dont les murs ont de soixante à quatre-vingts pieds du nord au sud, et une cinquantaine de pieds de hauteur. On calcule facilement qu'un géant qui aurait la pupille de l'œil égale à l'ouverture du télescope de lord Rosse serait haut de 150 mètres environ, car la hauteur du corps est à peu près soixante-quinze fois le diamètre de la pupille ou prunelle de l'œil, ce qui, pour une pupille de 2 mètres d'ouverture, entraînerait une taille de 150 mètres. Avec ce télescope, on verrait facilement une cathédrale lunaire ou une construction, de mêmes dimensions. Rien de pareil n'a été vu; mais nous reviendrons là-dessus tout à l'heure.

Tandis que, dans le système de Copernic et de Pythagore, la masse

immense du soleil, quatorze cent mille fois plus volumineux que la terre, occupe le centre des mouvements planétaires, que les planètes circulent à l'entour de cet astre exceptionnellement massif, chaud et lumineux, que devenait la lune tournant autour de la terre, passée au rang des planètes et accompagnant notre globe dans son mouvement circulaire autour du soleil? Pourquoi cet astre était-il, contre toutes les analogies, subordonné à la terre, et pourquoi la terre avait-elle le privilège de se faire suivre par une espèce de planète secondaire dont elle dominait les mouvements, et qu'elle faisait tourner autour d'elle, comme elle tournait elle-même autour du soleil? Sans doute cette domination était flatteuse pour notre planète, qui imposait ainsi ses lois à une espèce de serviteur, à peu près comme les courtisans imposent à leur domesticité la domination qu'ils subissent eux-mêmes de la part du souverain. On avait donc, à partir du soleil, d'abord Mercure, ensuite Vénus, ensuite notre terre sous le nom de Cybèle, ensuite, Mars, puis Jupiter et Saturne; mais, encore un coup, comment se faisait-il que la terre fût accompagnée de la lune, tandis que les autres planètes ne montraient rien de pareil? Plus de la moitié du seizième siècle, entre Copernic et Galilée, fut embarrassée de cette contre-analogie lunaire. Enfin le *Nuntius sidereus* de Galilée, cette gazette du ciel, apprit à l'univers que la terre n'était pas seule accompagnée d'un astre secondaire, d'une lune: Galilée en avait vu quatre à Jupiter. Cette immense planète, trois cents fois plus grosse que la terre, avait quatre satellites, quatre lunes, quatre petits astres secondaires. Plus tard les astronomes reconnurent huit lunes à Saturne. Uranus et Neptune, qui ne figuraient pas encore au nombre des planètes, furent aussi reconnus plus tard comme suivis ou entourés de lunes ou satellites. L'analogie était partout; la terre n'avait rien d'exceptionnel, et si elle était habitée, pourquoi les autres planètes qui lui ressemblaient en tout ne le seraient-elles pas? Ajoutons de plus que l'orgueil légitime de la race humaine, qui sent à juste titre sa prééminence sur les êtres matériels, portait naturellement à faire le raisonnement suivant: l'homme étant le roi de la création qu'il domine et celle-ci semblant faite pour lui, à quoi servirait la création de tant d'autres globes pareils, s'ils n'étaient peuplés non-seulement d'animaux vivants, mais même d'êtres raisonnables? Un pas de plus, on y aurait admis les clochers de Molière.

FIGUIER.

Louis Figuier, auteur de plusieurs ouvrages scientifiques, naquit à Montpellier en 1819.

Premier bateau à vapeur construit par Fulton en Amérique.

Dès son arrivée à New-York, Fulton s'occupa, de concert avec son associé Livingston, de faire construire le bateau qui devait leur assurer le privilège promis par la chambre des États-Unis. Ce bateau fut baptisé le *Clermont*, nom d'une maison de campagne que Livingston possédait sur les rives de l'Hudson.

Le *Clermont*, qui fut construit à New-York, dans les chantiers de Charles Brown, avait 50 mètres de long sur 5 de large, et jaugeait 150 tonneaux. Le diamètre de ses roues à aubes était de 5 mètres; c'était, comme on le voit, une puissante embarcation de rivière. Sa machine à vapeur était de la force de 18 chevaux. Elle était à double effet et à condenseur. Le piston avait vingt-quatre pouces anglais de diamètre et quatre pieds de course. La chaudière avait vingt pieds de longueur, sept pieds de profondeur et huit de largeur. Le *Clermont* était muni de deux roues de fonte placées de chaque côté du bateau. Les aubes de chaque roue avaient quatre pieds de longueur et plongeaient à deux pieds dans l'eau. Le balancier de la machine à vapeur transmettant son mouvement à l'axe commun de ces deux roues, était placé à la partie inférieure du bâti de la machine, comme on le fait encore pour les machines de navigation pourvues du système de Watt. En un mot, l'appareil mécanique du *Clermont* montrait réalisées la plupart des dispositions qui ont été employées plus tard pour les machines de navigation fluviale, et cette considération suffit bien pour montrer toute la valeur de l'œuvre accomplie par l'ingénieur américain. Fulton profita sans doute de toutes les idées émises avant lui; mais il sut en composer un ensemble harmonieux qui avait, on peut le dire, tout le mérite d'une création originale.

Cependant la belle entreprise de Fulton, qui avait été si mal appréciée en Europe, n'était pas accueillie dans son pays avec plus de faveur. Toute la ville de New-York condamnait ouvertement une tentative si hardie, et blâmait les proportions considérables de son navire. Il n'y avait pas dans la ville dix personnes croyant à son succès, et l'on ne désignait son bateau que sous le nom de *la Folie-Fulton*. Comme les dépenses de construction avaient excédé de beaucoup leurs calculs, Livingston et Fulton proposèrent de céder le tiers de leurs droits à ceux qui voudraient entrer pour une part proportionnelle dans les dépenses: personne ne profita de cette offre, qui fut regardée comme l'aveu secret d'une prochaine défaite.

Au mois d'août 1807, le *Clermont* était terminé; il sortit, le 10 de ce mois, des chantiers de Charles Brown, et le lendemain, à l'heure fixée pour son essai public, il fut lancé sur la rivière de l'Est. Fulton monta sur le pont de son bateau au milieu des rires et des stupides huées d'une multitude ignorante. Mais les sentiments de la foule ne tardèrent pas à changer, et au signal du départ, lorsque le bateau se mit en marche, des acclamations d'enthousiasme vinrent venger l'illustre ingénieur des indignes outrages qu'il venait de recevoir. Le triomphe qu'il éprouva dans ce moment dut le consoler des critiques, des dégoûts, des obstacles de tout genre qu'il avait rencontrés dans l'exécution de sa glorieuse entreprise.

« Rien ne saurait surpasser, dit Colden, son biographe et son ami, la surprise et l'admiration de tous ceux qui furent témoins de cette expérience. Les plus incrédules changèrent de façon de penser en peu de minutes, et furent totalement convertis avant que le bateau eût fait un quart de mille. Tel qui, à la vue de cette coûteuse embarcation, avait remercié le ciel d'avoir été assez sage pour ne pas dépenser son argent à poursuivre un projet si fou, montrait une physionomie différente à mesure que le *Clermont* s'éloignait du quai et accélérail sa course; un sourire d'approbation était sensiblement remplacé par une vive expression d'étonnement. Quelques hommes dépourvus de toute instruction et de tout sentiment des convenances, qui essayaient de lancer encore de grossières plaisanteries, finirent par tomber dans un abattement stupide, et ce triomphe du génie arracha à la multitude des acclamations et des applaudissements immodérés. »

Fulton, qui était demeuré insensible aux marques de mépris de ses compatriotes, ne se laissait pas détourner dans ce moment par les témoignages de leur admiration. Il était tout entier à l'observation de son bateau, afin de reconnaître ses défauts et les moyens de les corriger. Il s'aperçut ainsi que les roues avaient un trop grand diamètre et que les aubes s'enfonçaient trop dans l'eau. Il modifia leurs dispositions, et obtint un accroissement de vitesse.

Cette réparation, qui dura quelques jours, étant terminée, Livingston et Fulton firent annoncer par les journaux que leur bateau, destiné à établir un transport régulier de New-York à Albany, partirait le lendemain pour cette dernière ville. Cette annonce causa beaucoup de surprise à New-York. Bien que tout le monde eût été témoin de l'essai sans réplique exécuté peu de jours auparavant, on ne pouvait croire encore à la possibilité d'appliquer un bateau à vapeur à un service de transports. Aucun passager ne se présenta, et Fulton dut faire le voyage seul avec les quelques hommes employés à bord.

La traversée de New-York à Albany ne laissa aucun doute sur les avantages de la navigation par la vapeur. New-York et Albany, situés tous les deux sur les bords de l'Hudson, sont distants d'environ 60 lieues. Le *Clermont* fit la traversée en trente-deux heures et revint en trente heures. Il marcha le jour et la nuit, ayant constamment le vent contraire, et ne pouvant se servir une seule fois des voiles dont il était muni. Parti de New-York le lundi, à une heure de l'après-midi, il était

arrivé le lendemain à la même heure à *Clermont*, maison de campagne du chancelier Livingston, située sur les bords du fleuve. Reparti de *Clermont* le mercredi à neuf heures du matin, il touchait à Albany à cinq heures de l'après-midi. Le trajet avait donc été accompli en trente-deux heures, ce qui donne une vitesse de deux lieues par heure: ainsi la condition imposée par l'acte du Congrès avait été remplie.

Pendant son voyage nocturne, le *Clermont* répandit la terreur sur les bords solitaires de l'Hudson. Les journaux américains publièrent beaucoup de récits de sa première traversée; ces relations étaient sans doute empreintes de quelque exagération, elles se rapportent cependant à des sentiments trop naturels pour pouvoir être contestées. On se servait, sur le bateau de Fulton, pour alimenter la chaudière, de branches de pin ramassées sur les rives du fleuve, et la combustion de ce bois résineux produisait une fumée abondante et à demi embrasée qui s'élevait de plusieurs pieds au-dessus de la cheminée du bateau. Cette lumière inaccoutumée brillant sur les eaux au milieu de la nuit, attirait de loin les regards des marins qui naviguaient sur le fleuve; on voyait avec surprise marcher contre le vent, les courants et la marée, cette longue colonne de feu étincelant dans les airs. Lorsque les marins étaient assez rapprochés pour entendre le bruit de la machine et le choc des roues qui frappaient l'eau à coups redoublés, ils étaient saisis de la plus vive terreur; les uns, laissant aller leur vaisseau à la dérive, se précipitaient à fond de cale pour échapper à cette effrayante apparition, tandis que d'autres se prosternaient sur le pont, implorant la Providence contre l'horrible monstre qui s'avavançait en dévorant l'espace et vomissant le feu.

Nous avons dit qu'aucun passager n'avait osé accompagner Fulton dans son voyage de New-York à Albany. Il s'en présenta un pour le retour: c'était un habitant de New-York. Il osa tenter l'aventure et eut le courage de revenir chez lui sur le *Clermont*, qui allait redescendre le fleuve.

On raconte qu'étant entré dans le bateau pour y régler le prix de son passage, l'habitant de New-York n'y trouva qu'un homme occupé à écrire dans la cabine: c'était Fulton.

—N'allez-vous pas, lui dit-il, redescendre à New-York avec votre bateau?

—Oui, répondit Fulton, je vais essayer d'y parvenir.

—Pouvez-vous me donner passage à votre bord?

—Assurément, si vous êtes décidé à courir les mêmes chances que nous.

L'habitant de New-York demanda alors le prix du passage, et six dollars furent comptés pour ce prix.

Fulton demeurait immobile et silencieux, contemplant, comme absorbé dans ses pensées, l'argent déposé dans sa main. Le passager craignit d'avoir commis quelque méprise.

* —Mais n'est-ce pas là ce que vous m'avez demandé?

A ces mots, Fulton, sortant de sa rêverie, porta ses regards sur l'étranger, et laissa voir une grosse larme roulant dans ses yeux:

—Excusez-moi, dit-il d'une voix altérée, je songeais que ces six dollars sont le premier salaire qu'aient encore obtenu mes longs travaux sur la navigation par la vapeur. Je voudrais bien, ajouta-t-il en prenant la main du passager, consacrer le souvenir de ce moment en vous priant de partager avec moi une bouteille de vin, mais je suis trop pauvre pour vous l'offrir. J'espère cependant être en état de me dédommager la première fois que nous nous rencontrerons.

Ils se rencontrèrent en effet quatre ans après, et cette fois le vin ne manqua pas pour célébrer un touchant souvenir.

.....
Terminons par quelques mots ce qui intéresse la vie de l'ingénieur illustre à qui nous devons cette découverte importante. Jusqu'en 1815, Fulton, tout en s'occupant de quelques autres recherches qui ne pouvaient suffire encore à l'activité de son esprit, se consacra à suivre les perfectionnements de ses bateaux. Il parvint à faire entrer dans ses vues le gouvernement américain, et sa carrière se termina par la création d'un véritable monument en ce genre. En 1814, dans l'éventualité d'une guerre que pourraient provoquer les difficultés survenues entre l'Angleterre et les États-Unis, le Congrès fit construire à New-York, d'après les plans de Fulton, une immense frégate mue par la vapeur et destinée à la défense du port. Ce bâtiment, dont la construction nécessita une dépense de 1 600 000 francs, et qui fut nommé *le Fulton I^{er}*, avait 145 pieds de long; il était formé de deux bateaux, séparés par un espace de 66 pieds de long sur 55 de large; c'est dans cet intervalle, et protégée ainsi contre le feu de l'ennemi, que se trouvait placée sa roue à aubes. Un bordage de 5 pieds garantissait la machine à vapeur; plusieurs centaines d'hommes pouvaient manœuvrer sur le pont à l'abri d'un fort rempart; trente embrasures donnaient passage à autant de canons qui devaient lancer des boulets rouges; des faux, mises en mouvement par la machine à vapeur, armaient les côtés du bâtiment et devaient empêcher l'abordage, tandis que de grosses colonnes d'eau froide ou bouillante, vomies par divers tuyaux alimentés par la machine à vapeur, devaient inonder ou brûler tout ce qui se trouverait sur le pont, dans les hunes et dans les sabords du navire ennemi qui s'approcherait pour l'attaquer.

Cependant Fulton ne devait pas être témoin des effets de cette forteresse flottante. Malgré le privilège exclusif de navigation que lui avait accordé la législature de New-York, il eut le chagrin de voir un grand nombre de bateaux à vapeur s'établir sur les eaux qui lui avaient été concédées. Il fut ainsi amené à soutenir beaucoup de procès pénibles. En revenant de Trenton, capitale de l'État de New-Jersey, où s'était plaidée une des causes de son associé Livingston, il se trouva surpris sur l'Hudson par des froids excessifs; le fleuve était couvert de glaces qui arrêtaient son bateau et l'obligèrent à demeurer exposé, pendant plusieurs heures, aux rigueurs de la saison. Sir Emmet, son avocat et son ami, ayant failli périr sous les glaces, il fit des efforts inouïs pour l'arracher à la mort. Toutes ces causes réunies déterminèrent une fièvre grave, dont on réussit pourtant à se rendre maître. Mais

à peine en convalescence, il voulut aller surveiller les travaux de sa frégate à vapeur, et resta tout un jour exposé, sur le pont, au froid et au mauvais temps. La fièvre le reprit avec une nouvelle violence, et l'enleva, le 24 février 1815, âgé seulement de cinquante ans.

Jamais la mort d'un simple particulier n'avait provoqué, aux États-Unis, des témoignages aussi unanimes de respect et de douleur. Les journaux qui annoncèrent l'événement parurent encadrés de noir. Les corporations et les sociétés littéraires de New-York prirent le deuil pour un certain temps, et la législature de New-York, qui siégeait alors à Albany, le porta pendant trente jours. C'est le seul exemple d'un témoignage de ce genre accordé en Amérique à un simple particulier qui n'occupa jamais aucune fonction publique, et ne se distingua du reste de ses concitoyens que par ses talents et ses vertus. Toutes les autorités de New-York assistèrent à son convoi, et la frégate à vapeur tira, en signe de deuil et d'honneur, pendant le passage du cortège.

Il faut pourtant ajouter, pour rester fidèle à la vérité, que les compatriotes de Fulton laissèrent, après sa mort, sa famille en proie à des embarras pécuniaires qui résultaient de l'inexécution des conventions passées entre la législature des États-Unis et l'inventeur de la navigation par la vapeur.

HENRI PARVILLE.

Henri de Parville, écrivain scientifique, naquit à Évreux en 1838. Depuis 1861 il publie chaque année à Paris un volume sous le nom de *Causeries scientifiques*, dans lequel il passe en revue les découvertes et inventions, les progrès de la science et de l'industrie pendant l'année qui précède.

Les fonctions cérébrales en relation avec la circulation du sang.

Nos facultés sont si bien liées à notre constitution et à notre état organique, le moral et le physique réagissent si extraordinairement l'un sur l'autre, qu'on peut rencontrer chez le même individu, à tour de rôle, deux existences très-tranchées, deux *moi*. On connaît plus d'un exemple de ces cas bizarres. Il existe des sujets qui vivent alternativement de deux vies distinctes et à leur insu, et qui, dans chacune de ces existences en partie double, jouissent de facultés spéciales.

A la suite de fièvres cérébrales, de chutes ou de simples commotions, on a vu souvent survenir des altérations très-singulières de la mémoire. Quelquefois, le malade a oublié son existence pendant un laps de temps déterminé; il ne se rappelle les faits qu'en deçà et au delà. Il y a quelques années, un astronome russe très éminent fut pris subitement d'une altération de ce genre. Il oublia d'abord tout ce qui lui était arrivé la

veille; puis il oublia les événements de l'année, puis tout ce qui s'était passé pendant une période de plusieurs années, et il finit par ne plus se souvenir que de son enfance. Quelque temps après, alors qu'on le considérait comme perdu, il se produisit chez lui un retour inattendu de la mémoire: il se rappela les événements de l'âge mûr, puis ceux des dernières années, et enfin ceux de la veille. Il était revenu dans son état normal quand il mourut.

On connaît des malades qui oublient entièrement les noms des choses: il leur est impossible de se faire comprendre autrement qu'en désignant les objets du doigt; d'autres perdent la mémoire des noms prononcés et comprennent très bien les noms écrits; beaucoup, surtout, oublient les noms propres; on a vu des personnes, qui avaient oublié leur langue natale, s'en servir couramment à la suite d'une commotion cérébrale.—M. Abernethy cite un médecin qui, pendant son délire, répétait de longs passages d'Homère, alors qu'il était incapable, dans son état ordinaire, d'en citer quelques phrases.

Le phénomène de doublement de la vie est encore plus singulier. Une jeune dame américaine, dit Mac-Nish, au bout d'un sommeil prolongé, perdit le souvenir de tout ce qu'elle avait appris. Sa mémoire était devenue table rase; elle fut obligée d'apprendre de nouveau à épeler, à lire, à écrire, à calculer, à connaître les objets et les personnes qui l'entouraient. Quelques mois après, elle fut reprise d'un profond sommeil, et, quand elle s'éveilla, elle se retrouva telle qu'elle était avant son premier sommeil, ayant toutes ses connaissances et tous ses souvenirs de jeunesse, mais, par contre, ayant complètement oublié ce qui s'était passé entre ces deux accès. Pendant quatre ans elle a passé périodiquement d'un état à l'autre, toujours à la suite d'un long et profond sommeil. Sa première manière d'être, elle l'appelle maintenant l'ancien état; et sa seconde, le nouvel état. Elle a aussi peu conscience de son double personnage que deux personnes distinctes n'en ont de leur nature respective. Dans le premier état, elle possède toutes ses connaissances primitives; dans le second, seulement celles qu'elle a acquises depuis sa maladie. Dans le premier cas, elle a une belle écriture; dans le second, une pauvre écriture maladroite. Elle est absolument dans l'état d'une somnambule qui, réveillée, oublie entièrement ce qu'elle a fait ou ce qui est arrivé pendant son sommeil.

Ici la double vie est manifeste et complète. On pourrait encore rappeler l'exemple cité par Carpenter, dans sa *Mental Philosophy*. Il s'agit d'une dame qui, se croyant devenue un vieux *clergyman*, trouvait ridicule que ce médecin lui proposât le mariage. Nous reviendrons tout à l'heure sur un cas un peu différent, mais non moins remarquable, étudié depuis de longues années par M. le docteur Azam, de la Faculté de Bordeaux. Il est des circonstances où le phénomène est moins tranché et seulement temporaire. M. Combe mentionne un Irlandais, commissionnaire d'une maison de commerce, qui, étant ivre, laissa un paquet à une fausse adresse, et qui, revenu à lui, ne put se rappeler ce qu'il en avait fait; mais, s'étant enivré de nouveau, il se souvint de l'endroit où il avait laissé le paquet et y alla. Enfin il est des pervers-

sions de l'intelligence également très-étranges, et qui proviennent uniquement de troubles dans le système nerveux périphérique ou central.

Chez certains sujets atteints d'anesthésie de la peau, les impressions, au lieu de produire les réactions habituelles sur le sensorium, engendrent des conceptions délirantes d'une espèce particulière. La personnalité est atteinte à un haut degré. Les malades se considèrent comme métamorphosés en animaux, ou bien ils sont passés à l'état de chose inerte; ce sont des masses de boue, de verre, de beurre; ils ne se croient plus vivants. Un malade anesthésique, cité par Michéa, disait qu'on avait changé son corps et qu'on l'avait transformé en machine. Un autre répétait qu'il était mort de la tête aux pieds.

Foville père a cité cette observation d'un ancien militaire anesthésique, qui se disait mort depuis longtemps. Lorsqu'on lui demandait des nouvelles de sa santé: «Comment va le père Lambert, demandez-vous? Il n'y est plus, il a été emporté par un boulet; ce que vous voyez n'est plus lui; c'est une machine qu'ils ont faite à sa ressemblance.»

Le chirurgier Baudelocque, dans les derniers temps de sa vie, avait perdu la conscience de l'existence de son corps. Quand on lui demandait: «Comment va la tête?—La tête! mais je n'en ai plus!» répondait-il.

Lorsque, au contraire, les éléments du sensorium sont en proie à une activité circulatoire exagérée, comme dans la période congestive de la paralysie générale, ils s'exaltent, et la personnalité de l'individu s'élève à un degré incroyable. Le sujet se sent plus fort que jamais, sa santé est splendide; quelquefois il affirme qu'il grandit de plusieurs centimètres par jour, il a accumulé des richesses immenses, il a joué un rôle social incomparable; souvent il devient roi, empereur, pape même. Encore un peu, et il deviendrait Dieu!

Ah! comme il faut avoir un peu de saine complaisance pour les sept péchés capitaux! Jugez: un peu de sang de trop, peut-être un centième de gramme mal dirigé au contact d'une pauvre petite résille de nerfs, et le voilà fait, l'orgueilleux, le vaniteux, le superbe!

Si, au contraire, les réseaux du sensorium ne reçoivent plus la dose de sang convenable, les éléments sont frappés de torpeur, les forces mentales ne donnent plus lieu qu'à une manifestation pâle et diffuse de la personnalité. Et voilà les poltrons, les débiles, les faibles de corps et d'esprit quand l'effet est peu marqué; mais quand l'insuffisance du flux sanguin est notable, le sujet tombe dans le marasme, dans la mélancolie, etc.

.....
La cellule cérébrale se fatigue nécessairement au bout d'un certain temps d'activité; elle finit par tomber, elle aussi, dans une période de collapsus qui correspond au sommeil physiologique. La circulation se ralentit, et avec elle survient la perte de personnalité. Nous ne sommes plus dans notre intégrité, certaines cellules continuent à être excitées et vibrent isolément: de là les rêves, les réactions automatiques; mais le *moi* disparaît pendant le sommeil.

Tout le monde connaît aujourd'hui la pratique curieuse de l'hypno-

tisme. Ainsi que plusieurs auteurs anciens l'ont montré, et, plus récemment, Braid, dans son livre: *New physiology of the nervous sleep*, il suffit de fixer un objet brillant placé très-près du sommet du nez, de manière à faire loucher, pour que certaines personnes tombent dans un sommeil profond. Ce sommeil est généralement accompagné, comme l'ont montré les belles recherches de Braid, de M. Azam, etc., de catalepsie, anesthésie, hyperesthésie de la peau, développement exagéré de l'odorat, du toucher, exaltation des sens musculaires, etc. Ces phénomènes hypnotiques s'obtiennent même chez les animaux, poules, chats, etc. On peut maintenir un coq dans l'immobilité la plus absolue quand on l'a forcé à fixer une ligne brillante tracée sur une table. On a vu des sujets s'endormir en fixant leur image dans une glace. On peut s'expliquer maintenant l'action singulière du strabisme convergent sur les fonctions cérébrales. Quand on oblige une personne à loucher, la contraction prolongée des muscles de l'œil, qui se convulsent en dedans et en haut, comprime les vaisseaux de l'orbite, et, par suite, agit sur la circulation cérébrale. La diminution de l'ondée sanguine doit engendrer le sommeil hypnotique. On est d'autant plus fondé à le croire, que la catalepsie spontanée, ainsi que l'a démontré M. Puel, cède à des frictions légères sur les muscles contracturés. De même on réveille les hypnotisés en frictionnant légèrement les paupières. On délivre les vaisseaux sanguins de leur contraction, on rétablit ainsi la circulation, et le sujet rentre dans l'état normal.

RENDU.

Victor Rendu, agronome et avocat, naquit en 1809.

Les abeilles.

Deux mères ne sauraient exister à la fois en liberté dans la même ruche; comment les abeilles, déjà surchargées de tant d'occupations, suffiraient-elles à tous les travaux qu'entraînent la construction des cellules, la nourriture du couvain, la garde des alvéoles, les approvisionnements, si elles avaient affaire à deux femelles douées, toutes deux, d'une prodigieuse fécondité? Infailliblement elles succomberaient à la peine; il faut donc que l'une des deux reines périsse: *dura lex, sed lex*. Réaumur, sans avoir vu leurs combats, avait conjecturé qu'elles s'attaquaient réciproquement, et que l'un ou l'autre champion devait rester sur le carreau. Huber, plus heureux, fut souvent témoin de ces duels.

« Nous étions, dit cet ingénieux observateur, au 15 mai 1790. Deux jeunes reines sortirent ce jour-là de leurs cellules, presque au même moment. Dès qu'elles furent à portée de se voir, elles s'élancèrent l'une contre l'autre, avec l'apparence d'une grande colère, et se mirent dans

une situation telle, que chacune avait ses antennes prises dans les mâchoires de sa rivale; la tête, le corselet et le ventre de l'une étaient opposés à la tête, au corselet et au ventre de l'autre; elles n'avaient qu'à replier l'extrémité postérieure de leur corps, elles se seraient percées réciproquement de leur aiguillon et seraient mortes toutes les deux dans ce combat. Mais il semble que la nature n'a pas voulu que leurs duels fissent périr les deux combattantes; on dirait qu'elle a ordonné aux reines qui se trouveraient dans cette situation, c'est-à-dire face à face, et ventre contre ventre, de se fuir à l'instant même avec la plus grande précipitation. Aussi, dès que les deux reines sentirent que leurs parties postérieures allaient se rencontrer, elles se dégagèrent l'une de l'autre, et chacune s'enfuit de son côté.

» Quelques minutes après qu'elles se furent séparées, leur crainte cessa et elles recommencèrent à se chercher. Bientôt elles s'aperçurent, et nous les vîmes courir l'une contre l'autre; elles se saisirent encore comme la première fois et se mirent exactement dans la même position. Le résultat en fut le même: dès que leurs ventres s'approchèrent, elles ne songèrent plus qu'à se dégager l'une de l'autre, et elles s'enfuirent. Les abeilles ouvrières étaient fort agitées pendant tout ce temps-là, et leur tumulte paraissait s'accroître quand les deux adversaires se séparaient. Nous les vîmes, à deux différentes fois, arrêter les reines dans leur fuite, les saisir par les jambes et les retenir prisonnières plus d'une minute en se formant en cercle autour d'elles. L'une d'elles, moins gênée dans ses mouvements, voulait-elle se rapprocher de sa rivale? toutes les abeilles rompaient leurs massifs pour leur laisser l'entière liberté de s'attaquer, puis elles revenaient les serrer de nouveau si les reines paraissaient encore disposées à fuir. Enfin, dans une troisième attaque, celle des deux reines qui était la plus acharnée ou la plus forte, courut sur sa rivale au moment où celle-ci ne la voyait pas venir; elle la saisit avec ses mandibules à la naissance de l'aile, puis monta sur son corps et amena l'extrémité de son ventre sur les derniers anneaux de son ennemie qu'elle parvint à percer de son aiguillon; elle lâcha alors l'aile qu'elle tenait entre ses mandibules et retira son dard: la reine vaincue tomba, se traîna languissamment, perdit ses forces très-vite, et expira bientôt après. »

La victoire a prononcé. Débarrassée de son adversaire, la femelle survivante, désormais seule maîtresse au logis, reprend ses allures pacifiques et ne songe plus qu'à obéir à sa destinée. Elle sort momentanément pour aller à la rencontre des mâles; quarante-six heures après avoir été fécondée, elle pond et devient pour les ouvrières l'objet d'une constante sollicitude. Ainsi se termine l'orage passager qu'excite la présence simultanée de deux femelles entraînées fortuitement avec l'essaim; mais dans la ruche mère, qui a jeté la première, dont la mère abeille s'est séparée, emmenant avec elle une partie des habitants, les choses ne se passent pas de la même manière, de terribles exécutions doivent précéder l'ère de calme, de travail et de prospérité dont les abeilles jouiront jusqu'au retour du printemps suivant.

On se rappelle qu'au moment de l'essaimage, les alvéoles royaux

renfermaient un certain nombre de femelles sous la forme de larves et de nymphes, et que plusieurs, au terme de leur complet développement, n'attendaient que le moment de leur délivrance pour s'emparer, à leur tour, du gouvernement. Une seule reine doit régner. La première femelle sortie de prison n'a pas plus tôt trouvé la fécondité à travers les airs, que l'instinct de sa propre conservation l'enflamme de fureur contre les autres femelles encore retenues dans leurs cellules; grâce à sa qualité de mère en état de se reproduire sur-le-champ, il ne lui sera pas difficile de triompher de ses rivales, elles lui sont livrées; les ouvrières ne défendent plus les alvéoles royaux, la mère abeille les attaque tous, l'un après l'autre, et tue ses victimes avec son dard. Huber fut un jour témoin de cette exécution. «La reine, dit-il, se jeta avec fureur sur la première cellule royale qu'elle rencontra. A force de travail, elle parvint à en ouvrir la pointe. Nous la vîmes tirailler avec ses mandibules la soie de la coque qui y était renfermée, mais, probablement, ses efforts ne réussissaient pas à son gré, car elle abandonna ce bout de la grande cellule et alla travailler à l'extrémité opposée, où elle parvint à faire une plus grande ouverture. Quand elle l'eut assez agrandie, elle se retourna pour y introduire son ventre; elle fit différents mouvements en tous sens, jusqu'à ce qu'enfin elle réussit à frapper sa rivale d'un coup d'aiguillon. Alors elle s'éloigna de cette cellule, et les ouvrières qui, jusqu'à ce moment, étaient restées simples spectatrices de son travail, se mirent, après qu'elle eut quitté la cellule, à agrandir la brèche qu'elle y avait faite, et en tirèrent le cadavre d'une reine à peine sortie de son enveloppe de nymphe. Pendant ce temps, la reine se jeta sur une grande cellule et y fit également une large ouverture, mais elle ne chercha pas à y introduire l'extrémité de son ventre. Cette seconde cellule ne contenait pas, comme la première, une reine déjà développée, elle ne renfermait qu'une nymphe de reine. Il y a donc apparence que, sous cette forme, les nymphes inspirent moins de fureur à leurs rivales, mais elles n'en échappent pas mieux à la mort qui les attend; car, dès qu'une grande cellule est ouverte avant le temps, les ouvrières en tirent ce qu'elle contenait, sous quelque forme qu'il s'y trouve, de larve, de nymphe ou d'insecte parfait, et la reine libre ne manque pas de les entamer toutes successivement.»

Le temps de l'essaimage est maintenant passé, chaque ruche est gouvernée par une femelle féconde, désormais sans crainte de rivales jusqu'au printemps prochain, puisque toutes les reines surnuméraires ont été détruites. Il semblerait que les abeilles n'ont plus qu'à entrer pacifiquement dans la saison du travail et des derniers approvisionnements nécessaires pour faire face à l'hiver, il n'en est rien: elles ont encore à se débarrasser des bouches inutiles. Les faux bourdons ont fini leur tâche, à quoi serviraient-ils maintenant? Ils ne vivraient plus que pour vider les magasins; l'abeille, cette bonne ménagère, ne saurait permettre un tel abus, tous les mâles sont décrétés de mort; Sparte condamnait bien à périr les enfants qu'elle jugeait devoir être à charge à la république: *primo vivere*, disent les économistes. La sortie du dernier essaim donne le signal de cette autre Saint-Barthélemy. A

peine la dernière colonie est-elle partie, les abeilles se jettent sur les faux bourdons, les poursuivent, et les chassent des gâteaux qui leur seraient un sûr asile, car jamais ils ne sont tués sur les rayons. De tous côtés, ces couards sont en pleine fuite; ils ont beau se réfugier au fond de la ruche et sur le plateau, les abeilles s'élancent sur eux; trois ou quatre ouvrières se mettent après un mâle; elles le saisissent par les antennes, par les jambes, par les ailes, et après l'avoir, en quelque sorte, écartelé, le tuent à coups d'aiguillon: leur dard ne l'a pas plus tôt percé entre les anneaux du ventre, qu'il étend les ailes, trébuche et meurt. Le massacre est général, il ne fait pas seulement justice des mâles adultes, il s'étend encore aux larves et aux nymphes du même sexe; les ouvrières les arrachent sans pitié de leurs cellules, les percent de leur dard, les sucent avidement, et, quand elles ont pompé toutes les matières fluides contenues dans leur corps, elles emportent leurs cadavres hors de la ruche et les jettent au vent.

Cette tuerie n'a jamais lieu que dans les ruches qui possèdent des reines normalement fécondes, et seulement après que la saison des essaims est passée; elle dure plusieurs jours, car toujours quelques proscrits parviennent à s'échapper, mais leur mort n'est différée que de peu: essayent-ils de rentrer dans leur habitation? les abeilles les ont bien vite saisis et occis; veulent-ils s'introduire dans les autres ruches? ils ne sont pas mieux accueillis que dans leur propre logis: de quelque côté qu'ils se tournent, ils sont exterminés.

TISSANDIER.

Gaston Tissandier, savant et aéronaute, naquit à Paris en 1843.

La houille.

La vapeur est aujourd'hui la principale source de travail de la civilisation; or la houille est le combustible qui, au plus bas prix de revient, donne la plus grande quantité de vapeur.—Chaque jour augmente le nombre des machines animées par le charbon de terre, chaque jour donc aussi s'accroît l'importance du noir minéral. En 1850, il y avait en France 6 832 machines; en 1863, le nombre s'en élevait à 22 516, représentant une force de 617 820 chevaux-vapeur, de 1 853 670 chevaux de trait, ou encore ou de 12 975 690 hommes de peine, c'est-à-dire supérieure à celle de tous les hommes en état de travailler, qui existent dans le pays!

Le charbon fossile fait la force des nations puisqu'il est la base de la métallurgie sans laquelle il n'est pas possible de mettre au jour des outils, des machines ou des armes. Dans la guerre meurtrière d'Amérique, dont on a pu suivre pas à pas toutes les péripéties, si le Nord a

triomphé du Sud, c'est que le Nord a la houille et les forges, qui lui ont assuré sa prépondérance sur une nation presque exclusivement agricole.

Sans houille, il n'y a pas de fer, car c'est le charbon qui réduit le minerai dans le haut fourneau; or, sans fer il n'y a pas de grande nation. Le fer, c'est la locomotive, c'est le rail où elle glisse, c'est la machine qui agit dans les manufactures.

Sur les continents, la prospérité et la richesse dues à la houille sont prodigieuses; au milieu des mers, elles ne sont pas moins étonnantes. Le noir combustible anime le bateau à vapeur et sert à fabriquer ses cuirasses de fer, ses machines et ses éperons d'acier.

Toute machine de fer est produite par la houille et se nourrit de houille.

.....
Nous avons dit que la houille était le pain de l'industrie. Si abondants que soient les gisements du noir combustible, si profonds qu'en soient les amas, n'arriveront-ils pas un jour à s'épuiser? Quelle source est intarissable! Force motrice, richesses et fécondité sont-elles donc appelées à disparaître quand les houillères seront à sec? L'industrie périra-t-elle quand elle aura perdu son aliment quotidien? N'y a-t-il pas lieu de s'inquiéter de la destinée que l'avenir réserve à nos descendants? Faut-il craindre que l'activité humaine s'éteigne un jour faute du noir combustible?

La durée de l'exploitation des houillères, que les géologues avaient d'abord fixée à plusieurs milliers d'années, ne dépassera pas peut-être trois ou quatre siècles.

Il a été démontré par des statistiques officielles que la consommation de la houille, dans un pays civilisé, double tous les quinze ans, et cette loi de progression ne s'est jamais démentie en France.

Le même phénomène économique est constaté dans les autres centres de production; la Belgique produisait 36 millions de quintaux de houille, en 1845, et 75, c'est-à-dire un peu plus du double, quinze ans après, en 1860. Il est probable que dans la suite des siècles, cette progression ira encore en croissant sensiblement, mais supposons qu'elle se maintienne constante; recherchons, d'autre part, aussi exactement qu'il est possible de le faire, le poids total de houille qui existe dans le monde entier, et nous aurons les données propres à résoudre ce problème.—Quand les houillères seront-elles épuisées? D'après les calculs de nos plus éminents géologues, «la durée de l'exploitation des houillères, que les géologues, on le sait, avaient d'abord fixée à des milliers d'années pour des productions qui n'étaient pas le quart de celles dont il s'agit aujourd'hui, ne dépassera peut-être pas cinq ou six cents ans. On peut même affirmer hautement que dans des pays incessamment fouillés, comme la France, la Belgique, l'Angleterre, la Prusse, l'extraction souterraine du combustible minéral n'ira certainement pas jusqu'à la moitié de cette durée. Ainsi, en septembre 1863, sir William Armstrong, président annuel de l'*Association britannique*, prononçant à l'hôtel de ville de Newcastle le discours d'inauguration des séances

de cette société, démontrait que dans deux siècles toutes les couches de houille du Royaume-Uni seraient entièrement épuisées. Sir Roderick Murchison, président à son tour l'association, et rappelant cette année les calculs de son prédécesseur, en a confirmé les résultats.

Tout au plus pourrait-on porter ce chiffre au double ou au triple pour des États comme l'Amérique du Nord, où d'immenses gisements restent presque encore vierges. En Afrique, le combustible minéral est loin d'être abondamment répandu, hormis sur la côte ouest de la grande île de Madagascar. Dans l'Inde, la Birmanie, la Chine, le Japon, l'Australie, la Nouvelle-Zélande, la Nouvelle-Calédonie, le Chili, où il a été également découvert, souvent sur une très-longue étendue, il ne pourra jamais suffire, sauf des cas tout exceptionnels, qu'aux consommations locales. D'ailleurs la houille, du moins quand on veut l'appliquer aux grandes opérations industrielles, n'est pas matière de si grand prix qu'elle puisse supporter de très-longes transports, même par mer.

Faut-il admettre que le chiffre de la consommation, dans la plupart des États européens, finira par diminuer quelque jour, quand tous les réseaux de chemins de fer, partout achevés, exigeront la fermeture de quelques-unes de nos usines sidérurgiques, quand on aura suppléé par une autre matière au charbon minéral pour la fabrication du gaz d'éclairage? Mais cette diminution dans la consommation ne peut être bien notable, et le surplus du combustible exigé par le plus grand nombre de locomotives et de bateaux à vapeur ne viendra-t-il pas détruire en partie d'un côté l'économie produite de l'autre? Qu'on ne parle pas d'ailleurs du reboisement des forêts, ni du combustible végétal pour remplacer un jour la houille, comme celle-ci avait remplacé le bois. Le monde ne recule pas. Peut-être suppléera-t-on dans quelques cas à la houille par le pétrole, dont on a découvert de si vastes gisements aux États-Unis. Cette matière ne sera jamais néanmoins aussi abondante que le charbon, et l'extraction n'en sera pas non plus d'aussi longue durée.

La question est menaçante, sinon pour la génération actuelle, du moins pour les peuples futurs; elle excite, au plus haut point, l'intérêt de l'Angleterre et de la Belgique, qui interrogent avec inquiétude leurs amas de charbon fossile. Ces pays commencent à les exploiter avec économie pour *mourir le plus tard possible*. Ils utilisent des houilles médiocres qu'on rejetait autrefois; ils organisent des mécanismes ingénieux et économiques pour rendre le prix de revient minimum; ils cherchent les moyens de pénétrer dans les plus grandes profondeurs des houillères pour ne rien perdre, pour tout utiliser. Mais tous ces perfectionnements n'empêcheront pas le charbon fossile de disparaître un jour et de retourner dans l'air, sa source première, à l'état d'acide carbonique; les mines de houille, qu'on ne connaît pas encore, les gîtes de pétrole, si puissants qu'ils soient, disparaîtront, et on est en droit de se demander ce que deviendra l'homme au moment de la fatale échéance. Pour notre part, nous ne croyons pas qu'il y ait lieu de s'inquiéter pour l'avenir, car l'homme, continuant à marcher dans la voie du progrès, saura certainement se passer, sans déchoir, de son com-

bustible actuel. Nul doute que quand l'heure funeste aura sonné, quelque génie, sortant des rangs, saura féconder le champ des grandes découvertes, et que les forces naturelles, habilement mises à profit, remplaceront la force motrice que nous puisons dans le charbon de terre.

Qui nous dit que la machine à vapeur est le dernier mot de la science, et qu'elle ne peut pas être remplacée par d'autres moteurs? Le soleil ne lance-t-il jusqu'à nous des rayons caloriques, qui peuvent faire mouvoir les pistons des machines à vapeur futures? La mer, sur nos côtes, n'est-elle pas chaque jour soumise au mouvement des marées, et l'oscillation successive de ses flots n'est-elle pas une force prodigieuse, constante, régulière, que l'homme peut utiliser? S'il est vrai qu'un feu central perpétuel brûle sous l'épiderme de notre globe, ne peut-il pas devenir un jour l'unique foyer de toutes les machines? L'air n'est-il pas sans cesse en mouvement au-dessus de nos têtes, et le vent n'a-t-il pas encore une force motrice puissante, toujours prête à agir comme un ressort tendu?

Si on avait dit, il y a un siècle, qu'un jour viendrait où des fils plongés dans l'Océan seraient comme les fibres nerveuses des continents, à l'aide desquelles ils échangeraient leurs pensées; si on avait affirmé que l'homme, comme l'oiseau, s'élèverait dans les airs, et qu'avec la rapidité du cerf il courrait sur des voies ferrées; si on avait prétendu que le chirurgien couperait un jour les jambes sans que le patient s'en doutât, celui qui aurait annoncé ces prodiges aurait passé pour fou et on se serait mis à plaindre l'insensé dont la raison s'égaraît à ce point. Eh bien! si aujourd'hui quelque esprit perspicace mettait sous nos yeux les inventions de nos petits-fils, quand ils manqueront de houille, s'il nous faisait voir les découvertes de leur industrie future, peut-être ne pourrions-nous pas nous empêcher de sourire à l'énumération des merveilles qu'il nous montrerait, et nous n'ajouterions pas plus créance à ses affirmations qu'à celles du fantastique Micromégas, quand il promet aux hommes qu'il rencontre de leur apprendre ce qu'est leur âme. Nous ne manquerions pas de dire que la réalisation de tels prodiges n'est pas possible, et nous tomberions dans la faute d'Arago, qui niait les chemins de fer, et dans l'imprudence de Napoléon, qui condamnait les bateaux à vapeur. Au lieu de railler avec incrédule, il serait plus sage de se rappeler que le mot *impossible*, qui a déjà passé pour n'être pas français, doit être banni du langage de l'industrie, que l'erreur d'aujourd'hui peut quelquefois devenir la vérité de demain; que la science a souvent transformé le rêve en réalité, le paradoxe en fait, le prodige en banalité, l'utopie en axiome, et qu'il se pourrait bien que nos machines à vapeur et nos télégraphes devinssent, dans quelques siècles, des objets de curiosité, des échantillons de musée, qu'on relèguerait dans les collections comme une preuve de notre impuissance.

PERNOLET.

Applications de l'air comprimé.

Cloches à plongeur.

L'air comprimé, sous sa forme la plus simple d'air confiné dans une cloche renversée et plongée dans l'eau, était connu dès le IV^e siècle avant Jésus-Christ; on trouve en effet dans les *Problèmes* d'Aristote le passage suivant:

«On procure aux plongeurs la faculté de respirer, en faisant descendre dans l'eau une cuve d'airain. Elle ne se remplit pas d'eau et conserve l'air si on l'enfonce en la maintenant verticale; mais si on l'incline, l'eau y pénètre.»

Il est évidemment question là d'une *cloche à plongeur*, et, avec un peu de bonne volonté, on pourrait déduire de quelques mots, assez obscurs d'ailleurs, que l'on rencontre dans la suite, qu'on savait dès cette époque alimenter la cloche à plongeur au moyen d'un tuyau «*en trompe d'éléphant*»; mais c'est là une interprétation trop discutable pour qu'on s'y arrête.

En dehors de cette citation d'Aristote, je ne crois pas qu'il ait été question de cloche à plongeur dans aucun autre auteur ancien, et il faut aller jusqu'au XVI^e siècle pour retrouver trace d'expériences de ce genre.

En 1538, sous les yeux de Charles-Quint, deux Grecs descendirent dans le Tage, à Tolède, au moyen d'une cloche à plongeur. En 1552, des expériences analogues furent faites à Venise.

Au commencement du XVII^e siècle, dans un ouvrage publié à Venise sur *l'Art de marcher et de travailler dans l'eau en y respirant facilement* on parle d'une cloche à plongeur alimentée par des tuyaux dans lesquels on insufflait de l'air au moyen d'énormes soufflets à main. C'est la première fois qu'il ait été authentiquement question d'une cloche à plongeur alimentée de la surface.

En 1667, William Philippus repêcha, au moyen d'une cloche à plongeur, dans les parages de Saint-Domingue, un trésor de 200 000 livres sterling perdu dans un naufrage. C'est, je crois, la première application pratique qui ait été faite de la cloche à plongeur.

Quelques années plus tard, Denis Papin s'occupa aussi de la cloche à plongeur, et dans un mémoire publié dans la *Bibliothèque universelle et historique*, de Leclerc, pour l'année 1691, sous le titre: «*Manière de conserver la flamme sous l'eau*, par M. Papin, professeur de mathématiques à Marbourg», il proposait une cloche à plongeur alimentée par tuyaux et soufflets en cuir garnis de soupapes. Il ajoutait même qu'à l'aide de cette modification, «la cloche demeurant toujours vide et la

faisant appuyer tout à fait à terre, le fond de l'eau en cet endroit demeurerait presque à sec et l'on pourrait y travailler de même que hors de l'eau, et je ne doute pas que cela pût épargner beaucoup de dépense quand on veut bâtir sous l'eau.»

De ce passage on peut inférer que Denis Papin, le premier, a entrevu les applications industrielles dont étaient susceptibles les cloches à plongeur alimentées.

Mais en réalité ce n'est qu'au XVIII^e siècle et en Angleterre que furent apportés les perfectionnements pratiques qui permirent d'employer couramment la cloche à plongeur; ces perfectionnements portent les noms de Halley, Spalding et Smeaton.

Halley, l'astronome, construisit en 1721 une cloche établie avec soin, en bois, avec manteau de plomb la rendant imperméable à l'air en même temps que suffisamment lourde. Il l'alimentait au moyen de tonneaux pleins d'air qu'il faisait descendre au-dessous de la cloche dans laquelle il les vidait. Il imagina même de faire partir de cette cloche des tuyaux flexibles en cuir, allant à de petites cloches de dimensions réduites, dans lesquelles les plongeurs n'avaient que la tête engagée, et l'on peut trouver dans cette idée rudimentaire et d'une application fort dangereuse l'origine des *scaphandres*.

Cette cloche de Halley fut perfectionnée dans sa construction par Triewald, ingénieur suédois, qui la fit en cuivre étamé, et surtout par Spalding (1780), qui en rendit la manœuvre facile en installant dans son intérieur un poids, suspendu à une poulie, qui permettait de faire varier le poids total de la cloche et par là de régler la descente et la remonte en laissant ce poids suspendu dans la cloche ou en le faisant reposer sur le fond, au milieu de l'eau.

Enfin, c'est Smeaton qui, le premier, en 1786, alimenta la cloche au moyen d'une pompe foulante: il la construisit en fonte et l'appliqua le premier aux constructions sous-marines.

Au commencement de ce siècle, en 1812, l'ingénieur Rennie fit des cloches parallépipédiques en fonte et perfectionna leur mode de suspension. Depuis lors, la cloche à plongeur est devenue d'un usage courant, jusqu'au moment où elle a été remplacée par les appareils plongeurs individuels ou scaphandres, qui sont aujourd'hui employés partout.

C'est M. de La Gournerie, ingénieur des ponts et chaussées, qui le dernier a fait, au Croisic, en 1846, une application importante de la cloche à plongeur, qu'il avait complètement transformée pour ce travail.

Scaphandres.

Ces appareils plongeurs—qui, à bien dire, ne sont que le perfectionnement de la cloche à plongeur,—n'ont paru qu'à la fin du siècle dernier, car il faut encore compter parmi les cloches à plongeur le tonneau à deux trous pour les bras et à lentille en verre que John Lethbridge imagina en 1721.

C'est en 1797, à Breslau, que fut essayé pour la première fois, dans l'Oder, un appareil imaginé par Klingert et consistant en un cylindre métallique fermé par une calotte hémisphérique s'adaptant comme une cuirasse sur le corps du plongeur, qui y pénétrait jusqu'à la ceinture et dont les bras sortaient par deux trous ménagés à la partie supérieure, au-dessous de deux autres trous ménagés à la hauteur des yeux et fermés par des lentilles. Cet appareil portait deux tuyaux souples aboutissant à la surface et dont l'un amenait l'air frais comprimé, tandis que l'autre servait à l'évacuation de l'air expiré.

En 1829, Siebe, de Londres, imagina un scaphandre plus simple, et surtout plus souple, alimenté par une pompe foulante, qui fut adopté par la plupart des marines européennes jusqu'à l'apparition des appareils beaucoup plus perfectionnés de Cabirol (1857) et de Rouquayrol et Denayrouse (1867).

Bateaux sous-marins.

Dès le siècle dernier on songea aussi à employer l'air comprimé pour des bateaux sous-marins, dont le premier essai sérieux fut fait en 1776, aux États-Unis, pendant la guerre de l'Indépendance, par David Bushnell, du Connecticut, qui créa un bateau submersible, avec lequel il essaya d'aller fixer au flanc des navires ennemis un tonneau de poudre.

En 1800, Fulton reprit ces essais avec l'appui de Bonaparte; mais il ne semble pas qu'il soit arrivé à un résultat pratique quelconque, pas plus que les frères Coëssin, qui firent au Havre, en 1809, des essais restés infructueux.

Il faut aller jusqu'en 1862 pour trouver à ce problème une solution encore incomplète, mais déjà intéressante: je veux parler du bateau sous-marin de M. Villeroi, de Nantes, expérimenté à Philadelphie et à Noirmoutiers, et du bateau le *Plongeur*, construit à Rochefort par le contre-amiral Bourgois.

DEHERRY PON.

L'alchimiste.

Par une de ces nuits sombres, qui plongeaient les rues du vieux Paris dans le silence et l'obscurité, les regards de quelque bourgeois attardé ont sans doute été attirés, et à son grand émoi, par des lueurs étranges, intermittentes, s'échappant du soupirail de cave d'une maison isolée.

Bientôt son oreille distinguait le bruit régulier d'un soufflet qui fonctionnait dans les profondeurs du sol, et dont chaque pulsation

engendrait une de ces lueurs inquiétantes qui éveillaient son attention. — Des exhalaisons sulfureuses venaient, en même temps, offenser son odorat, et achevaient de l'édifier sur la nature du travail souterrain dont le hasard le rendait témoin :

« Sancta Barbara ! murmurait-il, c'est un Souffleur mescréant qui besongne nuictamment en alchymie ! » et il se hâtait de s'éloigner, en appuyant sa retraite par quelque fervent signe de croix.

« Un Souffleur », tel est, en effet, le nom par lequel le populaire désignait celui qui se livrait aux recherches plus ou moins orthodoxes de l'alchimie. — Et l'alchimie ! science ténébreuse, interdite au vulgaire, réservée à quelques très rares adeptes ; science qui faisait, disait-on, de celui qui la pratiquait, le possesseur de toutes les joies de ce bas-monde ; science qui, avec des richesses inépuisables et une santé indestructible, donnait les moyens de prolonger, bien au delà de ses limites naturelles, la durée de la vie !

Attribuer à un homme le secret de vivre longtemps, et de vivre riche, puissant et bien portant, ce serait, encore de nos jours, un excellent moyen d'appeler sur lui l'attention du public. Au moyen âge, à cette époque où la superstition tenait tant de place dans l'esprit humain, cet homme n'en était pas quitte à si bon marché : il devenait, tout d'abord, l'objet des suppositions les moins charitables. On ne pouvait pas admettre qu'un aussi merveilleux secret pût être acquis par des moyens licites, avouables ; il fallait, de toute nécessité, que l'alchimiste eût des accointances avec l'enfer. Aussi, les femmes se signaient lorsqu'il passait dans la rue ; les hommes chuchotaient ; les enfants, plus hardis, lui faisaient les cornes.

Le mystère dont il entourait sa vie et ses travaux, ses allures excentriques, son costume qui ne l'était peut-être pas moins, tout concourait, d'ailleurs, à l'exposer à la malveillance, à l'hostilité religieuse de la foule. Dans l'opinion de la foule, un souffleur « sentait le fagot ».

Entre nous soit dit, il le sentait réellement un peu, le fagot ; et il n'y a pas lieu de s'en étonner ; c'était, comme on va le comprendre, la conséquence inévitable de ses longs égarements. En effet, après avoir usé sa vie à la poursuite d'une solution qu'il croyait possible, qui devait mettre le comble à sa fortune et à sa gloire, après avoir été cent fois le jouet de mirages toujours décevants, l'alchimiste finissait, un beau jour, par reconnaître l'inanité de ses efforts, l'insuffisance de ses ressources intellectuelles et, fatalement aussi, par constater l'épuisement complet de ses ressources financières. Mais, bien loin de mettre un frein à la violence de son désir d'arriver, l'inventaire déplorable de sa position ne faisait que rendre plus urgente encore la nécessité du succès.

De cette situation d'esprit à la résolution d'employer les moyens extrêmes, de réussir à tout prix, il n'y avait qu'un pas ; et ce pas était bientôt fait : notre homme se donnait au diable. Gare le fagot.

Notre siècle d'incrédulité n'assiste pas à des pactes semblables ; ce n'est plus en nous donnant au diable que nous nous efforçons d'échapper aux conséquences d'une déconfiture irremédiable. — Les plus faibles, parmi les déconfits, se noient dans leurs regrets et dans leurs larmes,

et vont, finalement, demander à l'hôpital un dernier refuge pour leur misère; les plus forts transforment philosophiquement leur utopie en société anonyme et, par une publicité savamment maniée, évoquent une légion bien connue de pauvres diables—les actionnaires—qui ne manquent jamais de les tirer d'affaire. Évocations, incantations, nous avons perfectionné toutes choses.

Une solution aussi commode n'était pas à la disposition d'un souffleur aux abois; l'actionnaire est, vous le savez, le produit alambiqué de l'alchimie moderne; et notre homme en était réduit, avons-nous dit, à faire appel aux puissances infernales. Généralement, il leur proposait de troquer sa vie éternelle contre quelques années de jouissances terrestres.—Singulier marché! et qui ne donne pas une bien haute idée des facultés calculatrices des alchimistes.

Si avantageux que ce marché pût être pour lui, le diable témoignait, alors comme aujourd'hui, fort peu d'empressement à prendre livraison de l'âme qui lui était offerte. Ce n'était que contraint et forcé par des évocations irrésistibles et par des opérations cabalistiques très-compliquées, que Moloch, Astaroth, Démogorgon ou quelqu'autre se décidait enfin à apparaître.

En raison de la gravité des intérêts en jeu, il est presumable que la première entrevue n'était pas exempte d'un peu de froideur et de retenue réciproques; mais une fois le marché conclu, signé, paraphé, la glace était rompue; les relations devenaient, paraît-il, très-aisées et même fort courtoises.—Nous trouvons un spécimen de cette urbanité dans un dialogue entre le diable Démogorgon et Abou-Moussah-Djafar-al-Sofi (Géber).

—«Salut! dit le diable en entrant chez Géber, salut, savantissime descendant du grand Mahomet!

—«Bonjour! répond Géber, je me réjouis de te voir en bonne santé.»

Entamée sur ce ton amical, une conversation, bien que diabolique, devait être aussi agréable qu'instructive; l'exorde peut faire supposer, dans tous les cas, que l'interlocuteur de Démogorgon n'avait employé, pour l'évoquer, que des formules extrêmement polies. Quelles qu'elles fussent ces formules, polies ou impératives, on les a malheureusement perdues; il ne nous reste aucun document sérieux qui puisse nous guider dans la pratique des évocations; et c'est à peine si nous trouvons, dans quelques mauvaises estampes de l'époque, une indication des instruments ou objets nécessaires dans ces bizarres opérations. Tout cela faisait partie de l'outillage de l'alchimiste classique chez lequel je vous demande la permission de vous introduire. Entrez sans crainte, je vous certifie que vous ne vous y rencontrerez avec aucun esprit des ténèbres: le diable n'a jamais sérieusement hanté que la bourse du bonhomme.

Le laboratoire d'un souffleur devait être une chose très-curieuse. Contenant et contenu n'avaient, du reste, que peu d'analogie avec le cabinet et les instruments d'un chimiste de nos jours.

Autant ce dernier recherche la précision, l'air et la lumière; autant il s'efforce d'obtenir de ses aides l'ordre et la propreté, autant l'alchimiste affectionnait les lieux retirés et s'entourait de mystère. Toujours

absorbé dans des méditations que rien ne devait troubler, flairant partout l'espionnage et la trahison, il suspectait et repoussait les soins étrangers qui auraient pu rendre la vie supportable dans son obscur séjour.

Quelques animaux cabalistiques aussi lugubres que lui; un hibou, une chouette, ou bien encore un corbeau, de nombreuses araignées étaient les seuls êtres vivants admis ou supportés dans le *sanctum sanctorum* du méfiant adepte.

L'espèce humaine ne s'y trouvait donc représentée que par un personnage d'une discrétion à toute épreuve: un squelette pendu à la voûte; un grand lézard empaillé lui tenait compagnie.

Des cornues au long col bizarrement tortillé, des pélicans, des retortes, quelques matras, un mortier, des creusets, une clepsydre étaient rangés sur le rebord de la hotte du fourneau. L'œil, en s'habituant à l'obscurité, finissait par distinguer aussi, dans la pénombre, plusieurs bocalx renfermant, celui-ci du mercure, celui-là du vitriol, cet autre du nitre, du soufre, etc.

L'unique rayon de lumière, sordidement déversé par une petite lucarne grillagée, éclairait la table sur laquelle étaient étalés les objets les plus essentiels dans la recherche du «grand œuvre»: c'était un astrolabe et quelques énormes in-folios d'aspect rébarbatif. L'astrolabe était le pilote sans lequel l'opérateur n'aurait jamais entrepris de conduire sa barque au milieu des redoutables susceptibilités de certaines planètes. C'est par l'astrolabe qu'il était averti que la Lune, par exemple, se trouvait «en regard avec Saturne»; que celui-ci était de la plus méchante humeur, etc., etc., et qu'il était enfermé d'une foule d'autres circonstances astrologiques d'une signification aussi menaçante pour lui-même que pour ses tentatives.

Par leurs feuillets fatigués, les in-folios témoignaient suffisamment du rude travail, de la douloureuse contention d'esprit qui devaient courber le front, crisper les doigts du souffleur lorsqu'il essayait, l'infortuné, d'arracher une interprétation quelconque à leurs sentences mystiques, amphigouriques et biscornues.

Voici le *Miroir d'alchimie*, l'*Admirable pouvoir de l'art*, la *Nouvelle lumière*, la *Moelle alchimique*, et quelques autres tout aussi vénérables; voici enfin, à la place d'honneur qui lui appartient, la *Table d'Esmeralde* d'Hermès Trismégiste—un dieu, ne vous déplaie,—à qui l'on attribue également le *Divinus Pimander*.

En raison de leur origine divine, choisissons, parmi ces écrits, les *Parolles des Secrets d'Hermès qu'estoient escrites en table d'esmeralde*. Recueillons-nous et lisons-les en entier (ce n'est pas long), si nous voulons nous faire une juste idée du galimatias qui a détraqué tant de bonnes cervelles, pendant tout la durée du moyen âge, de la Renaissance, et plus récemment encore. Inutile de faire remarquer que l'orthographe de ce document ne peut être imputée au dieu, mais bien à son traducteur.

Hermès, en sa qualité de dieu, avait le droit de rester inintelligible; personne ne le lui contestera; mais on conviendra qu'il en a largement

usé dans sa «Table d'émeraude». A la lecture de ce divin charavia, on peut imaginer à quelles tortures d'esprit, à quelles migraines ont dû se résigner les pauvres souffleurs qui venaient y chercher une clarté, une petite lueur qui pût les guider.

Les continuateurs d'Hermès, de simples mortels, s'autorisant naturellement de l'impénétrabilité du dieu, furent tout aussi ténébreux dans leurs écrits sur la matière; quelques-uns, bien éloignés de s'en disculper, avertissent charitablement le lecteur que la Vérité se trouve enfouie, dans leur œuvre, sous des images et des métaphores incompréhensibles, «afin, disent-ils, que les impies, ignorans et meschans ne puissent aisément trouver le moyen de nuire».—Et voici de quelle façon ingénieuse ils livrent à la publicité, sans pour cela le divulguer, le secret de la transmutation du mercure en argent.

«Je vous commande, fils de doctrine, congelez l'argent vif:

«De plusieurs choses faites, 2, 3 et 3, 1, 1 avec 3, c'est 4, 3, 2 et 1. —De 4 à 3 il y a 1; de 3 à 4 il y a 1, donc 1 et 1, 3 et 4; de 3 à 1 il y a 2, de 2 à 3 il y a 1, de 3 à 2, 1, 1, 1, 2 et 3. Et 1, 2, de 2 et 1, 1 de 1 à 2, 1 donc 1.—Je vous ay tout dit.»

Convenez que si, avec une formule aussi précise, vous ne parvenez pas à changer en doublon d'or un écu de six livres, c'est-à-dire si vous n'avez pas fait fortune avant la fin de la semaine, c'est que, comme dit encore Artéphius, «vous êtes de bien dur cerveau, et du tout obscurcy d'ignorance».

Certes, cette fièvre de l'or, de la domination, cette avidité de la longue et de la bonne vie, ne sont pas des mobiles qui rendent très intéressante la victime que ces passions torturent; et il semble, au premier abord, bien permis de s'égayer un peu de sa folie. Mais, si l'on considère par quel châtiment cruel le souffleur doit fatalement payer son long aveuglement; si l'on considère, d'autre part, que ce châtiment ne frappe pas que lui seul, qu'il atteint également tout ce qui l'entoure; que le même désastre enveloppe le coupable et les innocents, le fou et sa famille, on trouve alors que la peine n'est plus en rapport avec le délit; on se surprend à plaindre le malheureux halluciné, on cesse de rire.

Le voilà arrivé au bout extrême de ce long rouleau d'espoirs insensés, et toujours déçus, qu'il n'a cessé de dévider durant toute sa vie.—Quelle vie!—Il a tout sacrifié, tout consumé, tout usé à la poursuite de son fantôme. Usé lui-même jusqu'à la corde, mais non découragé, il a fait appel à son dernier souffle, le souffleur! il a trouvé—Dieu seul sait où et comment—une dernière ressource, et il va, plein d'ardeur et de foi, tenter un effort suprême!

Mais, pour lui, plus de doute, cette fois! il a enfin pénétré le sens véritable des mystérieuses paroles; il la tient enfin, il la tient bien, cette formule tant cherchée!

Voyez-le, la barbe inculte, les yeux ravagés par l'insomnie, maigre, jaune, efflanqué, exténué par les veilles, le dos courbé sous le fardeau des ans, auquel vient s'ajouter le poids de déceptions sans nombre, il est, une fois encore, penché sur le fourneau que son regard fiévreux interroge.

Tout y a déjà passé, dans ce fourneau: le douaire de la femme, la dot des enfants, le pain quotidien, le crédit et la bonne renommée de la famille. Il a tout dévoré, ce fourneau, mais qu'importe!

La vieillesse est arrivée. La santé, la vigueur, la bonne humeur, ont déserté depuis longtemps ce triste logis; le dénûment et la maladie l'ont envahi; la femme et les enfants grelottent autour du foyer vide; ils n'ont pas mangé hier, mangeront-ils demain?—Qu'importe!

Qu'importe! puisque ce soir, demain, dans deux jours au plus tard, il ne sera plus question de toutes ces douleurs, de toutes ces misères: leur souvenir sera enterré sous des monceaux d'or.

«De l'or! s'écrie-t-il, des monceaux d'or! et puis de l'or; encore et toujours de l'or! c'est-à-dire la possession, la perpétuité du pouvoir, de la domination sur ce qui m'entoure. A moi, aussi, une impérissable jeunesse!

«Dans ce creuset où la matière, obéissant à la formule redoutable, achève de se purifier, va naître *l'opifex rerum*, cet *Αρξ* qui fit d'Hermès un être supérieur à tous les êtres, un homme toujours et à jamais jeune homme, un dieu!—Liqueur suprême, source d'éternelle jeunesse; poudre divine, source de richesse et de puissance, vous m'appartenez enfin!»

Et tremblant, haletant sous le poids de l'émotion qui le torture, il enlève son creuset et le découvre. Hélas! une fois de plus, le misérable n'y trouve qu'une scorie informe; et les dernières fumées du fourneau emportent, dans l'atmosphère, la dernière ressource du vieil illuminé.

Expériences chimiques.

. Sous la Restauration, quelques mois après notre malencontreuse campagne restauratrice en Espagne, l'auguste général en chef de cette expédition eut la fantaisie de visiter l'École polytechnique. Il y arriva inopinément, au moment où les élèves étaient au cours de chimie. Déclarant ne vouloir déranger personne, il manifesta le désir d'assister à la leçon; on s'empressa donc de l'introduire dans la salle, au grand émoi du professeur et de son *piston*, qui ne s'étaient pas préparés pour recevoir une pareille visite.

La leçon roulait précisément sur les doubles décompositions; la table était encombrée d'éprouvettes préparées pour les diverses réactions, et le professeur poursuivait l'explication du principe, avant de passer aux expériences démonstratives.

Le sujet n'amusait sans doute que médiocrement le royal visiteur, car c'est à grand'peine qu'il parvenait à dissimuler des bâillements significatifs,—autant de coups de poignard pour le démonstrateur. Ce jour-là, son auditoire habituel avait disparu à ses yeux; il se résumait en un unique et puissant auditeur... qui s'ennuyait! et il s'épuisait en efforts inutiles, pour donner une tournure plus récréative à sa leçon.—«Passons donc aux expériences,» pensa-t-il, et, s'adressant à son préparateur, que la présence d'un prince jetait dans des distractions invinci-

bles, il lui demande d'abord à voix basse, puis lui répète à demi-voix :

— Nitrate d'argent!... Chlorure de sodium!...

— Là! lui répond le préparateur, en lui indiquant, du geste et des yeux, deux éprouvettes placées au milieu de beaucoup d'autres.

— Messieurs, dit le professeur, en reprenant son ton habituel, voici deux liquides qui vont nous fournir un exemple de la production d'un sel insoluble par la double décomposition de deux sels solubles. L'un d'eux est le nitrate d'argent, l'autre est le chlorure de sodium; tous deux, comme vous pouvez le constater, se présentent sous l'aspect d'une solution parfaitement limpide et incolore. Eh bien! le mélange de ces deux liquides incolores va donner lieu à la formation d'un sel dense, insoluble, et dont la blancheur rappelle involontairement la couleur d'un drapeau (*regard dirigé timidement vers l'auguste visiteur*) qu'un prince français vient de couvrir d'une nouvelle gloire.

— Tiens, tiens! voilà qui doit être fort intéressant; voyons donc cela! dit le prince en se rapprochant de la table, car il était très myope.

Le professeur, ravi de ce premier succès, veut le compléter; il saisit les deux verres, fait rapidement un pas qui le rapproche tout à fait de son visiteur, et, avec la voix vibrante d'un homme qu'une idée sublime illumine :

— Voici de quelle façon, Monseigneur, s'écrie-t-il, *ces deux sels vont avoir l'honneur de se décomposer devant vous!*

Et, prestement, il transvase le contenu d'un verre dans l'autre verre.

Horreur! une effervescence diabolique se manifeste; une vapeur infernale d'ammoniaque enveloppe la figure de Son Altesse, pénètre dans ses yeux, dans sa gorge, dans ses augustes narines, et y provoque des picotements terribles, une toux et des éternuements sans fin.

Il faut renoncer à dépeindre le désespoir du malheureux professeur, qui n'a pas été épargné par les vapeurs; il en subit également les effets :

— Monsei... Attchii... Monseigneur...

— Pouah!... quelle... Attchii... quelle infection!

— Monseigneur, c'est une erreur de mon prépa... attchii... Ordinairement... att... ordinairement, ces sels...

— Ah oui!... aaattchi... parlons-en, de vos sels!... Pouah! je n'y vois plus clair!... Par où sort-on d'ici?... aatchii... Ah! je vois... Ad... adieu, messieurs!

Et le vainqueur du Trocadéro gagna vivement le plein air, tousant, pleurant, éternuant, et laissant le professeur anéanti, foudroyé, pendant que ces sacripans de polytechniciens se tordaient sur leurs bancs et se tenaient les côtes.

FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
PRÓLOGO.....	III
INTRODUCCIÓN.—Formation de la langue française.....	1

EDAD MEDIA.

<i>Serments</i> .—Serment de Louis le Germanique.—Déclaration de l'armée de Charles le Chauve.....	11
<i>Trouvères</i> .—Chanson de Roland.....	12
<i>Fabliaux</i> .—Le paysan médecin.....	13
<i>Troubadours</i> .—Chant guerrier de Bertrand de Born.....	14
<i>Charles d'Orléans</i> .—Ballade.....	16

SIGLO XVI.

<i>Rabelais</i> .—Un roi avancé en âge exhorte son fils à la vertu, par le souvenir des vertus de son père.....	17
<i>Montaigne</i> .—Par divers moyens on arrive à pareille fin.....	18
<i>Pithou</i> .—Harangue de M. d'Aubray pour le tiers état.....	19
<i>Mellin de Saint-Gelais</i> .—A un poète vantard.—Epigramme.....	21
<i>Marot</i> .—Epigramme.—A Geoffroy Bruslard.....	22
<i>Ronsard</i> .—Les guerres de religion.....	23
<i>Passerat</i> .—Sonnet.—Sur la journée de Senlis.—A un fripon qui a changé d'état.....	24
<i>Malherbe</i> .—Consolation à M. du Périer.....	25
<i>Gombauld</i> .—Epigrammes.....	27
<i>Regnier</i> .—Le critique outré.....	28
<i>Maynard</i> .—Sonnet à Faret.—Epigramme.—Dizain à Malherbe.....	28

SIGLO XVII.

<i>Jean Louis de Balzac</i> .—La conscience des chefs d'empire.—De la persévérance dans les desseins.....	31
<i>Descartes</i> .—Plan de conduite que Descartes s'était tracé.....	34
<i>Voiture</i> .—Lettre à Mlle. de Rambouillet.....	37
<i>P. Corneille</i> .—Le Cid.—Horace.....	38
<i>La Rochefoucauld</i> .—Maximes.—L'amour-propre.....	47
<i>Pascal</i> .—Pensées diverses.....	50
<i>Mme. de Sevigné</i> .—Lettres.....	51
<i>Molière</i> .—L'avare.....	53
<i>Racine</i> .—Athalie.....	57
<i>Regnard</i> .—Le joueur.....	61
<i>Boileau</i> .—Les embarras de Paris.—L'apologie du vrai.—Les poètes satiriques.....	63
<i>La Fontaine</i> .—Fables.....	67
<i>Bossuet</i> .—Discours sur l'Histoire naturelle.....	74
<i>Fénelon</i> .—Démosthène et Cicéron.....	78
<i>Fléchier</i> .—Fragments d'une oraison funèbre.....	79
<i>Bourdaloue</i> .—Fragment du sermon sur l'ambition.....	81
<i>Massillon</i> .—Fragment du sermon sur la mort.....	82
<i>La Bruyère</i> .—Fragments divers.....	83

SIGLO XVIII.

<i>Fontenelle</i> .—De l'origine des fables.....	87
<i>Voltaire</i> .—Mérope.—Mort de Coligny.....	90
<i>Gresset</i> .—Société de Paris.....	95

<i>Montesquieu</i> .—De la conduite que les Romains tinrent pour soumettre tous les peuples.—Alexandre.....	96
<i>Buffon</i> .—Sur le style.—Le cheval.—Le chat.—L'oiseau-mouche.....	99
<i>J.-J. Rousseau</i> .—Son séjour dans l'île de Saint-Pierre.....	102
<i>Bernardin de Saint-Pierre</i> .—Paul et Virginie.—Les tombeaux.....	103
<i>Diderot</i> .—Le rossignol, le coucou et l'âne.....	105
<i>D'Alembert</i> .—Progrès des sciences, de la littérature et des arts.....	107
<i>Le Sage</i> .—Gil Blas.....	109
<i>Bridaine</i> .—Exorde d'un sermon.....	111
<i>Vauvenargues</i> .—Réflexions et maximes.....	112
<i>Florian</i> .—Fables.....	113
<i>Barthélemy</i> .—Les jeux olympiques.....	115
<i>Rollin</i> .—De l'utilité de l'histoire.....	117
<i>Marmontel</i> .—Affectation.....	118
<i>Frédéric II</i> .—Aux Prussiens.....	119
<i>Thomas</i> .—Tacite.—Ode sur le temps.....	121
<i>La Harpe</i> .—Catinat à l'Hôtel des Invalides.—Le génie des tempêtes.....	124
<i>J.-B. Rousseau</i> .—Imitation du psaume XVIII.....	126
<i>Delille</i> .—Les catacombes de Rome.—Le café.....	127
<i>Mirabeau</i> .—Subside extraordinaire.....	130
<i>M. J. Chénier</i> .—La calomnie.....	132
<i>André Chénier</i> .—La jeune captive.....	134

SIGLO XIX.

<i>Mme. de Staël</i> .—Lettre à Napoléon.....	136
<i>Chateaubriand</i> .—Fragments.....	138
<i>G. Cuvier</i> .—Les révolutions du globe.....	141
<i>Béranger</i> .—Chansons.....	143
<i>Nodier</i> .—Histoire du chien de Brisquet.—Polichinelle.....	146
<i>A. Dumas (père)</i> .—Départ pour un voyage en Suisse.....	148
<i>Honoré de Balzac</i> .—La mort d'un avare.....	150
<i>George Sand</i> .—La petite Marie.....	151
<i>Victor Hugo</i> .—Poésies lyriques.—Jean Valjean.....	153
<i>Lamartine</i> .—Poésies.—Procès de Louis XVI.....	159
<i>Alfred de Vigny</i> .—Poésies.....	165
<i>Delavigne</i> .—Les Enfants d'Edouard.....	167
<i>Alfred de Musset</i> .—Poésies.....	170
<i>De Bornier</i> .—La fille de Roland.....	172
<i>Manuel</i> .—Poésies.....	179
<i>Guizot</i> .—Coup d'œil sur l'histoire de la civilisation.....	182
<i>Thiers</i> .—Passage du Saint-Bernard par l'armée française.....	185
<i>Cousin</i> .—Portrait du Grand Condé.....	188
<i>Jouffroy</i> .—Mélanges philosophiques.....	189
<i>Thierry</i> .—Sur le caractère des Francs.....	191
<i>Duruy</i> .—Mort de César.—Rôle politique de César.....	195
<i>Taine</i> .—Les enfants dans l'œuvre de Dickens.....	198
<i>Sandeau</i> .—Le Docteur Herbeau.—Description d'un orage.....	199
<i>Babinet</i> .—De la pluralité des mondes.....	203
<i>Figuier</i> .—Premier bateau à vapeur.....	207
<i>Henri Parville</i> .—Les fonctions cérébrales.....	211
<i>Rendu</i> .—Les abeilles.....	214
<i>Tissandier</i> .—La houille.....	217
<i>Pernolet</i> .—Applications de l'air comprimé.....	221
<i>Deherrypon</i> .—L'alchimiste.—Expériences chimiques.....	223

